



EL LENGUAJE EDWARD SAPIR



BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica



BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

96
EL LENGUAJE

Traducción
de
MARGIT y ANTONIO ALATORRE

El lenguaje

Introducción al estudio del habla

por EDWARD SAPIR



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

Primera edición en inglés, 1921
Primera edición en español, 1954
Undécima reimpresión, 1994

Título original:

Language: An Introduction to the Study of Speech

© 1912, (Harcourt, Brace and Co., Inc.)

Harcourt Brace Jovanovich Inc., Nueva York

D. R. © 1954, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

D. R. © 1992, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0550-0

Impreso en México

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras",

—Thomas Jefferson



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite

www.lecturasinegoismo.com

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escribanos a:

lecturasinegoismo@gmail.com

Referencia: 1771

PREFACIO

Este librito aspira a situar el tema del lenguaje en cierto panorama, y no propiamente a acopiar hechos acerca de él. Poco tiene que decir acerca de la base psicológica última del habla; y de la historia o de la descripción en sentido estricto de lenguas particulares no presenta sino los hechos indispensables para ilustrar los principios. Su propósito fundamental es mostrar de qué manera concibo yo la esencia del lenguaje, de qué modo varía en el espacio y en el tiempo y cuáles son sus relaciones con otros intereses humanos primordiales: el problema del pensamiento, la naturaleza de la evolución histórica, la raza, la cultura, el arte.

Espero que la perspectiva que de este modo se abra sea útil no sólo para los interesados en la lingüística, sino también para el público extraño a ella, el cual tiende a considerar las nociones lingüísticas como pedanterías propias de ingenios ociosos. El conocimiento de las conexiones más amplias de su ciencia es esencial para los especialistas en estudios lingüísticos que quieran liberarse de una actitud estéril y puramente técnica. Entre los escritores contemporáneos que han tenido alguna influencia sobre el pensamiento ilustrado, Croce es uno de los poquísimos que han logrado comprender la significación fundamental del lenguaje. Ha hecho notar la estrecha relación que tiene con el problema del arte. Mucho es lo que debo a su agudeza. Prescindiendo por completo de su interés intrínseco, las formas lingüísticas y los procesos históricos son extraordinariamente valiosos para diagnosticar y comprender algunos de los problemas más difíciles y escurridizos de la psicología del pensamiento, y también algunos de los que plantea esa extraña corriente, ese acumulador que existe en la vida del espíritu humano y que llamamos historia, o progreso, o evolución. Este valor depende sobre todo de la naturaleza inconsciente y no racionalizada de la estructura lingüística.

He evitado el empleo de la mayor parte de los tér

minos técnicos y de todos los símbolos técnicos de la erudición lingüística. No hay en este libro un solo signo diacrítico. Siempre que ha sido posible, la exposición se ha basado en ejemplos ingleses. Sin embargo, el esquema del presente estudio, que comprende un examen de las formas infinitamente cambiantes en que se ha expresado el pensamiento humano, exigía citar algunos ejemplos exóticos. No me parece necesario justificarme por ellos. Debido a limitaciones de espacio, he tenido que dejar a un lado muchas ideas o principios que me hubiera gustado tocar. Y en cuanto a otros puntos, tuve que limitarme a insinuarlos apenas en una frase pasajera. Creo, no obstante, haber reunido elementos suficientes para estimular un estudio más a fondo de un terreno tan descuidado como el del lenguaje.

Deseo expresar mi más cordial agradecimiento por sus amistosos consejos y útiles sugerencias a varios amigos míos que leyeron el manuscrito de esta obra, y en especial a los profesores A. L. Kroeber y R. H. Lowie, de la Universidad de California, al profesor W. D. Wallis, de Reed College, y al profesor J. Zeitlin, de la Universidad de Illinois.

EDWARD SAPIR

Ottawa, 8 de abril de 1921.

ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES

Hemos preferido conservar siempre los ejemplos ingleses, aún en los casos en que hubiera sido fácil cambiarlos por ejemplos españoles. Pero añadimos de vez en cuando (entre corchetes) alguna referencia al español, alguna aclaración, alguna nota al pie de la página, así como las traducciones de los ejemplos ingleses.

I

INTRODUCCIÓN: DEFINICIÓN DEL LENGUAJE

EL HABLA es un hecho tan familiar de la vida de todos los días, que raras veces nos preocupamos por definirla. El hombre la juzga tan natural como la facultad de caminar, y casi tan natural como la respiración. Pero sólo hace falta un instante de reflexión para convencernos de que esta "naturalidad" del habla es una impresión ilusoria. El proceso de adquisición del habla es, en realidad, algo totalmente distinto del proceso de aprender a caminar. En este último caso, la cultura —o, en otras palabras, el conjunto tradicional de hábitos sociales— no entra propiamente en juego. Cada niño está preparado, por el complejo conjunto de factores que llamamos herencia biológica, para realizar todas las adaptaciones musculares y nerviosas que producen el acto de caminar. Puede decirse, de hecho, que la misma conformación de los músculos y de las partes pertinentes del sistema nervioso está adaptada desde un principio a los movimientos que se hacen al caminar y al llevar a cabo actividades análogas. En sentido muy concreto, podemos decir que el ser humano normal está predestinado a caminar, no porque sus mayores lo ayudarán a aprender este arte, sino porque su organismo está preparado, desde el nacimiento, y aun desde el momento de la concepción, para realizar todos esos desgastes de energía nerviosa y todas esas adaptaciones musculares que dan origen al acto de caminar. Dicho sucintamente, el caminar es una función biológica inherente al hombre.

No así el lenguaje. Es claro, desde luego, que en cierto sentido el individuo está predestinado a hablar, pero esto se debe a la circunstancia de que ha nacido no sólo en medio de la naturaleza, sino también en el seno de una sociedad que está segura —y con toda razón— de hacerle adoptar sus tradiciones. Elimine-

mos la sociedad, y habrá todas las razones para creer que aprenderá a caminar, dando por supuesto que lo gre sobrevivir. Pero igualmente seguro es que nunca aprenderá a hablar, esto es, a comunicar ideas según el sistema tradicional de una sociedad determinada. O, si no, separemos al individuo recién nacido del ambiente social a que ha llegado y transplantémoslo a un ambiente totalmente distinto. Desarrollará el arte de caminar, en su nuevo medio, más o menos como lo hubiera desarrollado en el antiguo. Pero su habla será absolutamente diversa del habla de su ambiente primitivo. Así, pues, la facultad de caminar es una actividad humana general que no varía sino dentro de límites muy circunscritos, según los individuos. Su variabilidad es involuntaria y sin finalidad alguna. El habla es una actividad humana que varía sin límites precisos en los distintos grupos sociales, porque es una herencia puramente histórica del grupo, producto de un hábito social mantenido durante largo tiempo. Varía del mismo modo que varía todo esfuerzo creador, quizá no de manera tan consciente, pero en todo caso de modo tan verdadero como las religiones, las creencias, las costumbres y las artes de los diferentes pueblos. El caminar es una función orgánica, una función instintiva (aunque no, por supuesto, un instinto en sí mismo); el habla es una función no instintiva, una función adquirida, "cultural".

Existe un hecho que muy a menudo ha contribuido a impedir que se reconozca en el lenguaje un sistema puramente convencional de símbolos sonoros, un hecho que ha engañado a la mentalidad popular hasta el punto de hacer atribuir al habla una base instintiva que en realidad no posee. Nos referimos a la conocida observación de que, bajo el impulso de la emoción —por ejemplo, de un dolor agudo y repentino o de una alegría sin freno—, emitimos involuntariamente ciertos sonidos que quien los escucha interpreta como indicadores de la emoción misma. Pero hay una enorme diferencia entre esta expresión involuntaria del sentimiento y aquel tipo normal de comunicación de ideas que es el ha-

bla. La primera de esas expresiones es ciertamente instintiva, pero no simbólica; en otras palabras, el sonido emitido al sentir dolor o alegría no indica, en cuanto tal sonido, la emoción; no se pone a cierta distancia —digámoslo así— para anunciar que estamos sintiendo tal o cual emoción. Lo que hace es servir de expansión más o menos automática de la energía emocional; en cierto sentido, el sonido emitido entonces es parte integrante de la emoción misma. Más aún, esas exclamaciones instintivas no constituyen una comunicación en el sentido estricto de la palabra. No se dirigen a nadie; apenas se entreoyen —si acaso se oyen— como el ladrido de un perro, el ruido de pasos que se acercan o el silbido del viento. Si transmiten ciertas ideas al oyente, esto es sólo en el sentido muy general en que decimos que cualquier sonido, y aun cualquier fenómeno ocurrido a nuestro alrededor, transmite una idea a la mente que lo percibe. Si el involuntario grito de dolor que convencionalmente se representa con “¡ay!” se considera como un verdadero símbolo del habla, equivalente a una idea más o menos como ésta: ‘siento un fuerte dolor’, entonces será igualmente lícito interpretar la aparición de nubes como un símbolo equivalente, portador del mensaje concreto ‘es probable que llueva’. Sin embargo, una definición del lenguaje tan amplia que abarque cualquier modo de deducción pierde todo sentido.

No hay que cometer el error de identificar nuestras interjecciones convencionales (nuestro “¡oh!” y “¡ah!”, nuestro “¡chist!”) con los gritos instintivos en sí mismos. Esas interjecciones no son más que fijaciones convencionales de sonidos naturales. De ahí que difieran muchísimo en los diversos idiomas, de acuerdo con el genio fonético peculiar de cada uno de ellos. En cuanto tales, se las puede considerar como parte integrante del habla, en el sentido propiamente cultural de este término, puesto que no se identifican con los gritos instintivos en sí, tal como cuckoo y killdeer ¹ no se iden-

¹ [El cuckoo es el cuco o cucillo; el killdeer es un ave norte-

tifican con el grito de los pájaros que esas voces designan, y tal como la música con que Rossini representa una tempestad en la obertura de *Guillermo Tell* no es en realidad una tempestad. En otras palabras, las interjecciones y palabras imitativas de sonidos del habla normal se relacionan con sus prototipos naturales del mismo modo como el arte, producto puramente social o cultural, se relaciona con la naturaleza. Podrá objetarse que, aunque las interjecciones difieren en cierta medida de una lengua a otra, presentan, sin embargo, semejanzas asombrosas y que, por lo tanto, se las puede considerar como emanadas de una base instintiva común. Pero el caso de las interjecciones no difiere en nada, pongamos por ejemplo, de las diversas formas nacionales de representación pictórica. Un cuadro japonés que represente una colina difiere de un cuadro moderno europeo que represente una colina muy semejante, y al mismo tiempo se le parece. Uno y otro se han inspirado en el mismo tipo de paisaje, y uno y otro lo "imitan". Ni el uno ni el otro son exactamente la misma cosa que el paisaje, ni son, en sentido estricto, una continuación directa del paisaje natural. Si las dos formas de representación no son idénticas es porque proceden de diferentes tradiciones históricas y se han ejecutado con distintas técnicas pictóricas. Del mismo modo, las interjecciones del idioma japonés y del idioma inglés proceden de un prototipo natural común, los gritos instintivos, y por lo tanto, de manera inevitable, se sugieren el uno al otro. Difieren a veces mucho, a veces poco, porque se han construido con materiales o técnicas históricamente diferentes: las tradiciones lingüísticas respectivas, los sistemas fonéticos y los hábitos de lenguaje de cada uno de los dos pueblos. Sin embargo, los gritos instintivos, en cuanto tales, son prácticamente idénticos en toda la humanidad, del mismo modo como el esqueleto humano o el sistema nervioso son, desde cualquier punto de vista, un rasgo "fijo" del

americana llamada así por "onomatopeya"; en el mismo caso están el tildío, pajarillo mexicano, y el benteveo, pajarillo argentino.]

organismo humano, es decir, un rasgo que no varía sino de manera muy leve o "accidental".

Las interjecciones se cuentan entre los elementos menos importantes del lenguaje. Su examen es provechoso principalmente porque se puede demostrar que aun esos sonidos, que todos convienen en considerar como los más cercanos a la expresión instintiva, sólo tienen naturaleza instintiva en un sentido superficial. Así, pues, aunque fuera posible demostrar que el lenguaje todo se remonta, en sus fundamentos primordiales, históricos y psicológicos, a las interjecciones, no se seguiría de ello que el lenguaje sea una actividad instintiva. De hecho, todos los intentos de explicar de esa manera el origen del lenguaje han sido infructuosos. No existe una prueba tangible, ni histórica ni de ninguna otra especie, que demuestre que el conjunto de los elementos del habla y de los procedimientos lingüísticos ha surgido de las interjecciones. Estas constituyen una parte muy reducida y funcionalmente insignificante del vocabulario de los diversos idiomas; en ninguna época y en ninguna provincia lingüística de que tengamos noticia podemos observar una tendencia notable a convertir las interjecciones en urdimbre inicial del lenguaje. En el mejor de los casos, no pasan de ser la orla decorativa de un amplio y complicado tejido.

Si esto puede decirse de las interjecciones, con mayor razón cabe decirlo de las palabras onomatopéyicas. Palabras como *whippoorwill*,² *to mew* ['maullar'], *to caw* ['graznar'] no son de ninguna manera sonidos naturales que el hombre haya reproducido instintiva y automáticamente. Son creaciones del espíritu humano, vuelos de la fantasía, en el mismo sentido en que lo es cualquier otro elemento del lenguaje. No brotan directamente de la naturaleza; son sugeridos por ella y juegan con ella. Así, pues, la teoría onomatopéyica del origen del lenguaje, la teoría que explica todo lenguaje como gradual evolución de sonidos de carácter imitativo, nos deja tan

² [Especie de chotacabras norteamericano, cuyo nombre se debe a onomatopeya.]

lejos del plano instintivo como el lenguaje en su forma actual. En cuanto a la teoría misma, no es más digna de fe que la teoría paralela del origen interjeccional. De muchas palabras que ahora no nos parecen onomatopéyicas se puede demostrar, es cierto, que en otro tiempo han tenido una forma fonética en que se ve que fueron originalmente imitaciones de sonidos naturales. Tal ocurre con la palabra inglesa *to laugh* ['reír']. Sin embargo, es del todo imposible demostrar —y ni siquiera parece intrínsecamente razonable suponerlo— que el aparato formal del lenguaje se derive de una fuente onomatopéyica; si algo proviene de ésta, será una parte ínfima de los elementos lingüísticos. Por más dispuestos que estemos, en principio, a considerar como de importancia fundamental en las lenguas de los pueblos primitivos la imitación de sonidos naturales, la realidad es que estas lenguas no muestran una preferencia particular por las palabras imitativas. Entre los pueblos más primitivos de la América aborigen, las tribus athabaskas, en el río Mackenzie, hablan lenguas en que apenas hay palabras de ese tipo, o en que faltan por completo; y en cambio, lenguas tan refinadas como el inglés o el alemán emplean a manos llenas las onomatopeyas. Este ejemplo revela qué escasa importancia tiene la simple imitación de los sonidos para la naturaleza esencial del habla.

Con esto ha quedado allanado el camino para dar una definición adecuada del lenguaje. El lenguaje es un método exclusivamente humano, y no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos de manera deliberada. Estos símbolos son ante todo auditivos, y son producidos por los llamados "órganos del habla". No hay en el habla humana, en cuanto tal, una base instintiva apreciable, si bien es cierto que las expresiones instintivas y el ambiente natural pueden servir de estímulo para el desarrollo de tales o cuales elementos del habla, y que las tendencias instintivas, sean motoras o de otra especie, pueden dar a la expresión lingüística una extensión o un molde predeterminados. La comu-

nicación, humana o animal (si acaso se puede llamar "comunicación"), producida por gritos involuntarios instintivos, nada tiene de lenguaje en el sentido en que nosotros lo entendemos.

Acabo de hablar de los "órganos del habla", y podría parecer, a primera vista, que esto equivale a admitir que el habla misma constituye una actividad instintiva, biológicamente predeterminada. Pero no debemos dejarnos extraviar por esa simple expresión; no existen, en sentido estricto, órganos del habla; lo que hay, son sólo órganos que, de manera incidental, pueden servir para la producción de los sonidos del habla. Los pulmones, la laringe, el paladar, la nariz, la lengua, los dientes y los labios se emplean para ese objeto, pero no se les debe considerar como órganos primarios del habla, del mismo modo que los dedos no pueden considerarse como órganos esencialmente hechos para tocar el piano, ni las rodillas como órganos de la oración. El habla no es una actividad simple, realizada por uno o más órganos biológicamente adaptados para ese objeto. Es una red muy compleja y siempre cambiante de adaptaciones diversas —en el cerebro, en el sistema nervioso y en los órganos articulatorios y auditivos— que tiende a la deseada meta de la comunicación de ideas. Podemos decir que los pulmones se desarrollaron para llevar a cabo la función biológica indispensable que se conoce con el nombre de respiración; la nariz como órgano del olfato; los dientes como órganos útiles para triturar los alimentos y dejarlos listos para la digestión. Así, pues, si estos y otros órganos se emplean constantemente en el habla, es sólo porque cualquier órgano, desde el momento en que existe, y en la medida en que puede ser gobernado por la voluntad, es susceptible de una utilización para finalidades secundarias. Desde el punto de vista fisiológico, el habla es una función adyacente, o, para decirlo con mayor exactitud, un grupo de funciones adyacentes. Aprovecha todos los servicios que puede de ciertos órganos y funciones, nerviosos y musculares, los cuales deben su

origen y su existencia a finalidades muy distintas de las lingüísticas.

Es cierto que los psico-fisiólogos hablan de la localización de la palabra en el cerebro. Esto no puede significar otra cosa sino que los sonidos del habla están localizados en el centro auditivo del cerebro, o en una parte circunscrita de este centro, tal como están localizadas allí otras clases de sonidos; y que los procesos motores que intervienen en el habla (como son los movimientos de las cuerdas vocales en la laringe, los movimientos de la lengua necesarios para la pronunciación de las vocales, los movimientos de los labios necesarios para articular ciertas consonantes, y muchos otros) se encuentran localizados en los centros motores, exactamente como los demás impulsos de que dependen actividades motoras especiales. De la misma manera, en el centro visual del cerebro radica el comando de todos los procesos de reconocimiento visual que entran en juego en la lectura. Naturalmente, los puntos o grupos de puntos particulares de localización que se encuentran en los diversos centros y que se refieren a un elemento cualquiera del lenguaje, están conectados en el cerebro por ramales de asociación, de tal manera que el aspecto exterior o psico-físico del lenguaje consiste en una vasta red de localizaciones asociadas en el cerebro y en los centros nerviosos secundarios; y, desde luego, las localizaciones auditivas son las más importantes de todas en lo que se refiere al lenguaje. Sin embargo, un sonido del habla localizado en el cerebro, aun cuando esté asociado con los movimientos particulares de los "órganos del habla" necesarios para producirlo, dista mucho todavía de constituir un elemento del lenguaje; es preciso, además, que se asocie con algún elemento o con algún grupo de elementos de la experiencia, por ejemplo con una imagen visual o una clase de imágenes visuales, o bien con una sensación de relación, antes de que adquiera un significado lingüístico, por rudimentario que sea. Este "elemento" de la experiencia es el contenido o "significado" de la unidad lingüística; los procesos cerebrales asociados con

él, sean auditivos, motores o de otra naturaleza, y que sirven de respaldo inmediato al acto de pronunciar y al acto de escuchar el habla son simplemente un símbolo complejo de esos "significados", o un signo que los expresa. De los "significados" volveremos a hablar más adelante. Así, pues, lo que vemos inmediatamente es que el lenguaje, en cuanto tal, no se encuentra localizado de manera definida, ni puede estarlo, pues consiste en una relación simbólica peculiar —fisiológicamente arbitraria— entre todos los posibles elementos de la consciencia por una parte, y por otra ciertos otros elementos particulares, localizados en los centros cerebrales y nerviosos, sean auditivos, motores o de otra naturaleza. Si se puede considerar el lenguaje como "localizado" de manera definida en el cerebro, es sólo en ese sentido general y sin mucho interés en que se puede decir que están "en el cerebro" todos los aspectos de la consciencia, todo interés humano y toda actividad humana. Por consiguiente, no tenemos más remedio que aceptar el lenguaje como un sistema funcional plenamente formado dentro de la constitución psíquica o "espiritual" del hombre. No podemos definirlo como una entidad en términos puramente psicofísicos, por más que la base psico-física sea esencial para su funcionamiento en el individuo.

Por supuesto que, desde el punto de vista del fisiólogo o del psicólogo, estamos haciendo una abstracción injustificable cuando así nos proponemos estudiar el tema del lenguaje sin una constante y explícita referencia a la base psico-física. No obstante, semejante abstracción es justificable. Podemos discurrir con buen provecho acerca de la intención, la forma y la historia del habla, de la misma manera, exactamente, como discurrimos acerca de la naturaleza de cualquier otra fase de la cultura humana —el arte o la religión, por ejemplo—, esto es, como una entidad institucional o cultural, dejando a un lado los mecanismos orgánicos y psicológicos por ser cosas obvias y sin interés para nuestro objeto. En consecuencia, debe quedar claro, de una vez por todas, que esta introducción al estudio del habla

no se ocupa de esos aspectos de la fisiología y de la psicología fisiológica que están en los cimientos del lenguaje. No vamos a hacer el estudio de la génesis y el modo de obrar de un mecanismo concreto, sino una investigación acerca de la función y la forma de esos sistemas arbitrarios de simbolismo que conocemos con el nombre de idiomas.

Ya he indicado que la esencia del lenguaje consiste en el hecho de tomar sonidos convencionales, articulados de manera voluntaria, o sus equivalentes, como representantes de los diversos elementos de la experiencia. La palabra *house* ['casa'] no es un hecho lingüístico si por él se entiende simplemente el efecto acústico que sobre el oído producen las consonantes y vocales que constituyen dicha palabra, pronunciadas en determinado orden; tampoco es un hecho lingüístico a causa de los procesos motores y de las sensaciones táctiles que intervienen en la articulación de la palabra; ni a causa de la percepción visual por parte de quien escucha esa articulación; ni a causa de la percepción visual de la palabra *house* en una página manuscrita o impresa; ni a causa de los procesos motores y sensaciones táctiles que entran en juego para escribir la palabra; ni, finalmente, a causa de la memoria de alguna de estas experiencias o de todas ellas. La palabra *house* sólo es un hecho lingüístico cuando todas estas experiencias combinadas, y tal vez otras que no hemos mencionado, se asocian automáticamente con la imagen de una casa: entonces comienzan a adquirir la naturaleza de un símbolo, de una palabra, de un elemento del lenguaje. Pero no es suficiente todavía el simple hecho de semejante asociación. Puede ser que alguna vez oigamos una palabra cualquiera, proferida en una casa determinada en circunstancias tan impresionantes, que nunca, desde ese momento, vuelva a nuestra consciencia la imagen de la casa sin que al mismo tiempo se haga presente aquella palabra, y viceversa. Este tipo de asociación no constituye el lenguaje. La asociación a que nos referimos debe ser puramente simbólica; dicho de otra manera, la palabra debe denotar la imagen,

debe rotularla, y no debe tener otra función que la de un paralelo suyo en otro plano, y a ese paralelo podemos acudir cada vez que sea necesario o conveniente. Semejante asociación, que es voluntaria y en un sentido arbitraria, exige un notable ejercicio de atención consciente, por lo menos en el comienzo, ya que el hábito no tarda en hacer esta asociación tan automática como muchas otras, y más rápida.

Pero quizá hemos avanzado con demasiada velocidad. Si el símbolo *house* —sea una experiencia o imagen auditiva, motora o visual— no se refiriera más que a la sola imagen de una casa determinada, vista en una sola ocasión, una crítica indulgente podría quizá darle el nombre de elemento del lenguaje; sin embargo, es evidente desde el principio que un lenguaje constituido en esa forma tendría un valor muy escaso, o nulo, para las finalidades de la comunicación. El mundo de nuestras experiencias necesita ser simplificado y generalizado enormemente para que sea posible llevar a cabo un inventario simbólico de todas nuestras experiencias de cosas y relaciones; y ese inventario es indispensable si queremos comunicar ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos rotuladores de nuestras experiencias tienen que asociarse, pues, con grupos enteros, con clases bien definidas de experiencia, y no propiamente con las experiencias aisladas en sí mismas. Sólo de esa manera es posible la comunicación; pues la experiencia aislada no radica más que en una consciencia individual y, hablando en términos estrictos, es incomunicable. Para que sea comunicada, necesita relacionarse con una categoría que la comunidad acepte tácitamente como una identidad. Así, la impresión particular que ha dejado en mí una casa determinada necesita identificarse con todas mis demás impresiones acerca de ella. Y además, mi memoria generalizada, o sea mi “noción” de esa casa debe fundirse con las nociones que se han formado acerca de la casa todos los individuos que la han visto. La experiencia particular que nos ha servido de punto de arranque se ha ensanchado ahora de tal manera, que puede abarcar todas las impresiones

o imágenes posibles que acerca de la casa en cuestión se han formado o pueden formarse seres sensibles. Esta primera simplificación de la experiencia se encuentra en la base de gran número de elemento del habla, los llamados nombres propios, o palabras que designan individuos u objetos individuales. Es, en lo esencial, el mismo tipo de simplificación que constituye el fundamento o el material bruto de la historia y del arte. Pero no podemos contentarnos con este procedimiento de reducción de algo que, como la experiencia, es infinito. Debemos llegar hasta la médula de las cosas, debemos poner en un solo montón, de manera más o menos arbitraria, masas enteras de experiencia, viendo en ellas un número bastante de semejanzas para que nos autoricen a considerarlas idénticas (lo cual es erróneo, pero útil para nuestro objeto). Esta casa y aquella otra casa y miles de otros fenómenos de carácter análogo se aceptan así en cuanto tienen un número suficiente de rasgos comunes, a pesar de las grandes y palpables diferencias de detalle, y se clasifican bajo un mismo rótulo. En otras palabras, el elemento lingüístico *house* es, primordial y fundamentalmente, no el símbolo de una percepción aislada, ni siquiera de la noción de un objeto particular, sino de un "concepto", o, dicho en otra forma, de una cómoda envoltura de pensamientos en la cual están encerradas miles de experiencias distintas y que es capaz de contener muchos otros miles. Si los elementos significantes aislados del habla son los símbolos de conceptos, el caudal efectivo del habla puede interpretarse como un registro de la fijación de estos conceptos en sus relaciones mutuas.

Muchas veces se ha planteado la cuestión de si sería posible el pensamiento sin el habla y también la cuestión de si el habla y el pensamiento no serán otra cosa que dos facetas de un mismo proceso psíquico. La cuestión es tanto más difícil cuanto que se la ha rodeado de un seto espinoso de equívocos. En primer lugar, conviene observar que, independientemente de si el pensamiento exige o no exige el simbolismo (es decir, el habla), el caudal mismo del lenguaje no siem-

pre es un indicador de pensamiento. Hemos visto que el elemento lingüístico típico sirve de rótulo a un concepto. De ello no se sigue que los usos a que se destina el lenguaje sean siempre conceptuales, ni que lo sean de manera predominante. En la vida ordinaria no nos interesamos tanto por los conceptos en cuanto tales, sino más bien por particularidades concretas y relaciones determinadas. Por ejemplo, cuando digo *I had a good breakfast this morning* ['me desayuné muy bien esta mañana'], es evidente que no estoy sintiendo las congojas de un pensamiento laborioso, y que lo que tengo que comunicar a quien me escucha no pasa de ser un recuerdo placentero, traducido simbólicamente siguiendo los carriles de una expresión habitual. Cada uno de los elementos de mi frase define un concepto separado, o una relación conceptual separada, o las dos cosas juntas, pero la frase en sí misma no tiene la menor significación conceptual. Es más o menos como si un dinamo capaz de generar una corriente eléctrica suficiente para mover un ascensor fuera utilizado casi exclusivamente para alimentar el timbre de una puerta. Y el paralelo es más sugestivo de lo que podría parecer a primera vista. Se puede considerar el lenguaje como un instrumento capaz de responder a una enorme serie de empleos psíquicos. Su corriente no sólo va fluyendo paralela a la de los contenidos internos de la consciencia, sino que fluye paralela a ella en niveles distintos, que abarcan desde el estado mental en que dominan imágenes particulares hasta el estado en que los conceptos abstractos y sus relaciones mutuas son los únicos en que se enfoca la atención, lo cual suele llamarse razonamiento. Así, pues, lo único constante que hay en el lenguaje es su forma externa; su significado interior, su valor o intensidad psíquicos varían en gran medida de acuerdo con la atención o con el interés selectivo del espíritu, y asimismo —ocioso es decirlo— de acuerdo con el desarrollo general de la inteligencia. Desde el punto de vista del lenguaje, el pensamiento se puede definir como el más elevado de los contenidos latentes o potenciales del habla, el contenido a que podemos

llegar cuando nos esforzamos por adscribir a cada uno de los elementos del caudal lingüístico su pleno y absoluto valor conceptual. De aquí se sigue inmediatamente que el lenguaje y el pensamiento, en sentido estricto, no son coexistentes. A lo sumo, el lenguaje puede ser sólo la faceta exterior del pensamiento en el nivel más elevado, más generalizado, de la expresión simbólica. Para exponer nuestro punto de vista de manera algo distinta, el lenguaje es, por su origen, una función pre-racional. Se esfuerza humildemente por elevarse hasta el pensamiento que está latente en sus clasificaciones y en sus formas y que en algunas ocasiones puede distinguirse en ellas; pero no es, como suele afirmarse con tanta ingenuidad, el rótulo final que se coloca sobre el pensamiento ya elaborado.

La mayor parte de las personas, cuando se les pregunta si pueden pensar sin necesidad de palabras, contestarán probablemente: "Sí, pero no me resulta fácil hacerlo. De todos modos, sé que es algo posible." ¡De manera que el lenguaje vendría a ser simple ropaje! Pero ¿y si el lenguaje no fuera ese ropaje, sino más bien una ruta, un carril preparado? Es muy probable, en realidad, que el lenguaje sea un instrumento destinado originalmente a empleos inferiores al plano conceptual, y que el pensamiento no haya surgido sino más tarde, como una interpretación refinada de su contenido. En otras palabras, el producto va creciendo al mismo tiempo que el instrumento, y quizá, en su génesis y en su práctica cotidiana, el pensamiento no sea concebible sin el lenguaje, de la misma manera que el razonamiento matemático no es practicable sin la palanca de un simbolismo matemático adecuado. Ciertamente nadie va a creer que hasta la más ardua proposición matemática depende estrechamente de un conjunto arbitrario de símbolos; pero es imposible suponer que la inteligencia humana sería capaz de concebir o de resolver semejante proposición sin la ayuda del simbolismo. Por lo que a él toca, el autor de este libro rechaza decididamente, como algo ilusorio, esa sensación que tantas personas creen experimentar, de que pueden

pensar, y hasta razonar, sin necesidad de palabras. La ilusión se debe seguramente a una serie de factores. El más simple de ellos es la incapacidad de distinguir entre la imagen y el pensamiento. En realidad, tan pronto como nos esforzamos por poner una imagen en relación consciente con otra, vemos que, sin darnos cuenta, estamos formando un silencioso fluir de palabras. El pensamiento podrá ser un dominio natural, separado del dominio artificial del habla, pero en todo caso el habla viene a ser el único camino conocido para llegar hasta el pensamiento. La ilusoria sensación de que el hombre puede prescindir del lenguaje cuando piensa tiene otra fuente todavía más fecunda, que es la frecuentísima incapacidad de comprender que el lenguaje no es la misma cosa que su simbolismo auditivo. El simbolismo auditivo puede ser sustituido, pieza tras pieza, por un simbolismo motor o por un simbolismo visual (por ejemplo, muchas personas pueden leer en un sentido puramente visual, esto es, sin el vínculo intermediario de un flujo interno de imágenes auditivas que correspondan a las palabras impresas o manuscritas), o bien por algún otro tipo de comunicación, más sutil y huido y menos fácil de definir. Así, pues, la pretensión de que se puede pensar sin necesidad de palabras, simplemente porque uno no se da cuenta de la coexistencia de imágenes auditivas, dista mucho de ser válida. Podemos ir todavía más lejos, y sospechar que, en algunos casos, la expresión simbólica del pensamiento sigue su ruta fuera de los límites de la inteligencia consciente, de manera que la sensación de un flujo de pensamiento libre y extra-lingüístico se justifica relativamente (pero sólo relativamente) para cierto tipo de inteligencia. Desde el punto de vista psico-físico, esto viene a significar que los centros auditivos del cerebro o los centros visuales o motores equivalentes, junto con los apropiados conductos de asociación, que son los equivalentes cerebrales del habla, son afectados de manera tan imperceptible durante el proceso del pensamiento, que no alcanzan a subir al plano de la consciencia. Éste sería un caso excep-

cional: el pensamiento cabalgando ligeramente sobre las crestas sumergidas del habla, en vez de trotar tranquilamente con ella, lado a lado. La psicología moderna nos ha mostrado la tremenda actividad que el simbolismo realiza en el espíritu inconsciente. Por lo tanto, ahora es más fácil de comprender que hace veinte años ³ cómo el pensamiento más intangible puede ser tan sólo la correspondencia consciente de un simbolismo lingüístico inconsciente.

Digamos todavía dos palabras acerca de la relación entre lenguaje y pensamiento. El punto de vista que hemos venido desarrollando no excluye de ningún modo la posibilidad de que el desenvolvimiento del habla dependa en muy alto grado del desarrollo del pensamiento. Podemos dar por sentado que el lenguaje ha surgido pre-racionalmente —de qué manera concreta y en qué nivel preciso de actividad mental es algo que no sabemos—, pero no debemos imaginar que un sistema bien desarrollado de símbolos lingüísticos haya podido elaborarse con anterioridad a la génesis de conceptos claramente definidos y a la utilización de los conceptos, o sea el pensamiento. Lo que debemos imaginar es más bien que los procesos del pensamiento entraron en juego, como una especie de afloramiento psíquico, casi en los comienzos de la expresión lingüística, y que el concepto, una vez definido, influyó necesariamente en la vida de su símbolo lingüístico, estimulando así el desarrollo del lenguaje. Este complejo proceso de la interacción entre el lenguaje y el pensamiento no es imaginario: seguimos viendo positivamente cómo se efectúa ante nuestros ojos mismos. Si el instrumento hace posible el producto, el producto, a su vez, refina al instrumento. Al nacimiento de un concepto nuevo precede, invariablemente, un empleo más o menos restringido o extenso del viejo material lingüístico; el concepto no adquiere vida individual e independiente sino cuando ha encontrado una envoltura lingüística. En la mayor parte de los casos, el nuevo símbolo no es más que

³ [La primera edición de este libro es de 1921.]

un objeto forjado a base de material lingüístico ya existente, según procedimientos elaborados por precedentes extraordinariamente despóticos. Tan pronto como la palabra queda lista, sentimos de manera instintiva, con una especie de suspiro de alivio, que también el concepto está listo para que lo manejemos. Mientras no poseamos el símbolo, no podremos sentir que tenemos en las manos la llave capaz de abrir el conocimiento o la comprensión inmediata del concepto. ¿Acaso estaríamos tan prontos a morir por la "libertad", a luchar por nuestros "ideales", si las palabras mismas no estuvieran resonando dentro de nosotros? Y la palabra, como sabemos, no es sólo una llave; puede ser también una traba.

El lenguaje es, primordialmente, un sistema auditivo de símbolos. En cuanto es articulado, es también un sistema motor, pero el aspecto motor del habla es, con toda evidencia, algo secundario en relación con el aspecto auditivo. En los individuos normales, el impulso a hablar toma forma, primero, en la esfera de las imágenes auditivas, y de ahí se transmite a los nervios motores por los cuales se gobiernan los órganos del habla. Sin embargo, los procesos motores y las sensaciones motoras que los acompañan no son la culminación, el punto final de descanso. Son tan sólo un instrumento, una palanca mediante la cual se provoca la percepción auditiva, tanto en el hablante como en el oyente. La comunicación, o sea el objeto mismo del lenguaje, no se lleva a cabo satisfactoriamente sino cuando las percepciones auditivas del oyente se traducen a una adecuada e intencional serie de imágenes o de pensamientos, o de las dos cosas combinadas. Por consiguiente, el ciclo del lenguaje, en la medida en que se le puede considerar como un instrumento puramente externo, comienza y acaba en el terreno de los sonidos. La concordancia entre las imágenes auditivas iniciales y las percepciones auditivas finales es como la sanción o la garantía social del satisfactorio resultado del proceso. Como ya hemos visto, el desarrollo típico de este proceso puede sufrir innumerables modificaciones o trans-

ferencias a sistemas equivalentes, sin perder por ello sus características formales esenciales.

La más importante de estas modificaciones es la abreviación que supone el proceso lingüístico durante el acto de pensar. Esta abreviación puede realizarse, indudablemente, en muchas formas, de acuerdo con las peculiaridades estructurales o funcionales de cada inteligencia. La forma menos modificada es esa que se llama "hablar consigo mismo" o "pensar en alta voz". El hablante y el oyente se confunden entonces en una sola persona, la cual, por así decirlo, se comunica consigo misma. De mayor importancia es la forma, todavía más abreviada, en que los sonidos del habla no se articulan en absoluto. A ella pertenecen todas las variedades de lenguaje silencioso y de pensamiento normal. Así, los únicos que a veces reciben una excitación son los centros auditivos; o bien, el impulso hacia la expresión lingüística puede comunicarse igualmente a los nervios motores que están en conexión con los órganos de la palabra, pero queda inhibido, ya sea en los músculos de estos órganos, ya en algún punto de los mismos nervios motores; o, si no, los centros auditivos pueden quizá ser afectados de modo muy ligero, si acaso llegan a serlo, y entonces el proceso del habla se manifiesta directamente en la esfera motora. Además de éstos existen sin duda otros tipos de abreviación. La excitación de los nervios motores es muy frecuente en el habla silenciosa, de la cual no resulta ninguna articulación audible o visible; ese hecho se demuestra por la conocida experiencia de la fatiga de los órganos del habla, sobre todo de la laringe, después de una lectura particularmente estimulante, o tras una intensa meditación.

Todas las modificaciones consideradas hasta aquí están absolutamente conformes al proceso típico del habla normal. De gran interés y de suma importancia es la posibilidad de transferir el sistema todo de simbolismo del habla a términos distintos de los que supone el proceso típico. Este proceso, como hemos visto, es una cuestión de sonidos y de movimientos cuya

finalidad es la producción de sonidos. El sentido de la vista no entra en juego. Pero supongamos que no sólo se oigan los sonidos articulados, sino que se vean las articulaciones mismas a medida que las va ejecutando el hablante. Es evidente entonces que, si uno puede adquirir un grado suficiente de destreza en la percepción de tales movimientos de los órganos del habla, queda abierto el camino para un nuevo tipo de simbolismo en que el sonido es reemplazado por la imagen visual de las articulaciones que corresponden al sonido. Este nuevo sistema no ofrece gran interés para la mayor parte de nosotros, porque ya estamos como encerrados dentro del sistema auditivo-motor; en el mejor de los casos, aquél sería simplemente una traducción imperfecta de éste, puesto que no todas las articulaciones son perceptibles para el ojo. Sin embargo, es muy bien conocido el excelente empleo que los sordomudos pueden hacer de la "lectura de los labios", que resulta así un medio subsidiario de captar el habla. El más importante de todos los simbolismos lingüísticos visuales es, por supuesto, el de la palabra manuscrita o impresa, al cual, desde el punto de vista de las funciones motoras, corresponde toda la serie de movimientos exquisitamente coordinados cuyo resultado es la acción de escribir, a mano o a máquina, o cualquier otro método gráfico de representar el habla. En estos nuevos tipos de simbolismo, el rasgo que es esencialmente importante para nuestro reconocimiento, sin contar el hecho de que ya no son productos secundarios del habla normal en sí misma, es que dentro del sistema cada uno de los elementos (letra o palabra escrita) corresponde a un elemento determinado (sonido o grupo de sonidos o palabra pronunciada) del sistema primario. Así, pues, el lenguaje escrito equivale, punto por punto, a ese modo inicial que es el lenguaje hablado. Las formas escritas son símbolos secundarios de las habladas —símbolos de símbolos—; y es tan estrecha la correspondencia, que no sólo en teoría, sino también en la práctica de ciertas personas acostumbradas a la lectura puramente visual, y tal vez en ciertos tipos

de pensamiento, las formas escritas pueden sustituir del todo a las formas habladas. Sin embargo, es probable que las asociaciones auditivo-motoras estén siempre cuando menos latentes, esto es, que entren en juego de manera inconsciente. Aun aquellos que leen o piensan sin el más ligero empleo de imágenes sonoras, dependen, en última instancia, de esas imágenes. Están manejando simplemente el medio circulante, la moneda de los símbolos visuales, como un cómodo sustituto de las mercancías y servicios de los símbolos auditivos fundamentales.

Las posibilidades de transferencia lingüística son ilimitadas. Un ejemplo de todos conocido es el alfabeto Morse empleado en el telégrafo, en el cual las letras del lenguaje escrito están representadas por una serie, convencionalmente establecida, de golpes más o menos largos. Aquí la transferencia se lleva a cabo a partir de la palabra escrita y no directamente a partir de los sonidos del lenguaje hablado. En otras palabras, la letra del código telegráfico es el símbolo del símbolo de un símbolo. Por supuesto que de ello no se sigue, en modo alguno, que, para llegar a comprender un mensaje telegráfico, el operador experimentado tenga necesidad de transponer una serie dada de golpecitos a una imagen visual a fin de captar su imagen auditiva normal. El método preciso de descifrar el lenguaje transmitido por vía telegráfica varía muchísimo, como es natural, de acuerdo, con los individuos. Hasta es concebible, aunque no muy probable, que ciertos telegrafistas puedan llegar a tal grado de experiencia, que aprendan a pensar, sin más, bajo la forma de un simbolismo auditivo de golpeteo; esto no repugna, por lo menos en lo que se refiere a la parte estrictamente consciente del proceso de pensamiento; o bien, en el caso de telegrafistas dotados de una fuerte tendencia al simbolismo motor, es posible que piensen bajo la forma del simbolismo táctil que se desarrolla en la transmisión de mensajes telegráficos.

Hay todavía otro interesante grupo de transferencias: el de los diferentes lenguajes de señas, desarrolla-

dos para uso de los sordomudos, o de los monjes trapenses que han hecho voto de perpetuo silencio, o que suelen emplear las personas que pueden verse mutuamente, pero que están demasiado lejos entre sí para poder escucharse. Algunos de estos sistemas equivalen punto por punto al sistema normal del habla; otros, como el simbolismo de ademanes empleado por los militares o el lenguaje de señas que utilizan los indios de las llanuras en los Estados Unidos (lenguaje comprendido por tribus que hablan idiomas muy distintos), son transferencias imperfectas, que se limitan a expresar aquellos elementos rudimentarios del lenguaje que son un mínimo indispensable bajo circunstancias excepcionales. Se puede alegar que en estos últimos simbolismos —como también en otros simbolismos todavía más imperfectos, por ejemplo los empleados en el mar o en los bosques— el lenguaje ya no desempeña propiamente ningún papel, sino que las ideas se transmiten de manera directa por un proceso simbólico que nada tiene que ver con él, o por medio de un mimetismo cuasi-instintivo. Pero semejante interpretación sería errónea. La inteligibilidad de estos vagos simbolismos no puede deberse sino a su traslado automático y silencioso a los términos de un lenguaje mejor conformado.

De lo anterior tendremos que concluir que toda comunicación voluntaria de ideas, prescindiendo del habla normal, es una transferencia, directa o indirecta, del simbolismo típico del lenguaje hablado u oído, o que, cuando menos, supone la intervención de un simbolismo auténticamente lingüístico. Es éste un hecho de suma importancia. Las imágenes auditivas y las imágenes motoras (relacionadas con las auditivas) que determinan la articulación de los sonidos, son la fuente histórica de todo lenguaje y de todo pensamiento; podrán ser muy apartados los atajos por los cuales sigamos este proceso, pero la conclusión será la misma. Y he aquí otro punto, de importancia mayor todavía. La facilidad con que el simbolismo lingüístico puede transferirse de un sentido a otro, de una técnica a

otra, nos está indicando por sí sola que los sonidos del habla, en cuanto tales, no son el hecho esencial del lenguaje, sino que éste consiste más propiamente en la clasificación, en la fijación de formas y en el establecimiento de relaciones entre los conceptos. Repitémoslo una vez más: el lenguaje, en cuanto estructura, constituye en su cara interior el molde del pensamiento. Este lenguaje abstracto, y no propiamente los hechos físicos del habla, es lo que va a ocuparnos en nuestro estudio.

Entre los hechos generales relativos al lenguaje, no hay uno que nos impresione tanto como su universalidad. Podrá haber discusiones en cuanto a si las actividades que se realizan en una tribu determinada son merecedoras del nombre de religión o de arte, pero no tenemos noticias de un solo pueblo que carezca de lenguaje bien desarrollado. El más atrasado de los bosquimanos de Sudáfrica se expresa en las formas de un rico sistema simbólico que, en lo esencial, se puede comparar perfectamente con el habla de un francés culto. No hay para qué decir que los conceptos más abstractos no se hallan representados tan abundantemente, ni con mucho, en la lengua del salvaje; y ésta carece asimismo de esa riqueza de vocabulario y de esa exquisita matización de conceptos que caracterizan a las culturas más elevadas. Sin embargo, esta especie de desenvolvimiento lingüístico que va corriendo paralelamente al desarrollo histórico de la cultura, y que en sus etapas más avanzadas asociamos con la literatura, no pasa de ser algo superficial. La armazón básica del lenguaje, la constitución de un sistema fonético bien definido, la asociación concreta de los elementos lingüísticos con los conceptos y la capacidad de atender con eficacia a la expresión formal de cualquier clase de relaciones, todas estas cosas las encontramos perfeccionadas y sistematizadas rígidamente en cada uno de los idiomas que conocemos. Muchas lenguas primitivas poseen una riqueza de formas, una latente exuberancia de expresión que eclipsan cuantos recursos poseen los idiomas de la civilización moderna. **Hasta en**

el simple terreno del inventario léxico de una lengua, el profano tiene que estar preparado para las más extrañas sorpresas. Las opiniones que suele tener la gente en cuanto a la extrema pobreza de expresión a que están condenadas las lenguas primitivas son puras fábulas. La increíble diversidad del habla es un hecho casi tan impresionante como su universalidad. Quienes hemos estudiado francés o alemán, o, mejor aún, latín o griego, sabemos en qué formas tan variadas puede expresarse un pensamiento. No obstante, las divergencias formales entre el plano inglés y el plano latino son relativamente desdeñables en comparación de lo que sabemos de moldes lingüísticos más exóticos. La universalidad y la diversidad del habla nos llevan a una deducción muy importante. Sin entrar en la cuestión de si todas las formas de habla se desprenden históricamente o no de una sola forma prístina, debemos convenir en que el lenguaje es una herencia antiquísima del género humano. Es dudoso que alguna otra posesión cultural del hombre, sea el arte de hacer brotar el fuego o el de tallar la piedra, pueda ufanarse de mayor antigüedad. Yo me inclino a creer que el lenguaje es anterior aun a las manifestaciones más rudimentarias de la cultura material, y que en realidad estas manifestaciones no se hicieron posibles, hablando estrictamente, sino cuando el lenguaje, instrumento de la expresión y de la significación, hubo tomado alguna forma.

II

LOS ELEMENTOS DEL HABLA

Nos HEMOS referido en más de una ocasión a los “elementos del habla”, entendiendo por esta expresión, en términos generales, lo que se conoce con el nombre de “palabras”. Ahora debemos considerar más de cerca estos elementos y familiarizarnos con la materia prima del lenguaje. El más sencillo de los elementos del habla —y por “habla” entenderemos en lo sucesivo el sistema auditivo del simbolismo lingüístico, el conjunto de palabras habladas— es el sonido aislado, aunque, según veremos más adelante, el sonido no es en sí mismo una estructura simple, sino el resultado de una serie de adaptaciones independientes, pero estrechamente relacionadas, que se realizan en los órganos del habla. Y sin embargo, hablando en sentido estricto, el sonido aislado no es en modo alguno un elemento del habla, pues el habla es una función significativa, y el sonido en cuanto tal no tiene ningún significado. Sucede algunas veces que el sonido aislado es un elemento dotado de significación independiente (como en francés a ‘tiene’ y à ‘a’, o en latín i, imperativo de “ir”),¹ pero tales casos son coincidencias fortuitas entre sonido aislado y palabra significativa. La coincidencia suele ser fortuita no sólo en teoría, sino también atendiendo al hecho histórico mismo: así, los ejemplos citados no son sino formas reducidas de grupos fonéticos que en su origen eran más complejos (latín *habet* y *ad*, e indoeuropeo *ei*, respectivamente).² Si el lenguaje es un edificio y si los elementos significantes del lenguaje son los ladrillos de que está hecho el edificio, entonces los sonidos del habla no pueden compararse sino con el barro, todavía sin modelar y sin cocer, con el cual se fabrican los ladrillos. En el presente capítulo no ten-

¹ [Y en español todas las vocales: a como preposición y o (u), y (e) como conjunciones.]

² [Y en el caso del español, latín *ad*, *et* y *aut*.]—

dremos que ocuparnos para nada de los sonidos en cuanto sonidos.

Los verdaderos elementos del lenguaje, los elementos significantes, son por lo general series de sonidos que constituyen palabras, o partes significantes de palabras, o bien grupos de palabras. Lo que distingue entre sí a estos elementos es que cada uno de ellos resulta el signo externo de una idea determinada, ya sea un concepto único (o una imagen única), ya cierto número de conceptos (o de imágenes) claramente conectados y que forman un todo. Algunas veces la palabra aislada podrá ser el elemento signifiicante más sencillo de que tendremos que ocuparnos. Pero otras veces no será así. Cada una de estas palabras inglesas: *sing* ['cantar'], *sings* ['(él) canta'], *singing* ['cantando'], *singer* ['cantante'] expresa una idea bien definida e inteligible, aunque la idea esté desconectada y, funcionalmente, carezca por lo tanto de valor práctico. No hace falta pensar mucho para reconocer que estas palabras pertenecen a dos categorías. La primera, *sing*, es una entidad fonética indivisible que expresa la idea de cierta actividad concreta. Todas las otras palabras encierran la misma idea fundamental, pero, debido a la adición de otros elementos fonéticos, esta idea va recibiendo cambios particulares que la modifican o la definen de manera más precisa. Representan, en cierto sentido, conceptos compuestos que han brotado del fundamental. Por consiguiente, podemos analizar las palabras *sings*, *singing* y *singer* como expresiones binarias que encierran un concepto fundamental o de contenido general (*sing*) y un nuevo concepto de categoría más abstracta: concepto de persona, de número, de tiempo, de condición, de función, o de varias de estas cosas a la vez.

Si simbolizamos un término como este *sing* por el signo algebraico *A*, deberemos simbolizar los términos *sings* y *singer* por la fórmula $A + b$.³ El elemento *A* puede ser una palabra completa e independiente

³ Reservaremos las mayúsculas para los elementos radicales.

(sing), o bien la sustancia fundamental, la llamada raíz⁴ o "elemento radical" (sing-) de una palabra. El elemento *b* (-s, -ing, -er) indica un concepto subsidario y, por regla general, más abstracto; en el sentido más lato de la palabra "forma", impone al concepto fundamental una limitación formal. Podemos llamarlo "elemento gramatical" o afijo. Como más adelante veremos, el elemento gramatical —o incremento gramatical, como sería mejor decir— no necesita forzosamente estar agregado como sufijo al elemento radical. Puede ser un elemento colocado como prefijo, como el *un-* de *unsingable* ['incantable'], o puede estar metido como infijo en el cuerpo mismo de la raíz, como la *-n-* del latín *vinco* 'yo venzo' que falta en *vici* 'yo vencí'; además, puede ser una repetición completa o parcial de la raíz, o consistir en alguna modificación de la forma interna de la misma raíz: cambio de vocal, como en *sung* ['cantando'] y *song* ['(el) canto']; cambio de consonante, como en *dead* ['muerto'] y *death* ['muerte'], cambio de acento; abreviación. Todos y cada uno de estos tipos de elemento o modificación gramatical tienen la peculiaridad de que, en la mayoría de los casos, no pueden emplearse independientemente, sino que necesitan ir adheridos de algún modo al elemento radical, o soldados con éste, a fin de expresar una idea inteligible. Por lo tanto, sería mejor cambiar nuestra fórmula, y en lugar de $A + b$ hacerla $A + (b)$, empleando los paréntesis para simbolizar que el elemento encerrado en ellos es incapaz de sostenerse por sí solo. El elemento gramatical sólo puede existir a condición de asociarse con un elemento radical; y además, su significado concreto depende, por lo común, de la clase de elementos radicales con que vaya asociado. Por ejemplo, la *-s* del inglés *he hits* ['él golpea'] y la *-s* de *books* ['libros'] simbolizan dos ideas por completo distintas, simplemente porque *hit* y *book* pertenecen, en cuanto a su función, a categorías muy diferentes.

⁴ Esta palabra no se emplea aquí en un sentido estrictamente técnico.

Sin embargo, debemos apresurarnos a observar que si el elemento radical, en ciertas ocasiones, puede identificarse con la palabra, ello no quiere decir que pueda emplearse siempre, ni aun habitualmente, como una palabra. Por ejemplo, el *hort-* 'huerto' que aparece en las formas latinas *hortus*, *horti* y *horto* es una abstracción tan completa como el *-ing* de *singing*, aunque es cierto que *hort-* ofrece un significado mucho más fácil de captar. Ni *hort-* ni *-ing* existen en cuanto elementos lingüísticos inteligibles y satisfactorios por sí solos. Así, pues, tanto el elemento radical como el elemento gramatical se obtienen únicamente por un proceso de abstracción. Parece más propio dejar la fórmula $A + (b)$ para simbolizar *sing-er*, y simbolizar *hort-us* con esta otra: $(A) + (b)$.

Hasta aquí, el primer elemento del habla del cual podemos decir que "existe" realmente, es la palabra. Sin embargo, antes de definirla, debemos considerar un poco más de cerca el tipo de palabra ejemplificado por *sing*. Bien mirado, ¿tendremos razón para identificar a *sing* con un elemento radical? ¿Representa en efecto una simple correspondencia entre concepto y expresión lingüística? Y ese elemento *sing-*, que hemos abstraído de *sings*, *singing* y *singer*, y al cual podemos atribuir, justificadamente, un valor conceptual general y siempre el mismo, ¿es en verdad el mismo hecho lingüístico que la palabra *sing*? Parecería casi absurdo dudar de ello, y sin embargo no hace falta más que un poquito de reflexión para convencernos de que la duda es muy legítima. De hecho, la palabra *sing* no puede emplearse en cualquier caso para denotar su propio contenido conceptual. Sin ir más lejos, la existencia de formas evidentemente relacionadas, como *sang* [pretérito de *to sing* 'cantar'] y *sung* ['cantado'], demuestra ya que *sing* no puede denotar un tiempo pasado, sino que, cuando menos en lo que toca a una parte importante de su uso, se limita al presente. Por otra parte, el empleo de *sing* como "infinitivo", en expresiones como *to sing* ['cantar'] y *he will sing* ['él cantará'], nos está indicando que la palabra *sing* tiene una marcada

tendencia a representar la amplitud total y sin trabas de un concepto dado. Ahora bien, si la palabra *sing*, en algún sentido adecuado, fuera la expresión fija del concepto intacto, no habría justificación para esas aberraciones vocálicas que hemos encontrado en *sang*, en *sung* y en *song*, ni tampoco se limitaría *sing* a denotar tiempo presente para todas las personas, excepto la tercera de singular (*sings*).

Lo que ocurre en realidad es que *sing* es una palabra entre dos luces, una forma que titubea entre la condición de un verdadero elemento radical y la de una palabra modificada del tipo de *singing*. Aunque ningún signo externo nos haga ver que *sing* expresa algo más que una idea general, sentimos como que hay a su alrededor una fluctuante niebla de valor adicional. Así, pues, la simple fórmula *A* no parece ser su representación más adecuada, y es mejor pensar en esta otra: $A + (0)$. Se podría considerar que *sing* pertenece al tipo $A + (b)$, pero con esta reserva: que *(b)* ha desaparecido. Este modo de "sentir" la palabra dista mucho de ser caprichoso, pues existen pruebas históricas irrefutables que demuestran que *sing* es, en su origen, varias palabras distintas, del tipo $A + (b)$, que han reunido en uno solo sus valores respectivos. La porción *(b)* de cada una de ellas ha desaparecido en cuanto elemento fonético tangible; sin embargo, su fuerza subsiste en forma debilitada. El *sing* de *I sing* ['yo canto'] corresponde al anglosajón *singe*; el infinitivo *sing*, a *singan*; el imperativo *sing*, a *sing*. A partir de la alteración de las formas inglesas que se inició más o menos hacia la época de la conquista normanda, la lengua inglesa ha venido esforzándose por crear palabras-conceptos muy sencillas, no complicadas por connotaciones formales, pero todavía no ha logrado realizar su propósito, con excepción, tal vez, de algunos adverbios aislados y de otros elementos de la misma especie. Si la típica palabra inanalizable del lenguaje fuera en efecto una pura palabra-concepto —del tipo *A*—, en vez de ser un curioso tipo de transición —el que hemos simbolizado por $A + (0)$ —, entonces las palabras co-

mo *sing*, *work*, *house* y otros miles más se podrían comparar con las auténticas palabras-raíces de otras muchas lenguas.⁵ Tomemos, al acaso una verdadera palabra-raíz: la palabra *nootka*⁶ *hamot*, que significa 'hueso'. La palabra inglesa correspondiente no se puede comparar con ella sino de manera muy superficial. *Hamot* significa 'hueso' en un sentido enteramente indefinido; a la palabra inglesa va adherida la idea de singularidad. El indio *nootka* puede expresar la idea de pluralidad, si así lo desea (tiene para ello varias maneras), pero no necesita hacerlo forzosamente; *hamot* puede servir lo mismo para el singular que para el plural, cuando no hay algún interés especial en marcar la distinción. La persona de habla inglesa que dice *bone* (prescindiendo del empleo secundario de esta palabra para denotar un material) no está especificando simplemente la naturaleza del objeto, sino que, quiéralo o no, está dando a entender que sólo uno de esos objetos entra en consideración. Y en este incremento de valor radica toda la diferencia.

Conocemos ahora cuatro distintos tipos formales de palabras: tipo A (*nootka hamot*), tipo A + (0) (inglés *sing*, *bone*), tipo A + (b) (inglés *singing*) y tipo (A) + (b) (latín *hortus*). Un solo tipo, además de éstos, es fundamentalmente posible: A + B, la unión de dos (o más) elementos radicales de individualidad independiente en un solo término. Ejemplos de este tipo de palabras serían el compuesto inglés *fire-engine* ['bomba para incendios'], [el español *pez-espada*] o una forma del idioma *sioux* que se traduciría al inglés por *eat-stand* y que significa 'comer estando de pie'. Sin embargo, a menudo sucede que uno de los elementos radicales viene a quedar tan subordinado al otro desde el punto de vista funcional, que adopta en realidad el

⁵ Aquí no nos ocupamos del carácter aislante general que tienen ciertos idiomas, como el chino (véase el capítulo vi). Las palabras-raíces pueden aparecer (y aparecen en efecto) en los idiomas más diversos, muchos de ellos sumamente complejos.

⁶ Lengua hablada por algunas de las tribus indias de la isla de Vancouver.

carácter de un elemento gramatical. Podemos simbolizar esto con la fórmula $A + b$, tipo que, por pérdida de conexión externa entre el elemento subordinado b y el elemento independiente B , puede caer gradualmente en el tipo $A + (b)$, mucho más común. Una palabra como *beautiful* ['hermoso'; 'lleno de hermosura', si se atiende a sus elementos] es un ejemplo del tipo $A + b$, pues el *-ful* conserva todavía la huella de su origen. Una palabra como *homely* ['casero, ordinario'], en cambio, pertenece claramente al tipo $A + (b)$, pues nadie, excepto un lingüista, puede saber la conexión que hay entre ese *-ly* y la palabra independiente *like* ['semejante'].

Por supuesto que, en el uso normal, estos cinco (o seis) tipos fundamentales pueden complicarse indefinidamente de muchas maneras. El (0) puede tener un valor múltiple; o, dicho de otro modo, la modificación formal inherente a la idea fundamental de la palabra puede afectar a más de una categoría. Por ejemplo, en la palabra latina *cor* 'corazón' no sólo se expresa un concepto concreto, sino que a esa forma, que en realidad es más breve que su propio elemento radical (*cord-*), van adheridos tres conceptos formales distintos, aunque íntimamente entrelazados: el de número (singular), el de género (neutro) y el de caso (subjeto-objetivo). En consecuencia, la fórmula gramatical completa para *cor* es $A + (0) + (0) + (0)$, aunque la fórmula puramente externa, la fórmula fonética, sería (A) —, donde (A) indica la "raíz" *cord-*, y el signo menos una pérdida de material. Lo que hay de notable en una palabra como *cor* es que las tres limitaciones conceptuales que hemos mencionado no se expresan simplemente por implicación cuando la palabra viene a tomar su lugar en una frase, sino que están fundidas, y para siempre, con las entrañas mismas de la palabra, y ninguna posibilidad de empleo las puede eliminar.

Otras complicaciones resultan de una proliferación de las partes. En una palabra dada puede haber varios elementos de la categoría A (ya hemos simbolizado

esto por el tipo $A + B$), de la categoría (A), de la categoría b y de la categoría (b). Por último, los diversos tipos pueden combinarse unos con otros de maneras infinitas. Un idioma relativamente sencillo, como el inglés —y aun el latín— no puede ilustrar sino unas cuantas de estas posibilidades teóricas. Pero si para tomar nuestros ejemplos acudimos al vasto almacén del lenguaje, lo mismo a los idiomas exóticos que a aquellos con los cuales estamos más familiarizados, encontraremos que apenas habrá una posibilidad que no se cumpla en el uso real. Un ejemplo bastará para ilustrar miles de casos, y un tipo complejo para centenares de tipos posibles. Lo tomo del paiute, idioma que hablan los indios de las mesetas áridas del Sudoeste de Utah. La palabra *wii-to-kuchum-punku-rügani-yugwi-va-ntü-m(ü)*⁷ es de una longitud desacostumbrada, aun dentro del paiute, pero no por ello es una monstruosidad psicológica. Significa 'los que van a sentarse para destazar con un cuchillo una vaca negra (o un buey negro)', o, atendiendo al orden de los elementos indios, 'cuchillo-negro-búfalo-domesticado-destazar-siéntanse-futuro-participio-plural de ser animado'. La fórmula correspondiente a esta palabra, según nuestro simbolismo, sería $(F) + E + C + d + A + B + (g) + (h) + (i) + (0)$. Es el plural del participio futuro de un verbo compuesto que significa 'sentarse y destazar', o sea $A + B$. Los elementos (g) —que expresa la idea de futuro—, (h) —que es un sufijo participial— e (i) —que indica un plural de ser animado— son elementos gramaticales que, separados de una palabra, no expresan ninguna idea. Con la fórmula (0) queremos dar a entender que, además de lo que de manera definida se expresa, la palabra completa denota una nueva idea de relación, o sea la idea de subjetividad; en otras palabras, la forma citada sólo puede emplearse como sujeto de una oración,

⁷ En este y otros ejemplos tomados de lenguas exóticas me veo obligado, por consideraciones prácticas, a simplificar las formas fonéticas verdaderas. Esto no tiene mucha importancia, pues lo que nos interesa son las formas en cuanto tales, no el contenido fonético.

no en una relación objetiva o de otra especie sintáctica. El elemento radical *A* ('destazar'), antes de entrar en combinación con el elemento coordinado *B* ('sentarse'), se compone a su vez de dos elementos (o grupos de elementos) nominales, que son, primero, una raíz (*F*) ('cuchillo'), empleada de manera instrumental, que puede usarse perfectamente como elemento radical de formas sustantivas, pero no como sustantivo absoluto en la forma que hemos dado, y, segundo, un grupo (*E*) + *C* + *d* ('vaca o buey negros'), empleado de manera objetiva. Este último consta, a su vez, de dos partes, que son: un elemento radical adjetivo (*E*) ('negro'), el cual no puede emplearse de manera independiente (la idea absoluta de 'negro' sólo puede expresarse mediante el participio de un verbo que significa 'ser negro'), y el sustantivo compuesto *C* + *d* ('búfalo domesticado'). El elemento radical *C* significa propiamente 'búfalo', pero el elemento *d*, sustantivo que se da de manera independiente y que significa 'caballo' (primitivamente 'perro' o 'animal doméstico' en general), se usa por lo común como elemento cuasi-subordinado que indica que el animal denotado por la raíz *a* la cual se adhiere es propiedad de un ser humano. Se observará que todo este complejo (*F*) + (*E*) + *C* + *d* + *A* + *B* no pasa de ser, desde el punto de vista funcional, una base verbal correspondiente al *sing-* de una forma inglesa como *singing*; que este complejo conserva su calidad verbal en virtud de la adición del elemento temporal (*g*) —este (*g*), dicho sea de paso, debe entenderse como algo referido no únicamente a *B*, sino a todo el complejo básico en cuanto unidad—; y que los elementos (*h*) + (*i*) + (*0*) transforman la expresión verbal en un sustantivo bien definido desde el punto de vista formal.

Pero ya es hora de decidir qué cosa es exactamente lo que se entiende por una palabra. Nuestro primer impulso hubiera sido, sin duda, definir la palabra como el correspondiente simbólico, lingüístico, de un concepto único. Pero ahora sabemos que semejante definición es imposible. En realidad, no hay manera de dar una

definición de la palabra desde el punto de vista funcional, pues la palabra puede ser muchísimas cosas, desde la expresión de un concepto único —concreto, abstracto, o puramente “relacional” (como en *of* [‘de’], *by* [‘por’] o *and* [‘y’])— hasta la expresión de un pensamiento completo (como en la palabra latina *dico* ‘yo digo’, o bien, con mayores complicaciones de forma, en un verbo de la lengua *nootka* que significa ‘yo he estado acostumbrado a comer veinte objetos redondos [por ejemplo manzanas] al mismo tiempo que me ocupo [en hacer esto o lo otro]’). En el último caso, la palabra viene a ser lo mismo que una oración entera. La palabra es simplemente una forma, una entidad moldeada de manera definida, que absorbe, del material conceptual del pensamiento íntegro, una parte mayor o menor, según se lo permita el genio del idioma de que se trata. Por eso es que los elementos radicales y los elementos gramaticales, esto es, los portadores de conceptos aislados, son susceptibles de comparación en todas las lenguas, mientras que las palabras completas no lo son. Elemento radical (o gramatical) y oración: tales son las unidades *funcionales* primarias del habla, la primera como un *mínimum* que se abstrae, la segunda como la estructuración estéticamente satisfactoria de un pensamiento unificado. Las verdaderas unidades *formales* del habla, o sean las palabras, pueden identificarse en algunas ocasiones como una u otra de las dos unidades funcionales; pero las más de las veces están a medio camino entre los dos extremos, pues al mismo tiempo encarnan en sí mismas una o más ideas radicales y una o más ideas subsidiarias. Podemos concretar todo esto en pocas palabras diciendo que los elementos radicales y gramaticales del lenguaje, abstracciones hechas a partir de las realidades del habla, responden al mundo conceptual de la ciencia, el cual es una abstracción hecha a partir de las realidades de la experiencia; y que la palabra, o sea la unidad existente del habla viva, responde a la unidad de la experiencia factualmente aprehendida, de la historia, del arte. La oración es el correspondiente, en el plano lógico, del pensamiento com-

pleto, pero sólo a condición de que se la sienta como constituída por los elementos radicales y gramaticales que acechan en los escondrijos de sus palabras. Es el correspondiente psicológico de la experiencia, del arte, cuando se la siente —y en circunstancias normales se la siente ciertamente de ese modo— como el juego acabado de una palabra con otra. Cuanto más interesados estemos en definir el pensamiento única y exclusivamente en cuanto pensamiento, tanto más inútil nos resultará para ese objeto la palabra. Así, pues, podemos comprender muy fácilmente por qué razones los especialistas en matemáticas y en lógica simbólica se ven forzados a prescindir de las palabras y a construir su pensamiento con ayuda de símbolos que, cada uno de por sí, tienen un valor rígidamente unitario.

Pero, se podrá objetar, ¿acaso la palabra no es una abstracción en el mismo sentido en que lo es el elemento radical? ¿Acaso no está sacada de la oración viva de manera tan arbitraria como de la palabra se saca el elemento conceptual mínimo? Algunos lingüistas, en efecto, han considerado la palabra en cuanto tal como una simple abstracción, aunque esto, en mi opinión, no tiene ningún fundamento sólido. Es verdad que en ciertos casos particulares, sobre todo en algunos de los idiomas sumamente sintéticos de la América aborigen, no siempre es fácil decir si un elemento determinado del lenguaje ha de interpretarse como palabra independiente o como parte de una palabra más extensa. Estos casos de transición nos ponen a veces, sin duda, en gran perplejidad, pero a pesar de todo no debilitan materialmente los argumentos de la validez psicológica de la palabra. La experiencia lingüística, tal como se expresa en la forma convencionalmente unificada —la forma escrita— y tal como se ejerce en el uso diario, nos está indicando con fuerza abrumadora que, por regla general, no existe la menor dificultad para llevar la palabra, en cuanto realidad psicológica, a la esfera de la conciencia. No podría desearse prueba más convincente que ésta: el indio ingenuo, sin la menor familiaridad con el concepto de la palabra escrita, no experimenta,

a pesar de ello, ninguna dificultad sería para dictarle a un lingüista, palabra por palabra, un texto cualquiera; tiende, como es natural, a ligar unas con otras las palabras, tal como lo hace en el habla común y corriente, pero si el lingüista lo invita a detenerse un momento y le hace entender qué cosa desea, puede aislar muy fácilmente las palabras unas de otras, repitiéndolas en cuanto unidades separadas. Casi siempre se niega, en cambio, a aislar el elemento radical o gramatical, pues dice que eso "no tiene sentido".⁸ Así, pues, ¿cuál es el criterio objetivo de la palabra? Demos por sentado que el hablante y el oyente sienten la palabra, pero ¿cómo justificar ese sentimiento? Si la función no es el criterio último de la palabra, ¿cuál es entonces?

Es más fácil formular esta pregunta que contestarla. Lo mejor que podemos hacer es decir que la palabra es uno de los pedacitos más pequeños, y completamente satisfactorios, de "significado" aislado en que se resuelve la oración. La palabra no puede fragmentarse sin que el sentido se trastorne; uno de los fragmentos en que la he-

⁸ Estas experiencias orales, que yo mismo he tenido no pocas veces al estudiar sobre el terreno mismo los idiomas de los indios norteamericanos, están confirmadas de manera muy clara por experiencias personales de otra índole. En dos ocasiones he enseñado a indios jóvenes e inteligentes a escribir su propia lengua de acuerdo con el sistema fonético de que yo me sirvo. Me he limitado a enseñarles de qué manera debían transcribir fielmente los sonidos en cuanto tales. Los dos muchachos se encontraron con ciertas dificultades para aprender a dividir una palabra en sus sonidos constituyentes, pero absolutamente ninguna para determinar las palabras. Esto último lo hicieron ambos con espontánea y completa fidelidad. En el texto manuscrito en *nootka* (de varios centenares de páginas) que obtuve así de uno de los jóvenes indios, las palabras, prácticamente sin excepción, están aisladas de la misma manera que yo o cualquier otro especialista en lingüística las hubiéramos aislado; y no sólo entidades abstractas indicadoras de una relación como el *that* ['que'] y el *but* ['pero'] ingleses, sino también palabras-frases complejas, como el ejemplo *nootka* arriba citado. Estas experiencias hechas con hablantes o "escribientes" ingenuos son argumentos mucho más serios en favor de la unidad definidamente plástica de la palabra que una andanada de razonamientos puramente teóricos.

mos dividido, o los dos, quedan en nuestras manos como residuos inútiles y desamparados. En la práctica, este criterio tan modesto presta mejores servicios de lo que pudiera suponerse. En una frase como *it is unthinkable* ['es impensable'], no hay manera de agrupar los elementos en forma diferente, con "palabras" distintas y más pequeñas que las tres indicadas. Pueden entresacarse de allí formas como *think* o *thinkable*, pero como ni *un-* ni *-able* ni *is-un* ofrecen un sentido más o menos satisfactorio, nos vemos obligados o dejar *unthinkable* como un todo íntegro, como una obrita de arte en miniatura. A menudo, pero no de manera invariable, ni mucho menos, se encuentran, añadidas al "sentimiento" de la palabra, ciertas características fonéticas externas. La principal de estas características es el acento. En muchos idiomas, quizá en la mayor parte, la palabra aislada va marcada por un acento unificador, una fuerza especial que se pone en una de las sílabas, a la cual se subordinan las demás. Este papel predominante, inútil es decirlo, puede corresponder a cualquiera de las sílabas de la palabra: la elección depende del genio particular de cada idioma. La importancia del acento como rasgo unificador de la palabra es evidente en ejemplos ingleses como *unthinkable* o como *characterizing*. La larga palabra *paute* que hemos analizado arriba constituye una rígida unidad fonética en virtud de varios factores, los más importantes de los cuales son el acento en su segunda sílaba (*wii-*, 'cuchillo') y la pronunciación borrosa (la "relajación", para emplear el término técnico de la fonética) de su vocal final (-*mü*, indicación de plural de un ser animado). El acento, la cadencia, el tratamiento de consonantes y vocales dentro del cuerpo de una palabra y otros factores análogos son a menudo muy útiles para la demarcación externa de la palabra, pero de ningún modo hay que interpretarlas, según suelen hacer algunos, como causantes por sí mismos de la existencia psicológica de la palabra. Lo único que hacen, a lo sumo, es robustecer un sentimiento de unidad que ya existe por razones distintas.

Hemos visto que la más importante de las unidades funcionales del habla, o sea la oración, tiene, al igual que la palabra, una existencia psicológica lo mismo que una existencia puramente lógica o “abstraída”. La definición de oración no es difícil. Es la expresión lingüística de una proposición. Intervienen en ella un sujeto del cual se afirma algo y la afirmación que se hace con respecto a ese sujeto. Sujeto y “predicado” pueden hallarse fundidos en una sola palabra, como en el latín *dico*, o pueden expresarse por separado, como en su equivalente inglés *I say* [‘yo digo’]; tanto el sujeto como el predicado pueden recibir adiciones diversas, de manera que resulten proposiciones complejas de muchas especies. Poco importa cuántos de estos elementos calificativos (palabras o partes funcionales de palabras) se añadan a la oración: ésta seguirá conservando su unidad, con tal de que cada una de las cosas añadidas venga a caer en su lugar propio y contribuya a la mayor definición del sujeto de la frase o del núcleo del predicado.⁹ Una oración como *The mayor of New York is going to deliver a speech of welcome in French* [‘El alcalde de Nueva York va a pronunciar un discurso de bienvenida en francés’] se siente inmediatamente como una proposición bien unificada, que no admite una reducción mediante el traslado de algunos de sus elementos, en la forma que tienen, a la oración que precede o que sigue. Hay tres ideas aclaratorias —*of New York, of welcome, in French*— que pueden eliminarse sin menoscabo del flujo idiomático de la oración.

⁹ Las “oraciones coordinadas” como *I shall remain but you may go* [‘yo me quedaré, pero tú puedes irte’] no pueden considerarse sino muy dudosamente como proposiciones unificadas, como verdaderas oraciones. Son oraciones en un sentido estilístico, pero no si nos ponemos en el punto de vista lingüístico, que es estrictamente formal. El ejemplo citado puede escribirse en esta forma: *I shall remain. But you may go*, la cual está tan justificada intrínsecamente como esta otra: *I shall remain. Now you may go* [‘Yo me quedaré. Ahora tú puedes irte’]. Entre las dos primeras proposiciones se siente una conexión más estrecha que entre las dos últimas, y ello da lugar a una representación visual convencional que no debe engañar al espíritu analítico.

The mayor is going to deliver a speech es una proposición perfectamente inteligible. Pero no podemos ir más allá en el proceso de reducción. No podemos decir, por ejemplo, *Mayor is going to deliver*.¹⁰ La frase, según ha quedado reducida, se resuelve en dos partes: sujeto de la oración (*the mayor*) y predicado (*is going to deliver a speech*). Se suele decir que el verdadero sujeto de una oración como ésta es *mayor* a secas, que el verdadero predicado es *is going* y aun *is*, y que los demás elementos son estrictamente subordinados. Sin embargo, semejante modo de analizar la oración es muy esquemático, y carece de valor psicológico. Es mucho mejor reconocer con toda franqueza el hecho de que muy a menudo no es posible expresar alguno de los términos de la oración-proposición, o ninguno de los dos, mediante palabras aisladas. Existen idiomas que sí pueden expresar todo lo que está expresado por *The-mayor is-going-to-deliver-a-speech* mediante dos palabras, una palabra sujeto y una palabra predicado, pero el inglés no es un idioma tan sintético. Lo que realmente nos proponemos demostrar con todo esto es que, por debajo de la oración completa, existe una oración tipo, una oración viva, con características formales bien fijadas. Estos tipos fijos o cimientos de la oración en el terreno de la realidad pueden estar obstruidos por toda clase de materiales adicionales, tantos como la persona que habla o escribe tenga a bien poner, pero en sí mismos son algo tan rígidamente "dado" por la tradición como los elementos radicales y gramaticales que abstraemos de la palabra completa. A partir de estos elementos fundamentales pueden crearse conscientemente nuevas palabras, por analogía con las antiguas, pero es muy difícil que lleguen a crearse nuevos tipos de palabras. De la misma manera se están creando sin cesar nuevas oraciones, pero siempre de acuerdo con esquemas estrictamente tradicionales. Sin embargo, por regla general, la fase agrandada deja bastante libertad para el

¹⁰ Excepto, quizá, en un encabezado de periódico. Pero semejantes encabezados no son lenguaje sino por extensión.

empleo de lo que podemos llamar partes "no esenciales". Este margen de libertad es lo que hace posible un estilo individual.

La asociación habitual de elementos radicales, elementos gramaticales, palabras y oraciones con conceptos o grupos de conceptos que se relacionan en unidades más complejas es lo que constituye el hecho mismo del lenguaje. Es importante observar que en todas las lenguas existe cierta libertad de asociación. Por ejemplo, la idea de 'ocultar' puede expresarse en inglés no sólo mediante la palabra *hide*, sino también con la palabra *conceal*, y la idea de 'tres veces' con las palabras *three times* y *thrice*. Todo el mundo coincide en ver en esta expresión múltiple de un solo concepto una fuente de vigor y de variedad lingüística, no una inútil extravagancia. Más fastidiosa es una correspondencia anárquica entre idea y expresión lingüística en el terreno de los conceptos abstractos y de relación, sobre todo cuando el concepto se encarna en un elemento gramatical. Por ejemplo, yo me imagino que la anarquía de la expresión de pluralidad en palabras como *books* [plural de *book* 'libro'], *oxen* [plural de *ox* 'buey'], *sheep* [plural de *sheep* 'oveja'] y *geese* [plural de *goose* 'ganso'] se siente mucho más como una necesidad inevitable y tradicional que como una riqueza provechosa. Evidentemente, un idioma no puede llegar sino hasta cierto punto en esta clase de formas anárquicas. Es verdad que muchas lenguas llegan increíblemente lejos en tal respecto, pero la historia lingüística demuestra de manera concluyente que, tarde o temprano, las asociaciones que aparecen con menor frecuencia quedan eliminadas a expensas de las más vitales. En otras palabras, todos los idiomas tienen una tendencia inherente hacia la economía de la expresión. Si esta tendencia fuera enteramente inoperante, no existiría gramática. La existencia de la gramática, rasgo universal del lenguaje, no es sino la expresión generalizada del sentimiento de que conceptos y relaciones análogos se simbolizan de la manera más conveniente mediante formas análogas. Si alguna vez llegara a haber una lengua completamente "grama-

tical", sería una máquina perfectísima de expresión conceptual. Por desgracia —o por fortuna—, ningún idioma es tiránicamente coherente. Todas las gramáticas tienen sus escapes.

Hasta aquí hemos estado suponiendo que el material del lenguaje refleja simplemente el mundo de los conceptos, y también —sobre el plano que yo me he arriesgado a llamar "pre-racional"— el mundo de las imágenes, que son la materia prima de los conceptos. En otras palabras, hemos dado por supuesto que el lenguaje se mueve por completo en la esfera de la formación de ideas o del conocimiento. Es hora de que amplifiquemos nuestro cuadro. En el lenguaje se atiende también explícitamente, en cierta medida, al aspecto volitivo de la consciencia. Casi todas las lenguas poseen medios especiales para expresar órdenes (por ejemplo mediante las formas imperativas del verbo) y deseos, irrealizables o no realizados aún ("¡Ojalá viniera!", "¡Ojalá ya estuviera aquí!"). Las emociones, en su conjunto, parecen haber recibido un medio de expresión menos adecuado. Es verdad que, como proverbialmente se dice, la emoción tiende a expresarse en silencio. Casi todas las interjecciones, si es que no todas, tienen que ponerse en el renglón de la expresión emocional, y otro tanto hay que decir quizá de muchos elementos lingüísticos que expresan ciertas modalidades, por ejemplo las formas dubitativas o potenciales, que pueden interpretarse como reflejos de los estados afectivos de vacilación o de duda, es decir, de miedo atenuado. En términos generales, es preciso admitir que la ideación reina soberanamente en el lenguaje, y que la volición y la emoción están en él como factores secundarios. Lo cual, en resumidas cuentas, es perfectamente comprensible. El mundo de la imagen y del concepto, el cuadro interminable y siempre cambiante de la realidad objetiva es el tema forzoso de la comunicación humana, puesto que sólo dentro de ese mundo, o principalmente dentro de él, es posible la acción efectiva. El deseo, el propósito, la emoción son el color personal del mundo objetivo; son cosas que pone de su parte el alma

individual, y carecen relativamente de importancia para el prójimo. Pero esto no quiere decir que la volición y la emoción no se expresen. Hablando en sentido estricto, nunca están ausentes del habla normal, pero su expresión no es de índole auténticamente lingüística. Los matices de énfasis, de tono y de fraseo, la variable rapidez y continuidad de lo que se dice, los movimientos corporales que acompañan al discurso, todas estas cosas expresan algo de la vida interna de impulsos y sentimientos, pero como estos medios de expresión, en último análisis, no son sino formas modificadas de la expresión instintiva que el hombre comparte con los animales inferiores, no se les puede considerar como elementos de la concepción cultural esencial del lenguaje, por inseparables que sean de su vida real. Y esta expresión instintiva de la volición y de la emoción es suficiente en su mayor parte, y a menudo más que suficiente, para las finalidades de la comunicación.

Existen, es verdad, ciertos lingüistas especializados en la psicología del lenguaje¹¹ que niegan su carácter preponderantemente cognoscitivo, y que, por el contrario, tratan de demostrar que el origen de la mayor parte de los elementos lingüísticos está dentro del terreno del sentimiento. Confieso que me es imposible compartir sus ideas. Lo que hay de cierto en sus argumentos puede resumirse, a lo que creo, diciendo que la mayor parte de las palabras, como prácticamente todos los elementos de la consciencia, tienen un tono afectivo asociado con ellas, una huella leve, pero muy real, y a veces insidiosamente potente, dejada por el placer o el dolor. Sin embargo, por regla general, este tono afectivo no es un valor inherente a la palabra misma; es más bien una excrescencia sentimental en el verdadero cuerpo de la palabra, en su meollo conceptual. El tono afectivo no sólo puede cambiar de acuerdo con las épocas (lo cual, por supuesto, ocurre asimismo con el contenido conceptual), sino que varía notablemente de individuo a individuo según las aso-

11 Por ejemplo el brillante filólogo holandés Jac van Ginneken.

ciaciones personales de cada uno, y varía, desde luego, en la consciencia de un solo individuo de un momento a otro a medida que sus experiencias lo van modelando y a medida que cambia su estado de ánimo. Existen, por supuesto, tonos afectivos o categorías de tono afectivo que la sociedad sanciona para muchas palabras, por encima y más allá de la fuerza de la asociación individual, pero, en todo caso, éstas son cosas sumamente variables e imprecisas. Pocas veces tienen la rigidez del hecho central y primario. Por ejemplo, todos convenimos en que *storm* ['tormenta'], *tempest* ['tempestad'] y *hurricane* ['huracán'], prescindiendo de sus ligeras diferencias de significado real, poseen tonos afectivos diferentes, captados de manera más o menos equivalente por todos los hablantes o lectores de inglés que tengan alguna sensibilidad. Sentimos que *storm* es una palabra más general y decididamente menos "pomposa" que las otras dos; *tempest* no sólo se asocia con el mar, sino que es posible que, en muchos espíritus, tenga un brillo suavizado a causa de una asociación concreta con el gran drama de Shakespeare; *hurricane* es término mucho más directo que sus sinónimos, con connotación de cosa más horrible. Sin embargo, es seguro que los tonos afectivos individuales que matizan estas tres palabras varían enormemente. A algunos, *tempest* y *hurricane* podrán parecerles palabras "blandas", literarias, mientras que *storm*, más simple, tendrá para ellos un valor fuerte y áspero que las otras no poseen. Si en nuestra infancia hemos leído libros que hablan del Mar Caribe, es seguro que *hurricane* tendrá para nosotros un tono agradablemente vigoroso; y si hemos tenido la mala suerte de quedar cogidos por un huracán, no es muy remoto que sintamos la palabra como algo frío, lóbrego, siniestro.

Hablando estrictamente, los tonos afectivos de las palabras no son de ninguna utilidad para la ciencia; para el filósofo que desea llegar a la verdad y que no quiere tan sólo persuadir, son sus más insidiosos enemigos. Pero pocas veces está ocupado el hombre en la ciencia pura, en el pensamiento por sí mismo. Por lo

general sus actividades mentales están bañadas en una cálida corriente de sentimiento, y se vale de los tonos afectivos de las palabras como de dóciles instrumentos que le ayudan a llegar a la deseada excitación. Son, por supuesto, sumamente valiosos para el artista literario. Es interesante observar, sin embargo, que aun para el artista representan un peligro. Una palabra cuyo tono afectivo habitual está aceptado de manera demasiado unánime se transforma en una especie de comodín, en un *cliché*. A cada momento, el artista literario tiene que luchar contra el tono afectivo para que la palabra signifique lo que desnuda y conceptualmente tiene que significar, pues quiere que el efecto sentimental dependa de la fuerza creadora de una yuxtaposición individual de conceptos o imágenes.

III

LOS SONIDOS DEL LENGUAJE

HEMOS visto que la simple armazón fonética del habla no constituye el hecho interior del lenguaje, y que el sonido aislado del habla articulada no es de ningún modo, en cuanto tal, un elemento lingüístico. A pesar de ello, el habla está ligada tan inevitablemente con los sonidos y con su articulación, que no podemos menos de consagrar al tema de la fonética algunas consideraciones generales. La experiencia ha demostrado que ni los aspectos puramente formales de un idioma ni tampoco su historia pueden comprenderse de manera satisfactoria si no se hace referencia a los sonidos en que esa forma y esa historia están encarnadas. Un estudio detallado de la fonética sería en este libro demasiado técnico para el lector, y además no tendría sino una relación muy floja con nuestro tema principal, de manera que no justifica el espacio que para ello se necesitaría. Pero lo que sí podemos hacer es presentar algunos de los hechos e ideas más importantes a propósito de los sonidos del lenguaje.

Lo que el hablante medio siente acerca de su lengua es que está constituida, desde el punto de vista acústico, por una cantidad relativamente pequeña de sonidos diferentes, cada uno de los cuales se halla representado de manera bastante fiel, en el alfabeto corriente, por una letra o, en algunos casos, por dos o más letras alternativas. En cuanto a los idiomas extranjeros, siente por lo general que, prescindiendo de unas cuantas diferencias muy notables que no pueden escapar ni al oído menos ejercitado, los sonidos que los constituyen son los mismos que aquellos con los cuales está él familiarizado, pero que esos idiomas extranjeros poseen un misterioso "acento", cierto carácter fonético que no se analiza, que es independiente de los sonidos propiamente dichos, y que es lo que les da su aire de cosa extraña. Este sentimiento ingenuo es en gran parte

ilusorio, desde cualquier punto de vista. El análisis fonético nos demuestra que la cantidad de sonidos y de matices de sonidos claramente discernibles que emplean por lo común los hablantes de una lengua determinada es mucho mayor de lo que ellos mismos reconocen. De cada cien personas que hablan inglés no hay quizá una sola que sospeche siquiera que la *t* de una palabra como *sting* tiene un sonido completamente distinto del que tiene la *t* de *teem*, ya que en esta última palabra la *t* se pronuncia con una plenitud de "explosión" que en el primer caso está inhibida a causa de la *s* que precede; o que el sonido *ea* de la palabra *meat* tiene una duración perceptiblemente más breve que el que tiene ese mismo *ea* en la palabra *mead*; o que la *s* final de una palabra como *heads* no es el sonido lleno y zumbante que posee la *s* en una palabra como *please*. Es muy frecuente el caso de los extranjeros que, habiendo adquirido un dominio práctico del inglés y habiendo eliminado los errores fonéticos más groseros que siguen cometiendo otras personas menos cuidadosas, no logran, sin embargo, fijarse en esas distinciones de menor monta que contribuyen a dar a su pronunciación del inglés el "acento" curioso y difícil de precisar que de manera vaga todos sentimos. No diagnosticamos el "acento" como el efecto acústico total producido por una serie de errores fonéticos ligeros, pero concretos, por la sencilla razón de que nunca hemos redactado el inventario de nuestras propias existencias fonéticas. Si se comparan desde el punto de vista de sus sistemas fonéticos dos idiomas elegidos al azar, digamos el inglés y el ruso, lo más probable es que nos encontremos con que son poquísimos los elementos fonéticos de una de esas lenguas que tengan su correspondiente exacto en la otra. Por ejemplo, la *t* de una palabra rusa como *tam* 'allí' no es ni la *t* inglesa de *sting* ni la *t* inglesa de *teem*. Difiere de una y otra por su articulación "dental", en otras palabras, porque se produce mediante el contacto de la punta de la lengua con los incisivos superiores y no, como en inglés, mediante un contacto del dorso de la lengua con los alvéolos; y, por

otra parte, difiere asimismo de la *t* de *teem* por la ausencia de una "explosión" bien marcada antes de que a ella se adhiriera la vocal siguiente, de manera que su afecto acústico es de índole más precisa, más "metálica" que en inglés. Así también la *l* inglesa es desconocida en ruso, que posee, en cambio, dos sonidos diferentes de *l* que al hablante normal de inglés le parecerán difíciles de reproducir exactamente: una *l* "hueca", de naturaleza gutural, y una *l* "suave", palatalizada, que puede representarse en inglés, pero sólo de manera aproximada, con las letras *ly*. Hasta un sonido tan sencillo y, a lo que pudiera creerse, tan invariable como el de *m* es distinto en las dos lenguas. En una palabra rusa como *most* 'puente', la *m* no es la misma que la *m* de la palabra inglesa *most* ['lo más']: los labios se redondean más completamente durante la articulación, de manera que el sonido produce en el oído una impresión más pesada, más resonante. Inútil es decir que las vocales difieren por completo en inglés y en ruso: apenas habrá una que tenga el mismo valor en las dos lenguas.

Si me he metido en estos detalles ilustrativos, de escaso o nulo valor concreto para nosotros, ha sido únicamente para ofrecer algo así como un base experimental que pueda convencernos de la tremenda variabilidad de los sonidos del habla. Pero un inventario completo de los recursos acústicos de todas las lenguas europeas, las más cercanas a la inglesa, además de resultar increíblemente extenso, estaría aún muy lejos de darnos una idea exacta de la verdadera amplitud de la articulación humana. En muchas de la lenguas de Asia, África y la América aborígen existen clases enteras de sonidos de las cuales no tiene ninguna idea la mayoría de nosotros. Y no es que sean forzosamente más difíciles de pronunciar que los sonidos más familiares para nuestro oído: lo que sucede es sólo que requieren unas adaptaciones musculares de los órganos del habla a las cuales nunca nos hemos habituado. Se puede decir con toda certidumbre que el número total de sonidos posibles supera enormemente al de los que se

emplean en la realidad. Desde luego, un especialista en fonética dotado de alguna experiencia no tendría ninguna dificultad para inventar sonidos desconocidos para la investigación objetiva. Una de las razones por las cuales nos parece difícil creer que el ámbito de los sonidos posibles del habla sea indefinidamente extenso es nuestra costumbre de imaginarnos el sonido como una impresión simple, no susceptible de análisis, en vez de concebirlo como el resultado de cierto número de adaptaciones musculares diversas que se llevan a cabo simultáneamente. Un ligero cambio en cualquiera de estas adaptaciones nos da un sonido nuevo, emparentado con el antiguo a causa de que las demás adaptaciones siguen siendo las mismas, pero desde el punto de vista acústico es diferente: en efecto, el oído humano se ha hecho extraordinariamente sensible al juego, lleno de matices, del mecanismo vocal. Otra de las razones que explican nuestra falta de imaginación fonética es el hecho de que, si nuestro oído es un órgano muy delicado, capaz de discernir cualquier sonido lingüístico, en cambio los músculos de nuestros órganos del habla, desde los primeros años de la vida, han venido acostumbrándose exclusivamente a las adaptaciones y sistemas de adaptación particulares que se requieren para producir los sonidos tradicionales de nuestra lengua. Todas o casi todas las demás adaptaciones posibles han quedado permanentemente inhibidas, ya sea a causa de la in-experiencia, ya a causa de una gradual eliminación. Claro que la facultad de producir estas adaptaciones inhibidas no está enteramente perdida, pero la gran dificultad que experimentamos para aprender los nuevos sonidos de los idiomas extranjeros es una prueba suficiente de la extraña rigidez a que la mayor parte de la gente ha llegado en el gobierno voluntario de los órganos del habla. Esto puede verse de manera muy clara si contrastamos la relativa falta de libertad en los movimientos voluntarios del habla con la libertad absoluta de los gestos voluntarios.¹ Nuestra rigidez en la articu-

¹ Fijémonos bien en esta palabra, "voluntario". Cuando gri-

lación es el precio que hemos tenido que pagar por el dominio expedito de un simbolismo necesario. No podemos ser a la vez espléndidamente liberales en la selección fortuita de los movimientos, y atinados y precisos en la articulación que exige de nosotros nuestro idioma.²

Existe, pues, una cantidad indefinidamente extensa de sonidos articulados al alcance de la mecánica del habla; toda lengua concreta se sirve de una selección explícita, rígidamente económica, de estos ricos recursos; y cada uno de los muchos sonidos posibles del habla está condicionado por cierto número de adaptaciones musculares independientes que contribuyen de manera simultánea a su producción. Un estudio completo de la actividad de cada uno de los órganos de la palabra —en la medida en que esa actividad tiene alguna relación con el lenguaje— es cosa que no podemos hacer aquí, como tampoco podemos ocuparnos de ma-

tamos o refunfuñamos o dejamos de algún otro modo que nuestras voces se liberen de un gobierno voluntario, como lo hacemos quizá al encontrarnos solos en el campo en un hermoso día de primavera, no estamos ya fijando las adaptaciones vocales mediante acción voluntaria. En esas circunstancias, es casi seguro que emitiremos sonidos que nunca hubiéramos aprendido a gobernar en el habla real.

² Si el habla, en su aspecto acústico y articulatorio, es en efecto un sistema rígido, ¿a qué se debe —podría objetarse con toda razón— que no existan dos personas que hablen de manera idéntica? La respuesta es sencilla. Toda aquella parte del habla que queda fuera de la rígida armazón articulatoria no es habla en teoría sino simplemente algo determinado de manera más o menos instintiva, una complicación vocal inseparable del habla en la práctica. Todos los matices individuales del habla —énfasis y velocidad personales, cadencia personal, altura personal de la voz— son hechos a-lingüísticos, en el mismo sentido en que las expresiones incidentales de deseos y emociones son, en su mayor parte, ajenas a la expresión lingüística. El habla, como cualquier otro aspecto de la cultura, exige una selección conceptual, una inhibición de la fortuita multiplicidad de la conducta instintiva. Por supuesto que su "idea" nunca se realiza como tal en la práctica, puesto que sus portadores son organismos animados por instintos; pero esto se puede decir igualmente de todos los demás aspectos de la cultura.

nera sistemática en la clasificación de los sonidos desde el punto de vista de su mecánica.³ Lo único que intentaremos será exponer a grandes rasgos el tema. Los órganos del habla son los siguientes: los pulmones y los bronquios; la garganta, particularmente la parte que se conoce con el nombre de laringe o, en el habla popular, “nuez de Adán”; las fosas nasales; la “campanilla” o úvula, que es el órgano blando, puntiagudo y muy móvil que cuelga de la parte posterior del paladar; el paladar, que se divide en un “paladar blando”, o sea el posterior y móvil, llamado también velo del paladar, y un “paladar duro”; la lengua; los dientes, y los labios. El paladar duro, el velo del paladar, la lengua, los dientes y los labios pueden considerarse como una caja de resonancia muy sutil, cuya forma —que varía constantemente debido sobre todo a la extraordinaria movilidad de la lengua— es el principal de los factores que dan al aire que sale de los pulmones su calidad⁴ precisa de sonido.

Los pulmones y los bronquios son órganos del habla sólo en el sentido de que suministran y conducen el aire espirado, sin el cual es imposible la articulación audible. Pero no se debe a ellos ningún sonido determinado, como tampoco ningún rasgo acústico de los sonidos, excepto, quizá, el acento o la intensidad. Es posible que las diferencias de intensidad se deban a ligeras diferencias en la fuerza de contracción de los músculos pulmonares, pero hasta esta influencia les es

³ Las clasificaciones puramente acústicas son las que con mayor facilidad se ofrecen, de primer intento, al análisis del lingüista; sin embargo, estas clasificaciones gozan ahora de menos favor entre los especialistas en fonética que las clasificaciones hechas desde el punto de vista orgánico. Estas últimas tienen la ventaja de ser más objetivas. Por otra parte, la calidad acústica de un sonido depende de la articulación, a pesar de que en la consciencia lingüística esta calidad es el hecho primario, no el secundario.

⁴ Por “calidad” entendemos aquí la naturaleza y resonancia típicas de un sonido propiamente dicho. La “calidad” general de la voz del individuo es asunto aparte. Esta última está determinada de manera principal por las características anatómicas individuales de la laringe, y no tiene el menor interés lingüístico.

hegada a los pulmones por algunos investigadores, según los cuales las fluctuaciones de intensidad, que tanto contribuyen a matizar el habla, se explican a base de una actividad más delicada, o sea la de las cuerdas vocales. Estas cuerdas vocales son dos membranas casi horizontales y extraordinariamente sensibles que hay dentro de la laringe, la cual está compuesta, en su mayor parte, de dos cartílagos grandes y de varios más chicos, y de cierto número de músculos pequeños que gobiernan la acción de las cuerdas.

Las cuerdas, que están adheridas a los cartílagos, son a los órganos humanos del habla lo que las dos lengüetas vibrantes son al oboe o las cuerdas al violín. Son capaces por lo menos de tres tipos distintos de movimiento, y cada uno de esos tipos es de la mayor importancia para el habla. Pueden aproximarse una a otra o apartarse la una de la otra, pueden vibrar como lengüetas o cuerdas, y pueden ponerse flojas o tensas en la dirección de su longitud. La última clase de estos movimientos permite a las cuerdas vibrar en "longitudes" o grados de tensión diferentes, a lo cual se deben las variaciones de altura que se presentan no sólo en el canto, sino en las modulaciones del habla ordinaria, más difíciles de precisar. Los otros dos tipos de acción de las cuerdas vocales determinan la naturaleza de la voz, tomando "voz" como término conveniente para denotar el aire espirado que se utiliza en el habla. Si las cuerdas vocales se apartan del todo, dejando que la corriente de aire salga sin ser modificada, entonces tenemos esa condición que técnicamente se conoce con el nombre de "sordez". Todos los sonidos producidos en estas circunstancias son "articulaciones sordas". Así, por ejemplo, el sonido que produce la respiración simple, sin modificar, tal como pasa a la cavidad bucal, y que, por lo menos de manera aproximada, viene a ser lo mismo que el sonido que en inglés se escribe *h*; y en el mismo caso está gran número de articulaciones especiales producidas en la cavidad bucal, como la *p* y la *s*. Por otra parte, las cuerdas vocales pueden acercarse por completo una a otra, poniéndose

tensas, sin vibrar. Cuando esto sucede, la corriente de aire queda detenida. El ligero estrangulamiento o "tos sofocada" que de esa manera se deja oír no suele reconocerse en inglés como un sonido concreto, pero se da, sin embargo, y no pocas veces.⁵ Esta detención momentánea, conocida técnicamente como *glottal stop* ("interrupción glótica") es un elemento integrante del habla en muchos idiomas, como el danés, el letón, ciertos dialectos chinos y casi todas las lenguas de los indios norteamericanos.⁶ Entre estos dos extremos de sordez, o sea el de la respiración completamente abierta y el de la respiración interrumpida, se encuentra la verdadera voz. En esta posición las cuerdas vocales se aproximan una a otra, pero sin ponerse tan tensas que impidan pasar la corriente de aire; las cuerdas se ponen a vibrar, y de ello resulta un tono musical de altura variable. Un tono producido de esa manera se conoce con el nombre de "articulación sonora". Puede tener un número indefinido de calidades, de acuerdo con la posición precisa en que se encuentren los órganos superiores del habla. Nuestras vocales, nuestras nasales (como la *m* y la *n*) y varias otras consonantes, como la *b*, la *z* [que suena en inglés como la *z* de *mayorazgo*, es decir, aproximadamente *ds*] y la *l*, son articulaciones sonoras. La prueba más adecuada para saber si un sonido es sonoro es la posibilidad de pronunciarlo en cualquier altura musical que se quiera, en otras palabras, la posibilidad de cantar sobre ese sonido.⁷ Las

⁵ Por ejemplo, al final del *no!* inglés, pronunciado con cierto tono categórico (algunos lo escriben *nope!*); en *at all*, cuando se pronuncia con mucho cuidado, se puede oír también una ligera detención entre la *t* y la *a*.

⁶ [Los filólogos mexicanos, por lo menos, llaman *saltillo* a este fenómeno, muy frecuente en náhuatl.]

⁷ Aquí empleamos la palabra "cantar" en sentido muy amplio. No podemos cantar continuamente sobre un sonido como la *b* o como la *d*, pero podemos tararear con facilidad una tonada sobre una serie de *b* o de *d*, a la manera del "pizzicato" que se hace en los instrumentos de cuerda. Una serie de tonos ejecutada sobre consonantes "continuas", como la *m*, la *z* o la *l*, produce un efecto de susurro o de zumbido. De hecho, el "zumbido" no es otra

articulaciones sonoras son los elementos del habla que se oyen con mayor nitidez. Como tales, son el vehículo de casi todas las diferencias importantes en cuanto a acento, altura y composición de sílabas. Las articulaciones sordas son sonidos articulados que interrumpen la corriente de la voz con fugaces momentos de silencio. Desde el punto de vista acústico, a medio camino entre las articulaciones netamente sordas y las articulaciones sonoras existen algunos otros tipos característicos de emisión de la voz, como el murmullo y el cuchicheo.⁸ Estos y otros tipos más de voz carecen relativamente de importancia en inglés y en la mayor parte de las demás lenguas europeas, pero existen ciertos idiomas en que llegan a ser bastante importantes en la corriente normal del habla.

Las fosas nasales no son un órgano activo del habla, pero tienen un papel muy destacado como caja de resonancia. Pueden ser desconectadas de la cavidad bucal, que es la otra gran caja de resonancia, haciendo subir el velo del paladar, de manera que quede obstruido el paso de la corriente respiratoria a la cavidad nasal; o bien, cuando se deja que el velo del paladar cuelgue libremente y sin estorbos, de manera que el aire espirado pase lo mismo a la nariz que a la boca, se obtiene una caja combinada de resonancia. Se llaman articulaciones "bucales" sonoras las que resultan cuando la corriente sonora no recibe una resonancia nasal, como la *b*, o como la *a* en *father* ['padre'], [o en la palabra española *pato*]. Pero tan pronto como se deja bajar el velo del paladar, haciendo que las fosas nasales entren a formar parte de la caja de resonancia, los sonidos *b* y *a* toman una calidad "nasal" particular y se transforman, respectivamente, en *m* y en esa vocal nasalizada que en francés se escribe *an* (como en *sáng*,

cosa que una nasal sonora continua emitida en una sola altura musical, o variando de altura, según se quiera.

⁸ El cuchicheo del habla ordinaria es una combinación de sonidos sordos y de sonidos "cuchicheados", según se entiende el término en fonética.

tant, etc.). Los únicos sonidos ingleses⁹ que reciben normalmente una resonancia nasal son la *m*, la *n* y el grupo *ng* en una palabra como *sing*.¹⁰ Sin embargo, prácticamente todos los sonidos pueden nasalizarse, no sólo las vocales —las vocales nasales son frecuentes en todas las partes del mundo—, sino también ciertas consonantes, como la *l* y la *z* [inglesa o francesa, pronunciada aproximadamente como *ds*]. Las nasales sordas son perfectamente posibles. Aparecen, por ejemplo, en galés y en no pocos de los idiomas indígenas de Norteamérica.

Los órganos que constituyen la caja de resonancia bucal pueden producir las articulaciones de dos maneras: 1) la corriente de aire, sonora o sorda, nasalizada o no, puede pasar a través de la cavidad bucal sin ser detenida o estorbada en ningún punto; 2) la corriente puede ser detenida por un momento, o bien puede pasar a lo largo de un canal sumamente estrecho, por donde el aire sale constreñido, produciendo con su rozamiento o fricción un sonido. Existen asimismo modos de transición entre estos dos tipos de articulaciones. El aire que pasa libremente toma un color o calidad particulares de acuerdo con la forma que adopte la caja de resonancia de la cavidad bucal. Esta forma, que puede variar mucho, está determinada por la posición de las partes móviles, esto es, la lengua y los labios. La lengua puede estar levantada o baja, retirada hacia atrás o movida hacia adelante, puede estar tensa o floja, y los labios pueden estar fruncidos (“redondeados”) en grados diversos, o en su posición natural de descanso, y de todo ello resulta gran número de calidades distintas. Estas calidades orales son las vocales. En teoría, su número es infinito; en la práctica, el oído humano

⁹ Prescindiendo de la nasalización involuntaria de todas las articulaciones sonoras en la pronunciación de las personas que “ganguen” al hablar.

¹⁰ [Tampoco en castellano es importante la nasalización. Tienen resonancia nasal los sonidos *m*, *n* y *ñ*, y casi siempre se nasalizan por completo las vocales que se encuentran entre dos consonantes nasales, como la *a* de *manco* y la *u* de *nunca*.]

no puede diferenciar más que una cantidad limitada de posiciones de resonancia, pero aun esta cantidad es sorprendentemente grande. Las vocales, nasalizadas o no, son por regla general articulaciones sonoras; sin embargo, en no pocas lenguas existen además “vocales sordas”.¹¹

Las demás articulaciones bucales suelen agruparse en una sola familia: la familia de las consonantes. En éstas, la corriente de aire espirado queda obstruida de alguna u otra manera, lo cual produce una resonancia menor y una calidad más aguda y más incisiva del tono. Casi todos los especialistas en fonética distinguen cuatro principales modos de articulación dentro del grupo de sonidos consonánticos:

1) La corriente de aire puede quedar completamente detenida durante un momento en algún punto concreto de la cavidad bucal. Los sonidos producidos de esa manera, como la *t*, la *p* o la *d* [por ejemplo en la palabra española *conde*], se conocen con el nombre de “articulaciones oclusivas” o “explosivas”.¹²

2) La corriente de aire puede quedar obstruida constantemente a lo largo de un canal estrecho, aunque no detenida del todo. De ello resultan las articulaciones “espirantes” o “fricativas”, por ejemplo la *š*, la *z* [tanto la inglesa como la española] y la *y*.

3) La tercera clase de consonantes, las “laterales”, son articulaciones semi-oclusivas. Hay una verdadera detención u oclusión en el punto central de la articulación, pero se deja que el aire espirado escape a lo largo de los dos pasajes laterales, o a lo largo de uno solo. Por ejemplo, la *d* inglesa puede transformarse fácilmente en *l*, que tiene la sonoridad y la posición de

¹¹ Éstas pueden definirse también como la corriente de aire espirado, libre y sin sonoridad, con timbres vocálicos diversos. En la larga palabra *paiute* citada en la p. 39, la primera *u* y la *ü* final se pronuncian sin sonoridad.

¹² Las oclusivas nasalizadas, como la *m* o la *n*, no son, naturalmente, verdaderas oclusivas, puesto que las fosas nasales no oponen al aire espirado ningún obstáculo que produzca una articulación definida.

la *d*, con sólo hacer que los lados de la lengua, a derecha e izquierda del punto de contacto, desciendan lo bastante para dejar que pase la corriente de aire. Las laterales son posibles en muchas posiciones distintas. Pueden ser sordas (la *ll* del galés es un ejemplo), lo mismo que sonoras.

4) Finalmente, la oclusión de la corriente de aire puede ser intermitente con un ritmo rápido; en otras palabras, se puede hacer que el órgano activo de contacto —por lo general la punta de la lengua, con menor frecuencia la úvula¹³— vibre contra el punto de contacto o cerca de él. Estos sonidos son las “consonantes rodadas” o “articulaciones vibrantes”; la *r* normal inglesa no es ciertamente un ejemplo típico. Están bien desarrolladas en muchas lenguas, casi siempre en forma sonora [como en castellano], aunque también se encuentran en forma sorda, como en galés y en paiute.

Por supuesto que el modo bucal de articulación no es suficiente para definir una consonante. También es preciso tener en cuenta el punto de articulación. En gran número de puntos pueden llevarse a cabo los contactos, desde la base de la lengua hasta los labios. No es necesario que nos detengamos largamente aquí en este asunto, un tanto complicado. El contacto puede realizarse: 1) entre la base de la lengua y la garganta;¹⁴ 2) entre alguna parte de la lengua y un punto del paladar (como en la *k*, en la *ch* y en la *l*); 3) entre alguna parte de la lengua y los dientes (como en la *th* inglesa de *thick* y *then* [o la *d* de *cada* y la *z* castellana de *caza*]); 4) entre los dientes y uno de los labios (casi siempre los incisivos superiores y el labio inferior, como en la *f*); 5) entre los dos labios (como en la *p* o en la *w* inglesa). Las articulaciones linguales son las más complicadas de todas, ya que la movilidad de la lengua da lugar a múltiples puntos de contacto entre su superficie (la punta, por ejemplo) y muchos puntos

¹³ En teoría, también los labios pueden realizar articulaciones de este tipo. Sin embargo, las “vibrantes labiales” son ciertamente raras en el habla natural.

¹⁴ Esta posición, llamada “faucal”, no es común.

opuestos de contacto. Esto da lugar a gran número de posiciones de articulación con las cuales no está familiarizada una persona de habla inglesa, por ejemplo la típica posición "dental" de la *t* y la *d* rusas o italianas, o la posición "cerebral" del sánscrito y otros idiomas de la India, en que la punta de la lengua articula contra el paladar duro. Como no hay interrupción en ningún punto entre el borde de los incisivos superiores y la úvula, ni tampoco entre la punta de la lengua y su base, es evidente que todas las articulaciones en que interviene la lengua constituyen una serie orgánica (y acústica) continua. Las posiciones se escalonan apretadamente unas tras otras, pero cada idioma selecciona una cantidad limitada de posiciones claramente definidas y las hace características de su sistema consonántico, desentendiéndose de las posiciones intermedias o extremas. Muchas veces una lengua se permite cierto margen de flexibilidad en la fijación de la posición requerida; esto se puede ver, por ejemplo, en el sonido *k* del inglés, que se articula mucho más adelante en una palabra como *kin* que en una palabra como *cool*; pero, desde el punto de vista psicológico, pasamos por alto esta variación por no ser esencial, por ser mecánica. Alguna otra lengua bien podría reconocer tal diferencia, o una diferencia apenas un poco más perceptible, y ver en ella un sonido claramente distinto, tal como una persona de habla inglesa distingue entre la *k* de *kin* y la *t* de *tin*.

La clasificación orgánica de los sonidos del habla es algo bastante sencillo después de lo que acabamos de exponer en cuanto a su producción. Cualquier sonido del habla puede ser colocado en su lugar propio contestando adecuadamente a estas cuatro preguntas principales: ¿Cuál es la posición de las cuerdas vocales durante su articulación? ¿La corriente de aire espirado pasa sólo a la cavidad bucal o se la deja penetrar también en las fosas nasales? ¿Pasa libremente la corriente de aire a través de la cavidad bucal, o es obstruída en algún punto, y, en este caso, de qué manera? ¿Cuáles son exactamente los puntos de articulación dentro de

la boca? ¹⁵ Esta cuádruple clasificación de los sonidos, elaborada en todo el detalle de sus ramificaciones, ¹⁶ basta para abarcar todos (o prácticamente todos) los sonidos del lenguaje. ¹⁷

Los hábitos fonéticos de una lengua determinada no están definidos exhaustivamente con decir que esa lengua se sirve de tales y cuales sonidos particulares tomados de la gama infinita que someramente hemos indicado. Todavía queda la importante cuestión de la dinámica de esos elementos fonéticos. Desde el punto de vista teórico, puede darse el caso de dos idiomas que estén contruidos exactamente sobre la misma serie de consonantes y vocales y que, sin embargo, produzcan efectos acústicos del todo diferentes. Puede ser que uno de ellos no reconozca ninguna variación notable en las longitudes o "cantidades" de los elementos fonéticos, y que el otro observe esas variaciones de la manera más escrupulosa (es probable que la mayor parte de las lenguas distinguan entre vocales largas y breves; en muchas, como en italiano, en sueco y en ojibwa, se sienten las consonantes largas como sonidos diferentes de las consonantes breves). También puede ser que un idioma, digamos el inglés, sea muy sensible a los acentos tónicos, mientras que otro, digamos el francés, considere la acentuación como cosa mucho menos importante. O, si no, puede ser que las diferencias de altura de la voz que son inseparables de la práctica de la lengua no afecten a la palabra en cuanto tal,

¹⁵ Entre los "puntos de articulación" deben incluirse también las posiciones de la lengua y de los labios durante la pronunciación de las vocales.

¹⁶ Incluyendo, dentro de la cuarta categoría, cierto número de adaptaciones especiales de resonancia de que no nos ha sido posible hablar concretamente.

¹⁷ Para abarcarlos —hay que agregar— en la medida en que estos sonidos son espiratorios, esto es, pronunciados con la corriente de aire que sale de los pulmones al exterior. Ciertas lenguas, como la de los hotentotes y la de los bosquimanos, en Sudáfrica, poseen también algunos sonidos inspiratorios, esto es, pronunciados, mediante la absorción del aire, en diversos puntos de contacto bucal. Son los llamados *clicks*.

sino que, como ocurre en inglés, esto sea algo más o menos fortuito, o a lo sumo un fenómeno retórico, mientras que en otros idiomas, como en sueco, en lituano, en chino, en siamés y en la mayor parte de las lenguas africanas, esas diferencias pueden estar más finamente matizadas, y pueden sentirse como característica integrante de las palabras mismas. A las diferencias en el modo de constituir las sílabas se deben también muchas diferencias acústicas notables. Pero más importantes que todo lo anterior son quizá las variadísimas posibilidades de combinar los elementos fonéticos. Cada idioma tiene sus peculiaridades. Por ejemplo, la combinación *ts* se encuentra tanto en inglés como en alemán, pero en inglés sólo puede presentarse en final de palabra, como en *hats* ['sombros'], mientras que en alemán aparece en cualquier otra posición, como equivalente psicológico de un solo sonido, por ejemplo en *Zeit* ['tiempo'], *Katze* ['gato']. Algunos idiomas admiten grandes amontonamientos de consonantes, o grupos vocálicos (diptongos), mientras que en otros nunca se encontrarán dos consonantes o dos vocales seguidas. Muchas veces un sonido no aparece sino en una posición especial, o en circunstancias fonéticas especiales. En inglés, por ejemplo, el sonido *z* de *azure* no puede darse en principio de palabra, y el timbre peculiar que tiene la *t* de *sting* depende del hecho de que va precedida de *s*. Estos factores dinámicos, en su totalidad, son tan importantes para la adecuada comprensión del genio fonético de un idioma como el propio sistema sonoro, y a menudo mucho más importantes.

Ya hemos visto, de manera incidental, que los elementos fonéticos o ciertos rasgos dinámicos, como la cantidad y el acento, tienen "valores" psicológicos variables. El grupo *ts* de la palabra inglesa *hats* no es sino una *t* seguida de una *s* funcionalmente independiente, mientras que el sonido *ts* de la palabra alemana *Zeit* tiene un valor integral, equivalente, digamos, a la *t* de la palabra inglesa *tide*. Asimismo, la *t* de *time* es, desde luego, perceptiblemente distinta de la *t* de *sting*,

pero la diferencia, para la conciencia de una persona de habla inglesa, no tiene la menor importancia. No tiene "valor". Si comparamos los diversos tipos de *t* del haida (idioma indio hablado en las Islas de la Reina Carlota), nos encontramos con que precisamente esa misma diferencia de articulación tiene un valor real. En una palabra como *sting*, 'dos', la *t* se pronuncia exactamente como en el *sting* inglés, pero en *sta* 'de' [indicando procedencia], la *t* es un sonido claramente "aspirado", como la *t* de la palabra inglesa *time*. En otras palabras, una diferencia objetiva que carece de importancia en inglés posee un valor funcional en haida; desde el punto de vista psicológico de esta lengua, la *t* de *sting* es tan distinta de la de *sta*, como desde el punto de vista de la persona de habla inglesa son distintas la *t* de *time* y la *d* de *divine*. Estudiando este punto más de cerca, llegamos al interesante resultado de que al oído haida la diferencia entre la *t* de *sting* y la *d* de *divine* le resulta tan sin importancia como al oído inglés ingenuo le resulta la diferencia entre las dos *t*, la de *sting* y la de *time*. Así, pues, la comparación objetiva entre los sonidos de dos o más idiomas no tendrá ninguna importancia psicológica o histórica si no se procede antes a "pesar" estos sonidos, si no se determinan sus respectivos "valores" fonéticos. Estos valores, a su vez, son una consecuencia del comportamiento y funcionamiento generales de los sonidos en el habla misma.

Estas consideraciones en torno al valor fonético nos llevan a una idea muy importante. Tras el sistema puramente objetivo de sonidos que es característico de un idioma, y al cual sólo se puede llegar mediante un escrupuloso análisis fonético, existe un sistema más restringido, un sistema "interno" o "ideal" que, aunque quizá igualmente inconsciente en cuanto tal sistema para el hablante ingenuo, puede mostrarse en la esfera de su conciencia con mucha mayor facilidad que el otro, en cuanto esquema coherente, en cuanto mecanismo psicológico. El sistema sonoro interno podrá estar encubierto y sofocado por el sistema mecánico o de

poca importancia, pero no por ello deja de ser un principio real, un principio inmensamente importante en la vida de una lengua. Puede persistir como una estructura, en la cual quedan comprendidos número, relación y funcionamiento de los elementos fonéticos, aun mucho después de haberse cambiado su contenido fonético. Puede darse el caso de dos idiomas o dialectos históricamente relacionados que no tengan un solo sonido en común, pero cuyos sistemas sonoros ideales sean estructuras idénticas. No quiero dar a entender, ni por un momento, que esta estructura sea algo inmutable. Puede contraerse, puede ensancharse, puede cambiar en cuanto a su complejidad funcional, pero el ritmo de sus cambios es infinitamente menos rápido que el de los sonidos en cuanto tales. Así, pues, cada idioma está caracterizado no sólo por una estructura gramatical definida, sino también, y en la misma proporción, por su sistema ideal de sonidos y por la estructura fonética subyacente (sistema de átomos simbólicos, si se nos permite decirlo así). Tanto la estructura fonética como la conceptual demuestran el sentido de la forma, característica instintiva de la lengua.¹⁸

¹⁸ Los especialistas en lingüística no suelen entender como es debido el concepto del sistema fonético ideal, de la estructura fonética de un idioma. Desde este punto de vista, un observador cualquiera de un idioma, sin preparación alguna, con tal de que tenga buen oído y un auténtico instinto para el lenguaje, está a menudo en situación mucho más ventajosa que el foneticista meticuloso, siempre en peligro de quedar empantanado entre la masa de sus observaciones. En otra ocasión he aprovechado ya la experiencia que he tenido al enseñar a los indios a escribir su propia lengua. Esta experiencia nos proporciona aquí pruebas igualmente valiosas. Me encontré con que era difícil o imposible enseñar a un indio a hacer distinciones fonéticas que no corresponden a "puntos dentro de la estructura de su idioma", por mucho que estas diferencias impresionen nuestro oído objetivo; pero otras sutiles diferencias fonéticas, apenas perceptibles por el oído, eran expresadas con facilidad y rapidez en forma escrita cuando coincidían con alguno de los "puntos de la estructura". Al observar cómo mi intérprete nootka escribía su lengua, tenía la curiosa sensación de que transcribía una corriente ideal de elementos fonéticos que él oía —de manera inadecuada desde un punto de vista puramente objetivo— como la intención del rumor concreto del habla.



IV

LA FORMA EN EL LENGUAJE: LOS PROCEDIMIENTOS GRAMATICALES

LA CUESTIÓN de la forma en el lenguaje se nos presenta bajo dos aspectos. Podemos, por una parte, considerar los métodos formales empleados por un idioma, sus "procedimientos gramaticales", o bien, por otra parte, podemos determinar la distribución de los conceptos con referencia a la expresión formal. ¿Cuáles son los esquemas formales del lenguaje? ¿Y qué tipos de conceptos constituyen el contenido de esos esquemas formales? Estos dos puntos de vista difieren por completo entre sí. La palabra inglesa *unthinkingly* ['irreflexivamente'] es, hablando en sentido lato, paralela a la palabra *reformers* ['reformadores'] por lo que a la forma se refiere, pues las dos están construídas sobre un elemento radical que puede presentarse como verbo independiente: *think* ['pensar'] y *form* ['formar']; en las dos palabras este elemento radical va precedido de un elemento (*un-*, *re-*) que arrastra consigo un significado definido y bastante concreto, pero que no puede emplearse de manera independiente; y, finalmente, el elemento radical va seguido, en ambas palabras, de dos elementos (*-ing*, *-ly*; *-er*, *-s*) que limitan la aplicación del elemento radical en un sentido de relación. Este esquema formal, que podemos expresar como (*b*) + + *A* + (*c*) + (*d*), es un rasgo característico del lenguaje.¹ Mediante él puede expresarse un incontable número de funciones; en otras palabras, todas las ideas posibles que se transmiten con esos elementos antepuestos o pospuestos, con esos prefijos o sufijos, tienden a reunirse en grupos más pequeños, pero no constituyen por fuerza sistemas naturales, funcionales. No existe, por ejemplo, ninguna razón lógica para que la función numeral de la *-s* se exprese formalmente de una manera

¹ Sobre estos símbolos, véase *supra*, cap. II.

que es análoga a la expresión de la idea de que es portador el sufijo *-ly*. Es de todo punto concebible que en algún otro idioma el concepto de modo (*-ly*) sea tratado de acuerdo con un esquema completamente distinto del de pluralidad. Puede ser que el primero haya de ser expresado mediante una palabra independiente (supongamos *thus unthinking* ['así irreflexivo']), y el segundo mediante un elemento antepuesto (supongamos, por ejemplo: *plural² -reform-er*). Existe, por supuesto, un número ilimitado de posibilidades. Aun ciñéndonos a la sola lengua inglesa, es posible hacer ver con toda claridad que la forma y la función son cosas relativamente independientes. Así, la idea negativa que lleva consigo el prefijo *un-* puede expresarse de manera igualmente adecuada mediante un elemento pospuesto, un sufijo (*-less*), en una palabra como *thoughtlessly*. Esta doble expresión formal de la función negativa sería inconcebible en ciertos idiomas, por ejemplo el esquimal, en donde sólo sería posible un elemento antepuesto. De la misma manera, la idea de pluralidad que arrastra la *-s* de *reformers* se expresa de manera igualmente definida en la palabra *geese* ['gansos'], en la cual se emplea un método del todo diverso. Por otra parte, el principio de cambio vocálico que vemos en *goose* ['ganso'] —*geese* no se limita en modo alguno a la expresión de la idea de pluralidad; puede funcionar también como indicador de la diferencia de tiempo, como en *sing—sang* [presente y pretérito de 'cantar'] o en *throw—threw* [presente y pretérito de 'arrojar']. Pero la expresión de tiempo pretérito en inglés no siempre va ligada con un cambio de vocal. En la gran mayoría de los casos la idea se expresa mediante un sufijo muy concreto, como en *die-d* o en *work-ed* [pretéritos de 'morir' y 'trabajar']. Desde el punto de vista de su función, *died* y *sang* son cosas análogas; y lo mismo vale para *reformers* y *geese*. Desde el punto de vista de su forma, necesitamos agrupar estas palabras de

² Ponemos aquí la palabra *plural* como símbolo de algún prefijo que indique pluralidad.

manera completamente distinta. Tanto *die-d* como *re-form-er-s* emplean el método de la posposición de elementos gramaticales, el método de la sufijación; tanto *sang* como *geese* tienen forma gramatical en virtud del hecho de que sus vocales difieren de las vocales de otras palabras con las cuales están estrechamente emparentadas desde el punto de vista de la forma y del significado (*goose; sing, sung*).

Cada idioma posee uno o más métodos formales para indicar la relación de un concepto secundario con respecto al concepto primario del elemento radical. Algunos de estos procedimientos gramaticales, como la sufijación, están extraordinariamente difundidos; otros, como el cambio vocálico, son menos comunes, pero distan mucho de ser raros; otros procedimientos, como el acento y el cambio consonántico, son un tanto excepcionales en cuanto procedimientos funcionales. No todos los idiomas son tan irregulares como el inglés en lo que se refiere a la asignación de funciones para el conjunto de procedimientos. Por regla general, los conceptos básicos como los de pluralidad se expresan sólo mediante uno u otro de los métodos, pero esta regla tiene tantas excepciones, que no podemos dejarla sentada como principio seguro. En todas partes nos impresiona el hecho de que el esquema es una cosa, y la utilización del esquema una cosa totalmente distinta. Unos pocos ejemplos más de la expresión múltiple de funciones idénticas en lenguas que no sean el inglés podrá servir para que se vea con mayor nitidez esta idea de la relativa independencia de forma y función.

En hebreo, lo mismo que en otros idiomas semíticos, la idea verbal en cuanto tal se expresa mediante tres consonantes características (con menor frecuencia dos, o cuatro). Por ejemplo, el grupo *sh-m-r* expresa la idea de 'guardar', el grupo *g-n-b* la idea de 'robar', el grupo *n-t-n* la idea de 'dar'. Naturalmente, estas series de consonantes son abstracciones de las formas que se emplean en la realidad. Las consonantes están vinculadas entre sí, en formas diferentes, por vocales características que varían de acuerdo con la idea que se

desea expresar. Con frecuencia se emplean asimismo elementos antepuestos y pospuestos. Véanse algunos ejemplos del método de cambio vocálico interno: *shamar* significa 'él ha guardado', *shomer* 'guardando', *shamur* 'siendo guardado', *shmor* 'guardar'; de modo análogo, *ganab* 'él ha robado', *goneb* 'robando', *ganub* 'siendo robado', *gnob* 'robar'. Pero no todos los infinitivos se forman según el tipo de *shmor* y *gnob* o de otros tipos de cambio vocálico interno. Ciertos verbos llevan pospuesto un elemento *t* para formar el infinitivo, por ejemplo *ten-eth* 'dar', *heyo-th* 'ser'. Por otra parte, las ideas pronominales pueden expresarse mediante palabras independientes (por ejemplo *anoki* 'yo'), mediante prefijos (por ejemplo *e-shmor* 'yo guardaré') o mediante sufijos (por ejemplo *shamar-ti* 'yo he guardado'). En *nass*, un idioma indio de la Columbia británica, los plurales se forman mediante cuatro métodos distintos. La mayoría de los sustantivos (y de los verbos) se reduplican en el plural, esto es, se repite en ellos una parte del elemento radical, por ejemplo: *gyat* 'persona', *gyigyat* 'personas'. Un segundo método consiste en el empleo de ciertos prefijos característicos, por ejemplo: *an'on* 'mano' *ka-an'on* 'manos'; *wai* 'uno rema', *lu-wai* 'varios reman'. Otros plurales se forman mediante un cambio vocálico interno, por ejemplo *gwula* 'capa', *gwila* 'capas'. Finalmente, una cuarta clase de plurales está constituida por los sustantivos que llevan pospuesto un elemento gramatical, por ejemplo *waky* 'hermano', *wakykw* 'hermanos'.

De la consideración de estos grupos de ejemplos —y podrían multiplicarse hasta el fastidio— no podemos menos que concluir que la forma lingüística puede y debe estudiarse en cuanto tipos de esquema, prescindiendo de las funciones asociadas con ellos. Y tanto más justificados estamos para proceder de esa manera, cuanto que todos los idiomas dan muestras de una curiosa tendencia instintiva hacia el desarrollo de uno o más procedimientos gramaticales particulares a expensas de otros, tendiendo siempre a perder de vista todo valor funcional explícito que el procedimiento pueda haber

tenido en un principio, y complaciéndose, por así decir, en el puro juego de sus medios de expresión. Poco importa que en un caso como el de las palabras inglesas *goose—geese*, *foul—defile* ['sucio' y 'ensuciar'], *sing—sang—sung* podamos demostrar que tenemos ante nosotros procedimientos históricamente distintos, que la alternancia vocálica observada en *sing* y *sang*, por ejemplo, es varios siglos más antigua, en cuanto tipo concreto de procedimiento gramatical, que la alternancia, a primera vista paralela, que se observa en *goose* y *geese*. Sigue siendo innegable que hay (o hubo) en inglés una tendencia inherente, en la época en que se forjaron las formas del tipo de *geese*, a la utilización del cambio vocálico como un método lingüístico importante. Si hubiera fracasado el precedente sentado por tipos ya existentes de alternancia vocálica, como por ejemplo *sing—sang—sung*, es sumamente dudoso que las condiciones precisas que dieron origen a la evolución de formas como *teeth* ['dientes'] y *geese* a partir de *tooth* ['diente'] y *goose* hubieran sido lo bastante fuertes para permitir que el sentido lingüístico original llegara a aceptar como psicológicamente posibles esos nuevos tipos de formación del plural. Este sentido de la forma, que se expandió libremente a lo largo de ciertas líneas predeterminadas pero que quedó inhibido en ciertas direcciones por falta de tipos de esquemas que determinaran el procedimiento, debería ser comprendido con mayor claridad de lo que ha sido hasta ahora. Es necesaria una ojeada general a muchos diversos tipos de idiomas para que tengamos una perspectiva adecuada en este punto. Vimos en el capítulo anterior que cada idioma posee un sistema fonético interno de estructura bien definida. Ahora sabemos que posee también un sentido bien definido para constituir esquemas en el plano de la formación gramatical. Aunque sumergidos en lo hondo, estos dos impulsos determinantes hacia una forma definida son muy poderosos y operan en cuanto tales, independientemente de la necesidad de expresar conceptos particulares o de dar una configuración externa consistente a grupos particulares

de conceptos. Y no hay para qué decir que estos impulsos sólo pueden ser satisfechos en la expresión funcional concreta. Debemos decir algo para ser capaces de decirlo de una manera determinada.

Permítasenos ahora considerar un poco más sistemáticamente, aunque con brevedad, los diversos procedimientos gramaticales que han establecido las investigaciones lingüísticas. Se pueden agrupar en seis tipos principales, a saber: 1) orden de las palabras; 2) composición; 3) afijación (que incluye el uso de prefijos, sufijos e infijos); 4) modificación interna del elemento radical o del elemento gramatical, sea que esta modificación afecte a una vocal o a una consonante; 5) reduplicación; 6) diferencias acentuales, que pueden ser dinámicas (acento tónico) o tonales (altura de la voz). Existen asimismo procedimientos cuantitativos especiales, como el alargamiento o el acortamiento de las vocales y la geminación de las consonantes, pero a éstos se les puede considerar como subtipos del procedimiento de modificación interna. Es posible que existan todavía otros tipos formales, pero lo más probable es que no tengan mucha importancia en una ojeada de conjunto. Conviene tener siempre presente el hecho de que un fenómeno lingüístico no puede ser considerado como ilustración de un "procedimiento" determinado sino a condición de que posea un valor funcional inherente. Así, por ejemplo, el cambio consonántico que se observa en las palabras inglesas *book-s* ['libros'] y *bag-s* ['sacos'] (*s* en el primer caso, *z* [cuasi *ds*] en el segundo) no tiene ninguna significación funcional. Es un cambio puramente externo y mecánico debido a la presencia de la consonante precedente, que es sorda (*k*) en el primer caso y sonora (*g*) en el segundo. Esta alternancia mecánica es, objetivamente, la misma que vemos entre el sustantivo *house* ['casa'] y el verbo *to house* ['albergar']; pero aquí el cambio tiene una función gramatical importante, la de transformar en verbo un sustantivo. Así, pues, estas dos alternancias pertenecen a categorías psicológicas totalmente diferentes. Sólo la segunda es una verdadera ilustración de

modificación consonántica en cuanto procedimiento gramatical.

El método más sencillo —o por lo menos el más económico— de expresar alguna clase de idea gramatical consiste en yuxtaponer dos o más palabras en una secuencia determinada, sin hacer ningún intento de establecer una conexión entre esas palabras mediante una modificación inherente a las mismas. Pongamos dos simples palabras inglesas elegidas al azar, por ejemplo *sing praise* ['cantar alabar (o alabanza)']. Estas palabras no constituyen ninguna idea completa en inglés, ni establecen con claridad una relación entre la idea de cantar y la idea de alabar. No obstante, es psicológicamente imposible oír o ver las dos palabras yuxtapuestas sin que uno haga por darles de algún modo una significación coherente. Es probable que el intento no produzca un resultado enteramente satisfactorio, pero lo que vale la pena observar es que tan pronto como dos o más conceptos radicales se ponen en secuencia inmediata ante el entendimiento humano, éste se esfuerza por establecer vínculos entre ellos mediante alguna clase de valores capaces de conectarlos. En el caso de *sing praise*, lo probable es que cada individuo llegue a resultados provisionales distintos. He aquí algunas de las posibilidades latentes de la yuxtaposición, expresadas en una forma normal y coherente: *sing praise (to him)*! ['canta(le) alabanzas'], *singing praise*, *praise expressed in a song* ['alabanza cantante, alabanza expresada en un canto'], *to sing and praise* ['cantar y alabar'], o *one who sings a song of praise* ['alguien que canta un canto de alabanza'] (tomando *singpraise* como si fuera uno de esos sustantivos compuestos ingleses del tipo de *killjoy* [literalmente 'mata-alegría': cf. en español aguafiestas], esto es, 'alguien que mata la alegría'), o bien *he sings a song of praise (to him)* ['él (le) canta un canto de alabanza']. Las posibilidades teóricas en cuanto a la manera de redondear estas dos ideas en un grupo de conceptos que signifique algo, o aun en un pensamiento completo, son indefinidamente numerosas. Ninguna de ellas funcio-

ará de modo perfecto en inglés, pero existen muchos idiomas en que es habitual uno u otro de estos procedimientos amplificatorios. La función que se ha de atribuir a una secuencia determinada de palabras es algo que depende por completo del genio de cada idioma.

Algunos, como el latín, expresan prácticamente todas las relaciones por medio de modificaciones dentro del cuerpo de la palabra misma. En estos idiomas, el orden de las palabras viene a ser un principio retórico más bien que un principio estrictamente gramatical. En latín se puede decir *hominem femina videt*, o *femina hominem videt*, o bien *hominem videt femina*, o bien *videt femina hominem*, y entre todas estas maneras hay poca o ninguna diferencia, excepto, quizá, por lo que toca a la retórica o al estilo. Cada una de estas cuatro frases tiene un significado idéntico: 'la mujer ve al hombre'. En chinook, lengua de una tribu india del río Columbia, el hablante goza de esa misma libertad, puesto que la relación entre el verbo y los dos sustantivos está tan inherentemente fija como en latín. La diferencia entre los dos idiomas está en que el latín deja que los sustantivos establezcan su relación entre sí y con respecto al verbo, mientras que el chinook hace recaer todo el peso sobre el verbo, cuyo contenido total se puede traducir más o menos adecuadamente por 'ella-lo-ve'. Si eliminamos en la frase latina los sufijos que indican el caso (-a y -em) y en la frase chinook los prefijos pronominales ('ella-lo-'), no podremos ya ser tan indiferentes con relación a nuestro orden de palabras. Necesitamos manejar con economía nuestros recursos. Dicho de otro modo, el orden de las palabras adquiere un valor funcional concreto. El latín y el chinook están en un extremo. Ciertos idiomas, como el chino, el siamés y el annamita, en los cuales todas y cada una de las palabras, si han de funcionar adecuadamente, tienen que caer en su lugar preciso, están en el otro extremo. Pero la mayor parte de los idiomas vienen a quedar entre esos dos extremos. En inglés, por ejemplo, podemos ver una diferencia gra-

matal muy pequeña entre la frase *yesterday the man saw the dog* ['ayer el hombre vió al perro'] y la frase *the man saw the dog yesterday* ['el hombre vió al perro ayer'], pero ya no es una cuestión indiferente si uno dice *yesterday the man saw the dog* ['ayer el hombre vió al perro'] o si dice *yesterday the dog saw the man* ['ayer el perro vió al hombre'], como tampoco si uno dice *he is here* ['él está aquí'] o si dice *is he here?* ['¿está él aquí?']. En un caso —nos referimos al último grupo de ejemplos—, la distinción vital de sujeto y objeto depende enteramente de la colocación de ciertas palabras de la frase, y en el otro, una ligera alteración en el orden de las palabras constituye toda la diferencia entre la aseveración y la interrogación. Inútil decir que en estos casos el principio inglés del orden de las palabras es un medio de expresión tan poderoso como es en latín el empleo de sufijos para indicar el caso, o el empleo de alguna partícula interrogativa. No se trata aquí de pobreza funcional, sino de economía formal.

Hemos rozado ya el tema del procedimiento de composición, o sea la fabricación de una sola palabra a base de dos o más elementos radicales. Desde el punto de vista psicológico, este procedimiento está emparentado con el del orden de las palabras, en el sentido de que la relación entre los elementos no se declara expresamente, sino que va implícita. Se diferencia de la simple yuxtaposición de palabras en una frase por el hecho de que los elementos que entran en la composición no se sienten como unidades independientes, sino como partes de un solo organismo, que es la palabra compuesta. Ciertas lenguas, como el chino y el inglés, en las cuales está bien desarrollado el principio del orden rígido de palabras, tienden también, y muy a menudo, a la creación de palabras compuestas. En chino, no hay sino un paso de una secuencia de palabras como *jin tak* 'hombre virtud', esto es, 'la virtud de los hombres', a yuxtaposiciones más convencionalizadas y psicológicamente unificadas, como *t'ien tsz* 'cielo hijo', esto es, 'emperador', o *shui fu* 'agua hombre',

es decir, 'aguador'. En este último caso, muy bien podríamos escribir igualmente shui-fu como una sola palabra, puesto que la significación del compuesto, en su conjunto, se aparta tanto de los valores etimológicos precisos de sus elementos componentes como la de la palabra inglesa typewriter ['máquina de escribir'] se aparta de los valores simplemente combinados de type ['tipo'] y writer [literalmente, 'escribidor']. Por cierto que, en inglés, la unidad de la palabra typewriter está protegida además por un acento predominante sobre la primera sílaba, y por la posibilidad de añadir a la palabra toda algún sufijo, por ejemplo la -s del plural. También el chino da unidad a sus palabras compuestas mediante el acento tónico. Así, aunque en sus orígenes últimos el procedimiento de composición pueda remontarse a secuencias típicas de palabras en la oración, actualmente es, en su mayor parte, un método especializado de expresar relaciones. En francés hay un orden tan rígido para colocar las palabras como en inglés, pero el francés no tiene nada que se parezca a la posibilidad que tiene el inglés de reunir palabras y componer unidades más complejas. En cambio, el griego clásico, a pesar de la relativa libertad de que goza en cuanto a la colocación de las palabras, tiene una notable tendencia a formar términos compuestos.

Es curioso observar en qué gran medida difieren los diversos idiomas por lo que toca a la posibilidad de emplear el procedimiento de la composición. Tomando las cosas en sus principios generales, cualquiera creería que un recurso tan sencillo como el que vemos en las palabras inglesas typewriter y blackbird ['mirlo'; literalmente, 'negropájaro'] y centenares de palabras análogas debería ser un procedimiento gramatical poco menos que universal. Pero la realidad es otra. Existen muchísimos idiomas, como el esquimal y el nootka y —prescindiendo de excepciones de poca monta— las lenguas semíticas, que no pueden fabricar palabras compuestas a base de elementos radicales. Y hay algo todavía más curioso, y es el hecho de que muchos de

esos idiomas no tienen la menor aversión a formaciones complejas de palabras, sino que, por el contrario, pueden llevar a cabo síntesis que dejan muy atrás a las síntesis más tremendas de que son capaces el griego y el sánscrito. Existe, por ejemplo, una palabra *nootka* que significa 'cuando él, según dicen, había estado ausente durante cuatro días'; cualquiera esperaría que en esta palabra estuvieran incorporados por lo menos tres elementos radicales, correspondientes a los conceptos de 'ausente', de 'cuatro' y de 'día'. Lo que ocurre es algo muy distinto. La palabra *nootka* es absolutamente incapaz de composición en el sentido inglés. Está construída, de manera invariable, a base de un solo elemento radical y de un número mayor o menor de sufijos, algunos de los cuales pueden tener una significación tan concreta como el mismo elemento radical. En el caso particular que hemos citado, el elemento radical expresa la idea de 'cuatro', mientras que las ideas de 'día' y de 'ausente' se traducen mediante sufijos que son tan inseparables del núcleo radical de la palabra como el elemento inglés *-er* del núcleo *sing* o del núcleo *hunt* en las palabras *singer* ['cantante'] y *hunter* ['cazador']. Así, pues, la tendencia hacia la síntesis de palabras no es en modo alguno la misma cosa que la tendencia hacia la composición a base de elementos radicales, si bien es cierto que, no pocas veces, esta última es un instrumento muy adecuado para la tendencia sintética.

Los tipos de composición que existen son de una diversidad verdaderamente asombrosa. Estos tipos varían de acuerdo con la función, la naturaleza de los elementos que entran en la composición y el orden en que se colocan. En gran número de idiomas, la composición se limita a lo que podemos llamar la "función delimitadora", esto es, que a uno de los dos o más elementos componentes le es conferida una significación más precisamente determinada por los demás, los cuales no contribuyen con nada a la estructura formal de la frase. En inglés, por ejemplo, los elementos *red* y *over* en las palabras *redcoat* ['soldado', en la lengua

familiar; literalmente, 'chaqueta roja'] y *overlook* ['pasar por alto'; literalmente, 'sobremirar'] modifican tan sólo la significación de *coat* y *look*, que son los elementos dominantes, sin que en ninguna forma participen, en cuanto tales, de la predicación que se expresa en la frase. En cambio, algunas lenguas, como el iroqués y el náhuatl, emplean el método de composición para tareas mucho más pesadas que ésta. En iroqués, por ejemplo, la composición de un sustantivo, en su forma radical, con un verbo pospuesto es un método típico de expresar relaciones de caso, de manera particular de sujeto u objeto. Así, una palabra compuesta equivalente a 'yo-carne-como' es en iroqués el método regular de expresar la frase "yo estoy comiendo carne". En otras lenguas podrá haber formas similares, pero lo que expresan es otra cosa: relaciones locales, instrumentales o de otra índole. En inglés, hay voces que ilustran asimismo la composición mediante verbo y sustantivo, por ejemplo *killjoy* y *marplot* [literalmente, 'mata-alegría' y 'estropea-intriga'; por su estructura y por su sentido, las dos son análogas a la palabra española *aguafiestas*]. Pero la voz que resulta tiene una función estrictamente nominal, y no verbal: no podemos decir *he marplots* ['él aguafiesta']. En ciertos idiomas es posible la composición a base de todos o casi todos los tipos de elementos. En *paiute*, por ejemplo, se pueden fabricar compuestos de sustantivo con sustantivo, de adjetivo con sustantivo y de verbo con sustantivo para constituir sustantivos, de sustantivo con verbo para constituir verbos, de adverbio con verbo y de verbo con verbo. En *yana*, lengua de unos indios de California, se pueden fabricar con toda facilidad compuestos de sustantivo con sustantivo y de verbo con sustantivo, pero no de verbo con verbo. En cambio, en iroqués sólo pueden hacerse compuestos de sustantivo con verbo, nunca de sustantivo con sustantivo, como en inglés, ni de verbo con verbo, como en tantos otros idiomas. Por último, cada lengua posee sus tipos característicos de orden de composición. En inglés, lo más común es que el elemento calificativo vaya antes;

en ciertas lenguas, en cambio, va después. Algunas veces los dos tipos se emplean en una misma lengua, por ejemplo en yana, donde "carne de res" se dice 'amar-go-venado', pero "hígado de venado" se expresa con la palabra 'hígado-venado'. En las palabras compuestas del paiute, el objeto de un verbo precede al elemento verbal, y lo mismo ocurre en náhuatl y en iroqués; pero en yana, en tsimshiano³ y en los idiomas algonquines va después.

La afijación es, sin lugar a dudas, el procedimiento gramatical que se emplea con mayor frecuencia. Existen ciertas lenguas, como el chino y el siamés, que no hacen ningún uso gramatical de elementos que no posean al mismo tiempo un valor independiente en cuanto elementos radicales, pero esas lenguas son poco comunes. De los tres tipos de afijación —empleo de prefijos, de sufijos y de infijos—, la sufijación es, con mucho, el más común. Y hasta se podría apostar, con pocas probabilidades de perder, que los sufijos contribuyen más para la tarea formativa del lenguaje que todos los demás métodos combinados. Vale la pena observar que existen no pocas lenguas afijantes que jamás se sirven de prefijos, pero que en cambio poseen una compleja provisión de sufijos. En este caso se encuentran el turco, el hotentote, el esquimal, el nootka y el yana. Algunas de ellas, como las tres últimas mencionadas, cuentan con centenares de sufijos, muchos de ellos de una significación tan concreta que, para expresar su contenido en la gran mayoría de las lenguas, habría que echar mano de elementos radicales. El caso contrario, o sea el uso de prefijos con exclusión total de los sufijos, es muchísimo menos común. Un buen ejemplo de esto último es el khmer (o cambodgiano), lengua hablada en la Cochinchina francesa, si bien es verdad que aun aquí se notan algunas oscuras huellas de antiguos sufijos que han dejado de funcionar en cuanto tales, y se sienten ahora como parte del elemento radical.

³ Lengua de unos indios de la Columbia británica, estrechamente emparentada con el nass, ya mencionado.

Una respetable mayoría de lenguas conocidas se sirven de prefijos y de sufijos a un mismo tiempo, pero, naturalmente, la importancia relativa de los dos grupos de elementos afijados varía en enorme medida. En algunos idiomas, como el latín y el ruso, los sufijos son los únicos que relacionan la palabra con el resto de la frase, mientras que los prefijos se limitan a la expresión de ideas que delimitan la significación concreta del elemento radical, sin modificar el papel que este elemento tiene en la proposición. Una forma latina como *remittebantur* 'eran devueltos', 'eran despedidos', puede servir como ilustración de este tipo de distribución de los elementos. El prefijo *re-* 'hacia atrás' se limita a calificar, en cierta medida, la significación inherente al elemento radical *mitt-* 'enviar', mientras que los sufijos *-eba-*, *-nt-* y *-ur* expresan ideas menos concretas, más estrictamente formales, a saber, las ideas de tiempo, de persona, de pluralidad y de pasividad.

En cambio, existen otras lenguas, como el grupo bantú de Africa y los idiomas athabaskas de América del Norte,⁴ en que los elementos importantes desde el punto de vista gramatical van antepuestos, mientras que los que siguen al elemento radical constituyen una clase de la que relativamente se puede prescindir. Así, por ejemplo, la palabra hupa *te-s-e-ya-te* 'yo iré' consta de un elemento radical, *-ya-* 'ir', de tres prefijos esenciales y de un sufijo que, desde el punto de vista de la forma, es secundario. El elemento *te-* indica que la acción se verifica aquí y allí en el espacio, o de manera continua sobre el espacio; no tiene, prácticamente, una significación bien definida estando separado de las raíces verbales con las cuales se le suele conectar. El segundo elemento prefijado, *-s-*, es todavía menos fácil de definir; lo único que podemos decir es que se le emplea en formas verbales de tiempo "definido", y que expresa acción que se está efectuando, no su iniciación o su conclusión. El tercer prefijo *-e-*, es un elemento

⁴ Entre ellos se cuentan el navajo, el apache, el hupa, el carrier, el chipewyano y el loucheux.

pronominal (= 'yo') que sólo se puede emplear en los tiempos "definidos". Es sumamente importante saber que el empleo del prefijo -e- está supeditado al del prefijo -s- o al de algún otro que se use en su lugar, y que, en la práctica, también el elemento te- va ligado con el elemento -s-. El grupo te-s-e-ya constituye una unidad gramatical firmemente ensamblada. El sufijo -te-, que sirve para indicar tiempo futuro, es tan poco necesario para el equilibrio formal de la palabra como el prefijo re- del ejemplo latino; no es un elemento capaz de mantenerse solo; su función no es estrictamente formal, sino delimitadora en lo material.⁵

Sin embargo, no siempre nos es posible determinar claramente cuáles son los sufijos de un idioma, y reunirlos en un grupo preciso en contraste con el de los prefijos. En la mayoría de los idiomas que se sirven de los dos tipos de afijos, es probable que los dos grupos tengan al mismo tiempo funciones delimitadoras y funciones formales o "relaciones". Lo más que podemos decir es que una lengua determinada tiende a expresar funciones similares de una u otra manera. Si cierto verbo expresa cierto tiempo mediante la sufijación, existen muy fuertes probabilidades de que exprese sus demás tiempos de manera análoga, y de que, además, todos los verbos indiquen sus tiempos a base de sufijos. De manera semejante, podemos presumir normalmente que los elementos pronominales, en caso de que se hallen incluidos en el verbo, vayan señalados mediante prefijos o mediante sufijos, pero siempre de modo cons-

⁵ Esto podrá parecer sorprendente a un lector inglés. Las personas de habla inglesa piensan casi siempre en el tiempo como en una función que se expresa de manera apropiada por medios puramente formales. Esta idea se debe a un prejuicio que la gramática latina ha dejado en la inglesa. En realidad, el futuro inglés *I shall go* ['yo iré'] no se expresa con ninguna clase de afijación; y no sólo eso, sino que puede expresarse mediante el presente, como en la frase *to-morrow I leave this place* ['mañana salgo de este lugar'], donde la función temporal está encomendada al adverbio independiente. Aunque en grado menor, el sufijo -te del hupa tiene tan poca importancia para la palabra vital, como el adverbio *to-morrow* para el "sentimiento" gramatical de *I leave*.

tante. Estas reglas, con todo, distan mucho de ser absolutas. Ya hemos visto que en hebreo los elementos pronominales van en forma de prefijos en ciertos casos, y en forma de sufijos en otros. En chimariko, lengua de unos indios de California, la posición de los afijos pronominales depende del verbo: en algunos verbos aparecen como prefijos, en otros como sufijos.

No creemos que sea necesario ofrecer muchos nuevos ejemplos de prefijación y sufijación. Uno de cada categoría bastará para ilustrar sus posibilidades formativas. La idea expresada en inglés por la frase *I came to give it to her* ['Yo vine a dárselo a ella'] se traduce en chinook⁶ así: *i-n-i-a-l-u-d-am*. Esta palabra—porque en efecto es una palabra absolutamente unificada, con su acento muy definido sobre la primera *a*—consta de un elemento radical, *-d-* 'dar', de seis elementos prefijados, funcionalmente claros, aunque fonéticamente endebles, y de un sufijo. He aquí el papel que tienen los prefijos: *i-* indica tiempo pasado, pero reciente; *-n-*, el sujeto pronominal 'yo'; *-i-*, el objeto pronominal 'lo';⁷ *-a-*, el segundo objeto pronominal 'a ella'; *-l-*, un elemento preposicional que indica que el prefijo pronominal precedente debe ser considerado como objeto indirecto (*-ella-a-*, es decir, 'a ella'); y *-u-*, finalmente, un elemento que no es fácil definir de manera satisfactoria, pero que, en resumidas cuentas, indica un movimiento que se aparta de la persona que habla. El sufijo *-am* modifica el contenido verbal en un sentido local; a la idea expresada por el elemento radical añade la de 'llegar' o de 'ir (o venir) para ese fin particular'. Por supuesto que en chinook, como en hupa, la mayor parte del mecanismo gramatical está hecha de prefijos y no de sufijos.

Y he aquí ahora un caso inverso, un caso en que los elementos gramaticalmente importantes se agrupan, co-

⁶ Dialecto wishram.

⁷ Un 'lo' masculino y no neutro, porque el chinook, como el latín [o el español], posee género gramatical. Se puede aludir a un objeto con los pronombres 'él', 'ella' o 'ello', de acuerdo con la forma característica del sustantivo.

mo en latín, al final de la palabra. Nos lo ofrece el fox, uno de los idiomas algonquines más conocidos del Valle del Mississippi. Tomemos la forma *eh-kiwi-n-a-m-oht-ati-wa-ch(i)*, que significa 'entonces ellos juntos (lo) mantuvieron en (estado de) huída con respecto a ellos'. Aquí, el elemento radical es *kiwi-*, raíz verbal que indica la idea general de 'movimiento indefinido alrededor de, por aquí y por allá'. El primer elemento, o sea el prefijo *eh-*, no pasa de ser una partícula adverbial que indica subordinación temporal; se lo puede traducir de manera adecuada por 'entonces'. En cuanto a los siete sufijos englobados en esta palabra tan complicada, he aquí su significación: *-n-* parece ser simplemente un elemento fonético que sirve para conectar la raíz verbal con la *-a-* que sigue;⁸ *-a-* es una "raíz secundaria"⁹ que denota la idea de 'huída', de 'huir'; *-m-* expresa causalidad con referencia a un objeto animado;¹⁰ *-o(ht)-* indica una actividad hecha para el sujeto mismo (la llamada voz "media" o "medio-pasiva" del griego); *-(a)ti-* es un elemento recíproco, 'uno a otro'; *-wa-ch(i)* es la tercera persona de plural de cosa animada (*-wa-*, plural; *-chi*, aplicado de manera más particular a las personas) de las formas llamadas "conjuntivas". La palabra puede traducirse más literalmente (y sin embargo sólo de manera aproximada en cuanto al sentimiento gramatical) por esta frase:

⁸ Este análisis no es muy seguro. Es probable que ese elemento *-n-* posea una función que todavía no se ha puesto bien en claro. Los idiomas algonquines son extraordinariamente complejos, y ofrecen muchos problemas de detalle que aún no se han resuelto.

⁹ Las "raíces secundarias" son elementos que desde el punto de vista formal pueden tomarse por sufijos, puesto que nunca aparecen sin el apoyo de un verdadero elemento radical, pero cuya función es tan concreta, para toda clase de finalidades, como el propio elemento radical. Las raíces verbales secundarias de esta especie son características de todos los idiomas algonquines, y del yana.

¹⁰ En los idiomas algonquines se concibe a todas las personas y cosas como objetos animados o inanimados, tal como en latín y en alemán se las concibe como seres masculinos, femeninos o neutros.

'entonces ellos (animados) hicieron que algún ser animado vagara por ahí huyendo de uno a otro de ellos mismos'. El esquimal, el nootka, el yana y otros idiomas poseen estructuras igualmente complejas de elementos sufijados, si bien las funciones llevadas a cabo por ellos y los principios a que obedece su combinación varían en muy gran medida.

No hemos hablado hasta ahora del curiosísimo tipo de afijación que consiste en el empleo de "infixos", porque queríamos ilustrarlo por separado. Este tipo es totalmente desconocido en inglés, a no ser que se considere la *-n-* de *stand* ['estar de pie'], en contraste con *stood* [pretérito del mismo verbo] como un infijo. Los idiomas indoeuropeos más antiguos, como el latín, el griego y el sánscrito, se servían con bastante frecuencia de nasales infixas para establecer la diferencia entre el tiempo presente de cierta clase de verbos y otras formas (compárese, en latín, *vinc-o* 'yo venzo' con *vic-i* 'yo vencí' y en griego *lamb-an-o* 'yo tomo' con *é-lab-on* 'yo tomé'). Existen, sin embargo, ejemplos más impresionantes de este procedimiento, ejemplos en que ha asumido una función más palpable y definida que en esos casos latinos y griegos. Los infixos tienen un papel notablemente importante en muchas lenguas del Asia sudoriental y del Archipiélago malayo. El khmer (cambodgiano) nos ofrece un buen ejemplo con las palabras *tmeu* 'caminante', 'alguien que camina' y *daneu* 'el caminar' (sustantivo verbal), derivados ambos de *deu* 'caminar'. Del bontoc igorot, una lengua de las Islas Filipinas, podríamos sacar ejemplos parecidos. Así, un infijo *-in-* expresa la idea del resultado de una acción realizada: por ejemplo, *kayu* significa 'leña', y *kinayu* 'leña amontonada'. Los infixos se emplean también, abundantemente, en el verbo bontoc igorot. Así, un infijo *-um-* es característico de muchos verbos intransitivos con sufijos pronominales de persona, por ejemplo *sad-* 'esperar', *sumid-ak* 'yo espero'; *kineg* 'callado', *kuminek-ak* 'yo estoy callado'. En otros verbos sirve para indicar tiempo futuro, por ejemplo *tengao-* 'celebrar un día de fiesta', *tumen-gao-ak* 'yo pasaré un día de fiesta'. Con frecuencia, el

tiempo pasado se indica mediante un infijo *-in-*; si ya existe un infijo *-um-*, los dos elementos se combinan en *-in-m-*, por ejemplo *kinminek-ak* 'yo estuve callado'. Es evidente que el procedimiento de infijación, en estas lenguas (y en otras afines), tiene la misma vitalidad que poseen los prefijos y sufijos, más comunes, de otros idiomas. Ese procedimiento se encuentra asimismo en varias de las lenguas aborígenes de Norteamérica. En yana, el plural se forma a veces intercalando un elemento como infijo, por ejemplo *k'uruwi* 'curanderos', plural de *k'uwi* 'curandero'; en chinook, aparece en ciertos verbos un infijo *-l-* para denotar actividad que se repite, por ejemplo *ksik'ludelk* 'ella lo está mirando todo el tiempo', *iksik'lutk* 'ella lo miraba' (el elemento radical es *-tk*). En los idiomas de la familia sioux aparece un tipo de infijación particularmente interesante, porque en ciertos verbos se injertan los elementos pronominales dentro del cuerpo mismo del elemento radical; en sioux, por ejemplo, *cheti* significa 'hacer una lumbre', y *chewati* 'yo hago una lumbre'; *shuta* significa 'errar', y *shuunta-pi* 'nosotros erramos'.

Un procedimiento gramatical subsidiario, pero que de ningún modo carece de importancia, es el del cambio vocálico o consonántico interno. En algunos idiomas, como en inglés (*sing, sang, sung, song; goose, geese*), el cambio vocálico interno ha venido a ser uno de los métodos más importantes para indicar cambios fundamentales de función gramatical. En todo caso, el procedimiento tiene aún mucha vitalidad, puesto que induce a los niños de habla inglesa a cometer errores muy graciosos. Es muy frecuente el caso de los chiquillos que dicen *I have brung something* [en vez de *I have brought something* 'he traído algo'], por analogía con formas como *sung* y *flung* [participios de *sing* 'cantar' y de *fling* 'arrojar': el verbo correspondiente a *brought* es *bring*]. En hebreo, como ya hemos visto, el cambio vocálico tiene una importancia mucho mayor que en inglés. Y, por supuesto, lo que decimos del hebreo se aplica también a todas las demás lenguas semíticas. Como complemento de las formas verbales hebreas que

hemos presentado a otro propósito, podrán bastar unos ejemplos de los llamados plurales “quebrados” del árabe.¹¹ El sustantivo *balad* ‘lugar’ tiene como plural la forma *bilad*;¹² el plural de *gild* ‘cuero’ es *gulud*; el de *ragil* ‘hombre’, *rigal*; el de *shibbak* ‘ventana’, *shababik*. En otras lenguas existen fenómenos muy parecidos, como los que podemos observar en los idiomas camíticos del África septentrional. Véanse estos ejemplos del shil:¹³ *izbil* ‘cabello’, plural *izbel*; *a-slem* ‘pez’, plural *i-slim-en*; *sn* ‘conocer’, *sen* ‘estar conociendo’; *rmi* ‘cansarse’, *rumni* ‘estar cansado’; *ttss*¹⁴ ‘dormirse’, *ttoss* ‘estar dormido’. El somalí¹⁵ nos ofrece alternancias notablemente parecidas a las inglesas del tipo *sing—sang* y a las griegas del tipo *leip-o* ‘yo dejo’, *lé-loip-a* ‘yo he dejado’; por ejemplo: *al* ‘yo soy’, *il* ‘yo era’; *i-dah-a* ‘yo digo’, *i-di* ‘yo dije’, *deh* ‘di’.

También en varios de los idiomas de la América india es de gran importancia el cambio vocálico. En el grupo atabaska, muchos verbos cambian la calidad o la cantidad de la vocal del elemento radical según cambie el verbo de tiempo o de modo. El verbo que en navajo expresa la idea ‘yo pongo (grano) en un receptáculo’ es *bi-hi-sh-ja*; el elemento radical de este verbo es *-ja*; el pretérito, *bi-hi-ja*, tiene una *a* larga, seguida por la “interrupción glótica” o “saltillo”;¹⁶ el futuro es *bi-h-de-sh-ji*, con cambio completo de vocal. En otros tipos de verbos navajos, los cambios vocálicos siguen líneas diferentes, por ejemplo: *yah-a-ni-ye* ‘tú llevas (una manada) a (un establ)’; pretérito, *yah-i-ni-yin* (con *i* larga en *-yin*; aquí ponemos *-n* para indicar que hay nasalización); futuro, *yah-a-di-yehl* (con *e* larga). En otro idio-

¹¹ Dialecto egipcio.

¹² En estas formas hay asimismo cambios de acento y de cantidad vocálica, pero prescindimos de ellos para no complicar demasiado las cosas.

¹³ Idioma bereber de Marruecos.

¹⁴ Algunos de los idiomas bereberes se permiten combinaciones de consonantes que para nosotros resultan impronunciabiles.

¹⁵ Una de las lenguas camíticas del África oriental.

¹⁶ Véase *supra*, p. 59.

ma indio, el yokuts,¹⁷ las modificaciones vocálicas afectan tanto a las formas sustantivas como a las formas verbales. Así, por ejemplo, el plural de *buchong* 'hijo' es *bochang-i* (compárese el objetivo *buchong-a*); el plural de *enash* 'abuelo' es *inash-a*; con el verbo *engtyim* 'dormir' se forma el continuativo *ingetym-ad* 'estar durmiendo', y su pretérito es *ingetym-ash*.

El cambio consonántico, en cuanto procedimiento funcional, es quizá mucho menos común que las modificaciones vocálicas, pero no puede decirse que sea un fenómeno raro. Hay un interesante grupo de casos en inglés, donde vemos que ciertos sustantivos y sus verbos correspondientes difieren únicamente por la calidad sorda o sonora de la consonante final. He aquí algunos ejemplos: *wreath* 'guirnalda' [con *th* sorda, pronunciada como la *z* española], pero *to wreathe* 'enguirnaldar' [con *th* sonora, más o menos como la *d* de la palabra española sucede]; *house* 'casa' [pronunciada con *s* sorda, como la *s* castellana], pero *to house* 'albergar' [con *s* sonora, cuasi *ds*]. Y es evidente que las personas de habla inglesa sienten claramente este tipo de intercambio consonántico como un medio de distinguir entre el sustantivo y el verbo: en efecto, muchos norteamericanos extienden ese mismo principio a otras palabras, y pronuncian el sustantivo *rise* con *s* sorda, para distinguirlo del verbo correspondiente, *to rise* 'levantarse', que se pronuncia con *s* sonora.

En los idiomas célticos, las consonantes iniciales sufren cambios diversos de acuerdo con la relación gramatical que exista entre la palabra misma y la palabra anterior. Así, en irlandés moderno, una palabra como *bo* 'buey', cuando se encuentra en circunstancias adecuadas, puede tomar las formas *bho* (pronúnciese *wo*) o *mo* (por ejemplo *an bo* 'el buey' como sujeto, pero *tir na mo* 'tierra de los bueyes', como plural posesivo). Una de las más notables consecuencias que este principio tiene cuando se aplica a los verbos, es la "aspiración" de las consonantes iniciales en el pretérito. Por

17 Hablado en la parte meridional central de California.

ejemplo, si un verbo comienza con *t*, cambia esta *t* en *th* (pronunciada actualmente como *h* inglesa) en las formas del pretérito; si comienza con *g*, esta consonante se cambia, en las formas análogas, en *gh* (pronunciada como *g* espirante sonora¹⁸ o como *y*, de acuerdo con la naturaleza de la vocal que siga). El principio del cambio consonántico, que comenzó en el período más antiguo del irlandés como consecuencia secundaria de ciertas condiciones fonéticas, ha venido a ser en irlandés moderno uno de los procedimientos gramaticales básicos del idioma.

Tan notables quizá como estos fenómenos irlandeses son los intercambios consonánticos que se realizan en *ful*, idioma africano del Sudán. Aquí nos encontramos con que todos los sustantivos pertenecientes a la clase personal forman su plural cambiando la primera consonante: la *g* se convierte en *y* (o *w*), la *j* en *y*, la *d* en *r*, la *b* en *w*, la *k* en *h*, la *ch* en *s* y la *p* en *f*; por ejemplo, *jim-o* 'compañero', *yim-'be* 'compañeros'; *pío-o* 'golpeador', *fío-'be* 'golpeadores'. Y cosa curiosísima: los sustantivos pertenecientes a la clase de las cosas forman su singular y su plural de manera exactamente inversa; por ejemplo, *yola-re* 'lugar en que hay hierba', *jola-je* 'lugares en que hay hierba'; *fitan-du* 'alma', *pital-i* 'almas'. En *nootka*, para referirnos a una más de las lenguas en que se encuentra este mismo fenómeno, la *t* o *tl*¹⁹ de muchos sufijos verbales se convierte en *hl* en las formas que denotan repetición; por ejemplo, *hita-'ato* 'refñir', *hita-'ahl* 'estar refñendo constantemente'; *mat-achisht-utl* 'volar sobre el agua', *mat-achisht-ohl* 'estar volando continuamente sobre el agua'. Además, el sonido *hl* de ciertos elementos se cambia en un peculiar sonido *h* en las formas de plural; por ejemplo *yak-ohl* 'rostro dolorido', *yak-oh* '(personas de) rostro dolorido'.

Nada más natural que la preponderancia de la reduplicación, o, dicho en otras palabras, la repetición

¹⁸ Véase *supra*, p. 59.

¹⁹ Estas grafías son sólo intentos aproximados de expresar un sonido único.

del elemento radical o de una parte de él. Este procedimiento se emplea por lo común, con simbolismo evidente, para indicar ciertos conceptos, como distribución, pluralidad, repetición, actividad habitual, aumento de tamaño, intensidad redoblada, continuidad. No es desconocido en inglés este recurso, aunque por lo general no se le tiene como uno de los procedimientos formativos típicos del idioma. Hay palabras como *goody-goody* ['santurrón'] y *to pooh-pooh* ['hacer mofa'] que han acabado por formar parte del vocabulario inglés normal, pero en algunas ocasiones el método de la reduplicación puede emplearse con mayor liberalidad que la que indican esos ejemplos estereotipados. Ciertas locuciones, como *a big big man* ['un hombre alto'] o *let it cool till it's thick thick* ['déjelo que se enfríe hasta que se ponga espeso espeso'], son mucho más comunes, sobre todo en el habla de mujeres y niños, de lo que nuestros manuales de lingüística nos harían suponer.

En una categoría aparte se encuentra un número realmente enorme de palabras, muchas de ellas onomatopéyicas o despectivas en su tono psicológico, que consisten en una duplicación, con cambio de la vocal o de la consonante inicial: palabras como *sing-song* ['sonsonete'], *riff-raff* ['gentuza'], *wishy-washy* ['diluído, aguado'], *harum-skarum* ['atolondrado'], *roly-poly* ['rechoncho'].²⁰ Las palabras de este tipo aparecen casi en todas partes. Y en muchas lenguas encontramos palabras que recuerdan curiosamente, tanto por su forma como por su intención psicológica, las voces inglesas antes mencionadas, por ejemplo el ruso *Chudo-Yudo* 'un dragón', el chino *ping-pang* 'repiqueteo de la lluvia sobre el techo',²¹ el tibetano *kyang-kyong* 'perezoso' y el manchú *porpon parpan* 'legafioso'. Pero no puede decirse que el procedimiento reduplicativo tenga en inglés una importancia claramente gramatical. Debemos

²⁰ [Compárense palabras españolas como *chiquichaque*, *triquitraque*, etc.]

²¹ De aquí viene el nombre del juego *ping-pong*.

buscar ilustraciones en otros idiomas. Consideremos estos ejemplos: en hotentote, *go-go* significa 'observar cuidadosamente' (viene de *go* 'ver'); en somalí, *fen-fen* significa 'roer por todas partes' (de *fen* 'roer'); en chinook, *iwi iwi* es 'examinar, investigar cuidadosamente' (de *iwi* 'aparecer'); en tsimshiano, *am'am* significa 'varios (son) buenos' (de *am* 'bueno'); ninguno de ellos se sale del ámbito natural y fundamental de significado que tiene este procedimiento. Pero existe una función más abstracta, como lo vemos en el idioma ewe,²² en el cual los infinitivos y los adjetivos verbales se forman mediante la reduplicación del verbo; por ejemplo, *yi* 'ir', *yi yi* 'el ir, el acto de ir'; *wo* 'hacer', *wowo*²³ 'hecho', *mawomawo* 'no hacer' (aquí se reduplica no sólo la raíz verbal, sino también la partícula negativa). Características del hotentote son las reduplicaciones causativas, por ejemplo *gam-gam*²⁴ 'hacer que alguien cuente' (de *gam* 'contar'). El procedimiento puede emplearse asimismo para formar verbos a partir de sustantivos, como en el verbo hotentote *khoe-khoe* 'hablar hotentote', que viene de *khoe-b* 'hombre', 'hotentote', o en el verbo *kwakiutl metmat* 'comer almejas', cuyo elemento radical es *met* 'almeja'.

Los ejemplos más característicos de reduplicación son los que repiten sólo una parte del elemento radical. Sería posible demostrar la existencia de gran cantidad de tipos formales de esta reduplicación parcial, según que el procedimiento emplee una o más de las consonantes radicales, conserve, debilite o altere la vocal radical, o afecte el comienzo, el medio o el fin del elemento radical. Las funciones se desarrollan de manera todavía más exuberante que con la simple reduplicación, aunque la idea básica, por lo menos en su origen, es casi siempre una idea de repetición o de continuidad. De todas las partes del mundo podemos sacar ejemplos para ilustrar esta función fundamental.

²² Hablado en Africa, en la costa de Guinea.

²³ En el adjetivo verbal, el tono de la segunda sílaba difiere del de la primera.

²⁴ Se omite el *click* inicial (cf. *supra*, p. 65, nota 17).

He aquí algunos ejemplos de reduplicación inicial: en shilh, *ggen* 'estar durmiendo' (de *gen* 'dormir'); en ful, *pepeu-do* 'mentiroso' (esto es, 'alguien que siempre miente'), plural *fefeu-be* (de *fewa* 'mentir'); en bontoc igorot, *anak* 'niño', *ananak* 'niños'; *kamu-ek* 'yo me apresuro', *kakamu-ek* 'yo me apresuro más'; en tsimshiano, *gvad* 'persona', *gyigyad* 'gente'; en nass, *gyibayuk* 'volar', *gyigyibayuk* 'alguien que está volando'. Análogas a éstas por su intención psicológica, pero con la reduplicación al final, son las siguientes palabras: en somalí, *ur* 'cuerpo', plural *urar*; en hausa, *sunu* 'nombre', plural *sunna-ki*; en washo,²⁵ *gusu* 'búfalo', *gususu* 'búfalos'; en takelma,²⁶ *himi-d* 'hablar con', *himim-d* 'tener la costumbre de hablar con'. Con mayor frecuencia aún que la reduplicación simple, esta reduplicación parcial del elemento radical ha adquirido, en muchas lenguas, unas funciones que a primera vista no tienen nada que ver con la idea de aumento. Los ejemplos más conocidos son tal vez la reduplicaciones iniciales de nuestras lenguas indoeuropeas más antiguas, que contribuyen a formar el perfecto de muchos verbos (por ejemplo, sánscrito *dadarsha* 'yo he visto', griego *léloipa* 'yo he dejado', latín *tetigi* 'yo he tocado', gótico *lelot* 'yo he dejado'). En nootka se emplea a menudo la reduplicación del elemento radical en asociación con ciertos sufijos; por ejemplo, *hluch-* 'mujer' sirve para formar palabras como *hluhluch-ituhl* 'soñar con una mujer' y *hluhluch-k'ok* 'parecido a una mujer'. Psicológicamente semejantes a los ejemplos del griego y del latín son, en takelma, muchos casos de verbos cuya raíz se presenta bajo dos formas, una de ellas empleada en el presente o en el pretérito y la otra en el futuro y en ciertos modos y derivados verbales. La primera tiene reduplicación final, que falta en la segunda; por ejemplo, *al-yeb-i'n* 'yo le muestro (o mostré)', *al-yeb-in* 'yo le mostraré'.

Llegamos ahora al más sutil de todos los procedi-

²⁵ Lengua india de Nevada.

²⁶ Lengua india de Oregon.

mientos gramaticales: las variaciones de acento, sea el acento tónico o la altura de la voz. La principal dificultad para aislar el acento como procedimiento funcional consiste en que muchísimas veces se combina con alternancias en la cantidad o calidad vocálicas, o se complica por la presencia de afijos, de manera que su valor gramatical aparece como rasgo secundario y no primario. En griego, por ejemplo, una característica de las verdaderas formas verbales es que se acentúan lo más lejos posible de la última sílaba (según lo permitan las leyes acentuales), mientras que la acentuación de los sustantivos obedece a leyes mucho menos estrictas. Vemos, así, una notable diferencia entre una forma verbal como *elúthemen* 'éramos desatados' y su derivado participial *luthéis* 'desatado'. La presencia de los elementos verbales característicos *e-* y *-men* en el primer caso, y del elemento nominal *-s* en el segundo, tiende a oscurecer el valor inherente de la alternancia acentual. Este valor aparece muy claramente en ciertas parejas de palabras inglesas, como *to refund* ['reembolsar'] y *a refund* ['un reembolso'], *to extract* ['extraer'] y *an extract* ['un extracto'], *to come down* ['bajar'] y *a come down* ['una bajada'], *to lack luster* ['carecer de brillo'] y *lack-luster eyes* ['ojos sin brillo'], en las cuales la diferencia entre verbo y sustantivo es por completo una cuestión de cambio de acento. En las lenguas athabaskas no es raro encontrar alternancias de acento que repercuten en el significado; en navajo, por ejemplo, *ta-dí-gis* significa 'tu te lavas', y *tá-di-gis* 'él se lava'.²⁷

La entonación puede ser procedimiento tan funcional como la acentuación, y quizá lo sea con mayor frecuencia. Sin embargo, el simple hecho de que las variaciones de altura sean esenciales desde el punto de vista fonético para un idioma, como en chino (por ejemplo, *feng* 'viento', con entonación pareja, y *feng* 'servir', con entonación descendente) o en griego clásico (por ejemplo *lab-ón* 'habiendo tomado', con ento-

²⁷ Sin embargo, es probable que estas alternancias de las lenguas athabaskas tengan un carácter primordialmente tonal.

nación simple o elevada sobre el sufijo participial -ón, y *gunaik-ón* 'de las mujeres', con entonación compuesta o descendente sobre el sufijo de caso -ón) no constituye necesariamente un uso funcional (o gramatical, como sería mejor decir) de la entonación. En estos casos, la entonación es tan sólo algo inherente al elemento radical o al afijo, como podría serlo cualquier vocal o consonante. Cosa muy distinta es la que ocurre en ciertas parejas de palabras chinas, como *chung* 'centro' (entonación pareja) y *chung* 'dar en el centro' (descendente), *mai* 'comprar' (ascendente) y *mai* 'vender' (descendente), *pei* 'espalda' (descendente) y *pei* 'llevar auestas' (normal). Pero no se puede decir propiamente que ejemplos como los anteriores sean frecuentes en chino, ni que esta lengua, tal como se habla ahora, posea un sentido muy claro de las diferencias tonales como símbolo de la distinción entre sustantivo y verbo.

Sin embargo, hay idiomas en que tales diferencias son de enorme importancia gramatical. Son particularmente frecuentes en el Sudán. En *ewe*, por ejemplo, existe una palabra como *subo* 'servir', que da origen a dos formas reduplicadas, un infinitivo *subosubo* 'servir', con entonación baja en las dos primeras sílabas y alta en las otras dos, y un derivado adjetival *subosubo* 'sirviente', con entonación alta en todas las sílabas. Más impresionantes son los ejemplos que nos ofrece el *shilluk*, uno de los idiomas que se hablan en las fuentes del Nilo. El plural de un sustantivo difiere del singular por el tono, y así *yit*, con entonación alta, significa 'oreja', pero con entonación baja 'orejas'. En el pronombre se pueden distinguir tres formas únicamente por el tono: *e* 'él' se pronuncia con entonación alta y es subjetivo; *-e lo* (por ejemplo, *a chwol-e* 'lo llamó') se pronuncia con entonación baja y es objetivo, y *-e su* (por ejemplo, *wod-e* 'su casa') se pronuncia en tono medio y es posesivo. Con el elemento verbal *gwed* 'escribir' se forman *gwed-o* '(él) escribe' (entonación baja), el pasivo *gwet* '(fué) escrito' (entonación descendente), el imperativo *gwet* '¡escribel' (entonación ascendente) y el sustantivo verbal *gwet* 'escribiente' (ento-

nación media). También en las lenguas aborígenes de América suele ser un procedimiento gramatical la altura de la voz. Un buen ejemplo de ello nos lo ofrece el tlingit, hablado por los indios de la costa meridional de Alaska. En este idioma, muchos verbos cambian de entonación en el elemento radical de acuerdo con el tiempo: *hun* 'vender', sin 'ocultar', *tin* 'ver' y muchos otros elementos radicales se refieren al pasado cuando se pronuncian en tono bajo, y al futuro cuando se pronuncian en tono elevado. En takelma encontramos ejemplos de otro tipo de función: *hel* 'canto' (sustantivo), con inflexión descendente, pero *hel* '¡canta!' con inflexión ascendente; así también *sel* (descendente) 'pintura negra', pero *sel* (ascendente) '¡píntalo!' En resumen, es evidente que la entonación, como la acentuación y las modificaciones vocálicas o consonánticas, se emplea como procedimiento gramatical con mucha mayor frecuencia de lo que nos harían suponer nuestros hábitos lingüísticos.

V

LA FORMA EN EL LENGUAJE: LOS CONCEPTOS GRAMATICALES

HEMOS visto que la palabra aislada expresa un concepto simple o bien una combinación de conceptos vinculados de tal modo entre sí que forman una unidad psicológica. Además, hemos echado una rápida ojeada, desde un punto de vista estrictamente formal, a los principales procedimientos que emplean todas las lenguas conocidas para modificar de algún modo los conceptos fundamentales —esto es, los conceptos encarnados en palabras no susceptibles de análisis o en los elementos radicales de las palabras— con la influencia modificadora o formativa de conceptos subsidiarios. En el presente capítulo consideraremos un poco más de cerca la naturaleza del mundo de los conceptos, en la medida en que ese mundo se refleja y se sistematiza en la estructura lingüística.

Comencemos por una frase bastante simple, en la cual están incorporados varios tipos de conceptos: *the farmer kills the duckling* ['el labrador mata al patito']. Un análisis superficial y rápido descubre aquí la presencia de tres conceptos fundamentales distintos, los cuales se ponen en conexión recíproca de varias maneras. Esos tres conceptos son *farmer* (sujeto de la oración), *kill* (palabra que define la naturaleza de la actividad acerca de la cual nos informa la frase) y *duckling* (otro sujeto¹ de la oración, que toma una parte importante, aunque un tanto pasiva, en esta actividad). Podemos representarnos visualmente al labrador y al patito, y tampoco tenemos dificultades para reconstruir una imagen del acto de matar. En otras palabras, los elementos *farmer*, *kill* y *duckling* definen conceptos de orden concreto.

Pero un análisis lingüístico más cuidadoso no tarda

¹ "Sujeto" no en su sentido técnico.

en hacernos ver que los dos sujetos de la oración, por muy sencillamente que podamos representárnoslos en la imaginación, no están expresados de manera tan directa, tan inmediata, como los sentimos. Un "labrador" es, en un sentido, un concepto perfectamente unificado; en otro sentido, es 'una persona que labra la tierra'. El concepto expresado por el elemento radical (*farm-*) no es un concepto de personalidad, sino de una actividad industrial, *to farm* ['labrar la tierra'], basado a su vez en el concepto de un objeto de tipo particular, *a farm* ['finca de labranza']. De manera análoga, el concepto de *duckling* ['patito'] es un poco diferente del que se expresa mediante el elemento radical de la palabra, *duck* ['pato']. Este elemento, que puede presentarse como una palabra independiente, se refiere a toda una clase de animales, grandes y chicos, mientras que *duckling* tiene su aplicación limitada a los animales jóvenes de esa clase. La palabra *farmer* tiene un sufijo "agentivo", que desempeña el papel de indicar la persona que lleva a cabo una actividad determinada, en este caso la de labrar la tierra. Transforma el verbo *to farm* en un sustantivo que denota a un agente, tal como transforma los verbos *to sing* ['cantar'] *to paint* ['pintar'] y *to teach* ['enseñar'] en los sustantivos correspondientes *singer* ['cantante'], *painter* ['pintor'] y *teacher* ['maestro'], que también denotan a un agente. El elemento *-ling* no se emplea de manera tan abundante, pero su significado es obvio: añade al concepto básico la idea de pequeñez, como en ese *duckling* y también en *gosling* ['gansito'] y *fledgeling* ['polluelo que empieza a emplumar'], o la idea de "despreciable", que en cierto modo está relacionada con la anterior, como en *weakling* ['encanijado'], *princeling* ['principillo'], *hireling* ['mercenario']. Tanto el agentivo *-er* como el diminutivo *-ling* llevan consigo ideas bastante concretas (que son, en términos generales, la de "agente" y la de "pequeño"), pero no se insiste en este carácter concreto. Los dos elementos no definen conceptos fáciles de discernir, sino que más bien son intermediarios entre varios conceptos. El *-er* de *farmer* no denota for-

zosamente a 'alguien que (labra la tierra)': indica sólo que la clase de persona a quien se llama un *farmer* está relacionada con la actividad de la labranza de manera lo bastante estrecha para que, convencionalmente, se piense en ella como si siempre estuviera ocupada en dicha actividad. En realidad, muy bien puede ir a la ciudad y ocuparse en asuntos que nada tienen que ver con la labranza, pero sin embargo su etiqueta lingüística sigue siendo *farmer*. El lenguaje revela aquí una especie de impotencia, o, si así se prefiere, una obstinada tendencia a apartar la mirada de la función sugerida de manera inmediata, confiado en que la imaginación y la costumbre rellenarán las transiciones de pensamientos y los detalles de aplicación que distinguen un concepto concreto (*to farm*) de otro "derivado" (*farmer*). Sería imposible para cualquier idioma expresar cada idea concreta mediante una palabra o un elemento radical independientes. La cualidad concreta de la experiencia es infinita, pero los recursos del más rico de los idiomas están estrictamente limitados. Necesita, por fuerza, amontonar innumerables conceptos bajo la rúbrica de ciertos conceptos básicos, sirviéndose de otras ideas concretas o semi-concretas como de intermediarios funcionales. Las ideas expresadas por estos elementos mediadores —sean palabras independientes, o afijos, o modificaciones del elemento radical— pueden llamarse ideas "derivativas" o "calificativas". Algunos conceptos concretos, como *kill*, se expresan de manera radical; otros, como *farmer* y *duckling*, se expresan de manera derivativa. En correspondencia con estos dos modos de expresión, poseemos dos tipos de conceptos y de elementos lingüísticos: radicales (*farm*, *kill*, *duck*) y derivativos (*-er*, *-ling*). Cuando una palabra (o un grupo unificado de palabras) contiene un elemento derivativo (o una palabra derivativa), el significado concreto del elemento radical (*farm-*, *duck-*) tiende a borrarse de la consciencia para dejar su lugar a un nuevo dato concreto (*farmer*, *duckling*) que es sintético, no desde el punto de vista del pensamiento, sino desde el punto de vista de la expresión. En nuestra

frase, bien visto, no se habla para nada de *farm* ni de *duck*; están sólo latentes, por razones formales, en la expresión lingüística.

Volviendo a esa frase, sentimos que el análisis de *farmer* y de *duckling* no tiene ninguna importancia práctica para llegar a una comprensión de su contenido, y que es absolutamente ocioso para tener un sentido de la estructura de la frase en su conjunto. Desde el punto de vista de la frase, los elementos derivativos *-er* y *-ling* no pasan de ser simples detalles en la economía local de dos de sus términos (*farmer*, *duckling*), aceptados por ella como unidades de expresión. Esta indiferencia de la frase en cuanto tal con respecto a cierta parte del análisis de sus palabras se muestra en el hecho de que si en vez de *farmer* y de *duckling* ponemos otras tantas palabras radicales, como *man* ['hombre'] y *chick* ['pollo'], obtenemos, es verdad, un nuevo contenido material, pero de ninguna manera un nuevo molde estructural. Podemos llegar todavía más lejos, y poner en vez de *kill* una palabra que indique una actividad distinta, por ejemplo *take* ['tomar']. La nueva frase, *the man takes the chick*, es totalmente distinta de la primera si se atiende a las cosas expresadas, no si se atiende a la manera como se expresan. Sentimos instintivamente, sin el más ligero intento de análisis consciente, que las dos frases se ajustan a un esquema idéntico, que son en realidad la misma frase fundamental, y que difieren tan sólo en sus arreos materiales. En otras palabras, las dos frases expresan, de manera idéntica, iguales conceptos de relación. La identidad de la manera se puede ver aquí por tres rasgos: a) el empleo de una palabra que, por su naturaleza, tiende a relacionarse con otras (*the*), y que ocupa en los dos casos una posición análoga; b) la analogía en el orden de los términos concretos de la frase (sujeto, y un predicado que consta de un verbo y un objeto); y c) el empleo del sufijo *-s* en el verbo.

Si se cambia alguno de estos rasgos, la frase resulta modificada, de manera ligera o de manera grave, en un sentido que sólo tiene que ver con la relación, no con

la materia. Si se omite el *the* —*farmer kills duckling, man takes chick* ['labrador mata patito', 'hombre toma pollo']—, la frase se hace imposible: cae dentro de un esquema formal que nadie reconoce, y los dos sujetos de la oración quedan como colgados sobre el vacío. Sentimos que no hay ninguna relación establecida entre ellos y lo que piensan el hablante o el oyente. Tan pronto como el artículo *the* se coloca antes de los dos sustantivos, experimentamos una sensación de alivio. Sabemos entonces que el labrador y el patito de los cuales nos habla la frase son el mismo labrador y el mismo patito de que hemos estado hablando o de que alguien nos ha estado hablando, o en que hemos estado pensando desde hace algún rato. Si me encuentro con un hombre que no está mirando al labrador en cuestión ni sabe nada acerca de él, lo más seguro es que se me quede mirando, todo azorado, si le salgo con que "el labrador [¿qué labrador?] mata al patito [no sé quién era él, ni si tenía un patito]". En el supuesto de que el hecho sea lo bastante interesante para ser contado, me vería obligado a hablar de "un labrador [a farmer] que vive cerca de mi casa" y de un "patito [a duckling] que este hombre tenía". Esas palabritas, *the* y *a*, tienen la importante función de establecer una referencia definida o indefinida.

Si suprimo el primer *the* y quito además el sufijo -s, me resulta un conjunto de relaciones enteramente nuevo. La frase *farmer, kill the duckling* ['labrador, mata al patito'] da a entender que ahora estoy hablando con el labrador, y no ya hablando acerca de él; y se entiende, además, que no está matando en este momento al animalito, sino que está recibiendo órdenes mías para proceder así. La relación subjetiva de la primera frase se ha convertido ahora en una relación vocativa, de llamado a una persona, y la actividad se concibe como una orden, no como una aseveración. De ello concluimos que, para que el labrador sea simplemente una persona de la cual se habla, la palabrita *the* necesita volver a su lugar, y la -s final del verbo al suyo. Este último elemento define claramente —o, mejor dicho,

contribuye a definir— la aseveración en cuanto manera distinta del mandato. Encuentro, por otra parte, que si quiero hablar de varios labradores, no puedo decir *the farmers kills the duckling*, sino forzosamente *the farmers kill the duckling*. Es evidente, pues, que la -s final del verbo inglés expresa la idea de singularidad en el sujeto. Si el sustantivo está en singular, el verbo debe tener una forma que le corresponda; si el sustantivo está en plural, el verbo debe tener otra forma, también correspondiente.² Por otra parte, la comparación entre las formas *I kill* ['yo mato'] y *you kill* ['tú matas'] demuestra que la -s sirve exclusivamente para referirse a una persona distinta de la que habla o de la que escucha. De ello concluimos que expresa una relación personal además de la idea de singularidad. Y la comparación con una frase como *the farmer killed the duckling* ['el labrador mató al patito'] nos hace ver que a esta misma pobrecilla -s se le encomienda una tarea más: la de aludir claramente al tiempo presente. La aseveración en cuanto tal y la referencia personal pueden considerarse como conceptos que inherentemente indican relación. En cuanto al número, es evidente que las personas de habla inglesa lo sienten como portador de una relación necesaria, pues de otra manera no habría razón para expresar el concepto dos veces, una en el sustantivo y otra en el verbo. También al tiempo se le siente claramente como un concepto que establece relaciones; si así no fuera, sería lícito decir en inglés *the farmer killed-s* tal como se dice *the farmer kill-s*. Así, pues, los cuatro conceptos inextricablemente entrelazados en el sufijo -s se sienten como conceptos de relación, y dos de ellos lo son de manera forzosa. La distinción entre un auténtico concepto de relación y un concepto que se siente como tal o se trata en cuanto tal, aunque no necesite hallarse en la naturaleza de las cosas, será tratada un poco más adelante.

² El hecho de que, en inglés la -s final denote pluralidad en el sustantivo y singularidad en el verbo es, por supuesto, un "accidente".

Finalmente, puedo trastornar por completo el tipo de relaciones expresadas en la frase cambiando el orden de sus elementos. Si se intercambian las posiciones de *farmer* y *kills*, la frase resulta *kills the farmer the duckling*, lo cual se interpreta, con toda naturalidad, como una forma desacostumbrada, aunque no ininteligible, de hacer la pregunta *does the farmer kill the duckling?* [‘¿mata el labrador al patito?’]. En esta nueva frase, la acción no se presenta en absoluto como cosa realizada o a punto de realizarse. Puede ser que esté ocurriendo, o puede ser que no: lo que se indica en la frase es que la persona que habla quiere saber la verdad acerca del asunto, y que se supone que la persona a quien se habla está en posibilidad de dar la información pertinente. La oración interrogativa posee una “modalidad” completamente distinta de la aseverativa, y encierra una actitud notoriamente distinta del hablante con relación al que lo escucha. Un cambio más impresionante aún en las relaciones personales se efectúa si intercambiamos *the farmer* y *the duckling*. En la frase *the duckling kills the farmer* [‘el patito mata al labrador’] se habla exactamente de los mismos sujetos de la oración y del mismo tipo de actividad que en nuestra primera frase, pero el papel de estos sujetos de la oración está ahora invertido. El patito, como el gusano del refrán, se ha vuelto contra el hombre;³ o, para decirlo con la terminología gramatical, lo que era “sujeto” es ahora “objeto”, y lo que era objeto es ahora sujeto.

En el cuadro siguiente analizamos la frase desde el punto de vista de los conceptos en ella expresados y de los procedimientos gramaticales empleados para la expresión de tales conceptos.

I. CONCEPTOS CONCRETOS:

1. Primer sujeto de la oración: *farmer*
2. Segundo sujeto de la oración: *duckling*
3. Actividad: *kill*

—que se pueden analizar así:

³ [Alusión al refrán inglés *Even a worm may turn*, “hasta un gusano puede volverse” (“tener un gesto de rebeldía”).]

- A. CONCEPTOS RADICALES:
 - 1. Verbo: (to) *farm*
 - 2. Sustantivo: *duck*
 - 3. Verbo: *kill*
- B. CONCEPTOS DERIVATIVOS:
 - 1. Agentivo: expresado por el sufijo -er
 - 2. Diminutivo: expresado por el sufijo -ling
- II. CONCEPTOS DE RELACIÓN:
 - Referencia:
 - 1. Carácter definido de la referencia al primer sujeto de la oración: expresado por el primer *the*, que es prepositivo
 - 2. Carácter definido de la referencia al segundo sujeto de la oración: expresado por el segundo *the*, que es prepositivo
 - Modalidad:
 - 3. Aseverativa: expresada por la secuencia de "sujeto" más verbo, e implicada por el sufijo -s
 - Relaciones personales:
 - 4. Subjetividad de *farmer*: expresada por la posición de *farmer* antes de *kills*, y por el sufijo -s
 - 5. Objetividad de *duckling*: expresada por la posición de *duckling* después de *kills*
 - Número:
 - 6. Singularidad del primer sujeto de la oración: expresada por la falta de sufijo de plural en *farmer*, y por la presencia del sufijo -s en el verbo que sigue
 - 7. Singularidad del segundo sujeto de la oración: expresada por la falta de sufijo de plural en *duckling*
 - Tiempo:
 - 8. Presente: expresado por la falta de sufijo de pretérito en el verbo, y por el sufijo -s

Así, pues, en esta breve frase de cinco palabras vemos expresados trece conceptos distintos, tres de los cuales son radicales y concretos, dos de derivación y ocho de relación. El resultado más interesante de nuestro análisis es quizá el comprobar, una vez más, la curiosa falta de armonía que existe en inglés entre la función y la forma. El método de sufijación se em-

plea lo mismo para los elementos derivativos que para los elementos de relación; las palabras o elementos radicales independientes expresan ideas concretas (objetos, actividades, cualidades) e ideas de relación (artículos como *the* y *a* ['el' y 'un']; palabras que definen relaciones de caso, como *of*, *to*, *for*, *with*, *by* ['de', 'a', 'para', 'con', 'por']; palabras que definen relaciones locales, como *in*, *on*, *at* ['en', 'sobre']); los mismos conceptos de relación pueden expresarse más de una vez (por ejemplo, la singularidad de *farmer* está expresada de manera negativa en el sustantivo y de manera positiva en el verbo); y un elemento puede expresar un grupo de conceptos entretreídos en vez de limitarse a expresar un solo concepto definido (así, la *-s* de *kills* sirve para simbolizar nada menos que cuatro relaciones lógicamente independientes).

Nuestro análisis podrá parecer un tanto forzado, pero esto se debe sólo a que estamos tan habituados a nuestros trillados carriles de expresión, que hemos llegado a sentirlos como inevitables. Sin embargo, un análisis destructivo de lo familiar es el único método posible para llegar a tener una idea de modos de expresión fundamentalmente diversos. Cuando nos hemos acostumbrado a sentir lo que es anárquico, ilógico o falta de equilibrio en la estructura de nuestra propia lengua, estamos en buen camino para llegar a captar de manera comprensiva la expresión de las diversas clases de conceptos en una lengua extranjera. No todo lo que es extraño a la lengua que hablamos es en sí mismo ilógico o descabellado. Muchas veces, una perspectiva más amplia nos viene a revelar que precisamente las cosas más familiares son en realidad excepcionales y extrañas. Desde el punto de vista de una lógica estricta, es evidente que no hay ninguna razón necesaria para que los conceptos expresados en nuestra frase hayan sido aislados, examinados y agrupados de la manera como lo hemos hecho y no de una manera distinta. Esa frase es el resultado de fuerzas históricas y de fuerzas psicológicas ajenas al raciocinio, y no fruto de una síntesis lógica de elementos que han sido cap-

tados claramente en su individualidad. Esto se puede decir, en mayor o menor grado, de todos los idiomas, aunque en las formas de muchos de ellos encuentren las personas de habla inglesa una imagen más coherente, más lógica que en las formas inglesas, de ese inconsciente análisis en conceptos aislados que nunca se halla totalmente ausente del habla, por mucho que esté complicado o abrumado por los factores más irracionales.

Un sumario examen de otros idiomas, cercanos o remotos, no tardaría en poner de relieve que algunos de los trece conceptos incorporados casualmente en nuestra frase (o quizá todos ellos) no sólo pueden expresarse en forma diferente, sino que pueden agruparse de manera distinta unos con otros; que algunos de ellos pueden omitirse por no ser indispensables; y que otros conceptos, que la lengua inglesa no considera dignos de ser expresados, pueden sentirse como absolutamente indispensables para que la proposición sea inteligible. Examinemos ante todo las diferencias en cuanto al método de manejar los conceptos que hemos visto expresados en la frase inglesa. Si consideramos la lengua alemana, encontramos que en la frase equivalente (*der Bauer tötet das Entelein*) el carácter definido de referencia expresado por el *the* inglés va íntimamente asociado con otros tres conceptos, que son a) número, puesto que tanto el artículo *der* como el artículo *das* son forzosamente singulares: b) caso, pues *der* es subjetivo y *das* subjetivo u objetivo (y, por eliminación, objetivo); y c) género, un nuevo concepto en el orden de las relaciones, que en nuestro caso no se indica explícitamente en inglés: en alemán, *der* es masculino, y *das* neutro. Resulta evidente que, en la frase alemana, la expresión de caso, género y número está encomendada de manera principalísima a las partículas de referencia y no a las palabras que expresan los conceptos concretos (*Bauer, Entelein*), a los cuales, lógicamente, deberían ir adheridos aquellos conceptos de relación. En la esfera de los conceptos concretos vale la pena observar asimismo que el alemán fragmenta

la idea de 'matar' en dos partes: el concepto básico de 'muerto' (tot) y el concepto derivativo de 'hacer que alguien haga (o sea) esto o lo otro' (por el método del cambio vocálico, töt-); el tötet alemán (que se analiza tot- + cambio vocálico + -et) significa 'hace que (alguien) sea muerto' y, de manera aproximada, es el equivalente formal del *dead-en-s* inglés ['amortigua, amortece'] si bien la aplicación habitual de esta última palabra es diferente.⁴

Si nos aventuramos por territorios un poco más lejanos, podemos echar una ojeada al método de expresión de la lengua yana. Traducida literalmente al inglés, la frase yana equivalente a la nuestra diría algo como *kill-s he farmer⁵ he to duck-ling* ['mat-a él labrador él a pat-ito']. En esta traducción inglesa, las palabras *he* y *to* son traslados bastante torpes de un pronombre general de tercera persona (él, ella, ello, o ellos) y de una partícula objetiva que indica que el sustantivo que viene después de ella debe conectarse con el verbo de manera distinta que como sujeto. El sufijo *-s* de *kill-s* corresponde al sufijo inglés, con dos importantes diferencias: no hace referencia al número gramatical del sujeto, y la aseveración aparece como algo perfectamente averiguado (la persona que habla responde de su veracidad). El número se expresa en la frase sólo de manera indirecta, en cuanto que no aparece un sufijo verbal determinado que indique pluralidad del sujeto, ni tampoco elementos concretos de pluralidad en los dos sustantivos. Si la persona que habla hiciera su afirmación basándose en la autoridad de otra persona, hubiera debido emplearse un sufijo (de tiempo y de modo) totalmente distinto. Los pronombres de refe-

⁴ "Hacer que (alguien) sea muerto" o "hacer morir", en el sentido de 'matar', es una manera de decir que se emplea en muchísimas lenguas, en todas partes. La encontramos también, por ejemplo, en *nootka* y en *sioux*.

⁵ Los indios yana no practican la agricultura. La idea verbal 'labrar la tierra' se expresaría probablemente de alguna manera sintética, algo así como "cavar-tierra" o "crecer-hacer". Existen en yana sufijos correspondientes a los ingleses *-er* y *-ling*.

rencia (él) no dan, por sí mismos, ninguna indicación en cuanto a número, género o caso. El género, por lo demás, falta completamente en yana en cuanto categoría de relación.

La frase yana habrá servido para poner de relieve el hecho de que se puede prescindir de algunos de los conceptos que una persona de habla inglesa tiende a suponer esenciales; y las frases yana y alemana ponen de relieve, además, el hecho de que ciertos conceptos que una persona de habla inglesa (o, mejor dicho, el hábito de la lengua inglesa) juzga superfluos en la expresión, pueden ser tenidos en otras lenguas como conceptos esenciales. Podríamos proseguir así, y ofrecer innumerables ejemplos de frases que se desvían asimismo de la forma inglesa, pero tendremos que contentarnos con unas pocas indicaciones más. *Man kill duck* ['hombre matar pato'] sería la versión inglesa de una frase china que equivale prácticamente a 'el hombre mata al pato'; en esa frase, ninguna persona de habla china tiene consciencia, en absoluto, de ese sentimiento de cosa infantil, coja e incompleta que nosotros experimentamos ante la traducción literal inglesa. Los tres conceptos concretos —dos objetos y una acción— se expresan de manera directa mediante tres correspondientes palabras monosilábicas que son, al propio tiempo, elementos radicales; los dos conceptos de relación —“sujeto” y “objeto”— se expresan tan sólo por la posición de las palabras concretas antes y después de la palabra que indica acción. Y eso es todo. El carácter definido o indefinido de la referencia, el número, la personalidad en cuanto aspecto inherente al verbo, el tiempo —y no digamos el género—, ninguna de estas cosas recibe expresión en la frase china, la cual, a pesar de todo, es una comunicación inteligible y perfecta (a condición, claro está, de que exista ese contexto, esa base para el mutuo entendimiento que es indispensable para la completa inteligibilidad de cualquier cosa que se diga). Y esta calificación no va contra nuestro argumento, pues también en la frase inglesa dejamos sin expresar gran número de ideas que se dan

por supuestas, o que ya se han desarrollado, o que habrán de desarrollarse en el curso de la conversación. Nada se ha dicho, por ejemplo, ni en la frase inglesa ni en la alemana, ni en la yana, ni en la china, acerca de las relaciones de lugar del labrador, el pato, la persona que habla y la persona que escucha. ¿Están a la vista el labrador y el pato? ¿Alguno de los dos es invisible desde el punto de vista de la persona que habla? ¿Están colocados los dos dentro del alcance de la mirada del que habla, del que escucha, o de algún indefinido punto de referencia, "por allí"? En otras palabras, parafraseando, sin afán de precisión, ciertas ideas "demonstrativas" latentes, ¿lo que sucede es que este labrador (invisible para nosotros, pero que está tras una puerta, no muy lejos de mí, mientras tú estás sentado mucho más allá, bastante lejos) mata aquel patito (que te pertenece a ti)? O bien, ¿sucede que aquel labrador (que vive cerca de tu casa, y al cual estamos mirando nosotros dos allí, a cierta distancia) mata aquel patito (que le pertenece a él)? Este tipo de elaboración demostrativa es ajena a nuestro modo de pensar, pero en cambio parecería no sólo muy natural, sino hasta indispensable, a un indio kwakiutl.

Así, pues, ¿cuáles son los conceptos absolutamente indispensables en el habla, los conceptos que deben ser expresados si se quiere que el lenguaje sea un medio satisfactorio de comunicación? Es evidente, por principio de cuentas, que necesitamos tener un buen surtido de conceptos básicos o radicales, la moneda concreta del habla. Necesitamos tener cosas, acciones, cualidades acerca de las cuales podamos hablar, y éstas necesitan tener sus símbolos correspondientes en palabras independientes o en elementos radicales. Ninguna proposición, por muy abstracta que sea en su finalidad, es humanamente posible si no se vincula, por uno o más puntos, con el mundo concreto de los sentidos. En toda proposición inteligible deben expresarse por lo menos dos de estas ideas radicales, si bien, en algunos casos excepcionales, una de ellas o las dos pueden sobreentenderse por el contexto. Y, en segundo lugar, deben

•

expresarse aquellos conceptos de relación que vinculan unos con otros a los conceptos concretos y construyen una forma definida y fundamental de proposición. Es preciso que en esta forma fundamental no haya dudas en cuanto a la naturaleza de las relaciones que existen entre los conceptos concretos. Necesitamos saber cuál de los conceptos concretos se relaciona directa o indirectamente con otro, y cuál es este otro, y de qué manera se establece la relación. Si queremos hablar de una cosa y una acción, necesitamos saber si están relacionadas coordinadamente la una con la otra (por ejemplo, "he is fond of wine and gambling" ['es aficionado al vino y a jugar']); o si la cosa se concibe como punto de partida, como "ejecutante" de la acción, o, según suele decirse, como "sujeto" del cual se predica la acción; o si, por el contrario, la cosa es el punto terminal, el "objeto" de la acción. Si yo quiero transmitir a otro una idea inteligible acerca de un labrador, un patito y la acción de matar, no basta con proferir los símbolos lingüísticos de estas ideas concretas en un orden cualquiera, revueltos en un amasijo confuso, confiado en que la persona que me escucha pueda construir algún esquema de relaciones a base de las posibilidades generales del caso. Las relaciones sintácticas fundamentales necesitan expresarse sin ambigüedad alguna. Puedo permitirme no decir ni media palabra en cuanto al tiempo, al lugar, al número y a docenas y docenas de otros tipos posibles de conceptos, pero de lo que no tengo escapatoria es de indicar quién diablos ejecuta la acción de matar. No existe ninguna lengua conocida en que haya manera de salvarse de esa necesidad, tal como no existe ninguna que consiga decir algo sin servirse de símbolos para los conceptos concretos.

Así nos vemos obligados a parar mientes, una vez más, en la distinción entre los conceptos de relación que son esenciales o inevitables, y los que no son indispensables. Los primeros son expresados en todas las lenguas del mundo, mientras que los segundos se han desarrollado en proporciones modestas en algunas lenguas y han sido elaborados con asombrosa exuberancia

•

en otras. Ahora bien, ¿qué es lo que nos impide poner estos conceptos “prescindibles” o “secundarios” de relación en el amplio y flotante grupo de los conceptos derivativos o calificativos que en páginas anteriores hemos estudiado? Después de todo lo que se ha dicho, ¿es posible ver una diferencia fundamental entre un concepto calificativo como el negativo *un-* en *unhealthy* [‘insalubre’] y un concepto de relación, como es el de número en *books*? Si podemos parafrasear aproximadamente *unhealthy* como *not healthy* [‘no saludable’], ¿acaso no podemos parafrasear con idéntico derecho (prescindiendo de la violencia que hacemos a la concordancia inglesa) la palabra *books* como *several book* [‘varios libro’]? Existen, desde luego, ciertos idiomas en que el plural (si acaso llega a expresarse) se concibe de la misma manera sobria, restringida, casi podríamos decir casual, como nosotros sentimos la partícula negativa en *unhealthy*. Para esos idiomas, el concepto de número no tiene la menor importancia sintáctica, no se concibe esencialmente como concepto que define una relación, sino que se le relega al grupo de los conceptos derivativos, y aun de los conceptos básicos. Pero en inglés, como en francés, en alemán, en latín y en griego —en una palabra, en todas las lenguas con que estamos más familiarizados—, la idea de número no se pega simplemente como apéndice a un concepto determinado de una cosa. Puede tener algo de este valor calificativo, pero su fuerza se extiende mucho más allá. Tiene con su color muchos elementos de la frase. haciendo que otros conceptos, aun aquellos que no tienen ninguna relación con el número, adquieran formas de las cuales se dice que corresponden o “están en concordancia con” el concepto básico que le sirve de primer punto de apoyo. Si en inglés se dice *a man falls* [‘un hombre cae’], pero *men fall* [‘hombres caen’], ello no se debe a que haya ocurrido un cambio esencial en la naturaleza de la acción, ni a que la idea de pluralidad, inherente en la palabra *men*, necesite relacionarse también, por la naturaleza intrínseca de las ideas, con la acción ejecutada por esos hombres. Lo que estamos

haciendo en esas dos frases es lo que casi todas las lenguas, en mayor o menor grado y de cien maneras diversas, suelen hacer: tender un atrevido puente entre los dos tipos básicamente distintos de conceptos, el concreto y el que indica en forma abstracta una relación, tiñendo este último, por así decir, con el color y la densidad del primero. Mediante una especie de violencia metafórica, el concepto material es forzado a ponerse al servicio del concepto que sólo indica relación (o se hace que se mezclen el uno con el otro).

Lo que decimos resulta todavía más evidente si tomamos el género como punto de enfoque. En estas dos frases inglesas, *the white woman that comes* ['la mujer blanca que viene'] y *the white men that come* ['los hombres blancos que vienen'], no tenemos nada que nos recuerde que el género, al igual que el número, puede ser elevado a la categoría de un concepto secundario de relación. Parecería un poco descabellado querer hacer de la masculinidad y de la feminidad, conceptos puramente materiales, y accidentales desde el punto de vista filosófico, un medio de relacionar cualidad y persona, persona y acción; ni tampoco se nos ocurriría, si no hubiéramos estudiado a los clásicos, que era sencillamente absurdo querer inyectar, en dos conceptos de relación tan endebles y atenuados como los que se expresan en las palabras *the* y *that*,⁶ las nociones combinadas de número y sexo. Y sin embargo, esto, y mucho más, es lo que sucede en latín. La frase *illa alba femina quae venit*, traducida en cuanto a sus conceptos, equivale a lo siguiente:

eso - uno - femenino - que hace la acción ⁷

uno - femenino - blanco - que hace la acción

femenino - que está ejecutando la acción - uno - mujer

⁶ [El artículo *the* significa 'el', 'la', 'lo', 'los', 'las', y el demostrativo *that* significa 'ese', 'esa', 'eso', 'esos', 'esas', (o 'aquel', etc.).]

⁷ "Que hace" y no "a quien se hace". Es ésta, necesariamente, una manera torpe de representar el "nominativo" (subjeto) en contraste con el "acusativo" (objeto).

que - uno - femenino - que hace la acción
 otro ⁸ - uno - ahora - venir.

Y la frase *illi albi homines qui veniunt*, traducida de la misma manera, equivale a:

eso - varios - masculino - que hace la acción
 varios - masculino - blanco - que hace la acción
 masculino - que está ejecutando la acción - varios - hombre
 que - varios - masculino - que hace la acción
 otro - varios - ahora - venir.

Cada palabra es portadora de cuatro conceptos, nada menos: un concepto radical (ya sea propiamente concreto, como *blanco*, *hombre*, *mujer*, *venir*, o ya demostrativo, como *eso*, *que*) y tres conceptos de relación, escogidos entre las categorías de caso, número, género, persona y tiempo. Desde el punto de vista lógico, únicamente el caso ⁹ (la relación del sustantivo *mujer* o del sustantivo *hombres* con un verbo que sigue, la de *que* con su antecedente, la de *eso* y *blanco* con *mujer* o con *hombres*, y la de *que* con *venir*) exige forzosamente ser expresado, y esto sólo en conexión con los conceptos afectados de manera directa (no hay, por ejemplo, ninguna necesidad de decir si la calificación de blanco se aplica al que ejecuta ahora la acción o al que la hace en general).¹⁰ Los demás conceptos de relación son sim-

⁸ Es decir, no yo ni tú.

⁹ Por "caso" se entiende aquí no sólo la relación subjetivo-objetiva, sino también la de atribución.

¹⁰ Excepto en la medida en que el latín emplea este procedimiento como método un tanto imperfecto y vago de establecer la atribución del color con respecto al objeto o persona particulares. En efecto, no se puede decir en latín de manera directa que una persona es blanca; lo único que se puede decir es que lo que es blanco se identifica con la persona que es, que ejecuta una acción o que sufre una acción de tal o cual modo. Fundamentalmente, la significación profunda de la frase latina *illa alba femina es en realidad 'eso-uno, lo-blanco-uno, (a saber) la-mujer'*, es decir, tres ideas sustantivas que se relacionan unas con otras mediante una yuxtaposición cuyo objeto es expresar una identidad. El inglés y el chino expresan la atribución directamente, mediante el orden de las palabras. En latín, las palabras *illa* y *alba* pueden ocupar

ples parásitos (el género en toda la frase, y el número en el demostrativo, en el adjetivo, en el relativo y en el verbo), o bien carecen de toda importancia para la forma sintáctica esencial de la frase (el número en el sustantivo; la persona; el tiempo). Un chino dotado de inteligencia y sensibilidad, acostumbrado como está a quedarse con la médula misma de la forma lingüística, podrá decir después de comprender la frase latina: "¡Qué imaginación tan llena de pedantería!" Tiene que ser difícil para él, al entrar en contacto por vez primera con las ilógicas complejidades de nuestras lenguas europeas, sentirse cómodo en una actitud que en tan gran medida confunde el asunto material de que se habla con su esquema formal, o, para decirlo con mayor precisión, que destina ciertos conceptos fundamentales concretos a empleos tan secundarios de relación.

He exagerado un poquillo el carácter concreto de nuestros conceptos subsidiarios (a-sintácticos, mejor dicho) de relación, a fin de que los hechos esenciales resalten con la mayor nitidez posible. No hay para qué decir que una persona de habla [española] no tiene en su consciencia ninguna idea definida de sexo cuando habla de un árbol (masculino) o de una manzana (femenino). Y, digan lo que digan los gramáticos, tampoco tienen las personas de habla inglesa una sensación muy vívida de tiempo presente, en oposición a todo tiempo pasado y todo tiempo futuro, cuando dicen, por ejemplo, *he comes* ['él viene'].¹¹ Esto se ve con toda

prácticamente cualquier posición dentro de la frase. Es importante observar que la forma subjetiva de *illa* y *alba* no define propiamente una relación de estos conceptos calificativos con respecto a *femina*. Esa relación puede expresarse, por lo que toca a la forma, mediante un caso atributivo, por ejemplo el genitivo (*mujer de blancura*). En tibetano pueden emplearse indiferentemente los dos métodos, el del orden de palabras y el de auténtica relación de caso: *mujer blanca*, o bien *blanco-de mujer* (esto es, 'mujer de blancura', 'mujer que es blanca', 'mujer blanca').

¹¹ Descontando, naturalmente, el carácter de acción viva e inminente que se puede crear en esa frase en virtud de un contexto determinado.

claridad si consideramos el uso del presente para indicar unas veces tiempo futuro, como en *he comes tomorrow* ['él viene mañana'], y otras veces una actividad general sin especificación en cuanto al tiempo, como en *whenever he comes, I am glad to see him* ['cada vez que viene, me alegro de verlo'], donde el presente *comes* se refiere a hechos ocurridos en el pasado lo mismo que a casos futuros posibles, y no propiamente a una actividad presente. En estos dos ejemplos, el [español] y el inglés, las ideas primarias de sexo y de tiempo han quedado diluídas por analogía formal y por asimilación a la esfera de las relaciones: los conceptos indicados de manera ostensible están ahora tan vagamente precisados, que lo que nos fuerza a elegir esta o aquella forma no es la necesidad de la expresión concreta de esos conceptos, sino la tiranía del uso. Si el proceso de atenuación continúa durante un tiempo lo bastante largo, podrá ser que, algún día, no nos quede en las manos sino un sistema de formas de las cuales habrá desaparecido todo color vital y que sólo persisten por inercia, duplicándose mutuamente, con interminable prodigalidad, sus funciones sintácticas secundarias. Esto explica, en parte, los complejos sistemas de conjugación de tantos idiomas, en los cuales las diferencias de formas no van acompañadas por diferencias de función claramente perceptibles. En lo que se refiere a la lengua inglesa, por ejemplo, debió haber habido una época —aunque anterior a las más primitivas pruebas documentales— en que el tipo de formación de tiempos verbales representado por los pretéritos *drove* [de *to drive* 'conducir'] o *sank* [de *to sink* 'hundir'] difería en cuanto a su significación, aunque sólo fuera por ligeros matices, del tipo representado por *killed* [pretérito de *to kill* 'matar'] o *worked* [pretérito de *to work* 'trabajar'], que ahora ha quedado fijado en inglés como el tipo más frecuente de formación de los pretéritos. Es decir, debió haber habido una época en que entre estos dos tipos había una distinción tan perceptible como la que existe en nuestros días entre los pretéritos *drove* y *killed* y los "perfectos" *has driven* y *has killed*;

pero esta última distinción puede dejar de funcionar en alguna época futura.¹² Así, pues, la forma vive más que su contenido conceptual. Una y otro están cambiando incesantemente, pero, hablando en términos generales, la forma tiende a seguir existiendo cuando el espíritu ha desaparecido o ha cambiado su esencia. La forma irracional, la forma por la forma —o como se quiera llamar a esta tendencia a aferrarse a las distinciones formales una vez que han tenido existencia— es para la vida de la lengua un hecho tan natural como la conservación de modos de conducta que han sobrevivido a la significación que un día tuvieron.

Existe otra poderosa tendencia que favorece una elaboración formal que no corresponde estrictamente a nítidas diferencias conceptuales. Es la tendencia a construir estructuras de clasificación dentro de las cuales es preciso hallar una colocación para todos los conceptos lingüísticos. Quien ha decidido que todas las cosas son definitivamente buenas o malas, o definitivamente blancas o negras, es difícil que se haga el ánimo a admitir que una cosa particular determinada puede ser lo mismo buena que mala (en otras palabras, que es indiferente) o lo mismo blanca que negra (en otras palabras, gris), y más difícil todavía reconocer que las categorías bueno-malo o blanco-negro pueden no tener la menor aplicación. El lenguaje, desde muchos puntos de vista, es tan irracional y tan terco en sus clasificaciones como lo sería un espíritu que procediera en esa forma. El lenguaje necesita tener un agujero completamente exclusivo para cada pichón, y no tolera a las aves vagabundas. Todo concepto que solicite ser expresado necesita someterse a las reglas clasificatorias del juego, así como vemos que en ciertos cuestionarios estadísticos hasta el ateo más convencido necesita forzosamente recibir la etiqueta de “católico”, “protestante” o “judío”, porque de lo contrario se desconocería su

¹² Es, en gran parte, lo que ha sucedido en el francés popular y el alemán popular, donde la diferencia casi no es funcional, sino puramente estilística. Los *prétéritos* [*canté*, etc.] son más literarios o de tono más solemne que los perfectos [*he cantado*, etc.].

existencia. Las personas de habla inglesa han decidido que toda acción necesita ser concebida con relación a tres tiempos básicos. En consecuencia, si alguien desea afirmar una cosa que será tan válida el día de mañana como lo fué el día de ayer, necesita hacer la ficción de que el momento presente puede estirarse hacia atrás y hacia adelante de manera que llegue a abarcar toda la eternidad.¹³ En [español], se nos hace saber de una vez por todas que un objeto es masculino o femenino, sea un ser viviente o una cosa inanimada; de manera semejante, en muchos idiomas indios de los Estados Unidos o del Asia oriental, es preciso hacer constar que el objeto pertenece a cierta categoría por su forma (por ejemplo, circular como un anillo, esférico como una pelota, largo y delgado, cilíndrico, parecido a una lámina, o en masa como el azúcar) antes de que se proceda a enunciarlo (se dice, por ejemplo, 'dos categoría-de-pelota manzanas', 'tres categoría-de-lámina tapetes'); y a veces hasta hace falta decir que el objeto "es" o que "es manejado de determinada manera" (así, en los idiomas athabaskas y en yana, 'llevar' o 'arrojar' una piedrecilla es algo completamente distinto que llevar o arrojar un tronco; tan distinto desde el punto de vista lingüístico como desde el punto de vista de la experiencia muscular). Estos ejemplos podrían multiplicarse hasta el cansancio. Es como si en un período del pasado el inconsciente de la raza hubiera hecho un precipitado inventario de la experiencia, lanzándose a una clasificación prematura que luego no toleró revisión, y hubiera dejado a los herederos de su idioma embarcados en una ciencia a la cual ya no otorgan éstos el menor crédito, y que al mismo tiempo no tienen fuerzas para destronar. El dogma rigidamente prescrito por la tradición se petrifica y se convierte en formalismo. Las categorías lingüísticas constituyen un sistema

¹³ Así se dice, por ejemplo, *the square root of 4 is 2* ['la raíz cuadrada de 4 es 2'], de la misma manera que *my uncle is here now* ['mi tío está aquí ahora']. Hay muchas lenguas "primitivas" que piensan de manera más filosófica, y que distinguen entre un verdadero "presente" y un tiempo "habitual" o "general".

de dogma creado en otra época: dogma del inconsciente. Muchas veces sólo tienen una semi-realidad en cuanto conceptos; su vida tiende a arrastrarse lánguidamente, a convertirse en forma por la forma.

Hay, por último, una tercera causa que determina la aparición de esa forma privada de significación, o, mejor dicho, de esas diferencias de forma privadas de significación. Es la manera mecánica como operan los procedimientos fonéticos, los cuales pueden dar origen a distinciones formales que no tienen ni han tenido nunca una distinción funcional correspondiente. Gran parte de las irregularidades y, en general, de la complejidad de formas que aparecen en nuestros sistemas de declinación y conjugación se deben a razones fonéticas. En inglés, el plural de *hat* ['sombrero'] es *hats*, pero el plural de *self* ['mismo'], es *selves*. En el primer caso tenemos una verdadera -s [sorda] que simboliza pluralidad; en el segundo un sonido de z [sonora, semejante a ds], unida a un cambio de f a v en el elemento radical de la palabra. No tenemos aquí una coincidencia de formas que en su origen correspondieran a conceptos netamente distintos—lo cual, según vimos, es la explicación más probable para ciertas formas paralelas, como *drove* y *worked*—, sino una multiplicación puramente mecánica de un mismo elemento formal, sin que a ello corresponda el desarrollo de un nuevo concepto. Este tipo de proliferación de formas ofrece, pues, aspectos muy interesantes para la historia general de la lengua, pero no nos importa de manera directa en nuestro esfuerzo por comprender la naturaleza de los conceptos gramaticales y su tendencia a degenerar en fichas puramente formales.

Será conveniente ahora que revisemos nuestra primera clasificación de los conceptos según se expresan en el lenguaje. Podremos sugerir el siguiente esquema:

- I. Conceptos básicos (concretos) (objetos, acciones, cualidades): expresados normalmente mediante palabras o elementos radicales independientes; no denotan ninguna relación propiamente dicha;¹⁴

¹⁴ Exceptuando, por supuesto, la selección y el contraste fundamentales que forzosamente intervienen al definir un concepto por

- II. Conceptos derivativos (por lo general menos concretos que el tipo I, pero más concretos que el tipo III): expresados normalmente mediante la afijación de elementos no radicales a los elementos radicales, o mediante una modificación interna de estos últimos; difieren del tipo I porque denotan ideas que no interesan al conjunto de la proposición, pero que dan a un elemento radical un incremento particular de significación y que, de ese modo, están íntimamente relacionadas, de una manera concreta, con los conceptos del tipo I;¹⁵
- III. Conceptos concretos de relación (más abstractos aún, pero no totalmente desprovistos de algún matiz concreto): expresados normalmente mediante la afijación de elementos no radicales a los elementos radicales, pero, por lo común, de manera menos íntima que los elementos del tipo II, o mediante una modificación interna de los elementos radicales; difieren fundamentalmente del tipo II porque indican o dan a entender relaciones que trascienden la palabra particular a la cual van adheridos de manera inmediata, llevándonos de este modo a los
- IV. Conceptos puros de relación (totalmente abstractos): expresados normalmente mediante la afijación de elementos no radicales a los elementos radicales (y en tal caso estos conceptos suelen entremezclarse con los del tipo III), o por su modificación interna, o por palabras independientes, o por la posición en la frase; sirven para relacionar entre sí los elementos concretos de la proposición, dándoles así una forma sintáctica definida.

oposición a otro. "Hombre" y "blanco" poseen una relación inherente a "mujer" y a "negro", pero ésta es sólo una relación de contenido conceptual y no ofrece ningún interés directo desde el punto de vista de la gramática.

¹⁵ Así, la terminación *-er* de *farmer* puede definirse como elemento que indica aquel concepto sustantivo particular (objeto o cosa) que sirve de sujeto habitual del verbo particular al cual va adherido. Esta relación de "sujeto" —a *farmer farms* ['un labrador labra la tierra']— es inherente a la palabra, y característica de ella; no existe para la frase en su totalidad. De la misma manera, el *-ling* de *duckling* define una relación concreta de atribución que interesa únicamente al elemento radical, no a la frase.

La naturaleza de estas cuatro clases de conceptos, por lo que se refiere a su carácter concreto o abstracto, o a su facultad de expresar relaciones sintácticas, puede simbolizarse de este modo:

Contenido material } I. Conceptos básicos
 } II. Conceptos derivativos

Relación } III. Conceptos concretos de relación
 } IV. Conceptos puros de relación

Pero debemos guardarnos de rendir un culto fetichista a estos esquemas. Cuando se emprende un análisis se presentan a menudo problemas muy difíciles, y bien puede suceder que nos veamos perplejos en cuanto a la manera de agrupar una serie determinada de conceptos. Esto ocurre muchas veces, sobre todo en el caso de las lenguas exóticas, pues suele suceder que, aunque nos sintamos perfectamente seguros del análisis de las palabras en una frase, no lleguemos a adquirir ese “sentimiento” interno de su estructura que nos da la capacidad de decir sin lugar a dudas qué cosa es “contenido material” y qué cosa “relación”. Los conceptos de la clase I son indispensables para el lenguaje, lo mismo que los conceptos de la clase IV. Los conceptos de las clases II y III son muy frecuentes, pero no indispensables; se puede prescindir, en especial, de la clase de conceptos del grupo III, que representa de hecho una confusión psicológica y formal de los tipos II y IV o de los tipos I y IV. Desde el punto de vista lógico, hay un abismo infranqueable entre I y IV, pero la tendencia ilógica, el genio metafórico del habla ha salvado absolutamente el abismo y ha establecido una escala continua de conceptos y formas que, de manera imperceptible, conduce desde las materialidades más crudas (“casa” o “Juan Pérez”) hasta la más sutil de las relaciones. Es particularmente significativo que la palabra independiente y no susceptible de análisis pertenezca en la mayoría de los casos al grupo I o al grupo IV, y con mucho menor frecuencia al II o al III. Un

concepto concreto, representado por una palabra simple, muy bien puede perder por completo su significación material y pasar directamente a la esfera de los conceptos de relación, sin perder por ello su independencia en cuanto palabra. Esto ocurre, por ejemplo, en chino y en cambojiano, cuando el verbo "dar" se emplea en un sentido abstracto como mero símbolo de la relación "objetiva indirecta" (así en el caso de la frase cambojiana "Nosotros hacer cuento este dar toda aquella persona que tener hijo", que quiere decir 'Hemos hecho este cuento para todos aquellos que tienen hijos').

Se dan asimismo, como es natural, no pocos casos de transición entre los grupos I y II y entre los grupos I y III, como también de la transición, menos radical, entre el II y el III. A la primera de estas transiciones pertenece toda aquella clase de ejemplos en que la palabra independiente, después de pasar por una etapa preliminar en que funciona como elemento secundario o calificativo en una palabra compuesta, termina por ser un afijo derivativo puro y simple, pero sin que se pierda el recuerdo de su primitiva independencia. Un ejemplo de esa clase de elementos y conceptos lo tenemos en el *full* de *teaspoonfull* ['cucharadita': literalmente, 'té-cuchara-llena'], que, desde el punto de vista psicológico, vacila entre la condición de un concepto radical e independiente —compárese *full* ['lleno']— o de un elemento subsidiario en una palabra compuesta —compárese *brim-full* ['lleno hasta el borde']— y la condición de un simple sufijo —compárese *dutiful* ['obediente, respetuoso']—, donde ya no se siente el primitivo carácter concreto. En general, cuanto más sintético sea nuestro tipo lingüístico, tanto más difícil, y hasta arbitrario, resultará distinguir los grupos I y II.

No sólo ocurre una pérdida gradual de lo concreto a medida que pasamos del grupo I al grupo IV, sino que también se lleva a cabo una atenuación constante del sentimiento de la realidad tangible dentro de los principales grupos de los propios conceptos lingüísticos. En muchos idiomas viene a ser casi obligatorio, por consiguiente, hacer diversas sub-clasificaciones, para es-

tablecer una separación, por ejemplo, entre los conceptos más concretos y los más abstractos del grupo II. Sin embargo, debemos cuidarnos de ver en estos grupos más abstractos aquel valor puramente formal que es propio de los conceptos de relación, ese valor que asociamos con algunos de los conceptos más abstractos pertenecientes a nuestro grupo III, a no ser, naturalmente, que haya pruebas seguras de que el concepto en cuestión pertenece al tipo III. Un ejemplo o dos ilustrarán con claridad estas importantísimas distinciones.¹⁶ En *nootka* hay un número extraordinario de afijos derivativos (que expresan conceptos del grupo II). Algunos de estos afijos tienen un contenido bastante material (equivalen, por ejemplo, a 'en la casa', o a 'soñar con'), mientras que otros (como un elemento que denota pluralidad y un afijo diminutivo) tienen un contenido mucho más abstracto. Los del primer tipo van unidos de manera más estrecha con el elemento radical que los del segundo, que sólo pueden ir como sufijos en formaciones que tengan el valor de palabras completas. Así, pues, si yo quiero decir "los pequeños fuegos en la casa" —y lo puedo hacer en una sola palabra—, necesito formar la palabra "fuego-en-la-casa", a la cual van pegados como apéndices los elementos correspondientes a "pequeño", a nuestro plural y a "los". El elemento que indica el carácter definido de la referencia —carácter expresado por el artículo "los"— viene al final de la palabra. Hasta aquí todo va bien. "Fuego-en-la-casa-el" es una frase muy comprensible, paralela a "el fuego de la casa".¹⁷ Pero la frase que en *nootka*

¹⁶ Precisamente la incapacidad de sentir el "valor" o "tono" (como algo independiente de la significación externa) del concepto expresado por un elemento gramatical determinado es lo que ha hecho que tantos especialistas no comprendan como se debe la naturaleza de idiomas profundamente extraños al de ellos. No todo lo que se llama "tiempo", "modo", "número", "género" o "persona" se puede comparar legítimamente con lo que entendemos por esos términos en latín o en [español].

¹⁷ La sufijación de los artículos existe también en danés, en sueco y en muchos otros idiomas. El elemento que en *nootka* equivale a 'en la casa' difiere del elemento *house-* inglés [por ejem-

significa 'los pequeños fuegos en la casa' ¿es un verdadero paralelo de nuestra frase "los fuegucillos de la casa"?¹⁸ De ninguna manera. En primer lugar, en nootka el elemento de plural va antes del elemento de diminutivo: "fuego-en-la-casa-plural-pequeño-el", como si dijéramos "los casa-fuegos-illo", y esto nos revela, de inmediato, el importante hecho de que un indio nootka no siente el concepto de plural de manera tan abstracta, tan en el plano de las puras relaciones, como nosotros. Una traducción más fiel sería "la casa-fuego-varios-illo", en la cual, sin embargo, "varios" resulta una palabra demasiado gruesa, e "illo" un elemento demasiado refinado (también "pequeño" resulta demasiado grueso). En realidad, no podemos trasladar el sentimiento inherente a la palabra nootka, la cual parece oscilar entre "los fuegucillos de la casa" y "la casa-fuego-varios-pequeño". Pero, más que ninguna otra cosa, lo que excluye toda posibilidad de comparación entre la -s de "fuegucillos" y el "-varios-pequeño" de la palabra nootka es esto: en nootka, ninguno de los dos afijos, ni el de plural ni el de diminutivo, corresponde o se refiere a ninguna otra parte de la frase. Nosotros decimos "los fuegucillos arden" (no "arde"). mientras que en nootka ni el verbo, ni el adjetivo, ni ninguna otra parte de la proposición son afectados en modo alguno por la condición plural o diminutiva del fuego. En consecuencia, el nootka reconoce una separación entre conceptos concretos y conceptos menos concretos dentro del grupo II, pero los menos concretos no trascienden del grupo, ni nos llevan a esta atmósfera, más abstracta, en la cual nos pone nuestra -s de plural. En todo caso, podrá objetar el lector, ¿hay alguna razón para que el afijo nootka de plural se ponga en una categoría distinta de ese grupo más concreto que es el de los afijos? ¿Y acaso el diminutivo nootka no puede tener un contenido más tenue, más difícil de precisar que [el -illo o

plo, en house-fire 'fuego de la casa'] porque es un sufijo y porque no puede presentarse como palabra independiente; además, no tiene relación con la palabra nootka que significa 'casa'.

¹⁸ Suponiendo que exista la palabra fuegucillo.

-ito españoles], el *-let* o *-ling* ingleses o el *-chen* o *-lein* alemanes?¹⁹

¿Es posible clasificar un concepto como el de pluralidad entre los conceptos del grupo II, que son más materiales? Desde luego que sí es posible. En yana, no se hace ninguna distinción formal, en los verbos, entre la tercera persona de singular y la tercera de plural. No obstante, el concepto de plural puede expresarse (y casi siempre se expresa) mediante la sufijación de un elemento (*-ba-*) al elemento radical del verbo. La frase “arde en el oriente” se traduce con el verbo *ya-hau-si*, que literalmente significa ‘ard-oriente-e’.²⁰ Y “arden en el oriente” se dice *ya-ba-hau-si*. Obsérvese que el afijo de plural sigue inmediatamente al elemento radical (*ya-*), de manera que éste queda desconectado del elemento local (*-hau-*). No hacen falta grandes explicaciones para demostrar que, en esta frase, el concepto de pluralidad tiene un carácter tan concreto como la expresión de lugar (“en el oriente”), y que, en cuanto al sentimiento, la forma yana no corresponde precisamente a nuestro “arden en el oriente” (*ardunt oriente*), sino a ‘ard-varios-oriente-e’, ‘arde pluralmente en el oriente’, expresión que no podemos asimilar de manera adecuada por falta de los necesarios carriles formales en que instalarla.

Ahora bien, ¿podemos dar todavía un paso adelante, y utilizar la categoría de pluralidad como si fuera una idea completamente material, una idea que trans-

¹⁹ El diminutivo *nootka* es, sin duda, un elemento de sentimiento, de matiz, en mucho mayor grado que el *-ling* inglés. Esto se demuestra por el hecho de que puede emplearse no sólo con los sustantivos, sino también con los verbos. Cuando se dirigen a un niño, los hablantes de *nootka* tienden a añadir el diminutivo a cualquiera de las palabras de la frase, independientemente de que haya o no un sentido diminutivo inherente en la palabra. [Compárense expresiones como “Está lloviendito”, “Hágame ese favor por vidita suyita”, “Lo haré enseguidita”, frecuentes, por lo menos, en el habla popular de México.]

²⁰ El elemento *-si* denota la tercera persona del tiempo presente; *-hau-* ‘oriente’ es un afijo, no un elemento radical que entre como parte de una palabra compuesta.

formara a *books* ['libros'] en *plural book* ['libro plural'], donde la palabra *plural*, como el *white* de *white book* ['libro blanco'] perteneciera sin violencia al grupo I? Nuestras expresiones *many books* ['muchos libros'] y *several books* ['varios libros'], evidentemente, no nos sirven aquí de nada. Aun en caso de que pudiéramos decir *many book* y *several book* tal como se puede decir *many a book* ['más de un libro'] y *each book* ['cada libro'], el concepto de pluralidad no resaltaría todavía tan claramente como lo requeriría nuestro argumento; *many* y *several* están contaminados por ciertas ideas de cantidad o de escala que no son esenciales a la idea de pluralidad en sí misma. Necesitamos acudir al Asia central y oriental para dar con el tipo de expresión que andamos buscando. En tibetano, por ejemplo, *nga-s mi mthong*²¹ 'yo-por hombre ver', o sea 'por mí un hombre es visto', o sea 'veo a un hombre' puede entenderse, sin quitar ni añadir nada, como 'veo hombres'. Es decir, la frase se dice cuando no hay alguna razón especial para insistir en el hecho de la pluralidad.²² Pero si este hecho vale la pena de ser expresado, se puede decir *nga-s mi rnams mthong*, literalmente 'por mí hombre plural ver', donde *rnams* es perfectamente análogo, desde el punto de vista conceptual, a la *-s* de *libros*, despojada de todos los vínculos de relación. La palabra *rnams* sigue a su sustantivo como lo seguiría cualquier otra palabra atributiva, esto es, se dice "hombre plural" (dos hombres, o un millón, no importa), tal como se dice "hombre blanco". No hay necesidad de preocuparse más acerca de su pluralidad, como no la hay para preocuparse de su blancura, a no ser que se quiera insistir sobre el particular.

Por supuesto, lo que decimos de la idea de pluralidad es aplicable, punto por punto, a muchísimos otros conceptos. En otras lenguas, los conceptos no pertene-

²¹ Damos en este ejemplo las formas clásicas, no las coloquiales.

²² Tal como la frase inglesa *he has written books* ['él ha escrito libros'] no se compromete en cuanto a la cantidad (pueden ser pocos, varios, muchos).

cen necesariamente a la posición que nosotros solemos asignarles en la nuestra. Pueden encaminarse hacia el tipo I o hacia el tipo IV, que son los dos polos de la expresión lingüística. Las personas de habla inglesa harían muy mal en mirar por encima del hombro al indio nootka y al tibetano por su actitud material frente a un concepto que para ellas es abstracto y perteneciente a la categoría de las relaciones, pues se expondrían a su vez a ser blanco de los reproches de un francés, que siente cierto refinamiento de relación en *femme blanche* ['mujer blanca'] y *homme blanc* ['hombre blanco'], refinamiento que echa de menos en *white woman* y *white man*, formas más burdas porque *white* no cambia. Pero el negro bantú, si fuera un filósofo, podría ir todavía más lejos: podría parecerle curioso que las personas de habla inglesa pongan en el grupo II una categoría, el diminutivo, que él siente, de manera decidida, como perteneciente al grupo III, y que emplea, junto con muchos otros conceptos de clasificación,²³ para relacionar sujeto con objeto, atributo con predicado, tal como un ruso o un alemán maneja los géneros gramaticales que posee su lengua, y, si fuera posible, con finura mayor aún.

Nuestro esquema conceptual no es un análisis filosófico de la experiencia, sino más bien una escala móvil: a ello se debe que no podamos decir por anticipado en qué lugar preciso hay que colocar un concepto dado. Tenemos que renunciar, en otras palabras, a una clasificación bien ordenada de categorías. ¿De qué nos aprovecha poner el tiempo y el modo aquí o el número allá, cuando el siguiente idioma que manejamos pone el tiempo una clavija "más abajo" (hacia I) y el modo y el número una clavija "más arriba" (hacia IV)? Ni tampoco se ganará mucho, en una obra sumaria como la presente, con levantar un inventario general de los tipos de conceptos que suelen encontrarse en los grupos II, III y IV. Las posibilidades son casi infinitas. Sería interesante exponer cuáles son los elementos más

²³ Por ejemplo, clase de las personas, clase de los animales, clase de los instrumentos, clase aumentativa.

típicos de formación de sustantivos y de formación de verbos, en el grupo II; de qué diversas maneras pueden clasificarse los sustantivos (por el género; personales y no personales; animados e inanimados; por la forma; comunes y propios); cómo se elabora el concepto de número (singular y plural; singular, dual y plural; singular, dual, trial y plural; singular, distributivo y colectivo); qué distinciones, en cuanto al tiempo, pueden hacerse en el verbo o en el sustantivo (el "pasado", por ejemplo, puede ser un pasado indefinido, o inmediato, o remoto, o mítico, o concluído, o anterior); de qué manera tan delicada han desarrollado ciertas lenguas la idea de "aspecto"²⁴ (momentáneo, durativo, continuativo, incoativo, cesativo, durativo-incoativo, iterativo, momentáneo-iterativo, durativo-iterativo, resultativo y algunos otros); qué modalidades pueden distinguirse (indicativa, imperativa, potencial, dubitativa, optativa, negativa y muchísimas más);²⁵ qué distinciones de persona son posibles (¿se concibe a "nosotros", por ejem-

²⁴ Término tomado de la gramática eslava. Indica el transcurso de la acción, su naturaleza desde el punto de vista de la continuidad. En inglés, el verbo *cry* ['gritar (o llorar)'] es indefinido en cuanto al aspecto, *be crying* ['estar gritando (o llorando)'] es durativo, *cry out* ['echar un grito', 'exclamar'] es momentáneo, *burst into tears* ['romper a llorar'] es incoativo, *keep crying* ['seguir llorando'] es continuativo, *start in crying* ['comenzar a llorar'] es durativo-incoativo; *cry now and again* ['llorar una y otra vez'] es iterativo, *cry out every now and then* o *cry in fits and starts* ['gritar (o llorar) de vez en cuando'] es momentáneo-iterativo. Así también, *to put on a coat* ['ponerse una chaqueta'] es momentáneo, y *to wear a coat* ['usar chaqueta'] es resultativo. Como lo demuestran estos ejemplos, el "aspecto" se expresa en inglés mediante toda clase de giros o modismos, no mediante una serie de formas gramaticales elaborada coherentemente. En muchos idiomas, el aspecto tiene una significación formal mucho mayor que el tiempo, con el cual suele confundirlo el investigador ingenuo.

²⁵ Por "modalidades" no quiero dar a entender la declaración desnuda y simple, por ejemplo de negación o incertidumbre en cuanto tales, sino más bien el hecho de que esta declaración esté implícita en la forma. Así, existen ciertas lenguas que tienen un aparato muy refinado de formas negativas para el verbo, tal como el griego tiene una serie de formas de optativo (modalidad para expresar deseos).

plo, como una pluralidad de "yo", o bien es tan distinto de "yo" como estos dos son distintos de "tú" o "él"? —de ambas actitudes hay ejemplos en los diferentes idiomas; y además, ¿se incluye o no en "nosotros" a la persona con quien estoy hablando? —forma "inclusiva" y forma "exclusiva"); cuál puede ser el esquema general de orientación, o sean las llamadas categorías demostrativas ("este", "ese", "aquel", y una interminable procesión de matices);²⁶ con qué frecuencia van expresadas en la forma la fuente o la naturaleza del conocimiento que manifiesta el hablante (cosas sabidas por experiencia directa, o de oídas,²⁷ o por inferencia); de qué maneras pueden expresarse en el sustantivo las relaciones sintácticas (subjeto y objetivo; agentivo, instrumental y persona afectada;²⁸ diversos tipos de relaciones indirectas y de "genitivo"), y, de manera correspondiente, en el verbo (activo y pasivo; activo y estático; transitivo e intransitivo; impersonal, reflexivo, reciproco, indefinido en cuanto al objeto, y muchas otras

²⁶ Cf. *supra*, p. 109.

²⁷ A esta clasificación de la experiencia se debe el hecho de que en muchas lenguas las formas verbales que son propias, por ejemplo, de una narración mítica, difieran de las formas empleadas comúnmente en el comercio diario. Nosotros dejamos que el contexto se encargue de esos matices, o bien nos contentamos con algún modo de expresión más explícito y más perifrástico, por ejemplo: "ha muerto, según me han dicho", "dicen que ha muerto", "debe de haber muerto, a lo que parece".

²⁸ Decimos "yo duermo" y "yo voy", lo mismo que "yo lo mato", pero en cambio decimos "él me mata". Sin embargo, el me del último ejemplo está por lo menos tan cerca, psicológicamente, del yo de "yo duermo" como este último lo está del yo de "yo lo mato". Si podemos clasificar la idea del "yo" de "yo duermo" como la de un sujeto agente, es sólo a causa de la forma. Hablando en sentido estricto, sufro la acción de fuerzas tan extrañas a mi voluntad cuando estoy durmiendo como cuando me están asesinando. Hay muchas lenguas que hacen una clara distinción entre sujeto activo y sujeto estático (esto es, que dicen de una manera yo voy y yo lo asesino, pero de manera distinta yo duermo, yo soy bueno, yo soy asesinado), o entre sujeto transitivo y sujeto intransitivo (yo lo asesino de una manera, y de otra yo duermo, yo soy bueno, yo soy asesinado, yo voy). El sujeto intransitivo o el sujeto estático puede identificarse o no con el objeto del verbo transitivo.

limitaciones especiales en el punto inicial y en el punto terminal del curso de la actividad). Muchos de estos detalles son ciertamente de importancia para comprender la "forma interna" del lenguaje, pero sin embargo no tienen la significación general de las distinciones de grupo, más radicales, que hemos establecido. Basta con que el lector sienta que el lenguaje se debate entre los dos polos de la expresión lingüística —contenido material y relación—, y que estos polos tienden a conectarse uno con otro mediante una larga serie de conceptos de transición.

Al hablar acerca de las palabras y de sus diversas formas hemos tenido que anticipar muchas de las ideas que se refieren a la frase en su conjunto. Cada idioma posee su método o sus métodos especiales de vincular las palabras para constituir una unidad más extensa. La importancia de estos métodos suele variar de acuerdo con la complejidad de la palabra aislada. Cuanto más sintético es el idioma, es decir, cuanto más claramente esté indicada la situación de cada palabra dentro de la oración a base de los recursos mismos de la palabra aislada, tanto menos necesario será considerar el conjunto de la oración. La palabra latina *agit* '(él) obra' no necesita ninguna ayuda externa para tener bien fijo su lugar en una proposición. Lo mismo da que yo diga *agit dominus* 'el señor obra' o *sic femina agit* 'así obra la mujer': el resultado neto de *agit*, por lo que toca al sentimiento sintáctico, es prácticamente el mismo. La palabra en cuestión no puede ser más que un verbo, el predicado de una proposición, y sólo se la puede concebir como afirmación de una actividad llevada a cabo por una persona (o cosa) que no es ni tú ni yo. No sucede lo mismo con una palabra inglesa como *act*. La palabra *act* es, sintácticamente, un bien mostrenco mientras no hayamos definido su situación en una frase: una cosa es en *they act abominably* ['ellos obran de manera abominable'], y otra muy distinta en *that was a kindly act* ['fué una acción bondadosa']. La frase latina habla con la seguridad de cada uno de sus miembros, mientras que la palabra inglesa necesita del sostén

de sus compañeras. Hablo en líneas muy generales, por supuesto. Y sin embargo, decir que una estructura bien elaborada de la palabra compensa los métodos sintácticos externos es acercarse peligrosamente a una petición de principio. Los elementos de la palabra se relacionan unos con otros de una manera especial y se siguen el uno al otro en un orden rigurosamente determinado. Esto equivale a decir que una palabra que consta de más de un elemento radical es cristalización de una frase o de alguna porción de frase; o sea, que una forma como *agit* es, a grandes rasgos, el equivalente psicológico²⁹ de una forma como *age is* 'obra él'. Así, pues, echando abajo el muro que separa palabra y oración, podemos preguntar: ¿Cuáles son, en último análisis, los métodos fundamentales para relacionar palabra con palabra y elemento con elemento? ¿Cuáles son, dicho brevemente, los métodos para pasar, de las ideas aisladas simbolizadas por cada palabra y por cada elemento, a la proposición unificada que corresponde a un pensamiento?

La respuesta es sencilla, y está implícita en las anteriores observaciones. El más fundamental y el más poderoso de todos los métodos de relación es el método del orden de las palabras y elementos. Pensemos en una idea más o menos concreta, un color, y expresemos su símbolo: *red* ['rojo']; pensemos en seguida en otra idea concreta, una persona o un objeto; y expresemos también su símbolo: *dog* ['perro']; pensemos por último en una tercera idea concreta, una acción, y expresemos su símbolo: *run* ['correr']. Es casi imposible expresar juntos estos tres símbolos —*red dog run*— sin ponerlos en relación de alguna manera, por ejemplo (*the*) *red dog run(s)* ['(el) perro rojo corr(e)']. Estoy muy lejos de pretender que la proposición se ha forjado siempre de esta manera analítica; lo que quiero decir es simplemente que el procedimiento mismo de yuxtaponer un concepto a otro concepto, un símbolo a otro,

²⁹ En última instancia, también histórico: la forma sería *age to* 'obra ése'.

nos impone, por lo menos, una especie de “sentimiento” de las relaciones. Las personas de habla inglesa son muy sensibles a ciertas adhesiones sintácticas, por ejemplo a la relación atributiva de cualidad —*red dog*—, o a la relación subjetiva —*dog run*—, o a la relación objetiva —*kill dog* [‘matar perro’]—; pero a otras son más indiferentes, por ejemplo a la relación atributiva de circunstancia (*to-day red dog run* [‘hoy rojo perro correr’], o *red dog to-day run*, o *red dog run to-day*, todas las cuales son proposiciones, o proposiciones en embrión, equivalentes). Así, pues, las palabras y los elementos, una vez que se han expresado en cierto orden, no sólo tienden a desarrollar algún tipo de relación entre sí, sino que son atraídos más o menos el uno al otro. Se puede presumir que precisamente este “más o menos” es lo que, en resumidas cuentas, da origen a aquellos grupos de elementos, firmemente solidificados (elemento o elementos radicales más uno o más elementos gramaticales), que hemos estudiado como palabras complejas. Con toda verosimilitud, no son sino series de elementos que se han contraído, formando una sola masa, a partir de otras series, o de elementos aislados en la corriente del habla. Mientras están plenamente vivos, o, dicho en otras palabras, mientras son funcionales en cada punto de su estructura, pueden mantenerse a una distancia psicológica de sus vecinos. A medida que van perdiendo su vida individual, caen en brazos de la frase en cuanto conjunto, y la serie de las palabras independientes vuelve a adquirir la importancia que había transferido, en parte, a los grupos cristalizados de elementos. De esta manera, el lenguaje está apretando y aflojando sin cesar sus concatenaciones de palabras. En sus formas más sintéticas (como en latín o en esquimal), la “energía” de la secuencia queda encerrada, en gran parte, en complejas formaciones de palabras, viene a transformarse en una especie de energía potencial que quizá no se libere durante milenios. En sus formas más analíticas (como en chino o en inglés), esta energía es móvil, pronta para ser empleada en el servicio que se exija de ella.

No cabe duda de que el acento tónico ha desempeñado a menudo una influencia determinante en la formación de grupos de elementos o de palabras complejas a base de ciertas series de palabras en la oración. Por ejemplo, la palabra inglesa *withstand* ['resistir'] es simplemente una antigua serie de dos palabras, *with stand*, es decir, 'contra⁸⁰ estar' [cf. la palabra análoga española *contrastar*, que viene del latín *contra stare* 'estar contra'], pero ocurrió que el adverbio *with*, palabra átona, se adhirió de manera permanente al verbo *stand* y acabó por perder su independencia en cuanto palabra significativa. De la misma manera, los futuros del verbo [español] del tipo [iré o cantaré] son simples resultados de una fusión de palabras originalmente independientes: [ir hé, cantar hé], o sea ['ir tengo', 'cantar tengo'],⁸¹ bajo la influencia de un acento unificador.⁸² Pero el acento tónico no sólo ha servido para articular o unificar series de palabras que, por su propia naturaleza, incluyen una relación sintáctica. El acento es el medio más natural de que disponemos para poner de relieve un contraste lingüístico, para indicar el elemento más importante en una serie determinada. Así, pues, no tenemos por qué sorprendernos si encontramos que el acento, en no menor medida que el orden de las palabras, puede servir por su propia cuenta como símbolo de ciertas relaciones. Por ejemplo, el contraste entre *gó between* ['medianero', 'alcahuete'] (esto es, 'el que va entre') y *to go betwéen* ['interponerse, mediar'] puede ser de origen bastante secundario en inglés, pero hay razones para creer que distinciones como ésa han prevalecido en todas las épocas de la historia lingüística. Un hipotético grupo de palabras como *see man* ['ver hombre'], pronunciado *see man*, podría denotar un tipo

⁸⁰ En cuanto a *with* con el sentido de 'contra', compárese el *wider* alemán (= 'contra').

⁸¹ Cf. el giro inglés *I have to go* [y el giro español *tengo que ir*], con idea de obligación: 'debo ir'.

⁸² [En el siglo xv, y aun en el xvi, eran posibles todavía frases como "cantarte he una canción", o sea que el *he* no estaba aún plenamente fundido con el verbo principal.]

de relación en el cual see calificara a la palabra siguiente, de modo que significaría 'un hombre vidente' (esto es, 'que ve'), o 'un hombre visto (o visible)', o también see podría ser predicado de *man*, de modo que significaría 'el hombre ve' o 'el hombre es visto'; en cambio, este mismo grupo de palabras, pronunciado see *mán*, podría indicar que la palabra acentuada limita de algún modo la aplicación de la primera, por ejemplo como objeto directo, y así el grupo de palabras significaría 'ver a un hombre', o '(él) ve al hombre'. Este método de simbolizar cambios de relación mediante cambios de acento es importante y frecuente en muchos idiomas.³³

Especulación un tanto aventurada, pero sin embargo no del todo privada de fundamento es la que ve en el orden de las palabras y en la colocación del acento tónico los métodos primarios para la expresión de todas las relaciones sintácticas, y que considera el valor que determinados elementos y palabras tienen actualmente para denotar relaciones como una simple condición secundaria, debida a una transferencia de valores. Así, podemos presumir que la *-m* latina de palabras como *feminam*, *dominum* y *civem* no denotaba originalmente³⁴ que "mujer", "señor" y "ciudadano" se hallaban en relación objetiva con respecto al verbo de la proposición, sino que indicaban algo mucho más concreto,³⁵ que la relación objetiva estaba sólo implícita a causa de la posición o del acento de la palabra (elemento radical) que precedía inmediatamente a la *-m*, y que poco a poco, a medida que fué desvaneciéndose su significado concreto, vino a adoptar una función sintáctica que en el principio no le pertenecía. Esta especie de evolución por cambio de valores se puede percibir en gran número de ejemplos. Así, el *of* ['de'] de una frase

³³ En chino lo mismo que en inglés.

³⁴ Al decir "originalmente" pienso, por supuesto, en alguna época anterior al período más antiguo de las lenguas indoeuropeas de que tengamos noticia por pruebas comparativas.

³⁵ Quizá era una especie de elemento que clasificaba sustantivos.

inglesa como *the law of the land* ['la ley de la tierra'] es ahora absolutamente incoloro en cuanto a su contenido, no pasa de ser el simple indicador de una relación, y se le puede comparar con el sufijo de "genitivo" -is en la frase latina *lex urbis* 'la ley de la ciudad'. Sabemos, sin embargo, que originalmente fué un adverbio que tenía un significado bastante concreto, 'lejos de', 'a distancia de',³⁶ y que la relación sintáctica se expresaba originalmente mediante una forma que, en el segundo sustantivo, indicaba caso.³⁷ Pero esta forma indicadora de caso fué perdiendo su vitalidad, y entonces el adverbio se encargó de cumplir su función. Si tenemos una real justificación para suponer que la expresión de todas las relaciones sintácticas se remonta en resumidas cuentas a estos dos rasgos indispensables y dinámicos del habla que son la ordenación de las palabras y el acento,³⁸ resulta una tesis muy interesante: Todo el contenido real del habla, sus grupos de sonidos vocálicos y consonánticos, se limita, en su origen, a lo concreto; las relaciones no se expresaban originalmente mediante una forma externa, sino que estaban sólo implícitas, y se articulaban con ayuda del orden y del ritmo. En otras palabras, las relaciones se sentían de manera intuitiva, y "se traslucían" con ayuda de factores dinámicos que se movían, a su vez, en el plano de la intuición.

Existe un método especial de expresar relaciones que se ha manifestado tantas veces en la historia del lenguaje, que debemos considerarlo por un momento. Es el método de la "concordancia", o del señalamiento igual de cosas iguales. Se basa en el mismo principio que la contrasena o la etiqueta. Todas las personas, todos los objetos que responden al mismo santo y seña o que llevan un mismo rótulo quedan colocados, por ello mismo, en una especie de relación mutua. Poco

³⁶ Compárese *off*, paralelo histórico muy cercano de *of*, y que significa precisamente 'a distancia de'.

³⁷ "Ablativo" en último análisis.

³⁸ Es muy probable que la entonación deba considerarse dentro del acento.

importa, una vez que han recibido este rótulo, en qué lugar se encuentren o de qué modo se comporten. Ya se sabe que están emparentados entre sí. A la persona de habla inglesa familiarizada con el principio de la concordancia por su estudio del latín o del griego le habrán llamado la atención esas inflexibles rimas como *vidi illum bonum dominum* 'vi a aquel buen señor' o *quarum dearum sacrarum* 'de las cuales diosas crueles'. No es que ese efecto de eco, en forma de rima o en forma de aliteración,³⁹ sea necesario para la concordancia, si bien es cierto que en sus formas más típicas y originales la concordancia va acompañada casi siempre de una repetición de sonidos. No; la esencia del principio es simplemente ésta: que las palabras o elementos relacionados entre sí, de manera particular si son equivalentes sintácticos o si están conectados en forma análoga con otra palabra u otro elemento, van señalados, en lo exterior, por afijos idénticos o funcionalmente equivalentes. La aplicación de este principio varía de modo notable de acuerdo con el genio de cada idioma particular. En latín y griego, por ejemplo, hay concordancia entre el sustantivo y la palabra que lo califica (sea un adjetivo o un demostrativo) por lo que respecta al género, al número y al caso; concordancia entre el verbo y el sujeto sólo por lo que respecta al número; y ninguna concordancia entre el verbo y el objeto.

En chinook se exige una concordancia mucho más extensa entre el sustantivo, sea sujeto u objeto, y el verbo. Cada sustantivo se clasifica según cinco categorías: masculino, femenino, neutro,⁴⁰ dual y plural. "Mujer" es femenino, "arena" es neutro, "mesa" es masculino. Si, por ejemplo, se quiere decir "la mujer puso la arena sobre la mesa", es preciso colocar en el verbo

³⁹ Como en bantú o en chinook.

⁴⁰ Tal vez sería mejor decir "general". El "neutro" chinook puede referirse a personas lo mismo que a cosas, y puede emplearse igualmente como plural. El "masculino" y el "femenino", como en alemán o en [español], comprenden muchos sustantivos que se refieren a cosas inanimadas.

ciertos prefijos de clase o de género que concuerdan con los correspondientes prefijos del sustantivo. De modo que la frase chinook se analiza así: 'la (fem.)-mujer ella (fem.)-lo (neut.)-lo (masc.)-sobre-puso lo (neut.)-arena el (masc.)-mesa'. Si a "arena" se le pone el calificativo "muchacha" y a "mesa" el calificativo "grande", estas nuevas ideas van expresadas como sustantivos abstractos, cada uno con su inherente prefijo de clase ("mucho" es neutro o femenino, "grande" es masculino) y con un prefijo de posesivo para referirlos al sustantivo calificado por ellos. Así, pues, el adjetivo se relaciona con el sustantivo y el sustantivo con el verbo. En consecuencia, la frase "la mujer puso mucha arena sobre la mesa grande" se expresa en esta forma: 'la (fem.)-mujer ella (fem.)-lo (neut.)-lo (masc.)-sobre-puso la (fem.)-de ello (neut.)-cantidad lo (neut.)-arena el (masc.)-de él (masc.)-magnitud el (masc.)-mesa'. Como se ve, tres veces se insiste en la clasificación de "mesa" como masculino: en el sustantivo, en el adjetivo y en el verbo. En las lenguas bantú,⁴¹ el principio de la concordancia se aplica de manera muy semejante a la del chinook. También en esas lenguas se clasifican los sustantivos en una serie de categorías distintas, y se ponen en relación con adjetivos, con demostrativos, con pronombres relativos y con verbos mediante prefijos que evocan la categoría y constituyen un complejo sistema de concordancias. Por ejemplo, en la frase "ese feroz león que vino aquí está muerto", la categoría de "león", que podemos llamar categoría de los animales, viene a quedar especificada, mediante prefijos en concordancia, nada menos que seis veces: en el demostrativo ("ese"), en el adjetivo calificativo, en el propio sustantivo, en el pronombre relativo, en el prefijo subjetivo que va adherido al verbo de la cláusula relativa, y finalmente en el prefijo subjetivo que se aña-

⁴¹ Habladas en la mayor parte de la mitad meridional de África. El chinook se habla en el valle del Columbia inferior (hay varios dialectos). Es impresionante observar cómo ha llegado la inteligencia humana a una misma forma de expresión en dos regiones tan históricamente desvinculadas.

de al verbo de la cláusula principal ("está muerto"). En esta insistencia en la claridad externa de la referencia reconocemos el mismo espíritu que se manifiesta en aquella otra frase, más familiar para nosotros, *illum bonum dominum*.

Desde el punto de vista psicológico, el método del orden de las palabras y el método de la acentuación están en el polo opuesto del método de la concordancia. En los primeros todo es expresión implícita, sutilezas de sentimiento; la concordancia, en cambio, sólo se preocupa de que haya la menor ambigüedad posible, y se empeña en tener, para cada caso, sus marbetes bien certificados. A la concordancia no le importa mucho el orden de las palabras. En latín y en chinook (en menor medida en bantú), la posición de las palabras independientes puede ser cualquiera. Sin embargo, en chinook y en bantú el método de concordancia es tan importante como el del orden de las palabras para la diferenciación de sujeto y objeto, ya que los prefijos verbales clasificadores se refieren al sujeto, al objeto o al objeto indirecto según la posición relativa que ocupen. Estos ejemplos nos llevan de nuevo al importante hecho de que, en un momento u otro, el orden de las palabras se manifiesta en cualquier idioma como el más fundamental de los principios relacionantes.

Al lector atento le habrá sorprendido quizá que durante toda esta exposición no hayamos dicho casi nada acerca de las famosas "partes de la oración". No es difícil descubrir el porqué. Nuestra clasificación convencional de las palabras en partes de la oración es sólo una vaga y fluctuante aproximación a un inventario coherentemente elaborado de la experiencia. Nos imaginamos, por ejemplo, que todos los "verbos" indican esencialmente una acción; que un "sustantivo" es el nombre de un objeto o una persona bien definidos y que podemos representarnos en la imaginación; que todas las cualidades se expresan necesariamente mediante un grupo definido de palabras a las cuales podemos aplicar, de manera apropiada, el término de "adjetivos". Pero no bien compulsamos nuestro vocabulario,

descubrimos que las partes de la oración distan mucho de corresponder a un análisis tan simplista de la realidad. Decimos *it is red* ['es rojo'], y definimos *red* como adjetivo, como una palabra que expresa una cualidad. Nos parecería rara la idea de un equivalente de *is red* en que todo el predicado (el adjetivo y el verbo 'ser') se concibiera como un verbo, un verbo igual a "extiende", o "se encuentra", o "duerme". Sin embargo, si damos a la idea "durativa" de ser rojo un giro incoativo o de transición, podemos evitar la forma paralela *it becomes red*, *it turns red* ['se hace rojo', 'se pone rojo'] y decir *it reddens* ['enrojece']. Nadie negará que "enrojece" es un verbo tan bueno como "duerme", y aun como "camina". Sin embargo, *it is red* está con *it reddens* en la misma relación en que *he stands* ['él está de pie'] está con *he stands up* ['él se pone de pie'] o *he rises* ['él se levanta']. Si no podemos decir *it reds* en el sentido de *it is red*, ello se debe sólo a la peculiaridad del inglés, o del indoeuropeo en general. Hay centenares de idiomas que sí pueden hacerlo. Y hay muchos que pueden expresar lo que nosotros llamaríamos adjetivo con sólo hacer un participio de un verbo. "Rojo", en esos idiomas, sería algo así como "rojante", un derivado verbal, tal como "durmiente" o "andante" son derivados de verbos primarios.

Así como podemos "verbificar" la idea de una cualidad en casos como el de *reddens*, así también podemos representarnos una cualidad o una acción como una cosa. Hablamos de "la altura de un edificio" o de "la caída de una manzana" como si estas ideas fueran paralelas de "el techo de un edificio" o "la cáscara de una manzana", olvidando que los sustantivos *altura* y *caída* no han dejado de indicar una cualidad y una acción aunque los hayamos hecho hablar con el acento de verdaderos objetos. Y así como existen idiomas que convierten en verbos muchísimos adjetivos, así hay otros que los toman como material para fabricar sustantivos. En chinook, como hemos visto, la frase "la mesa grande" se expresa en una forma más o menos equivalente a 'la-mesa su-magnitud'; en tibetano, la misma idea pue-

de expresarse con una frase que equivale a 'la mesa de magnitud', más o menos como nosotros podemos decir "un hombre de dinero" en vez de "un hombre rico".

Pero ¿no habrá ciertas ideas que sea imposible expresar de otra manera que mediante tales o cuales partes de la oración? ¿Qué se puede hacer con el *to* de *he came to the house* ['él vino a la casa']? Pues muy sencillo: podemos decir *he reached the house* [literalmente, 'él alcanzó la casa'] y prescindir por completo de la preposición, poniendo en el verbo un matiz que absorbe la idea de la relación de lugar expresada por la palabra *to*. Pero insistamos en dar independencia a esta idea de la relación de lugar. ¿No necesitaremos en ese caso acudir de nuevo a la preposición? No, pues podemos expresar esta idea con un sustantivo. Podemos decir algo como *he reached the proximity of the house* ['alcanzó las cercanías de la casa'] o *he reached the house-locality* ['alcanzó la localidad de la casa']. En vez de *he looked into the glass* [literalmente, 'miró dentro del cristal'] podemos decir *he scrutinized the glass-interior* ['escrutó el interior del cristal']. Expresiones como éstas son pedantes en inglés porque no se acomodan con facilidad a los carriles formales de la lengua, pero en muchísimos idiomas encontramos que las relaciones de lugar se expresan exactamente de esa manera. La relación de lugar se "nominaliza". Y así podríamos seguir examinando las diversas partes de la oración, y demostrando cómo se usurpan unas a otras sus pretendidas atribuciones, y cómo, en realidad, son convertibles unas en otras, hasta un grado asombroso. El resultado final de ese examen sería convencernos de que lo que se refleja en la "parte de la oración" no es tanto nuestro análisis intuitivo de la realidad cuanto nuestra capacidad de acomodar esa realidad en una serie de esquemas formales. Fuera de las limitaciones de la forma sintáctica, una parte de la oración no es sino un fuego fatuo. Por eso ningún esquema lógico de las partes de la oración —su número, su naturaleza, sus límites obligatorios— tiene la menor importancia para el lingüista. Cada idioma posee su propio esquema.

Todo depende de las demarcaciones formales que reconozca.

Pero no debemos ser destructores. Conviene recordar que el lenguaje consiste en una serie de proposiciones. Debe haber algo acerca de lo cual se hable, y algo debe decirse sobre este sujeto de la oración una vez que se le ha escogido. Esta distinción es de tan fundamental importancia, que la gran mayoría de los idiomas han insistido en ella creando una especie de barrera formal entre los dos términos de la proposición. El sujeto de la oración es un sustantivo. Como el sujeto de una oración es casi siempre una persona o una cosa, todo sustantivo se refiere a conceptos concretos de esa índole. Como la cosa que se predica de un sujeto es casi siempre una actividad, en el sentido más amplio de la palabra, el paso de un momento de existencia a otro, la forma destinada a esta actividad de predicación, o sea el verbo, se refiere a conceptos que denotan actividad. Ninguna lengua desconoce por completo la distinción entre sustantivo y verbo, aunque en ciertos casos particulares es difícil captar la naturaleza de la distinción. Con las demás partes de la oración no sucede lo mismo. Ni una sola de ellas es indispensable para la vida del lenguaje.⁴²

⁴² En yana, el sustantivo se distingue del verbo con toda claridad, pero poseen en común ciertos rasgos que tienden a acercarlos uno a otro en un grado que apenas creeríamos posible. Pero, hablando en sentido estricto, no existen en esta lengua otras partes de la oración. El adjetivo es un verbo, lo mismo que los numerales, los pronombres interrogativos (por ejemplo, "¿ser-qué?"), ciertas "conjunciones" y ciertos adverbios (por ejemplo, "ser y" y "no ser"; se dice "y-pasado-yo voy", esto es, 'y yo fui'). Los adverbios y preposiciones son sustantivos, o bien simples afijos de derivación incluidos en el verbo.

VI

TIPOS DE ESTRUCTURA LINGÜÍSTICA

AL HABLAR de la forma lingüística, sólo nos hemos ocupado hasta ahora de las palabras aisladas y de sus relaciones dentro de la frase. No hemos tratado de los idiomas en cuanto conjuntos, ni de su conformación con uno u otro tipo general. Hemos observado, de paso, que tal o cual lengua tiende a la síntesis apretada, mientras que otra se contenta con un tratamiento analítico, fragmentado, de sus elementos; que en una lengua las relaciones sintácticas se dan en forma pura y en otra se combinan con ciertos conceptos que tienen algo de concreto, por abstractos que parezcan en la práctica. De este modo, quizá habremos llegado a dar una idea de lo que queremos decir cuando hablamos de la forma general de un idioma. Porque cualquiera que se haya detenido, aunque sea un instante, en esa cuestión, o que haya percibido algo del espíritu de una lengua extranjera, sabe que cada idioma tiene un plan básico, un corte determinado. Este tipo, o plan, o "genio" estructural de la lengua es algo mucho más fundamental, mucho más penetrante que cualquiera de sus rasgos individuales, y no podemos obtener una idea acertada de su naturaleza con la sola enumeración de los diversos hechos que integran su gramática. Si pasamos del latín al ruso, nos damos cuenta de que el horizonte que limita nuestra mirada es aproximadamente el mismo, aunque las características cercanas y familiares del paisaje hayan cambiado. Si llegamos al inglés, vemos que las colinas son algo menos salientes, pero reconocemos el contorno general del país. Y si nos enfrentamos con el chino, resulta que el cielo que nos contempla es ya totalmente distinto. Traduciendo estas metáforas, podemos decir que toda lengua difiere de las demás, pero que hay algunas que tienen diferencias mucho más marcadas entre sí. Lo cual equivale

a decir que es posible agrupar las lenguas en distintos grupos morfológicos.

En realidad, sabemos de antemano que es imposible establecer un número limitado de tipos en los cuales vengan a quedar representadas las peculiaridades de los millares de lenguas y dialectos que se hablan en el mundo. Al igual que todas las instituciones humanas, el lenguaje es demasiado variable y demasiado difícil de captar en su integridad para que se le puedan poner etiquetas sin riesgo de incurrir en la arbitrariedad. Aunque trabajemos con una escala de tipos minuciosamente subdividida, podemos estar seguros de que muchas de nuestras lenguas no tendrán cabida en ella, a menos que las cercenemos. Si queremos adaptarlas al esquema, es necesario exagerar el significado de un rasgo u otro, o bien desentendernos por lo pronto de ciertas contradicciones que existen en su mecanismo. Ahora bien, esta dificultad de clasificación ¿prueba acaso que la tarea es inútil? No lo creo. Sería muy fácil renunciar al esfuerzo del pensamiento constructivo y defender el punto de vista de que cada idioma tiene una historia única y por consiguiente una estructura única. Tal punto de vista no expresa sino una verdad a medias. De la misma manera que en distintas partes del mundo han brotado instituciones sociales, económicas y religiosas análogas, como producto de antecedentes históricos diversos, así también las lenguas, a pesar de haber recorrido caminos diferentes, han tendido a convergir en formas similares. Además, el estudio histórico del lenguaje ha demostrado, sin lugar a dudas, que un idioma cambia no sólo gradualmente, sino de manera continua; que avanza de manera inconsciente de un tipo a otro, y que en los más diversos y remotos rincones del orbe se observan tendencias análogas. De esto se sigue que muchas lenguas no relacionadas entre sí tienen que haber llegado a menudo, por su propia cuenta, a morfologías de rasgos fundamentales coincidentes. Al admitir, pues, la existencia de tipos semejantes, no estamos negando la individualidad de todo proceso histórico; lo único que queremos decir es que

en el fondo de la historia hay corrientes poderosas que conducen al lenguaje, como a otras instituciones sociales, hacia esquemas equilibrados, en otras palabras, hacia tipos. En cuanto lingüistas, nos contentaremos con observar que estos tipos existen, y que ciertos procesos de la vida del lenguaje tienden a modificarlos. La pregunta de por qué se forman tipos similares y de cuáles son las fuerzas que los hacen y los deshacen es más fácil de formular que de contestar. Quizá los psicólogos del futuro puedan darnos las razones definitivas de la formación de tipos lingüísticos.

En cuanto nos enfrentamos realmente a la tarea de la clasificación, vemos que el camino no es nada fácil. Se han propuesto varias clasificaciones, pero, si es cierto que cada una de ellas tiene elementos valiosos, ninguna resulta realmente satisfactoria. Más que abarcar las lenguas conocidas, las fuerzan a entrar en categorías estrechas y rígidas. Ha habido dificultades de todo género. La primera y la más seria ha sido la dificultad de elegir un punto de vista. ¿Sobre qué base hemos de hacer la clasificación? Son tantos los aspectos de una lengua, que no podemos menos que quedarnos perplejos. ¿Y acaso basta un solo punto de vista? En segundo lugar, es peligroso generalizar a partir de un reducido número de lenguas. Limitar nuestros materiales al latín, al árabe, al turco, al chino y quizá, para llenar algunos agujeros, al esquimal o al sioux, es provocar una catástrofe. No tenemos derecho de suponer que una selección de tipos exóticos puede bastar como complemento del reducido número de idiomas más cercanos a nosotros y que nos interesan más directamente. En tercer lugar, el afán de encontrar una fórmula simple ¹ ha perdido a no pocos lingüistas. Es difícil resistir a la tentación de establecer un método de clasificación que comience por fijar dos polos opuestos (digamos el chino y el latín), agrupe en torno a esos polos todo lo que buenamente se pueda agrupar, y relegue todo lo demás a un "tipo de transición". Así es como

¹ De preferencia tripartita.

se forjó la clasificación, todavía popular en nuestros días, de las lenguas en "aislantes", "aglutinantes" y "flexionales". Hay quienes quieren que las lenguas de los indios norteamericanos corran perdidas a la retaguardia de las lenguas aglutinantes con el incómodo nombre de "polisintéticas". El empleo de todos estos términos es justificado, aunque quizá no con el espíritu con que suelen emplearse. En todo caso, es sumamente difícil incluir todas las lenguas conocidas dentro de uno u otro de estos grupos, tanto más cuanto que no se excluyen el uno al otro. Una lengua puede ser a la vez aglutinante y flexional, o flexional y polisintética, o aun polisintética y aislante, como hemos de ver dentro de poco.

Hay otra razón más por la cual la clasificación de las lenguas ha resultado generalmente una tarea estéril. Es éste, quizá, el obstáculo más poderoso que impide la comprensión cabal de las cosas. Nos referimos al prejuicio evolucionista que penetró en las ciencias sociales hacia mediados del siglo pasado, y que apenas ahora comienza a perder el tiránico influjo, que ha ejercido sobre nuestro espíritu. Con este prejuicio científico vino a mezclarse otro, más humano y muy anterior a él. La gran mayoría de los teóricos de la lingüística solían hablar lenguas de cierto tipo, cuyas variedades más perfectamente evolucionadas eran el latín y el griego que habían aprendido en su infancia. Era muy natural que estuvieran convencidos de que esas lenguas familiares representaban "la más alta" evolución a que había llegado el habla, y que todos los demás tipos no eran sino jalones en el camino hacia ese predilecto tipo "flexional". Todo cuanto se ajustaba al esquema del sánscrito, del griego, del latín y del alemán se consideraba como expresión de "lo más alto", y todo cuanto se apartaba de él se tachaba de defecto o, en el mejor de los casos, de interesante aberración.² Ahora

² Un famoso escritor norteamericano, autor de obras sobre la cultura y el lenguaje, se permitió sostener que, por estimables que fueran los individuos que hablan lenguas aglutinantes, era un crimen que una mujer flexional se casara con un hombre agluti-

bien, toda clasificación que parta de valores preconcebidos o que aspire a satisfacciones sentimentales se condena a sí misma como anticientífica. El lingüista que insiste en hablar del tipo latino de morfología como del punto culminante del desarrollo lingüístico es como un zoólogo que viera en el mundo orgánico algo así como una enorme conspiración tendiente a producir el caballo de carreras o la vaca de Jersey. En sus formas fundamentales, el lenguaje es la expresión simbólica de las instituciones humanas. Estas pueden adoptar mil formas diversas, independientemente del grado de adelanto o de atraso material de los pueblos que empleen las formas; no hace falta decir que las emplean, en su mayor parte, de manera inconsciente. Por lo tanto, si queremos comprender el alma verdadera del lenguaje, debemos liberar nuestro espíritu de los "valores" predilectos³ y acostumbrarnos a contemplar el inglés y el hotentote con el mismo desprendimiento imparcial y con el mismo interés.

Volvamos a la primera dificultad. ¿Qué punto de vista hemos de adoptar para llevar a cabo la clasificación? Después de todo lo que hemos dicho acerca de la forma gramatical en el capítulo anterior, queda claro que no podemos establecer esa distinción entre lenguas

nante. Evidentemente entraban en juego, aquí, grandes valores espirituales. Los apologistas de las lenguas flexionales suelen exaltar hasta los aspectos irracionales del latín y del griego, excepto cuando les conviene insistir en su carácter profundamente "lógico". Y, sin embargo, la sobria lógica del turco y del chinó los deja completamente fríos; no tragan los espléndidos rasgos irracionales y las complejidades formales de muchas lenguas "salvajes". Los sentimentales son gente descontentadiza.

³ Me refiero a las valoraciones de la forma en cuanto tal. Que una lengua tenga o no un vocabulario extenso y útil es ya otro asunto. La verdadera extensión de un vocabulario en un momento dado no es cosa que pueda interesar realmente al lingüista, puesto que todas las lenguas tienen a su disposición los recursos necesarios para crear nuevas palabras en el momento en que hagan falta. Por otra parte, no nos interesa en absoluto que una lengua tenga o no utilidad práctica, ni que sirva o no de vehículo a una gran cultura. Todas estas consideraciones —importantes desde otros puntos de vista— nada tienen que ver con el valor de la forma.

con forma y lenguas sin forma que tanto agradaba a ciertos lingüistas de la vieja escuela. Todo idioma puede y debe expresar las relaciones sintácticas fundamentales, aun cuando en su vocabulario no se encuentre un solo afijo. De esto concluimos que todo idioma es un idioma con forma. Aparte la expresión de la relación pura, una lengua puede, claro está, "carecer de forma" en un sentido mecánico y superficial, es decir, puede hallarse libre de elementos no radicales. Se ha intentado en algunas ocasiones establecer una distinción a base de la "forma interna". El chino, por ejemplo, no tiene elementos formales puros y simples, no tiene "forma externa", pero revela sin embargo un agudo sentido de las relaciones, de la diferencia entre sujeto y objeto, atributo y predicado, etc. En otras palabras, tiene una "forma interna" como la tiene el latín, a pesar de que exteriormente "carece de forma", mientras que el latín es "formal" exteriormente. Por otra parte, se suele decir que hay lenguas ⁴ que no captan en verdad las relaciones fundamentales y que se contentan con la expresión más o menos detallada de las ideas materiales, haciendo gala a veces de una exuberante "forma externa" y dejando que las relaciones puras se deduzcan del contexto. Me inclino a pensar que esta supuesta "falta de forma interna" de ciertas lenguas es algo puramente ilusorio. Puede ser que en esas lenguas las relaciones no se expresen de manera tan inmaterial como en chino o aun en latín,⁵ o que el principio del orden de las palabras esté sujeto a fluctuaciones mayores que en chino, o que haya en ellas una tendencia a las derivaciones complejas que haga innecesario expresar ciertas relaciones en forma tan explícita como en las lenguas más analíticas.⁶ Pero todo esto no quiere decir

⁴ Por ejemplo, el malayo o el polinesio.

⁵ Lengua en la cual, como hemos visto, las relaciones sintácticas no están del todo alejadas de lo concreto.

⁶ Es lo que ocurre, por ejemplo, con la expresión inglesa *cod-liver oil*, cuya forma hace hasta cierto punto innecesaria la tarea de definir expresamente las relaciones existentes entre los tres sustantivos. Es lo contrario del francés *huile de foie de morue* [o del español *aceite de hígado de bacalao*].

que tales lenguas no tengan el sentido de las relaciones fundamentales. No podremos emplear por eso el concepto de "falta de forma interna", excepto para aplicarlo, con sentido muy distinto, a las lenguas en las cuales las relaciones sintácticas suelen fundirse con ideas de otro orden. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre este criterio de clasificación.

Sería más justa una clasificación de acuerdo con los procedimientos formales⁷ más típicos de cada lengua. Las lenguas que siempre identifican la palabra con el elemento radical se agruparían bajo la rúbrica de "aislantes", en contraste con las que añaden los elementos modificadores (lenguas afijantes) y con las que tienen la facultad de cambiar el significado del elemento radical por medio de transformaciones internas (reduplicación, cambios vocálicos y consonánticos; cambios en la cantidad, el acento o la entonación). Este último tipo podría llamarse, con toda propiedad, "simbólico".⁸ Las lenguas afijantes se subdividirían por sí solas en lenguas que preferentemente emplean los prefijos, como el bantú o el tinglit, y lenguas que casi siempre o siempre se sirven de sufijos, como el esquimal, el algonquín o el latín. Esta clasificación cuádruple (aislantes, prefijantes, sufijantes, simbólicas) tropieza con dos graves dificultades. En primer lugar, la mayor parte de las lenguas entran en más de uno de esos grupos. Así, las lenguas semíticas son a un mismo tiempo prefijantes, sufijantes y simbólicas. En segundo lugar, con

⁷ Véase *supra*, capítulo iv.

⁸ Es probable que haya una verdadera conexión psicológica entre el simbolismo y alternancias tan significativas como *drink, drank, drunk* [presente, pretérito y participio de *to drink* 'beber'], o como el chino *mai* (con entonación ascendente) 'comprar' y *mai* (con entonación descendente) 'vender'. Los estudios psicológicos recientes insisten, y con toda razón, en la inconsciente tendencia al simbolismo. Por mi parte, creo que el paso de *sing* ['(yo) canto'] a *sang* ['(vo) canté'] supone una tendencia muy análoga a la de la alternancia de colores simbólicos (por ejemplo, el verde como expresión de seguridad y el rojo de peligro). Pero probablemente cada uno conciba de manera muy diferente, con distinta intensidad, el simbolismo de los cambios lingüísticos de este tipo.

su forma tan escueta, la clasificación es de hecho superficial: agruparía lenguas de espíritu totalmente heterogéneo, atendiendo sólo a ciertas semejanzas formales externas. Hay, con toda evidencia, discrepancias enormes entre una lengua prefijante como el cambodgiano, que limita sus prefijos (y sus infijos) a la expresión de conceptos derivativos, y las lenguas bantú, en las cuales los prefijos tienen amplia significación en cuanto símbolos de relaciones sintácticas. La clasificación tiene mucho más valor si únicamente se aplica a la expresión de los conceptos de relación.⁹ En esta forma la adoptaremos más adelante como criterio subsidiario. Veremos que los términos “aislante”, “afijante” y “simbólico” tienen verdadero valor. Pero en vez de distinguir entre lenguas prefijantes y lenguas sufijantes, hemos de ver que es de mayor interés hacer una distinción de otro orden, basada en la relativa firmeza con que los afijos se unen al núcleo de la palabra.¹⁰

Puede establecerse otro grupo muy útil de distinciones, aunque tampoco éstas deben aplicarse en forma exclusiva, bajo pena de incurrir nuevamente en la su-

⁹ Puros o concretos (véase *supra*, cap. v).

¹⁰ A pesar de que no me gusta insistir en la diferencia entre lenguas prefijantes y lenguas sufijantes, me parece que esta diferencia es más importante de lo que los lingüistas suelen suponer. Creo que hay una notable distinción psicológica entre una lengua que determina la condición formal del elemento radical antes de nombrarlo —y esto es, en efecto, lo que ocurre en lenguas como el tlingit, el chinook o el bantú— y una lengua que comienza por el núcleo concreto de la palabra y después define la condición de ese núcleo por medio de sucesivas limitaciones, cada una de las cuales reduce en cierta medida el efecto general de lo que precede. El primero de estos métodos tiene algo de gráfico o de arquitectónico, el segundo es una poda hecha cuando la planta está crecida. En las lenguas prefijantes mejor elaboradas, la palabra suele parecerse una cristalización de elementos dispersos o flotantes; en las lenguas típicamente sufijantes (como el turco, el esquimal y el nootka), las palabras se nos muestran como formaciones “determinativas” en que cada elemento añadido vuelve a determinar la forma del conjunto. Es tan difícil aplicar en la práctica estas distinciones, resbaladizas pero muy importantes, que un estudio elemental no puede sino dejarlas de lado.

perificialidad. Nos referimos a los conceptos de “analítico”, “sintético” y “polisintético”. Los términos se explican por sí solos. Es lengua analítica aquella que no combina en absoluto los conceptos en palabras individuales (como el chino), o que lo hace en forma reducida (como el inglés o el francés). En una lengua analítica la frase tiene siempre importancia fundamental, mientras que la palabra desempeña un papel secundario. En una lengua sintética (el latín, el árabe o el finlandés) los conceptos se agrupan en conjuntos más cerrados, las palabras tienen un sentido más concentrado, pero, en líneas generales, hay una tendencia a limitar la significación concreta de la palabra aislada. Una lengua polisintética, como su nombre lo indica, es algo más que la simplemente sintética. Se llega en ella a una extrema elaboración de la palabra. Hay conceptos que nunca se nos ocurriría tratar en forma subordinada y que en ella se simbolizan mediante afijos de derivación o mediante cambios “simbólicos” en el elemento radical; por otra parte, las ideas más abstractas, incluyendo las relaciones sintácticas, pueden también expresarse en la palabra misma. Una lengua polisintética no ilustra ningún principio que no se haya ejemplificado ya en las lenguas sintéticas más familiares para nosotros. Se relaciona con ellas más o menos en la misma forma en que una lengua sintética se relaciona con una lengua analítica como el inglés.¹¹ Los tres términos son puramente cuantitativos, y además son relativos, pues una lengua puede ser “analítica” desde un punto de vista y “sintética” desde otro. Creo que los términos son más útiles para definir ciertas corrientes que como rúbricas de carácter absoluto. Es a veces revelador mostrar cómo una lengua ha ido haciéndose más analítica en el transcurso de su historia, o cómo subsisten señales de que, habiendo partido de una sim-

¹¹ Aunque el inglés sólo es analítico por su tendencia. En comparación con el francés, el inglés es todavía bastante sintético, por lo menos en ciertos aspectos.

ple base analítica, se cristalizó después en una forma altamente sintética.¹²

Llegamos ahora a la diferencia entre una lengua "flexional" y una lengua "aglutinante". Como ya hemos dicho, la distinción es útil y hasta necesaria, pero han venido a embrollarla una serie de elementos que no hacían al caso y el vano esfuerzo de aplicar los términos a todas las lenguas que no pertenecen claramente, como el chino, a la clase de las aislantes. El significado que con más propiedad cabe atribuir al término "flexional" puede encontrarse si examinamos brevemente algunos rasgos fundamentales del latín y del griego que se han considerado peculiares de las lenguas de ese tipo. En primer lugar, son más sintéticas que analíticas. Esto no nos lleva muy lejos. En comparación con muchas lenguas parecidas al griego y al latín por lo que se refiere a los rasgos de su estructura, esos dos idiomas no son muy sintéticos; por otra parte, sus descendientes actuales, como el italiano y el griego moderno, aunque son mucho más analíticos,¹³ no han cambiado tanto de estructura que puedan incluirse en una categoría distinta. Debemos insistir en que una lengua flexional puede ser analítica, sintética y polisintética.

El latín y el griego emplean de manera principal el método de la afijación, con insistencia particular en los sufijos. Las lenguas aglutinantes son tan típicamente afijantes como los dos idiomas mencionados; algunas prefieren los sufijos, otras los prefijos. El predominio de los afijos no define por sí solo la flexión. Todo depende, probablemente, del tipo de afijos que se empleen. Si comparamos los términos ingleses *farmer* ['la-

¹² El primer proceso puede demostrarse en el inglés, en el francés, en el danés, en el tibetano, en el chino y en muchas otras lenguas. La segunda tendencia se encuentra, según creo, en varias lenguas indias de Norteamérica, como el chinook y el navajo. Tras su forma actual, moderadamente polisintética, se percibe una base analítica, que en el primer caso puede asociarse vagamente con el inglés y en el segundo con el tibetano.

¹³ Esto se aplica ante todo a las lenguas romances: el italiano, el español, el portugués, el francés, el rumano, etc. El griego moderno no es tan claramente analítico.

brador'] y goodness ['bondad'] con palabras como *height* ['altura'] y *depth* ['profundidad'], no podemos menos de observar una notable diferencia en la técnica afijante de los dos grupos. Las terminaciones -er y -ness se añaden de manera mecánica al elemento radical, que es al mismo tiempo una palabra independiente: *farm* ['finca de labranza'] y *good* ['bueno']. No son en modo alguno elementos de sentido independiente, pero expresan su significado (idea de agente, cualidad abstracta) de modo inmediato y seguro. Su empleo es simple y regular, y no hay dificultad para añadirlas a cualquier verbo o adjetivo, por reciente que sea. Del verbo *to camouflage* podemos formar el sustantivo *camouflager* ['el que se sirve del camouflage']; del adjetivo *jazzy* ['chillante, a semejanza del jazz'] se deriva con toda naturalidad el sustantivo *jazziness* ['cualidad de lo que es jazzy']. Otra cosa es la que ocurre con *height* y *depth*. Desde el punto de vista funcional, están con *high* ['alto'] y *deep* ['profundo'] en la misma relación en que *goodness* está con *good*, pero hay mayor fusión del afijo con el elemento radical. Aunque son algo muy distinto, los dos elementos no pueden separarse con la facilidad con que se separan el *good-* y el *-ness* de *goodness*. La -t de *height* no es la forma típica del afijo —compárense *strength* ['fuerza'], *length* ['longitud'], *filth* ['suciedad'], *breadth* ['anchura'], *youth* ['juventud']—, y *dep-* no es idéntico a *deep*. Podemos designar las dos técnicas de afijación con los términos "fusión" y "yuxtaposición". La técnica de yuxtaposición puede recibir, si queremos, el nombre de "aglutinante".

¿Acaso esto convierte la técnica de fusión en esencia del sistema flexional? Me temo que aún no hemos llegado a nuestra meta. Si el inglés abundara en fusiones del tipo de *depth*, pero al mismo tiempo empleara el plural independientemente de la concordancia verbal, diciendo, por ejemplo, *the books falls* ['los libros cae'] como *the book falls* ['el libro cae'], o bien *the book fall* ['el libro caen'] como *the books fall* ['los libros caen']; si empleara las terminaciones personales inde-

pendientes del tiempo y dijera, por ejemplo, *the book falls*¹⁴ como *the book falls* ['el libro cae'], o bien *the book fall* como *the book fell* ['el libro cayó']; si empleara, por último, los pronombres independientemente del caso y dijera, por ejemplo, *I see he* ['yo él veo'] como *he sees me* ['él me ve'], o *him see the man* ['lo ver el hombre'] como *the man sees him* ['el hombre lo ve'], en ese caso tendríamos que vacilar en aplicar al inglés el calificativo de lengua flexional. El hecho mismo de la fusión no parece satisfactorio como característica del procedimiento flexional. De hecho, hay muchísimas lenguas que unen el elemento radical con el afijo de la manera más completa e inextricable, sin dar por ello señales de ese formalismo tan especial que convierte al latín y al griego en lenguas flexionales.

Lo que hemos dicho de la fusión puede aplicarse también a los procedimientos "simbólicos".¹⁵ Hay lingüistas que hablan de alternancias del tipo de *drink* y *drank* [presente y pretérito de *to drink* 'beber'] como si fueran la flor y nata de la flexión, una especie de esencia espiritualizada de la forma flexional pura. Sin embargo, en formas griegas como *pépomph-a* 'yo he enviado', en contraste con *pemp-o* 'yo envío', donde hay un triple cambio simbólico del elemento radical (reduplicación de *pe-*, cambio de *e* en *o*, cambio de *p* en *ph*), lo que produce la flexión es más bien la peculiar alternancia de la *-a*, que caracteriza la primera persona singular del perfecto, con la *-o* del presente. Nada sería más falso que imaginar que los cambios simbólicos del elemento radical, aun para la expresión de conceptos tan abstractos como son los de número y tiempo, se asocia siempre con las peculiaridades sintácticas de una lengua flexional. Si al hablar de una lengua "aglutinante" nos referimos a un idioma que coloca sus afijos de acuerdo con la técnica de yuxtaposición, no podemos sino decir que hay centenares de lenguas que emplean la fusión y el símbolo —es decir, que son, por

¹⁴ [En inglés, la *-s* sólo es propia de la tercera persona de singular del presente (*he falls*), no del pretérito (*he fell*).]

¹⁵ Véanse las pp. 147 y 148.

definición, lenguas no aglutinantes—, y que a pesar de eso son totalmente ajenas por su espíritu a lenguas flexionales del tipo del latín y del griego. Podemos, si queremos, llamar flexionales a esas lenguas, pero entonces tenemos que revisar radicalmente nuestras ideas sobre la forma flexional.

Es necesario comprender que la fusión del elemento radical con el afijo puede interpretarse en un sentido psicológico más amplio de lo que hemos indicado hasta ahora. Si en inglés todo sustantivo plural fuera del tipo de *book* : *books*, si no hubiera sistemas de pluralización de otra especie, como *deer* ['ciervo'] : *deer*, como *ox* ['buey'] : *oxen*, o como *goose* ['ganso'] : *geese*, que complican el cuadro formal de los plurales, no cabe duda de que la fusión de los elementos *book* y *-s* en la palabra unificada *books* se consideraría algo menos perfecta de lo que en realidad es. Lo que pensamos —o sentimos— inconscientemente acerca del asunto es más o menos esto: si el esquema formal representado por la palabra *books* es idéntico, en cuanto a su uso, al de la palabra *oxen*, los elementos pluralizantes *-s* y *-en* no pueden tener un valor tan definido, tan autónomo como podríamos suponer a primera vista. Sólo son elementos del plural en la medida en que la pluralidad se predica de ciertos conceptos. Las palabras *books* y *oxen* son, por lo tanto, algo más que meras combinaciones del símbolo de una cosa (*book*, *ox*) con un símbolo claro de la pluralidad. Hay una leve incertidumbre, una especie de vacilación psicológica acerca de la fusión que se realiza en *book-s* y en *ox-en*. Un poco de la fuerza inherente a las terminaciones *-s* y *-en* queda incluída por anticipado en las palabras *book* y *ox*, o apropiado por ellas, así como la fuerza conceptual de *-th* en *dep-th* es mucho más débil que la de *-ness* en *good-ness*. Cuando hay inseguridad acerca de la fusión, cuando el afijo no posee plena significación, la unidad de la palabra completa se subraya mucho más. El espíritu tiene que descansar en algo; si no puede detenerse en los elementos constitutivos, se apresura ansiosamente a aceptar la palabra en su conjunto. Una

palabra como *goodness* ilustra la "aglutinación", *books* la "fusión regular", *depth* la "fusión irregular", *geese* la "fusión simbólica" o "simbolismo".¹⁶

En una palabra aglutinante, la independencia psicológica de los afijos puede ser más marcada aún que en el *-ness* de *goodness*. Para ser exactos, la significación del *-ness* no está tan inherentemente determinada, no es tan autónoma como pudiera ser. Se halla a merced del elemento radical precedente, a tal grado, que necesita estar precedido de un tipo peculiar de elemento radical: de un adjetivo. En cierto sentido, pues, su propio poder se ve limitado de antemano. Sin embargo, la fusión es aquí tan vaga y elemental, y en la gran mayoría de los casos de afijación se produce con tal naturalidad, que es fácil pasar por alto su realidad y atender de manera preponderante al carácter de yuxtaposición o de aglutinación del procedimiento afijante. Si el *-ness* pudiera añadirse como elemento abstracto a un tipo cualquiera de radical, si pudiéramos decir, por ejemplo, *fighthness* ['el acto o cualidad relativos a *figth* (combate)'] o *awayness* ['la condición de estar *away* (lejos)'], tal como podemos decir *goodness* ['cualidad o estado relativos a *good* (bueno)'], nos hallaríamos mucho más cerca del polo aglutinante. Toda lengua que tienda a una síntesis a la vez tan libre y tan compacta puede considerarse como ejemplo del tipo aglutinante ideal, sobre todo si los conceptos expresados por los elementos aglutinantes son conceptos de relación, o pertenecen, cuando menos, a la clase más abstracta de las ideas derivativas.

A este propósito, podemos observar formas muy interesantes en el *nootka*. Volvamos a nuestra frase

¹⁶ Las siguientes fórmulas podrán ser útiles para los lectores inclinados a las matemáticas. Aglutinación: $c = a + b$; fusión regular: $c = a + (b - x) + x$; fusión irregular: $c = (a - x) + (b - y) + (x + y)$; simbolismo: $c = (a - x) + x$. No quiero dar a entender que haya un valor místico en el procedimiento de fusión. Es muy posible que haya surgido como producto puramente mecánico de las fuerzas fonéticas que causaron irregularidades diversas.

"fuego en la casa".¹⁷ La palabra nootka *inikw-ihl* 'fuego en la casa' no se encuentra tan sujeta a la forma como podría pensarse de acuerdo con la traducción. El elemento radical *inikw-* 'fuego' es, en realidad, un término tan verbal como nominal; puede traducirse lo mismo por 'fuego' que por 'arder', según las necesidades sintácticas de la oración. El elemento derivativo *-ihl* 'en la casa' no atenúa ese carácter vago o general; *inikw-ihl* sigue siendo 'fuego en la casa' o 'arder en la casa'. La expresión puede convertirse de manera definitiva en nominal o en verbal según que los elementos de afijación sean exclusivamente nominales o verbales. Así *inikw-ihl-'i*, con el artículo añadido como sufijo, tiene forma claramente nominal: 'la quemazón en la casa', 'el fuego en la casa'; en cambio, *inikw-ihl-ma*, con elemento indicativo añadido también como sufijo, es netamente verbal: 'arde en la casa'. El grado de fusión existente entre 'fuego en la casa' y el sufijo nominalizante o verbalizante es muy débil, como lo muestra el hecho de que la expresión *inikwihl*, indiferente desde el punto de vista de la forma, no es una abstracción obtenida mediante el análisis, sino una palabra ya bien constituida, lista para ser empleada en una oración. El sufijo nominalizante *-i* y el sufijo indicativo *-ma* no son afijos formales que vayan unidos a un elemento radical, sino simplemente adiciones de valor formal. Podemos mantener en suspenso el carácter verbal o nominal de *inikwihl* mucho antes de llegar al *-i* o al *-ma*. Podemos poner la palabra en plural: *inikw-ihl-'minih*; sigue siendo lo mismo 'fuegos en la casa' que 'arder pluralmente en la casa'. Podemos poner este plural en diminutivo: *inikw-ihl-'minih-'is*, y significa no sólo 'pequeños fuegos en la casa', sino también 'arder pluralmente y ligeramente en la casa'. ¿Y si añadimos el sufijo *-it* del pretérito? ¿Acaso *inikw-ihl-'minih-'is-it* no es necesariamente un verbo: 'muchos fuegos pequeños ardieron en la casa'? No lo es. Todavía así puede nominalizarse: *inikwihl'minih'isit-'i* significa 'los antiguos fuegos pe-

¹⁷ Véase supra, pp. 122 ss.

queños en la casa', 'los pequeños fuegos que en un tiempo ardían en la casa'. No se convierte decididamente en verbo si no se le da una forma que excluya toda otra posibilidad, como el indicativo *inikwihl-'minih'isit-a* 'varios fuegos pequeños ardían en la casa'. Vemos en seguida que los elementos *-ihl*, *-'minish*, *-'is* e *-it*, prescindiendo del carácter relativamente concreto o abstracto de su contenido, y prescindiendo, por otra parte, de su grado de fusión externa (fonética) con los elementos que los preceden, gozan de una autonomía psicológica que nunca llegan a tener los afijos ingleses. Son elementos típicamente aglutinados, a pesar de no ser más autónomos desde el punto de vista externo, más capaces de vivir aparte del elemento radical a que van añadidos, que el *-ness* de *goodness* o la *-s* de *books*. Esto no quiere decir que una lengua aglutinante no pueda servirse en gran medida del principio de fusión, tanto de la externa como de la psicológica, o aun del simbolismo. Todo depende de la tendencia. ¿Existe una clara tendencia formal hacia el método aglutinante? En ese caso la lengua será "aglutinante". Pero ello no excluye que, al propio tiempo, pueda ser prefijante o sufijante, analítica, sintética o polisintética.

Volvamos a la flexión. Una lengua flexional como el latín o el griego emplea el método de fusión, y esta fusión tiene significado interno y psicológico, lo mismo que externo y fonético. Pero no basta que la fusión se lleve a cabo sólo en la esfera de los conceptos derivativos (grupo II),¹⁸ sino que tiene que englobar las relaciones sintácticas, las cuales pueden expresarse en forma pura (grupo IV) o bien —y es lo que ocurre en latín y en griego— como "conceptos concretos de relación" (grupo III).¹⁹ En cuanto al latín y al griego,

¹⁸ Véase *supra*, cap. v.

¹⁹ Si negamos la aplicabilidad del calificativo de "flexionales" a las lenguas que practican la fusión de los elementos que expresan las relaciones sintácticas en forma pura, esto es, sin mezclar con ellas conceptos como el de número, el de género y el de tiempo, sólo porque esa mezcla nos es bien conocida gracias al latín y al griego, entonces convertiremos el término "flexión" en un concepto más arbitrario todavía de lo que debe ser. Al propio.

su flexión consiste ante todo en la fusión de elementos que expresan conceptos de relación lógicamente impuros con elementos radicales y con elementos que expresan conceptos derivativos. La fusión como método general y la expresión de conceptos de relación en la palabra son dos cosas igualmente necesarias para la idea de "flexión".

Pero, al definir de este modo la flexión, estamos dudando del valor del término para describir una categoría importante. ¿Por qué insistir a un mismo tiempo en la técnica y en un contenido particular? Ciertamente deberíamos decidir en cuál de ellos preferimos basarnos. "Fusional" y "simbólico" son términos que contrastan con "aglutinante", el cual no coincide en modo alguno con "flexional". ¿Qué hemos de hacer con las lenguas fusionales y simbólicas que no expresan los conceptos de relación en la palabra misma, sino que los dejan encomendados a la frase? ¿Y no hemos de distinguir entre lenguas aglutinantes que expresan los mismos conceptos en la palabra —y que en este sentido parecen flexionales— y las que no lo hacen

tiempo, es innegable que el método mismo de fusión tiende a echar por tierra el muro que separa nuestros grupos conceptuales II y IV y a crear el grupo III. Sin embargo, no ha de negarse la posibilidad de que existan lenguas "flexionales" de este tipo. Así, en tibetano moderno, lengua en la cual los conceptos del grupo II se expresan sólo débilmente, si acaso se expresan, y en la cual los conceptos de relación (por ejemplo el genitivo, el "agentivo" o nominativo y el instrumental) se expresan sin mezcla de lo material, encontramos muchos casos interesantes de fusión, y aun de simbolismo. *Mi di*, por ejemplo, 'hombre este', 'el hombre', es forma absoluta, que puede emplearse como sujeto de un verbo intransitivo. Cuando el verbo es transitivo (en realidad pasivo), el sujeto (lógico) tiene que tomar forma de agente. *Mi di* se convierte entonces en *mi di* 'por el hombre', alargando la vocal del pronombre demostrativo (o artículo). (Probablemente haya también un cambio de tono en la sílaba.) Esto, por supuesto, pertenece a la esencia misma de la flexión. El tibetano moderno —y ello demuestra en forma curiosa la insuficiencia de la clasificación lingüística habitual, que considera radicalmente distintas las lenguas "flexionales" y las "aislantes"— puede calificarse, no sin justicia, de lengua aislante, independientemente de ejemplos de fusión y de simbolismo como los citados.

así? Hemos rechazado la escala clasificatoria en lenguas analíticas y sintéticas, porque, para nuestro objeto, se concentra demasiado en el aspecto cuantitativo. Y la clasificación en aislantes, afijantes y simbólicas nos ha parecido también insuficiente, porque insiste demasiado en exterioridades técnicas. Es preferible el esquema que clasifica las lenguas en aislantes, aglutinantes, fusionales y simbólicas, pero esta misma se ocupa todavía en exceso de los aspectos exteriores. Lo mejor será, en mi opinión, conservar la categoría "flexional" como valiosa sugerencia para un esquema más amplio y coherentemente desarrollado, como punto de partida de una clasificación fundada en la naturaleza de los conceptos expresados por el lenguaje. Las otras dos clasificaciones, la basada en el grado de síntesis y la que se apoya en el grado de fusión, podrán mantenerse en calidad de esquemas secundarios, que nos permitirán subdividir los tipos conceptuales más importantes.

No estará de más recordar que todas las lenguas tienen por fuerza que expresar conceptos radicales (grupo I) e ideas de relación (grupo IV). En cuanto a los otros dos grupos importantes de conceptos —conceptos derivativos (grupo II) y conceptos concretos de relación (grupo III)—, pueden aparecer ambos, o sólo uno, o ninguno. Esto nos permite establecer un método simple, penetrante y universalmente aplicable para clasificar todas las lenguas conocidas. Es el siguiente:

A. Lenguas que sólo expresan conceptos de los grupos I y IV, o, dicho en otros términos, que conservan en forma pura las relaciones sintácticas y no tienen la facultad de modificar el sentido del elemento radical por medio de afijos o de cambios internos.²⁰ Podemos

²⁰ Hago caso omiso de la posibilidad de reunir dos o más elementos radicales en palabras o frases análogas a palabras (véase supra, pp. 77-81). Si estudiáramos especialmente las combinaciones de elementos radicales en el presente examen de tipos, complicaríamos la cuestión, sin ninguna utilidad. La mayor parte de las lenguas que no tienen afijos derivativos de ninguna especie pueden, sin embargo, unir libremente los elementos radicales (esto

decir que esas lenguas son de relaciones puras, sin derivación, o bien lenguas simples de relaciones puras. Estas son las que llegan más al meollo de la expresión lingüística.

B. Lenguas que expresan conceptos de los grupos I, II y IV, esto es, que conservan en forma pura las relaciones sintácticas y tienen a la vez la facultad de modificar el sentido de sus elementos radicales por medio de afijos o de cambios internos. Diremos que son lenguas de derivación y de relaciones puras, o bien lenguas complejas de relaciones puras.

C. Lenguas que expresan conceptos de los grupos I y III,²¹ es decir, lenguas en las cuales las relaciones sintácticas se expresan en conexión necesaria con conceptos no totalmente desprovistos de significado concreto, pero que, si se prescinde de esa mezcla, no tienen la facultad de cambiar el sentido de sus elementos radicales por medio de afijos o de cambios internos.²² Son las lenguas sin derivación, y de relaciones mixtas, o bien lenguas simples de relaciones mixtas.

D. Lenguas que expresan conceptos de los grupos I, II y III, es decir, lenguas en las cuales las relaciones

es, las palabras independientes). Estos compuestos tienen a menudo una fijeza que los hace parecer, a causa de su unidad, verdaderas palabras individuales.

²¹ Podemos dar por supuesto que, tanto en estas lenguas como en las del tipo D, todos o casi todos los conceptos de relación se expresan en forma compleja; que, por ejemplo, un concepto como el de subjetividad no puede expresarse sin incluir simultáneamente el número o el género, o que una forma verbal activa debe expresarse a la vez en un tiempo determinado. El grupo III incluirá o absorberá, por consiguiente, al grupo IV. Claro está que, en teoría, ciertos conceptos de relación pueden expresarse en forma pura y otros en forma mixta, pero se comprobará que en la práctica no es fácil hacer la distinción.

²² No es posible señalar una frontera rigurosa entre los tipos C y D. Es, en gran parte, cuestión de grado. Una lengua que es marcadamente "de relaciones mixtas" pero que tiene escasa facultad de derivación pura (por ejemplo el bantú o el francés) puede quedar incluida de manera adecuada en el tipo C, aun cuando no le falten una serie de afijos derivativos. En términos generales, las lenguas del tipo C pueden considerarse como formas muy analíticas ("purificadas") del tipo D.

sintácticas se expresan en forma mixta, lo mismo que las del tipo C, y que también tienen la facultad de modificar el sentido de los elementos radicales por medio de afijos o de cambios internos. Son las lenguas de derivación y de relaciones mixtas, o bien lenguas complejas de relaciones mixtas. A este grupo pertenecen las lenguas "flexionales" que nos son más familiares, lo mismo que muchas lenguas "aglutinantes", algunas de ellas "polisintéticas", otras meramente sintéticas.

Esta clasificación de las lenguas, basada en los conceptos, no trata —vuelvo a insistir en ello— de tomar en consideración las exterioridades técnicas del lenguaje. Responde, de hecho, a dos preguntas fundamentales referentes a la expresión de los conceptos mediante símbolos lingüísticos. En primer lugar, ¿conserva la lengua sus conceptos radicales en forma pura o construye sus ideas concretas por medio de una fusión de elementos inseparables (tipos A y C frente a B y D)? En segundo lugar, ¿mantiene o no sus conceptos básicos de relación (aquellos que son absolutamente indispensables en la disposición de una proposición) libres de una mezcla de elementos concretos (tipos A y B frente a C y D)? La segunda pregunta es, en mi opinión, la más importante. Podemos, pues, simplificar nuestra clasificación presentándola en la forma siguiente:

- | | | |
|----------------------------------|---|--------------|
| I. Lenguas de relaciones puras | { | A. Simples |
| | | B. Complejas |
| II. Lenguas de relaciones mixtas | { | A. Simples |
| | | B. Complejas |

La clasificación es demasiado general y demasiado amplia para que pueda hacerse un examen fácil y descriptivo de las muchas variedades del habla humana. Sería preciso ampliarla. Cada uno de los tipos A, B, C, D puede subdividirse en los tipos aglutinantes y fusional y en el subtipo 'simbólico, según el método predominante de modificar el elemento radical. En el tipo A podemos distinguir además un subtipo aislante, caracterizado por la ausencia de afijos y de cambios en

el elemento radical. En las lenguas aislantes las relaciones sintácticas se expresan por medio de la colocación de las palabras dentro de la frase. Lo mismo cabe decir de muchas lenguas del tipo B, en las cuales los términos "aglutinante", "fusional" y "simbólico" se aplican sólo para el tratamiento de los conceptos derivativos, no de los de relación. Esas lenguas podrían llamarse "aglutinantes-aislantes", "fusionales-aislantes" y "simbólicas-aislantes".

Esto nos lleva a una importante consideración de índole general: el método de tratamiento de cierto grupo de conceptos no necesita ser idéntico, en modo alguno, al empleado por otro grupo. Para indicar esta diferencia se podrían emplear términos compuestos, cuyo primer elemento se referiría al tratamiento que reciben los conceptos del grupo II, y el segundo al que reciben los de los grupos III y IV. El término "aglutinante" designaría normalmente a una lengua que aglutina todos sus afijos, o que los aglutina en la mayoría de los casos. En una lengua de tipo "aglutinante-fusional" los elementos derivativos se aglutinan, quizá en forma de prefijos, mientras que los elementos de relación (sean puros o mixtos) se funden con el elemento radical, posiblemente bajo la forma de un segundo grupo de prefijos pospuestos al primero, o en forma de sufijos, o bien una parte en forma de prefijos y otra parte en forma de sufijos. Al hablar de una lengua "fusional-aglutinante" nos referiríamos a la que funde sus elementos derivativos, pero que deja mayor independencia a los que indican relación. Todas estas distinciones, y otras análogas, no son meras posibilidades teóricas, sino que pueden ilustrarse abundantemente con hechos descriptivos de la morfología lingüística. Por otra parte, si se quiere insistir en el grado de elaboración de la palabra, podrán añadirse, en calidad de términos descriptivos, las designaciones "analítico", "sintético" y "polisintético". No hace falta decir que las lenguas del tipo A son necesariamente analíticas y que las del tipo C son sobre todo analíticas, siendo poco probable que pasen más allá de la etapa sintética.

Pero no demos demasiada importancia a la terminología. Todo depende del énfasis relativo que se dé a tal o cual rasgo o punto de vista. El método de clasificación de las lenguas que aquí exponemos tiene la gran ventaja de que puede desarrollarse o simplificarse de acuerdo con las necesidades del momento. El grado de síntesis puede dejarse a un lado; "fusión" y "simbolismo" pueden combinarse a menudo provechosamente bajo la rúbrica de "fusión"; la misma diferencia entre aglutinación y fusión puede pasarse por alto, si así se desea (si se considera, por ejemplo, que es demasiado difícil de establecer o que no viene al caso). Después de todo, las lenguas son estructuras históricas excesivamente complejas. Es menos importante colocar cada lengua en su correspondiente cajoncito que crear un método flexible que nos permita asignar a cada lengua su lugar, desde dos o tres puntos de vista independientes y en relación con otras lenguas. Con todo esto no queremos negar que ciertos tipos lingüísticos sean más abundantes y más estables que otros, igualmente posibles desde el punto de vista teórico. Pero, por ahora, sabemos demasiado poco acerca del espíritu que determina la estructura de gran número de lenguas para tener el derecho de establecer una clasificación que no sea flexible y experimental.

El lector obtendrá una idea más animada de las posibilidades de la morfología lingüística si echa una ojeada al cuadro analítico de determinados tipos que ponemos a continuación. Las columnas II, III y IV se refieren a los grupos de conceptos a los cuales hemos puesto esos números en el capítulo anterior. Las letras a, b, c, d denotan, respectivamente, los procedimientos de aislamiento (colocación dentro de la frase), aglutinación, fusión y simbolismo. En los casos en que se emplea más de una técnica, se colocan según el orden de importancia.²³

²³ Al definir el tipo a que pertenece una lengua, hay que tener cuidado en no dejarse despijar por los rasgos estructurales que no son sino supervivencias de una etapa anterior, esto es, que no tienen vida fecunda ni entran en el esquema inconsciente de la

No hace falta observar que estos ejemplos no agotan en modo alguno las posibilidades de estructura lingüística. Ni tampoco que el hecho de que dos lenguas se clasifiquen en la misma categoría no quiere decir necesariamente que tengan gran semejanza externa. Lo que nos interesa aquí son los rasgos fundamentales y generales del espíritu, la técnica y el grado de elaboración de determinada lengua. Sin embargo, en muchos casos cabe observar un hecho sumamente significativo: que las lenguas que entran en una misma categoría suelen coincidir en muchos detalles o rasgos estructurales no incluidos en el esquema de clasificación. Así, podría establecerse un interesantísimo paralelo entre las líneas estructurales del takelma y las del griego,²⁴ lenguas tan distantes geográficamente una de otra y tan desvinculadas desde el punto de vista histórico como pueden serlo dos idiomas elegidos al azar. Su semejanza va más allá de los hechos generales registrados en el cuadro. Casi parece como si una serie de rasgos lingüísticos que se conciben fácilmente como independientes unos de otros, que en teoría no parecen estar emparentados, tienen sin embargo una tendencia a agruparse o a guiarse en común por algún profundo

lengua. Todos los idiomas abundan en cuerpos petrificados de este tipo. La terminación inglesa *-ster* de *spinster* ['solterona'] y del apellido *Webster* es un antiguo sufijo agentivo, pero para la presente generación de habla inglesa no tiene existencia real; *spinster* y *Webster* han quedado totalmente aislados del grupo etimológico de *spin* ['hilar'] y *weave* (*web*) ['tejer']. Del mismo modo, hay en chino gran cantidad de palabras relacionadas entre sí y que difieren por la consonante inicial, por la vocal, por la entonación o por la presencia o ausencia de una consonante final. Aun cuando un chino perciba la relación etimológica —y en ciertos casos no puede menos de percibirla—, no asigna determinada función a la variante fonética en cuanto tal. Esta no crea, pues, un rasgo vivo del mecanismo lingüístico, y al definir la forma general de la lengua es preciso pasarla por alto. Hay que tener tanto más cuidado cuanto que justamente el extranjero, que se enfrenta a una lengua nueva con cierta escudriñadora curiosidad, es el que más tiende a ver vitalidad en rasgos atrofiados que el nativo no nota en absoluto, o que siente sólo como forma muerta.

²⁴ No el griego en especial, por supuesto, sino el griego en cuanto representante típico de las lenguas indoeuropeas.

Tipo fundamental	II	III	IV	Técnica	Síntesis	Ejemplos
A (simple, de relaciones puras)	—	—	a	aislante	analítica	chino; annamita
	(d)	—	a, b	aislante (ligeramente aglutinante)	analítica	eve (costa de Guinea)
	(b)	—	a, b, c	aglutinante (ligeramente aglutinante-fusional)	analítica	tibetano moderno
B (complejo, de relaciones puras)	b, (d)	—	a	aglutinante-aislante	analítica	polinesio
	b	—	a, (b)	aglutinante-aislante	polisintética	haida
	c	—	a	fusional-aislante	analítica	cambojango
	b	—	b	aglutinante	sintética	turco
	b, d	(b)	b	aglutinante (levemente simbólica)	polisintética	yana (Norte de California)
	c, d, (b)	—	a, b	fusional - aglutinante (levemente simbólica)	sintética (levemente)	tibetano clásico
	b	—	c	aglutinante-fusional	sintética (levemente polisintética)	sioux
	c	—	c	fusional	sintética	salinano (Sudoeste de California)
	d, c	(d)	d, c, a	simbólica	analítica	shilluk (Alto Nilo)

C (simple, de relaciones mixtas)	(b) (c)	b c, (d)	— a	aglutinante fusional	sintética analítica (levemente sintética)	bantú francés *
D (complejo, de relaciones mixtas)	b, c, d	b	b	aglutinante (levemente simbólica)	polisintética	nootka (isla de Vancouver) †
	c, (d)	b	—	fusional-aglutinante	polisintética (levemente)	chinook (Columbia inferior)
	c, (d)	c, (d), (b)	—	fusional	polisintética	algonquín
	c c, d	c, d c, d	a —	fusional fusional (levemente simbólica)	analítica sintética	inglés latín, griego, sánscrito
	c, b, d	c, d	(a)	fusional (fuertemente simbólica)	sintética	takelma (Sudoeste de Oregon)
	d, c	c, d	(a)	simbólico-fusional	sintética	lenguas semíticas (árabe, hebreo)

* Casi con el mismo derecho se le podría considerar en D.

† Pertenecer casi al tipo complejo de relaciones puras.

NOTA.—Los paréntesis indican un débil desarrollo del procedimiento en cuestión.

impulso hacia la forma, impulso que determina su evolución. En cuanto adquirimos, pues, la seguridad de que dos lenguas determinadas presentan una semejanza intuitiva, de que poseen en el fondo un mismo sentido de la forma, no deberemos sorprendernos al ver que buscan y evitan ambas ciertos desarrollos lingüísticos. Estamos por ahora muy lejos de poder definir en qué consisten esas intuiciones formales básicas. En el mejor de los casos, podemos sólo percibirlas vagamente, y, en general, tenemos que contentarnos con registrar sus síntomas. Las gramáticas descriptivas e históricas de diversas lenguas se están encargando de reunir tales síntomas; quizá algún día podamos deducir de ellos esas grandes líneas subterráneas.

Una clasificación de las lenguas tan puramente técnica como es la que las divide en "aislantes", "aglutinantes" y "flexionales" (esto es, "fusionales") no puede aspirar a tener gran valor como instrumento para descubrir las formas intuitivas del lenguaje. No sé si la clasificación en cuatro grupos conceptuales que hemos propuesto tiene la posibilidad de calar más hondo. Por mi parte, creo que sí, pero en las clasificaciones, bellos edificios que levanta el espíritu especulativo, hay que andar con cuidado. Hace falta ponerlas a prueba a cada momento para que merezcan la aceptación general. Por lo pronto, podemos hallar una especie de confirmación en una prueba histórica bastante curiosa, aunque sencilla. Las lenguas están en constante mutación, pero es razonable suponer que tienden a conservar lo más posible los rasgos más fundamentales de su estructura. Ahora bien, si tomamos grandes categorías de lenguas genéticamente relacionadas,²⁵ resulta que, al pasar de una a la otra o al trazar el curso de su evolución, nos encontramos a menudo con un cambio gradual de tipo morfológico. Esto no es raro, pues una lengua no tiene por qué ser permanentemente fiel a su forma original. Pero es interesante observar cómo, de las tres clasificaciones entrecruzadas de nuestro cua-

²⁵ En otras palabras, las que, según pruebas documentales o comparativas, provienen de una fuente común. Véase *infra*, cap. vii.

dro (tipo conceptual, técnica, grado de síntesis), el grado de síntesis es lo que parece cambiar con mayor facilidad, la técnica puede modificarse, pero con frecuencia mucho menor, y el tipo conceptual es el que tiende a mantenerse por más tiempo.

Los ejemplos reunidos en el cuadro son demasiado insuficientes para servir de base efectiva a una demostración, pero, a pesar de sus limitaciones, son muy ilustrativos. Los únicos cambios de tipo conceptual (dentro de los grupos de lenguas relacionadas) que pueden encontrarse en el cuadro son de B a A (el shilluk en contraste con el ewe,²⁶ el tibetano clásico en contraste con el tibetano moderno y el chino) y de D a C (el francés en contraste con el latín²⁷). Pero los tipos A: B y C:D se relacionan uno con otro, respectivamente, como una forma simple y una forma compleja de un tipo aún más fundamental (lengua de relaciones sintácticas puras o de relaciones sintácticas mixtas). No puedo citar ejemplos convincentes del paso de una lengua de relaciones puras a una de relaciones mixtas, o viceversa.

El cuadro muestra con claridad la escasa permanencia relativa de los rasgos técnicos del lenguaje. Es bien sabido que muchas lenguas muy sintéticas (como el latín o el sánscrito) se han desmembrado y han dado lugar a formas analíticas (el francés, el bengalí), y que ciertas lenguas aglutinantes (el finlandés) han ido adoptando muchas veces rasgos "flexionales", pero de esto no se suele sacar la conclusión obvia de que posiblemente el contraste entre las lenguas sintéticas y las analíticas o entre las aglutinantes y las "flexionales"

²⁶ El shilluk es el representante extremo-oriental, y el ewe el representante extremo-occidental del grupo "Sudán" propuesto por D. Westermann. La relación genética entre esas dos lenguas, si acaso existe, es sumamente remota.

²⁷ Por lo demás, este caso es dudoso. He vacilado mucho al incluir el francés en el grupo C y no en el D. Todo depende del valor que se dé a elementos como *-al* en *national*, como *-té* en *bonté* o como *re-* en *retourner*. Son muy frecuentes, pero ¿están tan vivos, tan poco petrificados, son tan poco librescos como los afijos ingleses *-ness*, *-ful* y *un-*?

(fusionales) no es, después de todo, tan importante. Volviendo a las lenguas indo-chinas, vemos que el chino, más que ninguna otra lengua, es un idioma casi perfectamente aislante, mientras que el tibetano clásico tiene no sólo rasgos fusionales, sino también fuertemente simbólicos (por ejemplo, *g-tong-ba* 'dar', pasado *b-tang*, futuro *g-tang*, imperativo *thong*); pero ambas son lenguas de relaciones sintácticas puras. El ewe es aislante, o bien levemente aglutinante, mientras que el shilluk, a pesar de su moderada forma analítica, es una de las lenguas más simbólicas que conozco; pero ambas lenguas sudanesas son de relaciones sintácticas puras. La conexión entre el polinesio y el cambojiano, aunque remota, es casi seguro que existe; de las dos lenguas, la segunda tiene rasgos más marcadamente fusionales,²⁸ pero ambas son lenguas complejas de relaciones sintácticas puras. Superficialmente, el yana y el salinano son lenguas muy disímiles. El yana es muy polisintético y típicamente aglutinante; el salinano es más sintético que el latín, y tan irregular y compactamente fusional ("flexional") como él; ambas lenguas son de relaciones puras. El chinook y el takelma, lenguas remotamente emparentadas del Estado de Oregon, se han apartado mucho una de otra, no sólo en cuanto a la técnica y a la síntesis en general, sino también en casi todos los detalles de su estructura; ambas son lenguas complejas de relaciones mixtas, aunque cada una lo es a su modo. Estos hechos parecen apoyar la sospecha de que el contraste entre las lenguas de relaciones puras y las de relaciones mixtas (o concretas) es algo más profundo, de más alcance que el contraste entre lenguas aislantes, aglutinantes y fusionales.²⁹

²⁸ A pesar de su carácter más aislante.

²⁹ En un libro como el presente es imposible, por supuesto, dar una idea cabal de la estructura lingüística en sus múltiples formas. Sólo hemos podido dar unas cuantas indicaciones esquemáticas. Haría falta un volumen aparte para infundir vida al esquema; en él se describirían las principales características estructurales de muchas lenguas, que se escogerían a propósito para dar al lector una idea de la economía formal de tipos marcadamente distintos.

VII

EL LENGUAJE COMO PRODUCTO HISTÓRICO: SUS TRANSFORMACIONES

Todo el mundo sabe que el lenguaje es variable. Dos individuos de la misma generación, que viven en un mismo lugar, que hablan un mismo dialecto y que pertenecen al mismo ambiente social, nunca coinciden por completo en sus hábitos lingüísticos. Examinando minuciosamente el habla de esos dos individuos, se encontrarían innumerables diferencias de detalle en la selección de las palabras, en la estructura de las frases, en la relativa frecuencia con que emplean determinadas formas o combinaciones de palabras, en la pronunciación de ciertas vocales y consonantes y de las combinaciones de vocales y consonantes, en todos aquellos rasgos que, como la velocidad, la acentuación y la entonación, dan vida al lenguaje hablado. En cierto sentido, cada uno de esos dos individuos, más que emplear exactamente la misma lengua, habla un dialecto derivado de esa lengua, dialecto que difiere en ligera proporción del empleado por el otro.

Hay, sin embargo, una importante diferencia entre las variaciones individuales y las variaciones dialectales. Si observamos dos dialectos estrechamente relacionados, digamos el inglés hablado por la "clase media" de Londres y el hablado por el término medio de los habitantes de Nueva York, veremos que, por más que difieran uno de otro los hablantes individuales de cada ciudad, los londinenses constituyen un grupo compacto y relativamente unido, en contraste con el conjunto de los neoyorkinos. Las variaciones individuales son absorbidas por ciertas convenciones básicas (de pronunciación y de vocabulario, por ejemplo) que se destacan vigorosamente en cuanto contrastamos el lenguaje del grupo, como conjunto, con el del otro grupo. Es decir, existe algo así como una entidad lingüística ideal que domina

los hábitos de lenguaje de los miembros de cada grupo, y la libertad casi ilimitada de que cada individuo cree gozar cuando habla su propia lengua se ve refrenada, de hecho, por una tácita norma directriz. Un individuo puede aplicar la norma de una manera peculiar en ciertos aspectos, mientras que otro individuo se aproximará más al término medio de los hablantes en aquellos mismos aspectos, pero empleará formas peculiares en otros distintos, y así sucesivamente. Si las variaciones individuales no llegan a adquirir la importancia que tienen los dialectos, ello no se debe simplemente a que tengan siempre escaso relieve (pues hay variaciones dialectales bien marcadas que no tienen más significación que las variaciones individuales dentro de un dialecto), sino ante todo al hecho de que las reglas del uso las van corrigiendo o anulando insensiblemente. Si todos los individuos que hablan determinado dialecto se clasificaran de acuerdo con el grado en que se conforman con el uso común, no cabe duda de que constituirían una cadena con numerosas graduaciones, dispuesta en torno a un centro, a una norma bien definida. Las diferencias existentes entre dos hablantes vecinos de esa cadena,¹ no tendrían interés sino para una investigación lingüística de tipo microscópico; en cambio, las diferencias entre los eslabones extremos de la cadena son sin duda de gran peso, y lo más probable es que sean lo bastante importantes para equipararse con una verdadera variación dialectal. Si no decimos que estos individuos que tanto difieren del término común hablan dialectos diferentes, es porque, consideradas en conjunto, sus peculiaridades no se remontan a una norma distinta de la de su propio grupo.

Si el habla de cualquier miembro de la cadena pudiera entrar en cualquier otra cadena dialectal,² no

¹ Suponiendo que no se aparten del grupo lingüístico normal por razón de algún marcado defecto del habla, o por ser extranjeros que viven aislados, y que han aprendido la lengua a una edad avanzada.

² Obsérvese que estamos hablando del conjunto de hábitos lingüísticos de un individuo. No pretendemos aislar alguna pecu-

habría verdaderas barreras entre los dialectos (y los idiomas). Tendríamos sencillamente una serie continua de variaciones individuales extendidas por todo el ámbito de una zona lingüística históricamente unificada, y la división de esta gran zona (que en algunos casos incluye partes de varios continentes) en dialectos e idiomas claramente diferenciados sería del todo arbitraria, y no tendría más justificación que la de la conveniencia práctica. Pero semejante concepto del carácter de las variaciones dialectales no corresponde a los hechos según como los conocemos. Pueden encontrarse individuos aislados que emplean un lenguaje intermedio entre dos dialectos de una lengua, y si aumenta su número y su importancia pueden dar lugar a una nueva norma dialectal, a un dialecto en el cual coincidan las peculiaridades extremas de los dos dialectos de que procede. Con el tiempo, ese nuevo dialecto intermedio llegará quizá a absorber a los dialectos que le dieron origen, aunque lo más frecuente es que éstos se conserven indefinidamente como formas marginales de la zona dialectal ampliada. Pero es claro que tales fenómenos, por lo demás muy comunes en la historia del lenguaje, son secundarios. Se relacionan estrechamente con ciertos fenómenos sociales, como el nacimiento de la nacionalidad, la aparición de literaturas que aspiran a traspasar las fronteras locales, el movimiento de las poblaciones rurales hacia las ciudades, y todas aquellas tendencias que contrarrestan el intenso localismo que el hombre ha considerado siempre como algo natural.

Aún no se ha encontrado explicación para las diferencias dialectales primarias. Es evidente que no basta decir que, si un dialecto o idioma se habla en dos localidades diferentes o en dos capas sociales distintas, adopta automáticamente formas distintivas, las cuales, con el tiempo, se apartan lo bastante una de otra para merecer el nombre de dialectos. Esto, sin duda, es hasta cierto punto exacto. Los dialectos surgen ante todo

liaridad concreta de pronunciación o de selección de palabras para registrar su semejanza o identidad con un rasgo de otro dialecto.

en grupos sociales claramente circunscritos y lo bastante homogéneos para dar origen a aquellas reacciones y aspiraciones comunes que son necesarias para crear una norma. Pero esto plantea en seguida una cuestión embarazosa: si todas las variaciones individuales dentro de un dialecto tienden siempre a subordinarse a la norma dialectal, si las peculiaridades idiomáticas del individuo no tienden a iniciar un cisma dialectal, ¿cómo pueden darse las variaciones dialectales? ¿Acaso la norma no tiene que reafirmarse automáticamente ante cada nueva amenaza? Las variaciones individuales de cada localidad ¿no deben subordinarse por fuerza al término medio del lenguaje, aceptado por todos, aun cuando no haya contactos entre ellas?

Si la variabilidad del lenguaje se manifiesta sólo en las variaciones individuales, en sentido horizontal, creo que no podríamos explicar cómo y por qué surgen los dialectos, por qué sucede que un prototipo lingüístico se va fraccionando poco a poco en una serie de lenguas ininteligibles las unas para las otras. Pero el lenguaje no es sólo una cosa que se extiende en el espacio, una serie de imágenes de una misma pintura intemporal reflejadas en espíritus individuales. El lenguaje va avanzando a lo largo del tiempo, a través de una corriente que él mismo se crea. Fluye y se transforma sin cesar. Si las lenguas no se fragmentaran en dialectos, si cada una de ellas se mantuviera como una unidad estable y completa, no por eso dejaría de ir apartándose constantemente de las normas, ni dejaría de desarrollar en todo tiempo nuevos rasgos ni de transformarse poco a poco en una lengua tan diferente de lo que fué en sus principios, que en realidad puede considerarse como una lengua nueva. Ahora bien, los dialectos no surgen del simple hecho de la variación individual, sino de la circunstancia de que dos o más grupos de individuos se han separado lo suficiente para avanzar cada uno por su lado, independientemente, en vez de ir juntos. Mientras los individuos permanezcan unidos, es imposible que las variaciones individuales, por muchas que sean, lleven a la formación de dialectos. En la práctica, claro

está, ninguna lengua puede extenderse sobre un vasto territorio, o aun sobre una gran zona, sin producir variaciones dialectales, porque es imposible evitar que una porción notable de la población total se segregue en grupos locales, cuyo lenguaje tiende por fuerza a transformarse independientemente. En condiciones culturales como las que prevalecen en nuestro tiempo, condiciones que están en lucha permanente con el localismo, la tendencia a la segmentación dialectal se ve constantemente contrarrestada y en parte "corregida" por los factores uniformantes ya mencionados. Sin embargo, hasta en una nación tan joven como los Estados Unidos, no son pocas las diferencias dialectales.

En condiciones primitivas, los grupos políticos son reducidos, y la tendencia al espíritu local sumamente poderosa. Es natural, en consecuencia, que las lenguas de los pueblos primitivos, o en general de las poblaciones no urbanas, se dividan en gran número de dialectos. La vida, en las comunidades geográficamente limitadas, es estrecha e intensa; de ahí que su habla adquiera rasgos peculiares. Es más que dudoso que una lengua pueda llegar a hablarse en una zona muy extensa sin que se multiplique dialectalmente. No bien han desaparecido los dialectos antiguos a causa de una adaptación a la norma general, o han quedado desalojados por la difusión y la influencia del dialecto culturalmente predominante, cuando surge una nueva cosecha de dialectos que vienen a deshacer la labor niveladora del pasado. Esto es lo que ocurrió, por ejemplo, en Grecia. En la antigüedad clásica se hablaban gran número de dialectos locales, y por cierto que varios de ellos dejaron muestras de su vitalidad en la literatura. A medida que aumentaba la supremacía cultural de Atenas, el dialecto de esta ciudad, el ático, se iba difundiendo a expensas de los demás, hasta que, durante el llamado período helenístico que siguió a la conquista macedonia, el dialecto ático se convirtió, en su forma vulgar conocida con el nombre de koiné, en la lengua común de toda Grecia. Pero esta uniformidad lingüís-

tica³ no se mantuvo largo tiempo. Durante los dos milenios que separan el griego actual de su prototipo clásico, la koiné fué dividiéndose gradualmente en una serie de dialectos. En nuestros días hay en Grecia tantos idiomas como en los tiempos de Homero, si bien los dialectos locales de hoy no descienden en línea recta de los viejos dialectos anteriores a Alejandro.⁴ El ejemplo de Grecia no es único. Continuamente están desapareciendo dialectos antiguos sólo para ceder el campo a otros nuevos. Las lenguas pueden cambiar en tantos aspectos de su fonética, de su morfología y de su vocabulario, que no es nada sorprendente que, una vez rota la comunidad lingüística, sus derivaciones se aparten de ellas por muy diversos caminos. No podemos pedir que las ramificaciones locales de una lengua se desarrollen en forma estrictamente paralela. Desde el momento en que el habla de una localidad comienza a transformarse por su cuenta, es seguro que seguirá apartándose cada vez más de los dialectos afines. Cuando en un grupo de dialectos no hay influencias mutuas y no se da por lo tanto esa retardación de que ya he hablado, tiene que producirse la escisión, cada dialecto tiene que apartarse de los demás.

En el curso del tiempo, los dialectos se van dividiendo a su vez en subdialectos, los cuales adquieren gradualmente categoría de dialectos independientes, mientras que los dialectos originales se convierten en lenguas ininteligibles las unas para las otras. Y así continúa el proceso de germinación, hasta que las divergencias llegan a ser tales, que sólo un lingüista, armado de todas las pruebas documentales y de un método comparativo o reconstructivo, puede deducir que las lenguas en cuestión están genealógicamente emparentadas, o, di-

³ No sé si tenemos el derecho de hablar de uniformidad lingüística, aun durante el predominio de la koiné. Es difícil concebir que, cuando los diversos grupos de griegos no áticos adoptaron la koiné, dejaran de teñirla con peculiaridades dialectales provenientes de sus hábitos lingüísticos anteriores.

⁴ El dialecto zaconio de Lacedemonia es la única excepción: no se deriva de la koiné, sino que proviene directamente del dialecto dórico de Esparta.

cho en otra forma, que representan líneas de evolución independientes de un mismo y remoto punto de partida. Es tan seguro como puede serlo cualquier hecho histórico que lenguas tan poco parecidas entre sí como el irlandés, el inglés, el italiano, el griego, el ruso, el armenio, el persa y el bengalí de nuestros días no son, en el momento actual, sino los puntos terminales de corrientes que convergen en un punto común remotísimo. No hay, claro está, motivo alguno para creer que ese lejano prototipo "indoeuropeo" (o "ario"), que en parte podemos reconstruir y en parte apenas adivinar vagamente, haya sido en sí mismo algo más que un "dialecto" individual perteneciente a un grupo que, o ha desaparecido en su mayor parte, o está representado ahora por lenguas demasiado divergentes entre sí para que, con los limitados medios que tenemos a nuestro alcance, podamos reconocer claramente su parentesco.⁵

Puede decirse que todas las lenguas de las cuales se sabe que están genéticamente relacionadas, esto es, que son formas divergentes de un prototipo único, integran una "familia lingüística". Este término no pretende ser definitivo; al emplearlo, sólo queremos dar a entender que hemos llegado al límite de nuestros conocimientos y que no podemos avanzar más allá. En el curso de nuestras investigaciones podrá ocurrir en cualquier momento que un inesperado rayo de luz venga a poner de manifiesto que la "familia" no es sino un "dialecto" que forma parte de un grupo más extenso. Los términos "dialecto", "lengua", "rama", "familia" —no hace falta decirlo— son puramente relativos. Pueden transformarse a medida que se extienda o se contraiga nuestra perspectiva.⁶ Sería inútil tratar de saber si algún día seremos capaces de demostrar que todas las lenguas proceden de un tronco común. En años recien-

⁵ Aunque es verdad que no faltan indicios sobre esos remotos parientes de las lenguas indoeuropeas. Pero éste es tema de controversias, poco adecuado para un estudio puramente general del lenguaje.

⁶ No empleamos aquí la palabra "dialecto" en el sentido de 'lengua opuesta a una norma literaria aceptada'.

tes, los lingüistas han podido establecer síntesis históricas extraordinariamente vastas, síntesis que antes no se hubieran creído posibles, del mismo modo que los investigadores de la cultura han llegado a revelar conexiones históricas entre zonas o instituciones culturales que antes se hubieran creído totalmente desvinculadas unas de otras. El mundo de los hombres se está contrayendo, no sólo en su orientación hacia el porvenir, sino también en todo lo relativo a la historia de la cultura. A pesar de ello, estamos todavía muy lejos de poder reducir el anárquico tropel de las lenguas actuales a un reducido número de "familias". Todavía tenemos que enfrentarnos a gran cantidad de estas familias. Algunas de ellas, como la indoeuropea o la indo-china, se hablan en enormes extensiones del globo; otras, en cambio, como el vascuence,⁷ se hablan en zonas muy reducidas, y, probablemente, no son otra cosa que vestigios en vías de desaparición de grupos que en un tiempo ocupaban extensiones más amplias. En cuanto al origen único o múltiple del lenguaje, es muy probable que, en cuanto institución humana —o, si así se prefiere, en cuanto "facultad" humana—, el lenguaje sólo haya surgido una vez en la historia de la raza, y que toda la compleja trayectoria del habla sea un acontecimiento cultural único. Pero esa teoría, fundada "en principios generales", no tiene verdadero interés para la ciencia lingüística. Al filósofo o al novelista toca ocuparse de las cosas que quedan más allá de lo demostrable.

Volvamos al concepto de las transformaciones del lenguaje. Si los cambios históricos que afectan a un idioma, si la vasta acumulación de pequeñas modificaciones que con el tiempo dan lugar a una total refundición del lenguaje no son idénticos en esencia a las variaciones individuales que observamos a nuestro alrededor, si estas variaciones surgen sólo para desaparecer sin dejar huella de su paso, mientras que los cambios igualmente pequeños o aún más pequeños que

⁷ Lengua hablada en Francia y en España, en la región de los Pirineos.

integran la corriente de transformación quedan para siempre grabados en la historia de la lengua, ¿no estamos atribuyendo a esa historia una especie de cualidad mística? ¿No estamos otorgando al lenguaje la facultad de transformarse deliberadamente, superando la tendencia involuntaria de los individuos a apartarse de la norma? Y si estas mutaciones del lenguaje no son simplemente el conjunto de las variaciones individuales visto en perspectiva vertical, esto es, considerado históricamente, en lugar de verlo en perspectiva horizontal, o sea en la experiencia cotidiana, ¿en qué consisten? El lenguaje sólo existe en la medida en que se emplea de hecho, en la medida en que se habla y se oye, se escribe y se lee. Todos los cambios importantes que tengan lugar en él deben producirse en primer lugar como variaciones individuales. Esto es muy cierto, y sin embargo no lograremos comprender⁸ la corriente general de transformación del lenguaje si nos basamos sólo en un estudio descriptivo completo de tales variaciones. Ellas no son en sí mismas sino fenómenos del azar,⁹ como las olas del océano, que van y vienen sin propósito alguno. La corriente de transformación lingüística tiene una dirección. En otras palabras, sólo intervienen en ella ciertas variaciones individuales, aquellas que se mueven en una dirección particular, así como sólo determinados movimientos de las olas en una bahía marcan la marea. La mutación de una lengua consiste en la selección de aquellas variaciones individuales que siguen determinada dirección, y esa selección es algo que llevan a cabo de manera inconsciente sus hablantes. La historia de una lengua permite ver cuál es, en lo fundamental, aquella dirección. A la larga, cualquier rasgo nuevo de la transformación llega a formar parte del habla común y aceptada, pero durante mucho tiempo puede existir como mera tendencia en el habla de una minoría, y quizá de

⁸ O más bien percibir, porque de hecho no la comprendemos aún del todo.

⁹ No completamente del azar, por supuesto; sólo de manera relativa.

una minoría menospreciada. Si echamos una ojeada en torno nuestro y observamos los usos lingüísticos corrientes, probablemente no se nos ocurrirá pensar que nuestra lengua tiene un "declive", que los cambios que ocurrirán en los siglos venideros están ya prefigurados, en alguna medida, por ciertas oscuras tendencias del presente, y que esos cambios, cuando quedan consumados, resultarán ser mera continuación de transformaciones que ya han tenido lugar ahora. Tendemos a imaginarnos más bien que nuestra lengua es un sistema más o menos fijo, y que todos los cambios ligeros que tengan que efectuarse en ella podrán seguir cualquier dirección. Este modo de concebir las cosas es erróneo. El hecho mismo de que no sepamos cuáles son los detalles inminentes del cambio hace aún más impresionante la coherencia de su dirección.

En algunas ocasiones sí llegamos a percibir hacia dónde nos lleva la corriente de transformación, aun cuando luchemos contra ella. Es probable que casi todos los lectores de habla inglesa se den cuenta de que es "incorrecto" decir *who did you see?* [literalmente, '¿quién vió usted?']. Las personas ilustradas se esfuerzan aún por decir *whom did you see?* ['¿a quién vió usted?'], pero al hacerlo se sienten un poquillo incómodas (incómodamente orgullosas, quizá). Tendemos a esquivar de plano ese giro y a decir mejor *who was it you saw?* [algo así como '¿quién es (la persona a quien) vió usted?'], tratando de conservar de ese modo la tradición literaria (el *whom*) con la dignidad del silencio.¹⁰ El pueblo no siente necesidad de justificarse; en su opinión, el *whom did you see?* estará bien para un epitafio, pero *who did you see?* es la forma natural de expresar una pregunta urgente. Por supuesto, tenemos que acudir al lenguaje espontáneo del pueblo para obtener informes acerca del movimiento lingüístico general. Puede pronosticarse, sin temor de

¹⁰ Hasta en las frases relativas tendemos a evitar la forma objetiva de *who*. En vez de *the man whom I saw* ['el hombre a quien vi'] diremos *the man that I saw* ['el hombre que vi'] o *the man I saw* ['el hombre (que) vi'].

equivocación, que dentro de unos cuantos siglos ni el más refinado jurisconsulto dirá ya *whom did you see?* Para ese tiempo, el *whom* será tan deliciosamente arcaico como lo es hoy el uso isabelino de *his* ['su', masculino] por *its* ['su', neutro].¹¹ No habrá argumento lógico o histórico capaz de salvar al desventurado *whom*. No bastará alegar el paralelismo gramatical *I : me, he : him, who : whom*, pues, aunque siga siendo convincente en teoría, será despreciado en la práctica.

En mi opinión, cabe afirmar que ya ahora la mayoría de las personas de habla inglesa quisieran, en el fondo, poder decir *who did you see?* Si alguna autoridad divina, desentendiéndose de las amenazas de los pedagogos, diera carta blanca al empleo de esa forma, se sentirían inconscientemente liberadas de un peso. Sin embargo, no podemos anticipar con demasiada franqueza el cambio, so riesgo de perder nuestro prestigio. Debemos fingir no saber hacia dónde vamos, y darnos por satisfechos con nuestro conflicto interior: incómoda aceptación consciente del *whom* y deseo inconsciente del *who*.¹² Mientras tanto, satisfacemos nuestro oculto deseo de la locución prohibida empleando el *who* en ciertos casos intermedios, y disimulamos nuestra falta

¹¹ En un tiempo, el *its* era tan incorrecto como el *who* de *who did you see?* Si logró penetrar en el inglés, fué porque a la antigua separación entre masculino, femenino y neutro vino a unirse, lenta pero vigorosamente, una nueva división en cosas y seres animados. Esta clasificación resultó demasiado vital para que pudiera seguirse aplicando una sola palabra (*his*) a los seres masculinos y a las cosas inanimadas (el femenino tenía ya una forma propia: *her*). Fué forzoso que surgiera el *its*, creado por analogía con palabras como *man's*, a fin de satisfacer la creciente necesidad de una forma. La corriente transformadora fué lo bastante fuerte para sancionar un desatino gramatical.

¹² Los psicoanalistas reconocerán, sin duda, ese mecanismo. La "represión de los impulsos" y sus símbolos sintomáticos pueden ilustrarse con ejemplos tomados de los aspectos más inesperados de la psicología individual y colectiva. Una psicología más general que la de Freud llegará quizá a demostrar algún día que esos mecanismos pueden aplicarse, no sólo a la vida de los instintos básicos, sino también a la busca de la forma abstracta, a la ordenación lógica o estética de la experiencia.

con una ligera justificación inconsciente. Imaginémonos que estamos distraídos y que en ese momento alguien nos dice: *John Smith is coming to-night* ['John Smith va a venir esta noche']; no hemos oído bien el nombre, y en vez de preguntar *whom did you say?* decimos *who did you say?* ['¿quién dijo usted?']. Quizá vacilemos un poco al emplear esta última forma, pero el precedente sentado por giros como *whom did you see?* no será, probablemente, lo bastante fuerte para impulsarnos a decir *whom did you say?* El gramático nos objetará que el ejemplo no es bueno, porque una frase como *who did you say?* no corresponde estrictamente a *whom did you see?* o a *whom did you mean?* ['¿a quién se refería usted?']. Dirá que se trata más bien de la forma abreviada de una frase como *who, did you say, is coming to-night?* ['¿quién, dijo usted, va a venir esta noche?']. He ahí la justificación inconsciente de que hablaba yo, y por cierto que no carece completamente de lógica. Sin embargo, la cosa es más frágil de lo que creería el gramático, porque al responder a una pregunta como *you're a good hand at bridge, John, aren't you?* ['tú juegas muy bien al bridge, ¿verdad, John?'], John respondería un poco desconcertado: *did you say me?*, y no *did you say I?* ['¿dijiste que yo?']. Sin embargo, esta última respuesta sería perfectamente lógica, como abreviación de *did you say I was a good hand at bridge?* ['¿dijiste que yo jugaba bien al bridge?']. Lo que ocurre, de hecho, es que el *whom* no tiene suficiente vitalidad para salir triunfante de pequeñas dificultades gramaticales que el *me* puede vencer sin más. La serie *I : me, he : him, who : whom* es válida desde el punto de vista lógico e histórico, pero frágil desde el punto de vista psicológico. *Whom did you see?* es correcto, pero hay algo de falso en esa corrección.

Vale la pena examinar las razones de nuestra curiosa repugnancia por el empleo de locuciones en que entra la palabra *whom*, sobre todo en sentido interrogativo. Las únicas formas claramente objetivas que tenemos todavía en inglés son *me, him, her* (esta última un poco confusa por ser igual al posesivo femenino

her), *us*, *them* y *whom*. En todos los demás casos, el objetivo ha venido a identificarse con el subjetivo (me refiero a la forma externa, porque no estamos tomando en cuenta la colocación de esas palabras dentro de la frase). Al recorrer la lista de formas objetivas, vemos en seguida que el *whom* está psicológicamente aislado. *Me*, *him*, *her*, *us* y *them* constituyen un grupo firme y bien integrado de pronombres personales objetivos, paralelo a la serie subjetiva *I*, *he*, *she*, *we*, *they*. Desde el punto de vista técnico, las formas *who* y *whom* son "pronombres", pero no se les concibe como palabras pertenecientes a la misma categoría que los pronombres personales. Es evidente que la posición de *whom* es poco sólida, porque las palabras de un mismo tipo tienden siempre a agruparse, y si una de ellas se queda rezagada, está en peligro de muerte; los demás pronombres interrogativos y relativos (*which*, *what*, *that*), con los cuales debería agruparse el *whom*, no hacen distinción entre formas objetivas y formas subjetivas. Es descortado, desde el punto de vista psicológico, establecer una separación formal entre *whom* y los pronombres personales por una parte, y por otra entre *whom* y los demás pronombres interrogativos y relativos. Los grupos de formas deberían estar simétricamente relacionados con los grupos de funciones, aunque no sean idénticos. Si *which*, *what* y *that* tuvieran formas objetivas paralelas a *whom*, la posición de este pronombre sería mucho más firme. Pero, dadas las circunstancias actuales, la palabra tiene no sé qué de antiestético; hace pensar en la existencia de un esquema formal en el cual resulta que no pueden entrar las palabras afines. La única manera de poner remedio a semejante irregularidad en la distribución de formas es prescindir totalmente del *whom*, puesto que el inglés ha perdido la facultad de crear nuevas formas objetivas y no podemos remodelar el grupo *which-what-that* para hacerlo paralelo al grupo más reducido *who-whom*. Una vez eliminado el *whom*, *who* se integra a su grupo, y nuestro inconsciente deseo de simetría formal queda satis-

fecho. Si nos irrita secretamente el *whom did you see?*, por algo será.¹³

Pero ese rechazo del *whom* tiene además otras causas. Las palabras *who* y *whom*, en su sentido interrogativo, se relacionan psicológicamente no sólo con los pronombres *which* ['cuál'] y *what* ['qué'], sino también con un grupo de adverbios interrogativos —*where* ['dónde'], *when* ['cuándo'], *how* ['cómo']— que son todos invariables y casi siempre enfáticos. Creo que se puede deducir, sin lugar a dudas, que en inglés existe una marcada tendencia a hacer que el pronombre o adverbio interrogativo, elemento típicamente enfático dentro de la frase, sea invariable. La flexión *-m* de *whom* es como un peso muerto que estorba la eficacia retórica de la palabra; es preciso eliminarla si se quiere dar al pronombre interrogativo toda su fuerza latente. Y hay todavía otra razón, muy poderosa, para evitar el *whom*. El contraste entre la serie objetiva y la serie subjetiva de los pronombres personales (*I, he, she, we, they: me, him, her, us, them*) se asocia en inglés con una diferencia de posición dentro de la frase. Se dice *I see the man* ['yo veo al hombre'], pero *the man sees me* ['el hombre me ve']; se dice *he told him* ['él le dijo'], pero nunca *him he told* ['le él dijo'] ni *him told he* ['le dijo él'], construcciones que son decididamente poéticas o arcaicas, y que se oponen a la tendencia actual de la lengua inglesa. Ni siquiera en una frase interrogativa se dice *him did you see?* [¿lo vió usted?]. Sólo en oraciones del tipo de *whom did you see?* se emplea una forma objetiva con flexión antes de un verbo. Por otra parte, el orden de las palabras en la frase *whom did you see?* no puede alterarse debido a

¹³ Nótese que es distinto el caso de *whose* ['cuyo, cuyos']. Sin duda, esta palabra no se encuentra apoyada por formas posesivas análogas dentro de su propio grupo funcional, pero la fuerza analógica del gran cuerpo de posesivos de sustantivos —como *man's* ['del hombre'], *boy's* ['del muchacho'], etc.—, lo mismo que la de ciertos pronombres personales —*his* ['de él'], *its* ['de ello']; y, como adjetivos posesivos, *hers* ['de ella'], *yours* ['de usted'], *theirs* ['de ellos']—, basta para darle vitalidad.

su forma interrogativa; el pronombre o adverbio interrogativo siempre va al comienzo de la frase: *what are you doing?* ['¿qué está haciendo usted?'], *when did he go?* ['¿cuándo se marchó él?'], *where are you from?* ['¿de dónde es usted?']. El *whom* de *whom did you see?* encierra por eso un conflicto entre el orden propio de una frase que contiene una forma objetiva con flexión y el orden natural de una frase con pronombre o adverbio interrogativo. La solución *did you see whom?* ['¿vió usted a quién?'] o *you saw whom?* ['¿usted vió a quién?']¹⁴ es demasiado contraria a la tendencia idiomática del inglés para que pueda encontrar aceptación. La lengua tiende gradualmente a una solución más radical, la solución *who did you see?*

A estos tres conflictos —el de la agrupación de las formas, el del énfasis retórico y el del orden en la frase— viene a sumarse otro factor más. La forma enfática *whom*, tan pesada desde el punto de vista fonético (vocal semi-larga + consonante labial), debería ir seguida de una sílaba más ligera que le sirviera de contraste. Pero en *whom did* se produce un retardamiento involuntario que hace que la frase suene "torpe". Esta torpeza es un veredicto fonético independiente del descontento producido por los factores gramaticales que hemos estado examinando. No puede hacerse la misma objeción prosódica a locuciones paralelas como *what did* y *when did*: las vocales de *what* y *when* son más breves, y sus consonantes finales se asimilan fácilmente a la *d* que las sigue, pronunciada con la misma posición de la lengua que la *t* y la *n*. El instinto del ritmo inherente a toda persona de habla inglesa hace que sea difícil que se dé por satisfecha con *whom did*, así como a un poeta le estorban palabras como *dreamed* ['soñado'] y *hummed* ['canturreado'] si quiere escribir un verso

¹⁴ Prescindiendo de ciertos giros populares, como *you saw whom?* ['¿usted vió a quién?'], que equivale a 'usted vió a fulano de tal, y ese fulano de tal ¿quién es?' En estos casos el *whom* se pronuncia en todo elevado y un tanto arrastrado, a fin de subrayar el hecho de que el oyente no conoce o no reconoce a la persona mencionada por su interlocutor.

ágil. Ni el sentimiento popular ni el gusto del poeta tienen que ser forzosamente conscientes; quizá no todos sean sensibles en la misma medida al flujo rítmico del habla, pero lo más probable es que el ritmo sea un factor lingüístico inconsciente aun para aquellos que no se interesan por su aprovechamiento artístico. En todo caso, los ritmos de un poeta no son sino una aplicación más sensible y más estilizada de las tendencias rítmicas que caracterizan el habla cotidiana de las gentes.

Hemos encontrado nada menos que cuatro factores que determinan la sutil antipatía de las personas de habla inglesa por la expresión *whom did you see?* Los individuos incultos que dicen *who did you see?* sin sombra de remordimiento tienen un sentido más agudo de la tendencia auténtica del lenguaje que quienes se dedican a estudiarlo. Por supuesto, los cuatro factores restrictivos no obran independientemente unos de otros. Si se nos permite emplear un concepto de la mecánica, diremos que las energías de cada uno de ellos se "canalizan" en una fuerza única. Esta fuerza o diminuta encarnación de la corriente general del lenguaje se manifiesta psicológicamente como una leve vacilación en el empleo de la palabra *whom*. Es probable que esta vacilación sea de todo punto inconsciente, aunque ninguno dejará de reconocerla en cuanto alguien se la haga notar. Para el hablante normal¹⁵ el análisis es sin duda inconsciente, o más bien desconocido. Así, pues, ¿cómo podemos estar seguros, en un examen como el que hemos hecho, de que intervienen todos los factores señalados y no sólo algunos de ellos? Es cierto que no actúan en todos los casos con igual fuerza. El valor de cada factor cambia, sube y baja de acuerdo con el individuo y con la frase.¹⁶ Pero el hecho de que real-

¹⁵ Los lingüistas no pueden tener una actitud enteramente normal frente a su lengua. Quizá sea mejor decir "hablante ingenuo", y no "normal".

¹⁶ A esta variabilidad del valor en los elementos importantes de la corriente lingüística general se debe, con toda probabilidad, la aparición de las variaciones dialectales. Cada dialecto continúa

mente existen, cada uno por su cuenta, puede demostrarse a veces por medio del método eliminatorio. Si no se presenta alguno de los factores y observamos una ligera disminución de la reacción psicológica correspondiente (en nuestro caso "vacilación"), podemos concluir que en otros empleos el factor es auténticamente positivo. El segundo de nuestros cuatro factores se presenta sólo en el empleo interrogativo de *whom*; el cuarto entra en juego con más fuerza cuando el *whom* es interrogativo que cuando es relativo. De ahí que una frase como *is he the man whom you referred to?* ['¿es él el hombre a quien se refería usted?'], aunque no tan corriente como *is he the man (that) you referred to?* (recuérdese que peca contra las cláusulas primera y tercera), no sea tan difícil de aceptar como *whom did you see?* Si eliminamos el cuarto factor en una frase interrogativa,¹⁷ digamos en *whom are you looking at?* ['¿a quién está mirando usted?'], donde la vocal que sigue a *whom* quita al pronombre su peso fonético, veremos, si no me equivoco, una menor renuencia a emplear el *whom*. *Who are you looking at?* quizá lastime oídos acostumbrados a aceptar *who did you see?*

Podemos establecer una jerarquía de "valores de vacilación", más o menos de este modo:

Valor 1: factores 1, 3. *The man whom I referred to.*

Valor 2: factores 1, 3, 4. *The man whom they referred to.*

Valor 3: factores 1, 2, 3. *Whom are you looking at?*

Valor 4: factores 1, 2, 3, 4. *Whom did you see?*

Podemos atrevernos a predecir que *whom* acabará por

la tendencia general de la lengua de que procede, pero no ha sido capaz de mantener los valores constantes de cada elemento de la corriente de transformación. Las desviaciones de la corriente, que primero son leves y luego se van acumulando, son por eso inevitables.

¹⁷ La mayoría de las frases que comienzan con el pronombre interrogativo *whom* van seguidas de *did*, *does* o *do*, aunque no todas.

desaparecer del inglés, y que locuciones del tipo de *whom did you see?* se habrán hecho anticuadas cuando todavía *the man whom I referred to* se siga empleando, aunque cada vez menos. Sin embargo, es imposible tener plena seguridad, puesto que no podemos saber en ningún caso si hemos llegado a determinar todos los factores que originan un cambio. En nuestro ejemplo hemos hecho caso omiso de un elemento que quizá resulte ser factor fundamental en la historia de *who* y *whom* en frases relativas: el deseo inconsciente de sólo emplear ambas palabras en frases interrogativas y de expresar el relativo con *that* o simplemente por medio del orden de las palabras (por ejemplo, *the man that I referred to* o *the man I referred to*). Este cambio, que no afecta directamente al uso de *whom* en cuanto tal (sólo de *whom* como forma de *who*), puede haber hecho que el relativo *whom* se volviera anticuado antes de que los demás factores que interesan al relativo *whom* hayan podido intervenir. Esta consideración es instructiva, porque muestra que el conocimiento de la transformación general de una lengua no basta para ver con toda claridad hacia dónde se orienta esa transformación. Tenemos que saber algo acerca de la potencia y de la rapidez relativas de los distintos aspectos de la mutación.

No hace falta decir que los cambios concretos que se relacionan con el empleo de *whom* nos interesan, no por la palabra misma, sino como síntomas de las grandes tendencias que afectan al lenguaje. Podemos distinguir cuando menos tres corrientes importantes de transformación. Cada una de ellas ha estado actuando durante varios siglos, cada una se manifiesta en distintas partes del mecanismo lingüístico inglés, y es casi seguro que todas ellas continuarán durante siglos, quizá durante miles de años. La primera de esas corrientes de transformación es la conocida tendencia a suprimir la distinción entre el caso subjetivo y el caso objetivo, y no es en sí misma sino una etapa tardía de la constante reducción del antiguo sistema indoeuropeo de casos sintácticos. Este sistema, que actualmente se

conserva más intacto en lituano,¹⁸ ya se había reducido mucho en la antigua lengua germánica, de la cual provienen, como formas dialectales modernas, el inglés, el holandés, el alemán, el danés y el sueco. Los siete casos indoeuropeos (nominativo, genitivo, dativo, acusativo, ablativo, locativo, instrumental) ya se habían reducido a cuatro (nominativo, genitivo, dativo, acusativo). Sabemos esto gracias a una cuidadosa comparación de los más antiguos dialectos germánicos de que se conservan documentos (el gótico, el antiguo islandés, el alto alemán antiguo, el anglosajón). En el grupo de los dialectos germánicos occidentales (para cuyo estudio el alto alemán antiguo, el anglosajón, el antiguo frisón y el antiguo sajón constituyen la fuente más arcaica y valiosa) se conservaban todavía esos cuatro casos, pero la forma fonética de las sílabas indicadoras del caso se había reducido ya en mucho, y en ciertos paradigmas se habían añadido otros casos. El sistema de los casos se conservaba prácticamente intacto, pero es evidente que tendía hacia una mayor desintegración. En el período anglosajón y primitivo inglés hubo otros cambios realizados en la misma dirección. La forma fonética de las sílabas indicadoras del caso se redujo aún más, y la distinción entre el acusativo y el dativo acabó por desaparecer. El nuevo caso "objetivo" es en realidad una amalgama de las antiguas formas de acusativo y de dativo; así, el *him* inglés, antiguo dativo —todavía se dice *I give him the book* ['yo le doy el libro'], que no es forma "abreviada" de *I give to him* ['yo doy a él']: compárese el gótico *imma*, el alemán moderno *ihm*—, adoptó las funciones del antiguo acusativo —anglosajón *hine*: compárese el gótico *ina*, el alemán moderno *ihn*—, conservando las del dativo. La distinción entre el nominativo y el acusativo fué desvaneciéndose en virtud de ciertos procesos fonéticos

¹⁸ Más intacto, por cierto, que en los más antiguos documentos latinos y griegos que se nos hayan conservado. Sólo las antiguas lenguas indo-iránias (el sánscrito, el avesta) representan una etapa tan arcaica del indoeuropeo (o más arcaica aún) en lo tocante a los casos.

y asimilaciones morfológicas, y en la actualidad sólo determinados pronombres conservan formas peculiares del caso subjetivo y del caso objetivo.

En la tardía Edad Media y en los tiempos modernos ha habido relativamente pocos cambios evidentes en el sistema de casos del inglés, si se exceptúa la gradual sustitución de *thou—thee* (subjetivo y objetivo del pronombre de segunda persona singular) y de *ye—you* (subjetivo y objetivo del pronombre de segunda persona plural) por una forma única e indiferenciada: *you*. Sin embargo, en todo ese tiempo, el sistema de casos, tal como es (subjetivo-objetivo, en realidad caso absoluto, y posesivo en los sustantivos; subjetivo-objetivo y posesivo en ciertos pronombres), se ha ido debilitando sin cesar desde el punto de vista psicológico. En la actualidad se halla más seriamente amenazado de lo que pensamos. El caso posesivo tiene escasa vitalidad, salvo en el pronombre y en los sustantivos referentes a seres animados. En teoría, podemos decir aún *the moon's phases* o *a newspaper's vogue*, pero en la práctica preferimos más bien locuciones analíticas del tipo de *the phases of the moon* ['las fases de la luna'] y *the vogue of a newspaper* ['la boga de un periódico']. El inglés tiende, decididamente, a sólo emplear las formas pronominales posesivas para sustantivos referentes a seres animados. Todas las formas pronominales posesivas, excepto *its* y, en parte, *their* y *theirs*, se refieren también a seres animados. Es significativo el hecho de que *theirs* se aplica muy rara vez a sustantivos que designan cosas, de que hay cierta repugnancia a emplear *their* con ese sentido, y de que *its* comienza a ser sustituido por *of it*. *The appearance of it* o *the looks of it* ['su aspecto (de una cosa)'] está más de acuerdo con las tendencias de la lengua que *its appearance*. Es curiosamente revelador que el giro *its young* ['sus cachorros'] se prefiera casi siempre, en el habla corriente, a *the young of it*; esta forma no es neutra sino exteriormente: de hecho, se concibe como animada; desde el punto de vista psicológico, *its young* pertenece a la misma categoría que *his children* ['sus

hijos (de una persona)'], no a la de *the pieces of it* ['sus fragmentos (de una cosa)']. ¿Será posible que una palabra tan común como *its* esté convirtiéndose en un problema? ¿Estará también condenada a desaparecer? Sería precipitado afirmar que hay indicios de una inminente desaparición de *its*, pero es evidente que la forma se está debilitando cada vez más.¹⁹ En todo caso, no es exagerado afirmar que existe una vigorosa tendencia a limitar las formas posesivas con flexión a sustantivos y pronombres referentes a seres animados.

¿Qué ocurre con la alternancia del subjetivo y el objetivo en el pronombre? Dando por sentado que *whom* es un pariente aislado y débil, que los dos casos se han fundido ya en *you* (a lo que sabemos, nunca hubo tal distinción en las palabras *it*, *that* y *what*²⁰), y que *her*, en cuanto forma objetiva, es un tanto débil a causa de su identidad formal con el posesivo *her*, ¿hay acaso razones para poner en duda la vitalidad de alternancias del tipo *I see the man* y *the man sees me*? La distinción entre el pronombre subjetivo *I* y el pronombre objetivo *me*, entre el subjetivo *he* y el objetivo *him*, etc., pertenece ciertamente al meollo mismo de la lengua. Podremos prescindir del *whom*, arreglárnoslas sin el *its*, pero fundir *I* y *me* en un caso único ¿no sería quitarle al inglés todo su carácter, hacerlo irreconocible? No existe una tendencia a decir cosas tan horribles como *me see him* o *I see he* [en vez de *I see him* 'yo lo veo']. Pero es que la disparidad fonética entre *I* y *me*, *he* y *him*, *we* y *us* es demasiado grande para hacer realmente posible un igualamiento de las formas. Esto no quiere decir que la distinción entre los casos, en cuanto tal, siga teniendo vitalidad. Uno de los rasgos más insidiosos de la corriente de trans-

¹⁹ Si acaso llegara a desaparecer *its*, será curioso trazar su historia. Habrá desempeñado el papel de relleno entre el sentido no personal de *his* (véase *supra*, pág. 179, nota 11) y la forma analítica tardía *of it*.

²⁰ Excepto en la medida en que *that* ha absorbido funciones distintas de las que le correspondían originalmente. En un principio no fué sino un neutro nominativo-acusativo.

formación lingüística es que cuando no puede derribar una cosa que obstruye su curso, la hace inofensiva, borrando totalmente su antiguo significado; saca partido de sus mismos enemigos. Y esto nos lleva a la segunda corriente importante de transformación, la tendencia a dar a las palabras, dentro de la frase, una posición fija, determinada por su relación sintáctica.

No hace falta trazar la historia de esta importantísima corriente. Baste saber que, a medida que las formas flexionales de la lengua inglesa se iban haciendo más raras, a medida que las formas de las palabras mismas perdían la facultad de expresar las relaciones sintácticas, la posición de las palabras dentro de la frase se iba haciendo cargo de funciones que originalmente le eran extrañas. En la frase *the man sees the dog* ['el hombre ve al perro'], *the man* es subjetivo; en cambio, en la frase *the dog sees the man* ['el perro ve al hombre'], *the man* es objetivo. Exactamente paralelas a estas dos frases son *he sees the dog* ['él ve al perro'] y *the dog sees him* ['el perro lo ve']. El valor subjetivo de *he* y el valor objetivo de *him* ¿dependen totalmente, o aunque sea en gran parte, de la diferencia de forma? Lo dudo. Podríamos sostener que sí depende de ella si fuera posible decir *the dog sees he* o *him sees the dog*. En un tiempo se podían decir esas cosas, pero hemos perdido la facultad de hacerlo. O sea que el caso que se atribuye a *he* y a *him* procede, cuando menos parcialmente, de la posición de esas palabras dentro de la frase, ya sea antes del verbo, ya después. En consecuencia, ¿no sería más acertado decir que *he* y *him*, *we* y *us*, más que formas subjetivas y objetivas, son formas pre-verbales y post-verbales,²¹ del mismo modo que *my* y *mine* son ahora formas pre-nominales y post-nominales del posesivo: *my father*

²¹ Excepto en las frases interrogativas: *am I?* ['¿soy yo?'], *is he?* ['¿es él?']. El énfasis es muy importante. Existe una fuerte tendencia a acentuar más las antiguas formas "objetivas" que las "subjetivas". A ello se debe que en locuciones como *he didn't go*, *did he?* y como *isn't he?* el acento recaiga en el verbo; no se trata aquí de un énfasis lógico.

['mi padre'], pero *father mine* ['padre mío']; *it is my book* ['es mi libro'], pero *the book is mine* ['el libro es mío']? Una vez más, es el modo de hablar del pueblo lo que comprueba que esta interpretación corresponde a la verdadera corriente de transformación de la lengua inglesa. El pueblo dice *it is me*, no *it is I* ['soy yo']; esta última expresión es "correcta", pero tan falsamente correcta como el *whom did you see?* que hemos estudiado: *I'm the one* (o *it's me*) *that will win out* ['yo soy el que saldré ganando'], *we're the ones* (o *it's us*) *that will win out* ['nosotros somos los que saldremos ganando']: tales son las frases paralelas que se emplean hoy en inglés. No cabe duda de que *it is I* será algún día tan extravagante en inglés como *c'est je* (en lugar de *c'est moi*) lo es actualmente en francés.

El *it am I* ['soy yo'] de Chaucer muestra que la relación entre *I* y *me* se concibe hoy de modo muy diferente que en aquella época. En la frase de Chaucer, el aspecto decididamente nominativo de *I* basta para determinar la forma del verbo precedente [en primera persona], a pesar del *it* inicial [de tercera persona]. Es evidente que era más análoga al *sum ego* latino [como al español *soy yo* y al alemán *das bin ich*] que al inglés moderno *it is I* o a su forma coloquial *it is me*. Hay otro curioso testimonio que prueba que los pronombres personales ingleses han perdido parte de su fuerza sintáctica original. Si *he* ['él'] y *she* ['ella'] fueran *li*sa y llanamente formas subjetivas, si no aspiraran, por decirlo así, a convertirse en formas absolutas sin caso, como *man* o cualquier otro sustantivo, no podrían haberse acuñado compuestos del tipo de *he-goat* ['macho cabrío'] y *she-goat* ['cabra'], palabras psicológicamente análogas a *bull-moose* ['alce macho'] y *mother-bear* ['osa madre']. Y he aquí otro caso: cuando ha nacido un niño, preguntamos: *Is it a he or a she?* [literalmente, '¿es un él o una ella?'], como si *he* y *she* fueran equivalentes a 'varón' y 'hembra' o a 'niño' y 'niña'. En resumidas cuentas, podemos concluir que el sistema de casos del inglés actual es más débil de lo que parece, y que de una manera u otra está destinado a

reducirse a una forma absoluta (desprovista de caso) para todos los sustantivos y pronombres, excepto los referentes a seres animados. Los sustantivos y pronombres que designan seres animados tienen formas posesivas que con toda seguridad se mantendrán por un período indefinido.

Obsérvese, por otra parte, que la antigua serie de casos está siendo invadida por dos nuevas categorías: una relativa a la posición dentro de la frase (pre-verbal o post-verbal) y la otra a la clasificación (seres animados, objetos inanimados). El hecho de que los sustantivos y pronombres posesivos referentes a seres animados tiendan a distinguirse cada vez más de los sustantivos y pronombres que designan objetos inanimados (*the man's*, pero *of the house*; *his*, pero *of it*), y que, en general, sólo los pronombres referentes a seres animados distingan entre formas pre-verbales y formas post-verbales²² es de enorme interés teórico. Muestra cómo la lengua inglesa, a pesar de que aspira a una forma cada vez más analítica, no revela en modo alguno una tendencia hacia la expresión de conceptos "puros" de relación, a la manera de las lenguas indochinas.²³ La insistencia en el carácter concreto de los conceptos de relación es, evidentemente, más vigorosa que la fuerza destructiva de las corrientes más generales y persistentes de la historia y prehistoria del inglés de que tengamos noticia.

La tendencia a la eliminación de la mayor parte de las distinciones entre los casos y la tendencia correlativa a conferir máxima importancia gramatical a la colocación de las palabras dentro de la frase corren paralelas a la última de las tres grandes corrientes de transformación de que hablábamos, y en cierta medida se ven dominadas por ella. Esta tercera corriente es la tendencia a la invariabilidad de las palabras. Al exa-

²² El grupo *they* : *them* referido a cosas puede considerarse como una especie de préstamo de la categoría de seres animados, a la cual pertenece propiamente desde el punto de vista psicológico.

²³ Cf. *supra*, p. 168.

minar la frase *whom did you see?* hice notar que el énfasis retórico inherente al pronombre interrogativo pierde parte de su fuerza por el hecho de que *whom* es palabra variable (*who, whose, whom*). Este afán de llegar a una correspondencia simple y libre de matices entre la idea y la palabra, la cual ha de ser lo más invariable que sea posible, es muy fuerte en inglés, y explica una serie de tendencias que a primera vista no parecen tener nada que ver la una con la otra. Ciertas formas sólidamente establecidas, como la *-s* de la tercera persona singular del presente en *works* ['(él) trabaja'] o la *-s* del plural en *books* ['libros'] han resistido a esa preferencia por las palabras invariables, posiblemente porque simbolizan cierto poderoso afán de forma que no alcanzamos a comprender por completo. Es interesante observar que aquellos derivados que se apartan lo bastante de la noción concreta de la palabra radical para poder llevar vida de centros conceptuales independientes no sucumben a esa corriente. En cuanto el derivado está en peligro de parecer mero matiz del concepto inicial, mero juego artificioso sobre ese concepto, tiende a ser absorbido por la palabra radical, a perder su categoría de derivado. Las palabras inglesas aspiran a estar separadas una de otra, no son amigas de amontonarse en grupos con núcleos de sentido ligeramente divergentes, cada uno de los cuales se desvía un poco de los demás. La palabra *goodness* ['bondad'], que designa una cualidad, que constituye casi un sustantivo de relación y que se apoya en la idea concreta de *good* ['bueno'], aunque sin afirmar necesariamente esa cualidad —compárase la frase *I do not think much of his goodness* ['no tengo mucha confianza en él']—, está tan separada de *good* que no hay peligro de que sea absorbida por esta palabra. Del mismo modo, el término *unable* ['incapaz'] puede sostenerse al lado de *able* ['capaz'], porque destruye la esfera de influencia de esta última palabra; desde el punto de vista psicológico, *unable* es tan distinto de *able* como pueden serlo *blundering* ['torpe'] o *stupid* ['estúpido'].

Otra cosa ocurre con los adverbios terminados en

-ly. Dependen demasiado de los adjetivos correspondientes para tener la vitalidad que la lengua inglesa exige de sus palabras. La frase *do it quickly!* ['hazlo rápidamente'] suena pesada. El matiz expresado por *quickly* está demasiado cerca del expresado por *quick* ['rápido']; sus esferas de concreción son demasiado parecidas para que las dos palabras puedan convivir en buenos términos. Lo más probable es que los adverbios en -ly queden descartados en un futuro no muy lejano, en virtud de esa circunstancia y a pesar de su evidente utilidad. Otro ejemplo del sacrificio de formas muy útiles a esa antipatía por los matices es la desaparición del grupo *whence, whither, hence, hither, thence, thither* ['de donde', 'adonde', 'de aquí', 'hacia acá', 'de allí', 'hacia allá']; no pudieron mantenerse en el habla viva porque chocaban demasiado con las esferas de significado representadas por las palabras *where, here* y *there* ['donde', 'aquí', 'allí']. Al decir *whither* nos damos cuenta de que estamos repitiendo la idea contenida en la palabra *where*; el hecho de que *whither* añada a *where* un importante matiz de dirección nos irrita en vez de satisfacernos. Preferimos reunir en una sola palabra la idea estática y la de dirección—*where do you live?* ['¿dónde vive usted?'] lo mismo que *where are you going?* ['¿adónde va usted?']—, o, si es necesario, exagerar un poco el concepto de dirección: *where are you running to?* ['¿hacia dónde corre usted?'].

La naturaleza de esa tendencia a destruir las familias de palabras queda patente en el hecho de que no nos repugnan los matices en cuanto tales: lo que nos disgusta es que nos impongan una forma característica para expresarlos. En realidad, el vocabulario inglés es rico en palabras casi sinónimas y en grupos de palabras psicológicamente muy emparentadas, pero esos cuasi-sinónimos y esos grupos de palabras no se ven asociados por razones etimológicas. Nos gusta tanto *believe* ['creer'] como *credible* ['creíble'], porque se mantienen aparte una de otra: *good* ['bueno'] y *well* ['bien'] se llevan mejor que *quick* y *quickly*. El voca-

bulario inglés constituye una miscelánea muy rica, porque cada palabra inglesa quiere tener su propio feudo. ¿Se podría decir que el inglés acogió en un tiempo tantas palabras extrañas porque aspiraba a contar con el mayor número posible de zonas lingüísticas? O, por el contrario, ¿hay que suponer que la mecánica imposición de un torrente de préstamos del francés y del latín, de palabras no arraigadas en la tradición primitiva, ha hecho a las personas de habla inglesa tan incapaces de percibir las posibilidades inherentes a sus propios recursos que los dejan languidecer por descuido? Me inclino a creer que ambas cosas son ciertas; cada una se alimenta de la otra. Sin embargo, no pienso que los préstamos hayan sido un proceso tan mecánico y extenso como suele decirse. Ya en el período que siguió a la conquista normanda había en inglés cierta tendencia que le hacía acoger con gusto nuevas palabras; éstas venían a compensar el debilitamiento de determinados elementos internos.

VIII

EL LENGUAJE COMO PRODUCTO HISTÓRICO: SUS LEYES FONÉTICAS

EN VEZ de estudiar en forma abstracta las mutaciones lingüísticas, he preferido examinar detalladamente la repugnancia que sienten las personas de habla inglesa a emplear una locución como *whom did you see?*, haciendo notar algunas de las tendencias inglesas, particulares y generales, que influyen en esa repugnancia. Lo que he dicho acerca de la locución citada se aplica punto por punto a cualquier otro aspecto del lenguaje. No hay nada que sea totalmente estático. Cada palabra, cada elemento gramatical, cada locución, cada sonido y cada acento son configuraciones que van cambiando poco a poco, a merced de esa corriente invisible e impersonal que es la vida de una lengua. Es notorio que esta corriente tiene una dirección determinada y continua. Su rapidez varía enormemente de acuerdo con circunstancias no siempre fáciles de precisar. Ya hemos visto que el lituano está hoy más cerca de su prototipo indoeuropeo de lo que lo estaba la hipotética lengua madre germánica quinientos o mil años antes de nuestra era. El alemán se ha transformado con mayor lentitud que el inglés; desde ciertos puntos de vista, se encuentra más o menos a medio camino entre el inglés y el anglosajón, aunque en otros respectos, claro está, se ha apartado de la línea anglosajona. Cuando en el capítulo anterior dije que los dialectos surgen porque una lengua que se divide en fracciones locales no puede seguir la misma corriente de transformación en todos esos segmentos, quise dar a entender, por supuesto, que no puede seguir en forma idéntica la misma tendencia. La corriente general de una lengua tiene sus profundidades. En su superficie es relativamente rápida. En cuanto a ciertas características, los dialectos se apartan unos de otros con rapidez; este hecho revela por sí mismo que aquellas características

son menos importantes dentro del genio de la lengua que los rasgos que se modifican mas lentamente, rasgos que los dialectos mantienen en común hasta mucho tiempo despues de haberse convertido en formas lingüísticas extrañas unas a las otras. Pero no es eso todo. La importancia de esa corriente más fundamental y pre-dialectal suele ser tan grande, que puede suceder que lenguas separadas desde hace mucho recorran fases idénticas o asombrosamente parecidas. En muchos de esos casos es patente que no hubo influencias mutuas entre los dialectos.

Semejantes paralelismos en la transformación pueden tener lugar en la esfera fonética lo mismo que en la morfológica, o pueden afectar a ambas a la vez. He aquí un ejemplo interesante. El tipo de plurales ingleses representado por, *foot : feet* ['pie', 'pics'], *mouse : mice* ['ratón', 'ratones'] es estrictamente paralelo al tipo alemán *Fuss : Füße*, *Maus : Mäuse*. Nos inclinariamos a pensar que esas formas dialectales se remontan a alternancias del mismo tipo, existentes en el antiguo germánico o germánico occidental. Pero los testimonios muestran sin lugar a dudas que no pudo haber en el primitivo germánico plurales de ese tipo. No se encuentran rastros de tales mutaciones vocálicas (*Umlaut*) en gótico, la lengua germánica más arcaica de que tenemos noticia. Es todavía más significativo que este rasgo no aparezca en los más remotos textos del alto alemán antiguo, y que sólo surja al final del período del alto alemán antiguo (hacia el año 1000 de nuestra era). En el período del alto alemán medio la mutación tuvo lugar en todos los dialectos. Las formas típicas del alto alemán antiguo son éstas: singular *fuoss*, plural *fuossi*; ¹ singular *mus*, plural *musi*. Las formas correspondientes del alto alemán medio son *fuoss*, *füesse*; *mus*, *müese*. Las formas alemanas actuales

¹ Cambio ligeramente la ortografía del alto alemán antiguo y medio a fin de adaptarla a la ortografía actual. Esos cambios puramente ortográficos no tienen importancia. La *u* de *mus* es vocal larga, muy parecida al *oo* inglés de *moose* ['alce'; o a la *u* española de *musa*].

—*Fuss, Füsse, Maus, Mäuse*— son consecuencia natural de esas formas medievales. Si nos volvemos hacia el anglosajón, veremos que las formas inglesas modernas responden a *fot, fet; mus, mys*.² Ya aparecen estas palabras en los primeros monumentos de la lengua inglesa que han llegado a nuestros días, procedentes del siglo VIII y anteriores, por lo tanto, unos trescientos años o más a las formas del alemán medio. Es decir, que en este aspecto particular el alemán necesitó por lo menos tres siglos para integrarse a una corriente³ fonético-morfológica que ya existía desde hacía mucho en inglés. El hecho mismo de que en las palabras emparentadas las vocales cambiadas no sean siempre las mismas (alto alemán antiguo *uo*, anglosajón *o*) revela que el cambio tuvo lugar en períodos diferentes en alemán y en inglés.⁴ Es evidente que había en la antigua lengua germánica una tendencia general o un grupo de tendencias, muy anteriores al período en que quedaron constituídos el inglés y el alemán, que con el tiempo impulsó a ambos dialectos por sendas estrechamente paralelas.

¿Cómo se originaron alternancias tan asombrosamente individuales como *fot : fet, fuoss : füesse*? Con esto llegamos a lo que constituye quizá el problema más

² Las vocales de las cuatro palabras son largas: [la *o* es más o menos como la *o* española de *rota*, la *e* como la de la palabra *meta* y la *u* como la de la palabra *musa*; la *y* es como la *ü* alemana o la *u* francesa].

³ O más bien a la etapa de una corriente.

⁴ El *fet* anglosajón es forma modificada (pronunciada sin redondear los labios) de un *föt* más antiguo, fonéticamente relacionado con *fot* del mismo modo que *mys* (esto es, *müs*) con *mus*. El sonido *üe* del alto alemán medio (alemán moderno *ü*) no surgió de un prototipo —modificado por *Umlaut*— del alto alemán antiguo o de la *o* anglosajona, sino que partió directamente del *uo* dialectal. El prototipo que permaneció largo tiempo inalterado fué una *o* larga. Si esta *o* se hubiera transformado en el primer período germánico o germánico occidental, tendríamos una alternancia pregermana *fot : föti*; y esta *ö* antigua no podía haber dado lugar a *üe*. Afortunadamente, no necesitamos hacer deducciones en este caso, pero por lo general los métodos de deducción y de comparación pueden resultar muy útiles si se les aplica con cuidado; son, de hecho, indispensables para el historiador de una lengua.

importante de la historia lingüística: el gradual cambio fonético. Las "leyes fonéticas" son una parte extensa y fundamental del estudio del lenguaje. Como veremos, su influencia sobrepasa con mucho el terreno propiamente dicho de la fonética e invade el de la morfología. Una tendencia que comienza por ser un ligero reajuste o un ligero desequilibrio fonético puede dar lugar, después de varios milenios, a profundísimos cambios estructurales. Así, el solo hecho de que haya en inglés una tendencia cada vez mayor a colocar automáticamente el acento tónico en la primera sílaba de la palabra podrá cambiar con el tiempo el tipo fundamental de la lengua, haciendo desaparecer las sílabas finales y generalizando el uso de métodos cada vez más analíticos o cada vez más simbólicos.⁵ Las leyes fonéticas del inglés que influyeron en el paso de los primitivos prototipos *fot* : *foti*, *mus* : *musi*⁶ del germánico occidental a las formas inglesas *foot* : *feet*, *mouse* : *mice* pueden resumirse brevemente como sigue:

1. En *foti* [inglés *feet* 'pies'], la o larga se contaminó con la i subsiguiente, dando lugar a ö; esto es, la o siguió pronunciándose con los labios redondeados y con la lengua en posición media, pero anticipó la posición avanzada de la lengua, típica de la i; la ö es resultado de esa transacción. La asimilación fué sistemática: toda o larga y acentuada seguida de una sílaba con i se convertía automáticamente en ö larga; así *tothi* [inglés *teeth* 'dientes'] pasó a ser *töthi*, y *fodian* [inglés *to feed* 'alimentar'] se hizo *födian*. No hay duda de que al principio esa alternancia entre o y ö no se consideraba como intrínsecamente importante. Se trataría tan sólo de un ajuste mecánico e inconsciente, como el que se observa hoy en el habla de muchas personas de lengua inglesa que cambian el sonido u de palabras como *you* y *few* haciéndolo parecido a la ü alemana, aunque nunca llegan a apartarse tanto de la vocal u

⁵ Véase *supra*, p. 147.

⁶ Germánico primitivo *fot(s)* : *fotiz*, *mus* : *musiz*; indoeuropeo *pod(s)* : *podes*, *mus* : *muses*. Las vocales de las primeras sílabas son todas largas.

para que ya no reconozcan que *who* y *you* pueden rimar. Más tarde, la cualidad de la vocal *ö* debe de haberse apartado de la de la *o* a tal grado, que aquélla acabó por convertirse conscientemente⁷ en una vocal aparte. Cuando ocurrió este último fenómeno, la expresión de pluralidad en *föti*, *töthi* y palabras análogas se hizo simbólica y fusional, no ya sólo fusional.

2. En *musi* [inglés *mice* 'ratones'], la *u* larga se contaminó con la *i*, convirtiéndose en *ü* larga. También este cambio fué sistemático: *lusi* [inglés *lice* 'piojos'] se hizo *lusi*; *kui* [inglés *cows* 'vacas'] pasó a ser *küi* (forma reducida posteriormente a *kü*, la cual se conserva todavía en el *ki-* de la palabra inglesa *kine* ['vaca']); *fulian* [inglés *to make foul* 'ensuciar'] se hizo *fülian* (forma conservada todavía en el *-file* de la palabra inglesa *defile* ['ensuciar']). La psicología de esta ley fonética es enteramente análoga a la del número 1.

3. La antigua tendencia hacia la reducción de las sílabas finales, consecuencia rítmica del fuerte acento germánico sobre la primera sílaba, se manifestó en ese momento. La *-i* final, elemento funcional muy importante al principio, había perdido desde hacía mucho gran parte de su valor, el cual había pasado al simbólico cambio de vocales (*o* : *ö*). De ahí que tuviera poca fuerza para resistir a la tendencia. Se relajó entonces, convirtiéndose en *-e*: *föti* pasó a ser *föte*.

4. Esta *-e*, vocal débil, acabó por desaparecer. Es probable que las formas *föte* y *föt* hayan coexistido durante largo tiempo como variantes prosódicas, empleadas de acuerdo con las exigencias rítmicas de la frase, como ocurre ahora con las formas *Füsse* y *Füss'* en alemán.

5. La *ö* de *föt* se llegó a pronunciar sin redondear los labios, convirtiéndose en una *e* larga [es decir, no como el *eu* del francés *émeute*, sino como la *e* del español *meta*]. La alternancia *fot* : *foti*, que transitoriamente fué *fot* : *föti*, *föte*, *föt*, aparece entonces como *fot* : *fet*. De manera análoga, *töth* pasa a ser *teth*, y

⁷ O más bien se tratará aquí de esa inconsciente refundición del sistema fonético que está siempre a punto de hacerse consciente. Véase *supra*, pp. 67-68.

fōdian se convierte en *fedian* y más tarde en *fedan*. La nueva e larga se asimiló a la e ya existente, la e de las palabras anglosajonas *her* [inglés *here* 'aquí'] y *he* [inglés *he* 'él']. Las dos vocales se fundieron, y desde ese momento su historia es la misma. La palabra inglesa actual *he* tiene la misma vocal de *feet*, *teeth* y *feed* [pronunciada i]. Dicho de otro modo, la antigua serie fonética o, e, después de un intermedio de o, ö, e, reapareció en la forma o, e, sólo que ahora la e tenía mayor "peso" que antes.

6. *Fot* : *fet*, *mus* : *mūs* (escrito *mys*) son las formas típicas de la literatura anglosajona. Al final del período anglosajón, entre los años 1050 y 1100 aproximadamente, la *ū* larga y la breve pasaron a ser *i*. *Mys* se pronunció entonces *mis*, con *i* larga (podría rimar con la palabra inglesa moderna *niece* ['sobrina', pronunciada *nīs*]). Este cambio es análogo al señalado en el núm. 5, pero tuvo lugar varios siglos más tarde.

7. En los tiempos de Chaucer (hacia 1350-1400) se seguía diciendo *fot* : *fet* (escrito *foot*, *feet*) y *mus* : *mis* (escrito de muy diversas maneras, con predominio de *mous*, *myse*). Hacia 1500, toda *i* larga, ya fuera primitiva —como en *write* ['escribir'], *ride* ['cabalgar'], *wine* ['vino']—, ya derivada de la *ū* anglosajona —como en *hide* ['ocultar'], *bride* ['novia'], *mice* ['ratones'], *de-file* ['ensuciar']—, se diptongó en *ei* (esto es, una e como la del inglés *met* más una *i* breve). Shakespeare pronunciaba *meis* (casi como la pronunciación "cockney" de *mace* ['maza'] en nuestros días).

8. Por los mismos años, la *u* larga se diptongó en *ou* (como la *o* del escocés actual *not* [o del español *nota*] más la *u* del inglés *full*). Lo que en tiempos de Chaucer era *mus* : *mis*, en la época de Shakespeare es *mous* : *meis*. Este cambio debe de haberse manifestado algo después del núm. 7; en todos los dialectos ingleses la antigua *i* larga germánica se ha diptongado,⁸ pero la *u* larga no diptongada se conserva todavía en

⁸ Lo mismo que en la mayor parte de los dialectos holandeses y alemanes.

el escocés de los Lowlands, en el cual *house* ['casa'] y *mouse* ['ratón'] riman con la palabra inglesa *loose* ['suelto', pronunciada *lus*]. Los cambios 7 y 8 son análogos entre sí, como lo son el 5 y el 6; el núm. 8 es evidentemente posterior al 7, del mismo modo que el 6 es posterior al 5.

9. Antes de 1550, la *e* larga de *fet* (escrito *feet*) ocupó el lugar que había dejado vacante la *i* larga antigua, ahora diptongada (véase el núm. 7), es decir que la *e* se pronunció con la lengua en una posición más elevada, la posición de la *i*. La "e larga" de nuestros días (y de los de Shakespeare) es, pues, fonéticamente equivalente de la antigua *i* larga. *Feet* rimaba ahora con el antiguo *write* y el moderno *beat* ['golpear', pronunciado *bit*].

10. Por esa misma época, la *o* larga de *fot* (escrito *foot*) ocupó el lugar abandonado por la antigua *u* larga, ahora diptongada (véase el núm. 8), es decir que la *o* se pronunció con la lengua en una posición más elevada, la posición de la *u*. La "oo larga" actual (y de Shakespeare) equivale fonéticamente a la antigua *u* larga [parecida a la *u* de *puño*]. Así, *foot* rimaba ahora con el antiguo *out* y con el actual *boot*.

Resumiendo los números 7 a 10, Shakespeare pronunciaba *meis*, *mous*, *fit*, *fut*; *meis* y *mous* nos sonarían ahora como una versión más o menos "afectada" del *mice* y del *mouse* actuales [pronunciados *mais* y *maus*: véanse núms. 11 y 12]; *fit* sonaría prácticamente como nuestro *feet* (quizá algo más "arrastrado"), mientras que *foot*, que rimaba con *boot*, se calificaría de pronunciación escocesa, de *broad Scotch*.

11. La primera vocal del diptongo de *mice* (véase el núm. 7) se fué retrayendo gradualmente y su posición fué haciéndose más baja. El diptongo resultante varía hoy mucho en los diferentes dialectos ingleses. Puede decirse que en general suena *ai* (esto es, la *a* de *father* [parecida a la del español *bajo*], aunque más breve, más *i* breve).⁹ Lo que ahora se llama en inglés

⁹ Por lo menos suena así en los Estados Unidos.

“i larga” —en palabras como *ride* [‘cabalgar’], *bite* [‘morder’], *mice* [‘ratones’]— es, por supuesto, el diptongo *ai*. *Mice* se pronuncia ahora *mais*.

12. Del mismo modo, la primera vocal del diptongo de *mouse* (véase el núm. 8) dejó de pronunciarse con los labios redondeados, y su posición se hizo más baja. El diptongo resultante puede transcribirse fonéticamente como *au*, aunque también este sonido se pronuncia de maneras muy diversas en los diferentes dialectos. *Mouse* se pronuncia ahora *maus*.

13. La vocal de *foot* (véase el núm. 10) se “abrió” y se hizo más breve, hasta el grado de coincidir con la antigua *u* breve de palabras como *full* [‘lleno’], *wolf* [‘lobo’], *wool* [‘lana’]. Este cambio se ha efectuado en muchas palabras que originalmente tenían una *u* larga (la *o* larga y cerrada de tiempos de Chaucer), como *forsook* [pretérito de *to forsake* ‘abandonar’], *hook* [‘gancho’], *book* [‘libro’], *look* [‘mirar’], *rook* [‘corneja’], *shook* [pretérito de *to shake* ‘sacudir’], todas las cuales tenían en un principio la vocal de *boot* [parecida a la *u* de puño]. Esa antigua vocal se conserva, sin embargo, en la mayoría de las palabras de este tipo, como por ejemplo *fool* [‘necio’], *moon* [‘luna’], *spool* [‘carrete’], *stoop* [‘agacharse’]. Un hecho curioso, que demuestra con qué lentitud se difunde una “ley fonética”, es que en varias palabras la pronunciación varía de un lugar a otro; así *roof* [‘tejado’], *soot* [‘hollín’] y *hoop* [‘aro’] se suelen oír pronunciadas lo mismo con la vocal “larga” de *boot* que con la “breve” de *foot*. Es decir, ahora es imposible precisar con toda nitidez en qué consiste la “ley fonética” que hizo que el antiguo *foot* (que rimaba con *boot*) diera lugar al *foot* moderno. Sabemos que hay una fuerte tendencia a preferir la vocal breve y abierta de *foot*, pero no podemos precisar si todas las palabras que tienen “*oo* larga” serán afectadas algún día por esa tendencia. Si la corriente llega a arrastrar a todas o a casi todas ellas, la ley fonética núm. 13 resultará tan “regular”, tan general como la mayor parte de las leyes precedentes. Si eso no llegara a ocurrir, quizá sea posible mostrar algún día —si acaso la experiencia del

pasado es una guía segura— que las palabras modificadas constituyen un grupo fonético natural, esto es, que la “ley” habrá actuado bajo ciertas condiciones limitadas y fáciles de precisar, que habrá afectado, por ejemplo, a todas las palabras terminadas en consonante sorda (como *p*, *t*, *k* y *f* en palabras como *hoof*, *foot*, *look*, *roof*, etc.), pero no a las terminadas en *oo* o en una consonante sonora, como *do* [‘hacer’], *food* [‘alimento’], *move* [‘mover’], *fool* [‘necio’], etc. Sea cual fuere el resultado, podemos estar casi seguros de que cuando la “ley fonética” deje de actuar, la distribución de vocales “largas” y “breves” en las palabras que antiguamente tenían *oo* no parecerá ya tan arbitraria como lo parece en la etapa de transición que estamos viviendo.¹⁰ Ese proceso nos muestra, de paso, un hecho fundamental: las leyes fonéticas no actúan espontánea ni automáticamente; no son más que una fórmula para definir un cambio ya consumado, que comenzó en un momento de debilidad psicológica y que poco a poco se fué abriendo camino entre toda una gama de formas fonéticamente análogas.

Será interesante trazar un cuadro de las secuencias de formas, una especie de historia a grandes rasgos de las palabras *foot* : *feet*, *mouse* : *mice*, durante los últimos mil quinientos años:¹¹

- I. *fot* : *foti*; *mus* : *musi* (germánico occidental)
- II. *fot* : *föti*; *mus* : *müsi*
- III. *fot* : *föte*; *mus* : *müse*
- IV. *fot* : *föt*; *mus* : *müs*
- V. *fot* : *fet*; *mus* : *müs* (anglosajón)
- VI. *fot* : *fet*; *mus* : *mis* (Chaucer)
- VII. *fot* : *fet*; *mous* : *meis*
- VIII. *fut* (rima con *boot*) : *fit*; *mous* : *meis* (Shakespeare)

¹⁰ Es posible que en la historia de esas vocales intervengan también factores no puramente fonéticos.

¹¹ La ortografía que empleamos es aproximadamente fonética. Pronúnciense como largas todas las vocales acentuadas, salvo indicación en contrario, y como breves las que no llevan acento. [Las vocales equivalen más o menos a las españolas; la *ö*, a la *ö* alemana o al *eu* francés; la *ü* a la *ü* alemana o a la *u* francesa.]

IX. fut : fit; maus : mais

X. fut (rima con put) : fit; maus : mais (inglés de 1900)

No será necesario enumerar las leyes fonéticas que gradualmente han ido diferenciando de estas formas inglesas las palabras alemanas modernas correspondientes a las primitivas formas germánicas occidentales. El siguiente cuadro nos dará una idea aproximada de las secuencias de formas en alemán:¹²

I. fot : foti; mus : musî (germánico occidental)

II. foss¹³ : fossi; mus : musî

III. fuoss : fuossi; mus : musî (alto alemán antiguo)

IV. fuoss : füessi; mus : müsi

V. fuoss : füesse; mus : müse (alto alemán medio)

VI. fuoss : füesse; mus : müze¹⁴

VII. fuos : füese; mous : müze

VIII. fuos : füese; mous : möuze

IX. fus : füse; mous : möuze (Lutero)

X. fus : füse; maus : moize (alemán de 1900)

No podemos siquiera tratar de indagar y discutir

¹² Después de I, los números no corresponden cronológicamente a los del cuadro inglés. También aquí la ortografía es aproximadamente fonética.

¹³ Empleo la ss para indicar una s peculiar, larga y sorda, etimológica y fonéticamente distinta de la antigua s germánica. Procede siempre de una t primitiva. En los documentos antiguos se la encuentra escrita por lo común como variante de la z, pero no debe confundirse con la z del alemán moderno (= ts). Probablemente era una s dental (ceceante).

¹⁴ La z equivale aquí a la z francesa o inglesa [o sea a la z de la palabra española *mayorazgo*], no a la alemana. En sentido estricto, esta "z" (-s- intervocálica) no era sonora, sino un sonido suave, sordo, sibilante, que estaba a medio camino entre la s y la z inglesas. En el alemán moderno del Norte, este sonido se ha hecho sonoro. Es importante no confundir esa s — z con la s intervocálica sorda a que dió lugar la antigua ss dental o ceceante. En alemán moderno (salvo en ciertos dialectos), no hay diferencia alguna entre la s y la ss antiguas cuando se encuentran al final de la palabra (o sea que *Maus* y *Fuss* tienen exactamente las mismas sibilantes), pero, entre vocales, la primera es sonora y la segunda sorda (*Mäuse* y *Füsse*).

todos los problemas psicológicos que se ocultan tras estos cuadros, de aspecto tan inocente. Salta a la vista su paralelismo fundamental. Hasta podemos decir que las formas inglesas y alemanas de nuestros días se parecen más entre sí que las dos series de prototipos germánicos occidentales de que cada una se deriva independientemente. Los dos cuadros ilustran la tendencia a reducir las sílabas átonas, la modificación vocálica del elemento radical por influencia de la vocal subsiguiente, la elevación de la posición de la lengua en las vocales largas intermedias (en inglés o da u, e da i; en alemán, o > uo > u, üe > ü), la diptongación de las antiguas vocales altas (inglés i > ei > ai; inglés y alemán u > ou > au; alemán ü > öü > oi). Estos paralelos dialectales no pueden ser casuales. Se remontan a una tendencia común predialectal.

Los cambios fonéticos son "regulares". Las leyes fonéticas representadas en los dos cuadros (excepto una, la núm. X del cuadro relativo al inglés, que aún no ha llegado a su término) afectan a todos los casos en que se da el sonido correspondiente, o bien, si el cambio fonético está condicionado por determinadas circunstancias, a todos los casos en que ese sonido se da en las mismas circunstancias.¹⁵ Como ejemplo del primer tipo de transformaciones podemos citar el paso de la antigua i larga al diptongo ai, pasando por ei; este cambio se efectuó en inglés en todos los casos en que había i larga; es imposible que ocurriera repentina o automáticamente, pero fué lo bastante rápido pára impedir una irregularidad de desarrollo debida a corrientes contrarias. El segundo tipo de cambios puede ilustrarse con

¹⁵ En la práctica, las leyes fonéticas tienen sus excepciones, pero un estudio detenido acaba por mostrar, casi siempre, que tales excepciones son más aparentes que reales. Por lo común se deben a la influencia perturbadora de los grupos morfológicos o a determinadas razones psicológicas que obstaculizan el progreso normal de la corriente fonética. Es notable el escaso número de excepciones con que se topa uno en la historia lingüística, prescindiendo de la asimilación por analogía, o sea la sustitución morfológica.

la transformación de la o larga anglosajona en e larga, pasando por ö, debido a la influencia de una i larga subsiguiente. En el primer caso podemos decir que au vino a reemplazar mecánicamente la u larga, y en el segundo, que la antigua o larga "se dividió" en dos sonidos: o larga, que después se convirtió en u, y e larga, que llegó a ser i. El primer tipo de cambios no chocaba con el antiguo sistema fonético, con la distribución formal de los sonidos en diversos grupos; pero el segundo tipo sí alteró la disposición del esquema. Si ninguno de los dos sonidos a que da lugar un sonido primitivo es nuevo, lo que ocurre es que ha habido una asimilación fonética, que dos grupos de palabras, cada uno de los cuales tenía un sonido o combinación de sonidos diferentes, se han reunido en uno solo. Este tipo de asimilación es muy frecuente en la historia del lenguaje. En inglés, por ejemplo, hemos visto que la antigua ü larga, cuando dejó de pronunciarse con los labios redondeados, no se distinguía ya en ningún caso de la i larga original. Es decir, que dentro del sistema fonético, la i larga llegó a tener más "peso" que antes. Es curioso ver con cuánta frecuencia las lenguas tienden a colocar en ciertas posiciones preferidas sonidos originales distintos, y esto a pesar de las confusiones que de ello suelen resultar.¹⁶ Así, en griego moderno la i es resultado histórico nada menos que de diez sonidos etimológicamente distintos, entre vocales —largas y breves— y diptongos, que existían en el habla clásica de Atenas. Resulta evidente, pues, que existen tendencias fonéticas generales que hacen preferir sonidos determinados.

Lo que ocurre con mayor frecuencia es que el carácter de la corriente fonética sea más general. El desarrollo tiende más hacia ciertos tipos de articulaciones que hacia un conjunto preciso de sonidos. Las vocales tienden a hacerse más altas o más bajas, los diptongos

¹⁶ Sin embargo, tales confusiones son más teóricas que reales. Toda lengua cuenta con un sinnúmero de métodos para evitar las ambigüedades.

a convertirse en un sonido simple, las consonantes sordas a hacerse sonoras, las oclusivas a hacerse fricativas. En realidad, prácticamente todas las leyes fonéticas enumeradas en los dos cuadros anteriores no son sino simples ejemplos particulares de esas corrientes fonéticas más generales. El hecho de que la *o* larga inglesa se haya elevado hasta convertirse en *u*, y de que la *e* larga haya pasado a ser *i*, forma parte de esa tendencia general a elevar la posición de la lengua en las vocales largas, así como el paso de *t* a *ss* en alto alemán antiguo se integra dentro de la tendencia general a convertir en fricativas sordas las antiguas consonantes oclusivas sordas. Un solo cambio de sonidos, aun cuando no se produzca una asimilación fonética, casi siempre puede llegar a trastornar el antiguo sistema fonético, puesto que da lugar a una discordancia en el agrupamiento de los sonidos. El único método posible para el restablecimiento del sistema primitivo, sin necesidad de desandar lo andado, es transformar de manera análoga los demás sonidos de la serie. Si por algún motivo la *p* se ha sonorizado convirtiéndose en *b*, la serie original *p*, *t*, *k* adquiere una forma asimétrica: *b*, *t*, *k*; por su efecto fonético, esta nueva serie no es idéntica a la primitiva, aunque lo sea desde el punto de vista etimológico. El sistema fonético general queda, pues, alterado. Pero si también la *t* y la *k* se sonorizan y pasan a ser respectivamente *d* y *g*, se restablece la antigua serie bajo una nueva forma: *b*, *d*, *g*. El sistema en cuanto tal se mantiene o se restaura, pero sólo a condición de que la nueva serie *b*, *d*, *g* no se confunda con una antigua serie *b*, *d*, *g* de antecedentes históricos distintos. Si no existe esa serie más antigua, la creación de *b*, *d*, *g* no causa dificultades; en cambio, si existe tal serie primitiva, la antigua agrupación de sonidos sólo puede conservarse intacta a condición de transformar de alguna manera los viejos sonidos *b*, *d*, *g*. Estos pueden hacerse aspirados: *bh*, *dh*, *gh*; pueden convertirse en fricativos o en nasales, o bien desarrollar cualquier otra peculiaridad que los mantenga intactos en cuanto serie y que los distinga de otras series. Este tipo de

cambios, que trae consigo una pérdida del sistema primitivo, o que origina a lo sumo una leve alteración, es probablemente la tendencia más importante dentro de la historia de los sonidos del lenguaje. En cierta medida, la asimilación fonética y la "división" de las vocales en dos sonidos vienen a contrariar esa tendencia, pero en líneas generales sigue siendo la principal reguladora inconsciente del curso y de la rapidez de los cambios fonéticos.

El afán de preservar la existencia de los sistemas, la tendencia a "corregir" los trastornos por medio de una compleja cadena de cambios complementarios, se prolonga muchas veces durante siglos enteros, y aun durante milenios. Esas corrientes psíquicas subterráneas del lenguaje son sumamente difíciles de comprender a base de la psicología individual, aunque no cabe la menor duda en cuanto a su realidad histórica. No sabemos cuál sea la causa fundamental del desajuste de un sistema fonético ni cuál sea la fuerza acumuladora que elige estas o aquellas variaciones particulares del individuo para llevar a cabo el reajuste del sistema. Muchos lingüistas han cometido el grave error de interpretar los cambios de los sonidos como fenómeno cuasi-fisiológico, siendo así que se trata de un hecho estrictamente psicológico; otros han tratado de arreglarlo todo mediante fórmulas tan simplistas como "la tendencia a facilitar cada vez más la articulación" [ley del menor esfuerzo], o "el resultado de la acumulación de percepciones equivocadas" (por ejemplo, las de los niños cuando están aprendiendo a hablar). Estas explicaciones demasiado fáciles no resuelven nada. La "facilidad de la articulación" puede ser uno de los factores, pero, en el mejor de los casos, no pasa de ser un concepto subjetivo. Los indios norteamericanos tienen enorme dificultad para pronunciar sonidos y combinaciones de sonidos que para los ingleses y los norteamericanos son perfectamente sencillos; hay tendencias fonéticas preferidas por unas lenguas y desechadas o aborrecidas por otras. A su vez, la "percepción equivocada" no explica

esa extraña transformación de los sonidos en que he venido insistiendo. Lo mejor será confesar que todavía no somos capaces de comprender la causa o las causas primordiales de la lenta transformación fonética, aunque en muchos casos sea posible descubrir algunos de los factores que la determinan. Probablemente no podremos llegar muy lejos mientras no hayamos estudiado las bases intuitivas del habla. ¿Cómo comprender la naturaleza de esa corriente que va desgastando y restaurando poco a poco los sistemas fonéticos si nunca se nos ha ocurrido estudiar la formación de sistemas de sonidos en sí misma, ni el "peso" ni las relaciones psíquicas de cada uno de los elementos (los sonidos individuales) de esos sistemas?

Todos los lingüistas saben que el cambio fonético va acompañado a menudo de reajustes morfológicos, pero tienden siempre a suponer que la morfología influye poco o nada en el curso de la historia fonética. Yo me inclino a creer que nuestra tendencia actual a aislar la fonética de la gramática y a considerarlas como provincias lingüísticas que nada tienen que ver la una con la otra es radicalmente desacertada. Lo más probable es que haya entre ambas, y entre sus respectivas historias, relaciones fundamentales que aún no alcanzamos a percibir del todo. En fin de cuentas, si los sonidos del lenguaje existen por el hecho mismo de constituir la representación simbólica de conceptos y grupos de conceptos significantes, ¿no es posible que una gran transformación o un rasgo permanente de la esfera conceptual ejerza una influencia aceleradora o retardadora sobre la mutación fonética? Tengo para mí que tales influencias existen y pueden documentarse, y que merecen un examen mucho más detenido del realizado hasta ahora.

Con esto volvemos a la pregunta que habíamos dejado sin contestar: ¿a qué se debe que tanto en inglés como en alemán se haya producido esa curiosa transformación que dejó inalterada la vocal en el singular (*foot*, *Fuss*) y la alteró en el plural (*feet*, *Füsse*)? La

alternancia pre-anglosajona *fot* : *föti* ¿era un fenómeno absolutamente mecánico, cuya trascendencia morfológica no pasaba de ser accidental? Eso es lo que se ha dicho siempre, y, de hecho, todos los factores exteriores parecen confirmarlo. El paso de *o* a *ö* y después a *e* no es en modo alguno exclusivo del plural. También ocurre en el dativo singular (*fet*), pues también esta forma se remonta a un *foti* antiguo. Además, el *fet* del plural sólo se empleaba en nominativo y en acusativo; el genitivo era *fota* y el dativo *fotum*. Fué preciso el transcurso de varios siglos para que la alternancia de *o* y *e* se reinterpretara como medio de distinguir el número; la *o* se extendió a todo el singular, la *e* a todo el plural. Una vez efectuada esta nueva distribución de las formas,¹⁷ el valor simbólico moderno de la alternancia *foot* : *feet* quedó claramente establecido. Por otra parte, no debemos olvidar que la *o* se convirtió en *ö* (*e*) en muchas otras formaciones gramaticales y derivadas. Así, una forma pre-sajona *hohan* (más tarde *hon*) [inglés moderno *to hang* 'colgar'] correspondía a *höhith*, *hehith* (más tarde *hehth*) [inglés *hangs* '(él) cuelga']; a *dom* [inglés *doom* 'juicio', 'sentencia'], a *blod* [inglés *blood* 'sangre'] y a *fod* [inglés *food* 'alimento'] correspondían los derivados verbales *döman* (más tarde *deman*) [inglés *to deem* 'juzgar', 'sentenciar'], *blödian* (más tarde *bledan*) [inglés *to bleed* 'sangrar'] y *födian* (más tarde *fedan*) [inglés *to feed* 'alimentar']. Todo esto parece demostrar el carácter puramente mecánico del paso de *o* a *ö*, y después de *ö* a *e*. Son tantas las funciones gramaticales, sin relación las unas con las otras, que quedaron afectadas por este cambio vocálico, que es imposible creer que éste haya sido motivado por ninguna de ellas.

En alemán ocurre la misma cosa. La alternancia vocálica sólo llegó a representar el número gramatical en una etapa avanzada de la historia de la lengua. Y,

¹⁷ Este tipo de reajustes suele llamarse "analogía" o "asimilación analógica".

sin embargo, ténganse en cuenta los siguientes hechos. El paso de *foti* a *föti* es anterior al de *föti* a *föte*, *föt*. Esto podría considerarse como una "feliz casualidad", porque si *foti* se hubiera convertido en *fote*, *fot* antes de que la *-i* tuviera la oportunidad de ejercer su influencia retroactiva sobre la *o*, no habría surgido una diferencia entre el singular y el plural y se habría producido una anomalía dentro del anglosajón, en el cual los sustantivos masculinos tienen todas formas diferentes en el plural y en el singular. Pero esa secuencia de cambios fonéticos ¿fue realmente "casual"? Veamos otros dos hechos. Todas las lenguas germánicas estaban familiarizadas con los cambios vocálicos imbuídos de significación funcional. Las series del tipo *sing*, *sang*, *sung* (anglosajón *singan*, *sang*, *sungen*) estaban arraigadas en la consciencia lingüística. Además, la tendencia a debilitar las sílabas finales era muy fuerte en esa época, y había estado actuando, en una o en otra forma, durante siglos. A mí me parece que todos estos hechos nos ayudan a comprender la verdadera secuencia de los cambios fonéticos. Cabría decir, incluso, que la *o* (lo mismo que la *u*) habría podido aplazar su transformación en *ö* (y en *ü*) hasta el momento en que la tendencia a debilitar la sílaba final hubiera llegado a tal extremo que, de no modificarse la vocal, surgirían graves trastornos morfológicos. Llegó un momento en que se sintió que la terminación *-i* del plural (lo mismo que la terminación en *-i* de otras formas) era demasiado débil para soportar su carga funcional. El inconsciente anglosajón, si se me permite resumir la complejidad de los hechos en una fórmula tan simple, se sintió complacido por la oportunidad que le brindaban ciertas variaciones individuales, hasta entonces automáticamente rechazadas, pues podía dejar a ellas una parte de la carga. Esas variaciones particulares lograron imponerse porque venían muy a propósito para que la corriente fonética general pudiera continuar su curso sin crear un desequilibrio en los contornos morfológicos del idioma. Y la presencia de las variaciones simbóli-

cas (del tipo de *sing*, *sang*, *sung*) obró como fuerza de atracción sobre la aparición de una nueva variación de carácter análogo. Todos estos factores intervinieron igualmente en la mutación de las vocales alemanas. Como la corriente fonética destructora de las sílabas finales avanzaba con menor rapidez en alemán que en inglés, el cambio preservador *uo* > *üe* (*u* > *ü*) pudo ocurrir unos trescientos años o más después de efectuado el mismo cambio en inglés. De hecho, no ocurrió sino entonces. Y esto, en mi opinión, constituye un testimonio sumamente significativo. En ocasiones se suele dar apoyo inconsciente a los cambios fonéticos a fin de mantener intacta la distancia psicológica existente entre las palabras y las formas de las palabras. La corriente general se aprovecha de las variaciones fonéticas individuales que ayudan a conservar el equilibrio morfológico o a provocar un nuevo equilibrio ansiado por la lengua.

Creo, pues, que la transformación fonética está integrada por tres elementos básicos: 1) una corriente general que fluye en determinada dirección, corriente de cuya naturaleza casi no sabemos nada, pero que parece tener un carácter preponderantemente dinámico (son, por ejemplo, las tendencias a preferir un acento tónico más o menos marcado, una mayor o menor sonorización de los elementos); 2) una tendencia de reajuste, que aspira a conservar o a restaurar el sistema fonético fundamental de la lengua; 3) una tendencia conservadora, que entra en acción cuando hay un desajuste morfológico demasiado grave, que amenaza a la corriente principal. Por supuesto, no creo que siempre sea posible separar estos elementos, ni tampoco que una clasificación tan esquemática pueda hacer justicia a las complejas fuerzas que determinan la mutación fonética. El sistema fonético de una lengua no es una cosa invariable, pero cambia mucho menos que los sonidos que lo integran. Pueden alterarse radicalmente todos sus elementos fonéticos sin que por ello se altere el sistema en cuanto tal. Sería absurdo afirmar que el

sistema del inglés actual es idéntico al de la antigua lengua indoeuropea, y sin embargo notamos con asombro que todavía hoy la serie de consonantes iniciales del inglés:

<i>p</i>	<i>t</i>	<i>k</i>
<i>b</i>	<i>d</i>	<i>g</i>
<i>f</i>	<i>th</i>	<i>h</i>

corresponde, punto por punto, a la serie del sánscrito:

<i>b</i>	<i>d</i>	<i>g</i>
<i>bh</i>	<i>dh</i>	<i>gh</i>
<i>p</i>	<i>t</i>	<i>k</i>

La relación existente entre el sistema fonético y el sonido individual es aproximadamente paralela a la que se observa entre el tipo morfológico de una lengua y una de sus características morfológicas peculiares. Tanto el sistema fonético como el tipo fundamental son extremadamente conservadores, a pesar de cuanto pueda creerse a primera vista. No sabríamos decir cuál de los dos lo es más; sospecho que ambos están relacionados entre sí en una forma que, por ahora, no alcanzamos a comprender íntegramente.

Si todos los cambios de sonido originados por la corriente de transformación fonética pudieran perdurar, es probable que la mayor parte de las lenguas tendrían tantas irregularidades en su esquema morfológico, que perderían todo contacto con su plan formal básico. Los cambios de sonido se producen mecánicamente; de ahí que en algunos casos puedan afectar a todo un grupo morfológico (cosa que no tiene trascendencia) y en otros a sólo una parte de un grupo morfológico (lo cual puede acarrear trastornos). Así, el antiguo paradigma anglosajón

	Singular	Plural
Nom., acus.	<i>fot</i>	<i>fet</i> (más antiguo <i>foti</i>)
Gen.	<i>fotes</i>	<i>fota</i>
Dat.	<i>fet</i> (más antiguo <i>foti</i>)	<i>fotum</i>

no hubiera podido mantenerse inalterado durante mucho tiempo. La alternancia o—e se acogió con beneplácito porque permitía distinguir a grandes rasgos el singular del plural. Pero el dativo singular *fet*, a pesar de estar justificado históricamente, se llegó a considerar pronto como un intruso. Por analogía con paradigmas más simples y más abundantemente representados se creó la forma *fote* —compárese, por ejemplo, *fisc* [inglés *fish* ‘pez’], dativo singular *fisce*. El dativo *fet* acabó por resultar anticuado; desde ese momento, todas las formas de singular tendrían o. Este mismo hecho dió lugar a que las formas con o del genitivo y del dativo de plural parecieran estar fuera de lugar. El *fet* del nominativo y del acusativo se empleaba, claro está, mucho más que las correspondientes formas del genitivo y del dativo; éstas, en fin de cuentas, tuvieron que asimilarse a *fet*. Así vemos que, ya al comienzo del período inglés medio, el antiguo paradigma ha cedido ante un paradigma más regular:

	Singular	Plural
Nom., acus.	* <i>fot</i>	* <i>fet</i>
Gen.	* <i>fotes</i>	<i>fete</i>
Dat.	<i>fote</i>	<i>feten</i>

Las formas con asterisco constituyen el antiguo núcleo en torno al cual se construyó el nuevo paradigma. Las que no lo llevan son genealógicamente afines a sus prototipos formales. Son sustitutos analógicos.

La historia de la lengua inglesa abunda en tales asimilaciones o extensiones. En una época, *elder* [‘más viejo’] y *eldest* [‘el más viejo’] eran las únicas formas comparativas y superlativas posibles de *old* [‘viejo’] (compárese el alemán *alt*, *älter*, *der älteste*; la vocal que seguía a *old-*, *alt-* era primitivamente una *i*, que modificó la cualidad de la vocal radical). Pero, por analogía con la gran mayoría de los adjetivos ingleses, las formas *elder* y *eldest* fueron reemplazadas por formas con vocal inalterada: *older* y *oldest*. En nuestros

días, *elder* y *eldest* sobreviven sólo como términos un tanto arcaicos para designar al hermano o a la hermana mayores. Esto ilustra la tendencia que tienen las palabras psicológicamente separadas de su grupo etimológico o formal a conservar huellas de leyes fonéticas que en general no han dejado rastros, o bien a mantener un vestigio de un proceso morfológico que desde hace mucho ha perdido su vitalidad. Un estudio detenido de esas supervivencias o formas atrofiadas no deja de tener interés para la reconstrucción de la primitiva historia de una lengua o para obtener indicios de sus filiaciones más remotas.

La analogía no sólo es capaz de remodelar las formas dentro de los límites de una serie de formas afines (un "paradigma"), sino que su influencia puede ir mucho más lejos. Así, de un grupo de elementos funcionalmente equivalentes puede ocurrir que sólo uno sobreviva, mientras los demás ceden a la influencia cada vez mayor de la analogía. Esto es lo que ocurrió con la -s del plural inglés. Limitada en el principio a una clase particular de sustantivos masculinos (muy importante, cierto es), la -s del plural fué generalizándose gradualmente, hasta aplicarse a todos los sustantivos, excepto unos cuantos que aún ilustran tipos de plural ahora desaparecidos: *foot* : *feet*, *goose* : *geese*, *thooth* : *teeth*, *mouse* : *mice*, *louse* : *lice*, *ox* : *oxen*, *child* : *children*, *sheep* : *sheep*, *deer* : *deer*. Así, pues, la analogía no sólo llega a normalizar las irregularidades producidas por los procesos fonéticos, sino que también da lugar a trastornos dentro de un sistema de formas establecido desde mucho tiempo atrás, y lo hace por lo común en favor de una mayor sencillez o regularidad. Casi siempre tales ajustes analógicos son síntoma de la corriente morfológica general de una lengua.

Un rasgo morfológico que resulte ser consecuencia accesoria de un proceso fonético, por ejemplo el plural inglés con vocal alterada, puede llegar a generalizarse, gracias a la analogía, tan fácilmente como los rasgos antiguos que deben su origen a causas no fonéticas.

Desde el momento en que la *e* de la forma del inglés medio *fet* se hizo exclusiua del plural, no había razón teórica capaz de impedir que la alternancia *fot* : *fet* y *mus* : *mis* pasara a ser un tipo productivo de las distinciones de número en el sustantivo. Pero de hecho no fué así. El tipo de plural *fot* : *fet* sólo arraigó durante corto tiempo. Debíó su aparición a una de las corrientes superficiales de la lengua, y fué desplazado en el período inglés medio por una tendencia más poderosa a emplear formas distintivas sencillas. Ya era demasiado tarde para que el inglés se interesara seriamente por simbolismos tan delicados como *foot* : *feet*. Los ejemplos de este tipo que habían surgido de manera legítima, es decir, en virtud de procesos puramente fonéticos, se toleraron durante un tiempo, pero el tipo en cuanto tal no era viable.

Fué distinto lo que ocurrió en alemán. Toda la serie de cambios fonéticos conocidos con el nombre de *Umlaut* —de la cual no son sino dos ejemplos los cambios *u* > *ü* y *au* > *oi* (escrito *äu*)— afectó a la lengua alemana en un momento en que la tendencia general a la simplificación morfológica no era lo bastante marcada, y en que los tipos formales resultantes (por ejemplo *Fuss* : *Füsse*; *fallen* ‘caer’ : *fällen* ‘derribar’; *Horn* ‘cuerno’ : *Gehörne* ‘cornamenta’; *Haus* ‘casa’ : *Häuslein* ‘casita’) podían mantenerse intactos y aun extenderse a formas que no entraban propiamente en su esfera de influencia. El *Umlaut* sigue siendo en alemán un proceso simbólico vivo, y posiblemente tenga hoy más vitalidad que en la Edad Media. Los plurales analógicos del tipo de *Baum* ‘árbol’ : *Bäume* ‘árboles’ (frente al alto alemán medio *boum* : *boume*) y los derivados del tipo *lachen* ‘reír’ : *Gelächter* ‘risa’ (frente al alto alemán medio *gelach*) muestran que la mutación vocálica ha alcanzado la categoría de procedimiento morfológico productivo. Algunos dialectos han ido aún más lejos que el alemán oficial, por lo menos en ciertos aspectos. En yiddish,¹⁸ por ejemplo, se han

¹⁸ El yiddish se separó de los demás dialectos alemanes a fines

formado plurales con *Umlaut* en casos en que no existen prototipos del alto alemán medio ni paralelos literarios modernos; así, *tog* 'día' : *teg* 'días' (alemán *Tag* : *Tage*), por analogía con *gast* 'huésped' : *gest* 'huéspedes' (alemán *Gast* : *Gäste*); *schuch*¹⁹ 'zapato' : *schich* 'zapatos' (alemán *Schuch* : *Schuhe*), por analogía con *fus* 'pie' : *fis* 'pies'. Es posible que algún día el *Umlaut* deje de obrar en alemán como procedimiento funcional vivo, pero ese día está aún muy lejano. Hace siglos que se ha perdido la consciencia de que se trata de un fenómeno puramente fonético; en la actualidad constituye un procedimiento morfológico, de ninguna manera un ajuste fonético mecánico. El *Umlaut* es un magnífico ejemplo de cómo una simple ley fonética, en sí misma insignificante, puede llegar a teñir o a transformar extensos ámbitos de la morfología de una lengua.

del siglo xv y comienzos del xvi. Es por eso un valioso testimonio del vigor de la tendencia al *Umlaut*, sobre todo porque el dialecto ha ido haciéndose cada vez más analítico.

¹⁹ Pronúnciese la *ch* como en el alemán *Buch* [o sea, como la *j* española].

IX

LA MUTUA INFLUENCIA DE LAS LENGUAS

LAS LENGUAS, como las culturas, rara vez se bastan a sí mismas. Las necesidades del intercambio establecen un contacto directo o indirecto entre los individuos que hablan una lengua y los que hablan lenguas geográficamente vecinas o culturalmente dominantes. El intercambio puede ser amistoso u hostil. Puede realizarse en el monótono plano de los negocios y de las relaciones comerciales, o puede consistir en un préstamo o intercambio de bienes espirituales (arte, ciencia, religión). Sería difícil encontrar un idioma o dialecto totalmente aislado, y más difícil aún sería encontrar ese idioma o dialecto entre los pueblos primitivos. Las tribus son a menudo tan reducidas, que hay frecuentes matrimonios entre individuos de distintas tribus, que hablan dialectos diferentes y aun lenguas totalmente diversas. Hasta cabe sospechar que en un nivel de vida más primitivo los matrimonios mixtos, las relaciones comerciales y los intercambios culturales en general tienen mayor importancia que entre nosotros.

Sea cual fuere el grado o el carácter del contacto que se establezca entre los pueblos vecinos, por lo común es suficiente para producir cierto tipo de mutuas influencias lingüísticas. Frecuentemente la influencia se lleva a cabo ante todo en una sola dirección. Es mucho más probable que la lengua de una nación considerada como centro de irradiación cultural ejerza gran influencia sobre las lenguas habladas en los pueblos colindantes, y no que reciba la influencia de ellas. Durante muchos siglos el chino ha estado invadiendo el vocabulario de lenguas vecinas —el coreano, el japonés y el anamita— sin recibir nada en cambio. En la Europa occidental de la Edad Media y de la época moderna, el francés ha ejercido una influencia análoga, aunque quizá menos invasora. El inglés tomó enorme

número de palabras del francés de los invasores normandos, y más tarde del francés cortesano de la fle de France; hizo suyos varios afijos de derivación, por ejemplo, el -ess de *princess* ['princesa'], el -ard de *drunkard* ['borracho'], el -ty de *royalty* ['realeza']; quizá el contacto con el francés haya influido algo en su tendencia general al método analítico;¹ y no sólo eso, sino que el contacto con la lengua francesa hizo que la inglesa modificara ligeramente su sistema fonético: así se explica, por ejemplo, el empleo de las consonantes *v* y *j* como iniciales, en palabras como *veal* ['ternera'] y *judge* ['juez']: en las palabras de origen anglosajón, la *v* y la *j* sólo aparecen después de vocal: *over* ['sobre'], *hedge* ['seto']. Por su parte, el inglés casi no ha influido sobre el francés.

El tipo más sencillo de influencia que una lengua puede ejercer sobre otra es el "préstamo" de palabras. Cuando ocurre un préstamo cultural hay siempre la posibilidad de que se adopten igualmente las palabras con él asociadas. Cuando los primitivos pueblos germánicos del Norte de Europa conocieron por primera vez el vino y las calles pavimentadas, gracias a su contacto comercial y militar con los romanos, fué natural que adoptasen las palabras latinas que designaban tan rara bebida (*vinum*, inglés *wine*, alemán *Wein*) y tan extraño tipo de calles (*strata* [via], inglés *street*, alemán *Strasse*). Más tarde, cuando el cristianismo llegó a Inglaterra, entraron en inglés palabras como *bishop* ['obispo'] y *angel* ['ángel']. Y el proceso ha continuado así, ininterrumpidamente, hasta el día de hoy; cada onda cultural ha dejado en el idioma un nuevo depósito de préstamos lingüísticos.

Un detenido estudio de tales préstamos constituye un interesante comentario sobre la historia de la cul-

¹ En tiempos pasados, los lingüistas ingleses solían exagerar el efecto "desintegrador" general del francés sobre el inglés medio. En realidad, mucho antes de entrar en acción la influencia francesa, el inglés estaba ya en vías de adquirir una estructura más analítica.

tura. Casi es posible llegar a precisar el papel que los diversos pueblos han desempeñado en el desarrollo y la difusión de ideas culturales por el grado en que su vocabulario se ha infiltrado en el de otros pueblos. Si nos fijamos en el hecho de que un japonés culto no puede construir una sola frase literaria sin emplear recursos provenientes del chino; de que todavía hoy el siamés, el birmano y el cambodgiano llevan la huella inequívoca del sánscrito y del pali que acompañaron al budismo hindú hace muchos siglos; de que todos nuestros argumentos en pro o en contra de la enseñanza del latín y del griego abundan en palabras que nos han venido de Roma y de Atenas, no podemos menos de reconocer la importancia que han logrado tener en la historia del mundo la antigua cultura china, el budismo y la civilización mediterránea clásica. Son sólo cinco las lenguas que han tenido significación sobresaliente como vehículos de cultura: el chino clásico, el sánscrito, el árabe, el griego y el latín. En comparación con ellas, hasta lenguas culturalmente tan importantes como el hebreo y el francés quedan relegadas a una categoría secundaria. Es algo desconcertante saber que en materia de cultura la influencia general del inglés ha sido hasta ahora poco menos que nula. El inglés se está difundiendo a causa de que los ingleses han colonizado enormes extensiones de la tierra; pero no hay indicio alguno de que esté penetrando en el núcleo léxico de otras lenguas en forma análoga a como penetró el francés en la estructura del inglés o el árabe en la estructura del persa y del turco. Este hecho indica, por sí solo, la fuerza del nacionalismo —cultural y político— en el curso del siglo pasado. Hay ahora cierta resistencia psicológica contra los préstamos, o más bien a aprovechar nuevas fuentes de préstamos,² resistencia que no se manifestó con gran vigor durante la Edad Media ni durante el Renacimiento.

² Puesto que todavía ahora seguimos dando nombres griegos y latinos a los nuevos instrumentos científicos y a las medicinas que se van descubriendo.

¿Existe una manera más íntima de resistirse al préstamo de palabras? Se suele decir que la naturaleza y el número de los préstamos dependen por completo de los hechos históricos que condicionan las relaciones culturales; se afirma, por ejemplo, que si el alemán ha tomado menos palabras del latín y del francés que el inglés, esto se debe a que Alemania nunca tuvo relaciones tan íntimas con las esferas culturales de la Roma clásica y de Francia. Esto es verdad en gran medida, pero no es toda la verdad. No debemos exagerar la importancia física de la invasión normanda ni quitar significación al hecho de que la posición geográfica central de Alemania la hizo particularmente sensible a las influencias francesas a lo largo de la Edad Media, a las influencias del humanismo a fines del siglo xv y comienzos del xvi, y nuevamente al poderoso influjo francés de los siglos xvii y xviii. Es muy probable que la actitud psicológica de la lengua que adopta elementos de otros idiomas determine en gran medida su receptividad, su mayor o menor aceptación de palabras extrañas. El inglés ha tenido desde hace mucho especial preferencia por las palabras totalmente unificadas, no analizadas, sean monosilábicas o polisilábicas. El inglés acepta con gusto palabras de tipo de *credible* ['verosímil'], *certitude* ['certeza'], *intangible* ['intangible'], porque cada una de ellas representa una idea unitaria y matizada, y porque su análisis formal (*cred-ible*, *cert-itude*, *in-tang-ible*) no constituye una necesidad para el inconsciente (*cred-*, *cert-* y *tang-* no tienen en inglés una existencia real comparable a la del *good-* de *goodness*). Una vez aclimatada, una palabra como *intangible* es una entidad psicológica tan sencilla como cualquier palabra radical monosilábica, análoga a *vague* ['vago'], a *thin* ['delgado'] o a *grasp* ['captar']. En la lengua alemana, en cambio, existe una tendencia a analizar las palabras polisilábicas, a separar sus diversos elementos de significación. De ahí que no lograran sentar pie en el idioma muchísimas palabras francesas y latinas adoptadas en el momento culminante de cier-

tas influencias culturales. Hay términos latino-germánicos como *kredibel* ['verosímil'], y voces franco-germánicas como *reussieren* ['tener buen éxito'], que el inconsciente no podía asimilar a su método habitual de sentir y de emplear las palabras; tal parece como si el inconsciente hubiera dicho: "No tengo inconveniente en aceptar *kredibel*, con tal de que me digan lo que significa *kred*". Así, el alemán se ha dado cuenta de que, por lo general, le es más fácil crear nuevas palabras con sus propios recursos, a medida que se hacen necesarias.

Este contraste psicológico entre el inglés y el alemán en lo relativo al tratamiento dado a las voces extrañas se puede observar en todos los rincones del mundo. Los pueblos norteamericanos que hablan los dialectos athabaskas han tenido contactos culturales con muchísimos otros pueblos, y sin embargo ninguno de esos dialectos ha adoptado muchas palabras³ de las lenguas circunvecinas. Para las lenguas athabaskas siempre ha resultado más sencillo crear nuevas palabras, fabricando un nuevo compuesto con elementos que estaban ya a su disposición. Por este motivo se han cerrado a la influencia lingüística de los hablantes que han tenido experiencias culturales en el exterior.

Es sumamente interesante contrastar la reacción que han tenido el cambodgiano y el tibetano ante la influencia del sánscrito. Uno y otro son idiomas analíticos, y ambos totalmente distintos de la compleja lengua flexional de la India. El cambodgiano es aislante, pero, a diferencia del chino, contiene muchas palabras polisilábicas que no necesitan de un análisis etimológico. Así como el inglés tomó muchos términos del francés y del latín, así el cambodgiano adoptó gran cantidad de palabras del sánscrito, muchas de las cuales se emplean actualmente en el lenguaje diario. No había resistencia psicológica que se opusiera a la incorporación de esas palabras. Por su parte, la literatura

³ Casi podríamos decir, simplemente, que no ha adoptado palabras.

tibetana clásica fué adaptación servil de la literatura budista hindú, y en ningún lugar se estableció tan firmemente el budismo como en la meseta del Tibet; sin embargo, aunque parezca extraño, son muy pocas las palabras del sánscrito que han logrado penetrar en la lengua. El tibetano se resistió vigorosamente a aceptar las palabras polisilábicas del sánscrito, porque éstas no se podían dividir automáticamente en sílabas significantes, requisito indispensable para satisfacer el sentimiento de forma de los tibetanos. Esto hizo que se tradujera la mayoría de esas palabras del sánscrito con términos indígenas equivalentes. De este modo quedó satisfecha la voluntad de forma del tibetano, a pesar de que las voces extrañas, literalmente traducidas, no podían dejar de forzar muchas veces el carácter auténtico de la lengua. Hasta los nombres propios de los originales sánscritos llegaban a traducirse con mucho cuidado, elemento por elemento; así, la expresión sánscrita *Suryagarbha* 'El de corazón de sol' se tradujo escrupulosamente al tibetano por *Nyi-mai snying-po* 'Sol-de corazón-el', 'el corazón (o la esencia) del sol'. Estudiando la reacción de una lengua ante las palabras extranjeras, viendo si las rechaza, las traduce o las acepta sin reparos, se pueden llegar a conocer más de cerca sus tendencias formales innatas.

El préstamo de palabras extranjeras trae siempre consigo su alteración fonética. Hay invariablemente sonidos extraños o peculiaridades de acentuación que no concuerdan con los hábitos de la lengua que adopta las palabras; es preciso cambiarlas para que hagan la menor violencia posible a tales hábitos. Son frecuentes las transacciones fonéticas. La pronunciación que las gentes de habla inglesa suelen dar a una palabra como *camouflage*, francesa de origen y de reciente introducción, no corresponde a los hábitos fonéticos típicos del inglés ni del francés. La *k* aspirada de la sílaba *cam-*, la oscura vocal de la segunda sílaba, la precisión con que se pronuncian la *l* y la segunda *a*, y sobre todo el fuerte acento sobre la primera sílaba son resultado de

una inconsciente asimilación a los hábitos de pronunciación del inglés; estos cambios distinguen claramente el *camouflage* inglés de la palabra tal como la pronuncian los franceses. Por otra parte, la larga y pesada vocal de la tercera sílaba y la posición final del sonido -ge son del todo extrañas a la lengua inglesa (en el inglés medio, la *j* y la *v*⁴ iniciales deben de haber chocado también al oído, como algo que no estaba estrictamente de acuerdo con los hábitos fonéticos del inglés, aunque entre tanto se ha perdido esa sensación de extrañeza). En estos cuatro casos —la *j* inicial, la *v* inicial, el sonido de la *g* en *camouflage* usado al final de palabra, y la *a* de la tercera sílaba, análoga a la de *father* pero empleada en posición átona— el inglés no ha adoptado un nuevo sonido; sino que se ha limitado a extender el empleo de un sonido ya existente.

De vez en cuando ocurre que se introduce un sonido nuevo en una lengua, pero lo más ordinario es que no tarde en desaparecer. En tiempos de Chaucer, la antigua *ü* anglosajona (escrita *y*) se había convertido ya desde hacía mucho en *i*, pero el sonido había vuelto a penetrar en una serie de palabras provenientes del francés, como *due* ['debido'], *value* ['valor'], *nature* ['naturaleza']. Esta nueva *ü* no se mantuvo largo tiempo; se diptongó, transformándose en *iu* y se amalgamó con el *iw* inglés de voces como *new* ['nuevo'] y *slew* [pretérito de *to slay* 'matar']. Con el tiempo, este diptongo aparecerá en forma de *yu*, con cambio de acento: *dew* ['rocío'] (del anglosajón *deaw*), sonido igual al de *due* (el *dü* de Chaucer). Estos fenómenos demuestran con cuánta terquedad se puede resistir una lengua a innovaciones que no cuadren con su sistema fonético.

A pesar de lo dicho, es bien sabido que suele haber influencias fonéticas de una lengua sobre otra, independientemente de la adopción de sonidos extraños incluídos en palabras de importación extranjera. Uno de los hechos más curiosos que registra la historia lingüis-

⁴ Véase *supra*, p. 220.

tica es la aparición de notables paralelismos fonéticos en diversas lenguas que nada tienen que ver una con otra, o que, en todo caso, están muy remotamente relacionadas, pero que se hablan en una misma y limitada zona geográfica. Esos paralelismos resultan especialmente asombrosos cuando se les considera desde un punto de vista fonético muy general. He aquí algunos ejemplos. Las lenguas germánicas, en su conjunto, desconocen las vocales nasalizadas. Sin embargo, ciertos dialectos suabios nasalizan ahora las vocales que antiguamente iban seguidas de una consonante nasal (n). ¿Acaso es puramente casual el que esos dialectos se hablen en zonas próximas al francés, idioma que emplea a manos llenas las vocales nasalizadas? Otro ejemplo: hay ciertos rasgos fonéticos generales que distinguen al holandés y al flamenco de otros grupos lingüísticos germánicos, por ejemplo los dialectos de la Alemania del Norte y de Escandinavia. Uno de esos rasgos es la presencia de consonantes oclusivas sordas no aspiradas (p, t, k), pronunciadas con un sonido neto, metálico, que recuerda las correspondientes consonantes francesas, y que contrasta con las oclusivas del inglés, del alemán del Norte y del danés, que son más fuertes y aspiradas. Aun suponiendo que las oclusivas no aspiradas sean más arcaicas y que provengan directamente de las antiguas consonantes germánicas, ¿no es acaso un hecho histórico significativo que los dialectos holandeses, vecinos del idioma francés, no hayan llegado a modificar esas consonantes de acuerdo con lo que parece haber sido una tendencia fonética general de las lenguas germánicas? Más notable aún que tales casos es la peculiar semejanza que en ciertos aspectos fonéticos ofrecen el ruso y otras lenguas eslavas con las lenguas uralo-altaicas⁵ de la región del Volga, no emparentadas con las eslavas. Así, esa peculiar vocal opaca que en ruso recibe el nombre de *yeri*⁶ tiene

⁵ El fino-ugriano y el turco (o tártaro).

⁶ Probablemente se pronuncie con el post-dorso de la lengua (o más bien entre el post-dorso y el medio dorso), estrechando

paralelos uralo-altaicos, y en cambio no se conoce en absoluto en las lenguas germánicas, en griego, en armenio y en indo-iranio, que son los parientes indoeuropeos más próximos del eslavo. Cuando menos, no podemos dejar de sospechar que la vocal eslava debe tener ciertas relaciones históricas con sus paralelos uralo-altaicos.

Uno de los casos más curiosos de paralelismo fonético es el de gran número de lenguas de indios norteamericanos que se hablan al Occidente de las Rocosas. En la región que se extiende desde el Sur de Alaska hasta el centro de California hay por lo menos cuatro familias lingüísticas totalmente independientes. Sin embargo, todas o casi todas las lenguas habladas en tan enorme extensión tienen en común algunos rasgos fonéticos importantes: el principal de estos rasgos es la presencia de una serie de consonantes oclusivas glóticas muy marcadas, que producen un extraño efecto acústico.⁷ En la parte septentrional de dicha zona, todas las lenguas, emparentadas o no entre sí, poseen asimismo diversas formas de *I* sorda y una serie de consonantes oclusivas "velares" (es decir, guturales posteriores). Es difícil concebir que tres rasgos fonéticos tan peculiares como los mencionados hayan podido surgir independientemente en grupos de lenguas vecinos unos de otros.

¿Cómo explicar tales convergencias fonéticas, y muchas otras semejantes? En algunos casos es posible que se trate realmente de analogías arcaicas, debidas a una relación genética que por ahora no somos capaces de demostrar. Pero esta interpretación no nos lleva muy lejos. Hay que excluirla totalmente, por ejemplo, de la explicación de dos de los tres ejemplos europeos citados: está probado que tanto las vocales nasalizadas como la *yeri* eslava tienen en indoeuropeo un origen se-

los labios y sin redondearlos. Corresponde, por lo general, a una *u* larga indoeuropea.

⁷ Parece haber sonidos análogos o parcialmente análogos en ciertas lenguas del Cáucaso.

cundario. Aunque examinemos el proceso en forma muy detallada, no podemos dejar de deducir que los sonidos del lenguaje, o ciertas maneras peculiares de articulación, tienden a difundirse por una zona geográfica continua, así como los elementos de la cultura irradian desde un centro geográfico. Cabe suponer que las variaciones individuales que surgen en las fronteras lingüísticas —ya sea por el inconsciente contagio sugestivo de los hábitos lingüísticos extranjeros, ya por el paso de sonidos extranjeros al habla de individuos bilingües— han ido incorporándose gradualmente a la corriente fonética de la lengua. Mientras ésta aspire ante todo a mantener su sistema fonético, no los sonidos en cuanto tales, no hay en realidad motivo alguno capaz de impedir que una lengua asimile inconscientemente sonidos extraños que han logrado penetrar en la gama de variaciones individuales, con tal de que esas nuevas variaciones (o variaciones antiguas reforzadas) no choquen con la corriente normal de la lengua.

Bastará un ejemplo sencillo para ilustrar lo que acabamos de exponer. Imaginémonos dos lenguas vecinas, pero no emparentadas: A y B; ambas tienen una *l* sorda (cf. la *ll* del galés). Damos por supuesto que esta coincidencia es meramente casual. Quizá un estudio comparativo revele que la *l* sorda de la lengua A corresponde en otras lenguas afines a una serie sibilante: que una antigua alternancia *s* : *sh* se ha convertido en *l* (sorda) : *s*.⁸ Ahora bien, ¿quiere esto decir que la *l* sorda de la lengua B haya tenido el mismo origen? De ninguna manera. Es posible que en B exista una marcada tendencia a aspirar el final de las palabras, y que en un principio la *l* final estuviera seguida, lo mismo que las vocales finales, de una fuerte aspiración. Quizá muchos individuos tendieran a anticipar un tanto ese sordo escape de aire, ensordecendo así el final de la última *l* —tal como en ciertas palabras inglesas, por ejemplo *felt* [pretérito y participio de *to feel* 'sen-

⁸ Es lo que ha ocurrido en uno de los dialectos athabaskas de la región del Yukon.

tir'] la *l* suele ensordecirse parcialmente, anticipando el sonido sordo de la *t*. Sin embargo, es muy posible que esa *l* final con latente tendencia hacia el ensordecimiento nunca hubiera llegado a convertirse en una *l* enteramente sorda de no haber intervenido la influencia de la lengua A; la *l* sorda de A puede haber actuado como estímulo inconsciente, o puede haber sugerido ese cambio radical dentro de la corriente de transformación típica de B. Se ha producido, pues, el ensordecimiento de la *l* final; y como ese sonido alternaba en ciertas palabras afines con una *l* sonora en posición media, la *l* sorda ha podido llegar a extenderse por analogía.

A y B tienen en común, pues, un importante rasgo fonético. Con el tiempo podría producirse una total asimilación mutua de sus respectivos sistemas fonéticos (considerados como mera reunión de sonidos), aunque éste sería un caso extremo, que en la práctica no suele ocurrir. Lo más significativo de esas mutuas influencias fonéticas es que cada lengua tiende a mantener intacto su sistema fonético. Mientras no se identifiquen las series de sonidos análogos en dos o más lenguas independientes, mientras sus sonidos tengan diferente "valor" y diferente "peso", no puede decirse que esas lenguas se hayan apartado realmente de su propia corriente de transformación. En el estudio de la fonética, lo mismo que en el del vocabulario, debemos tener cuidado de no exagerar la importancia de las influencias interlingüísticas.

Ya he observado, de pasada, que el inglés adoptó del francés cierto número de elementos morfológicos. El inglés se sirve también de muchos afijos derivados del latín y del griego. Algunos de esos elementos siguen teniendo vida activa: tal ocurre con la terminación *-ize* de *materialize* ['materializar'] y con la terminación *-able* de *breakable* ['rompible']. Estos ejemplos no demuestran realmente la influencia morfológica de una lengua sobre otra. Dejando a un lado la circunstancia de que pertenecen a la esfera de los conceptos deriva-

tivos y no tienen que ver con el problema morfológico nuclear, o sea con la expresión de ideas de relación, es un hecho que tales elementos no han añadido nada a las peculiaridades estructurales del inglés. La lengua podía aceptar sin dificultades la formación de *piteous* ['compasivo'] sobre *pity* ['compasión'], porque ya conocía parejas del tipo de *luck* ['suerte'] — *lucky* ['afortunado']; en cuanto a *material* — *materialize*, ya había en inglés parejas formales análogas, por ejemplo *wide* ['ancho'] — *widen* ['ensanchar']. Así, pues, si hemos de juzgar la influencia morfológica de otras lenguas sobre el inglés por ejemplos como los citados, resulta que esa influencia apenas difiere del simple préstamo de palabras. La introducción de sufijo *-ize* no podía alterar la estructura básica de la lengua, tal como no la podía alterar la incorporación de cierto número de palabras. Si el inglés hubiera creado una nueva forma de futuro a base del futuro sintético del francés, o si hubiera aceptado del latín y del griego el empleo de la reduplicación como recurso funcional (latín *tango* : *tetigi*; griego *leipo* : *léloipa*), habría motivo para hablar de una verdadera influencia morfológica. Pero de hecho no se encuentran influencias de ese alcance. En toda la historia de la lengua inglesa no puede señalarse un solo cambio morfológico de importancia que no deba su origen a la corriente de transformación propia de la lengua, aunque en algunos casos es probable que la influencia de las formas francesas haya acelerado un tanto esa transformación.⁹

Importa observar que el desarrollo morfológico del inglés ha sido continuo y autónomo, y que las influencias extrañas han afectado en muy escasa medida su estructura fundamental. Ha habido quienes afirmen que con la llegada de los normandos a Inglaterra se produjo en la lengua una especie de caos, y que los

⁹ En el terreno de la sintaxis se observan ciertas influencias francesas y latinas, pero es muy dudoso que éstas llegaran más allá del lenguaje escrito. Muchas influencias de este tipo afectan más al estilo literario que a la morfología propiamente dicha.

invasores alteraron a su antojo la tradición anglosajona. Hoy los lingüistas son más cautos. Es evidente que puede producirse un desarrollo general de las formas analíticas sin que intervengan influencias extrañas como las que afectaron al inglés; lo muestra claramente la historia de la lengua danesa, la cual ha desarrollado aún más que el inglés ciertas tendencias a la asimilación. El inglés puede servir muy bien de prueba a *fortiori*. A fines de la Edad Media, en un momento en que su tendencia a las formas analíticas era particularmente marcada, el inglés se vió inundado de palabras francesas. En esa época la lengua estaba, pues, cambiando a grandes pasos, en lo interior y en lo exterior. Lo raro no es que el inglés haya adoptado varios rasgos morfológicos extraños, que no hicieron más que aumentar su caudal concreto, sino que, a pesar de estar tan expuesto a influencias remodeladoras, se haya mantenido tan fiel a su propio tipo y a su propia corriente histórica. La historia lingüística general confirma las conclusiones a que nos lleva el estudio de la lengua inglesa. En ninguna parte encontramos influencias morfológicas de una lengua sobre otra que sean algo más que superficiales. De esto pueden sacarse varias conclusiones, alguna de las cuales debe ser la más acertada: 1) aunque no es imposible que se den importantes influencias morfológicas, su acción es tan lenta, que no ha llegado a afectar aquella reducida porción de la historia lingüística que ha dejado huellas documentales; 2) en ciertas condiciones favorables, pueden provocarse desde fuera profundos trastornos morfológicos; tales condiciones son, por ejemplo, una peculiar inestabilidad del tipo lingüístico o un intensísimo contacto cultural; ninguna de esas circunstancias se ha dado en las lenguas que conocemos; 3) no hay motivo para suponer que una lengua puede ejercer sobre otra una influencia morfológica capaz de alterar su estructura básica.

Por lo pronto, debemos limitarnos a reconocer un hecho asombroso: a menudo ocurre que dentro de una extensa zona geográfica se encuentren importantes ras-

gos morfológicos en lenguas tan diferentes una de otra, que se las considere genéticamente independientes. En ocasiones hay motivo para creer que tales semejanzas son puramente casuales, que esos rasgos análogos han surgido de manera independiente en varias lenguas no relacionadas. Sin embargo, ciertos detalles morfológicos son demasiado peculiares para que puedan interpretarse en forma tan sencilla: debe de haber algún factor histórico que los explique. Ahora bien, hay que recordar que el concepto de "familia lingüística" nunca es definitivo.¹⁰ Lo único que podemos decir sin temor de incurrir en equivocaciones es que tales y cuales lenguas descienden de una fuente común, pero no podemos afirmar que tal o cual lengua no tenga ese mismo origen. Debemos reconocer que no hay suficientes testimonios acerca de las relaciones genéticas para que sea posible declarar de manera absoluta el origen común de determinadas lenguas, con exclusión de otras. Por consiguiente, ¿no es verosímil que muchos casos de analogía morfológica entre lenguas divergentes de un territorio limitado sean los últimos vestigios de una primitiva identidad morfológica y fonética, que la labor destructura de las corrientes divergentes ha hecho irreconocible? Es probable que entre el inglés y el irlandés modernos haya todavía un número suficiente de semejanzas léxicas y morfológicas para sacar conclusiones más o menos concluyentes acerca de su relación genética, a base sólo de los testimonios que tenemos actualmente a nuestro alcance. Es cierto que de éstos no podremos sacar tantas pruebas como de los datos históricos y comparativos que poseemos; algo cabría hacer, sin embargo. Pero bastará que pasen dos o tres milenios para que desaparezcan tales semejanzas, y para que un estudio basado únicamente en las características que tengan el inglés y el irlandés de ese momento las califique de lenguas "no emparentadas". Seguirán teniendo en común ciertos rasgos morfológicos fundamentales, pero será difícil valorarlos. Habrá que con-

¹⁰ Véase *supra*, p. 175.

trastar ambas lenguas con otras aún más divergentes, como el vascuence o el finlandés, para que tales semejanzas cobren su auténtico valor histórico y se descubra en ellos el vestigio de un origen común.

No puedo menos de sospechar que muchas de las principales analogías morfológicas que se encuentran en lenguas divergentes tienen que interpretarse justamente como vestigios de una primitiva identidad. La teoría de los "préstamos" no alcanza a explicar esos rasgos fundamentales de la estructura, ocultos en el núcleo mismo del complejo lingüístico, que coinciden, por ejemplo, en las lenguas semíticas y las camíticas, en los diversos idiomas del Sudán, en los idiomas malayo-polinesios, mon-khmer¹¹ y munda,¹² en las lenguas athabaskas, el tlingit y el haida. No debemos dejarnos contagiar por la timidez de los especialistas, que tan a menudo carecen del sentido de lo que llamo "perspectiva de los contrastes".

En algunas ocasiones se ha intentado explicar la diseminación de esos rasgos fundamentales de la estructura mediante la teoría de la difusión. Es bien sabido que los mitos, las ideas religiosas, los tipos de organización social, los métodos industriales y otros aspectos de la cultura viajan de un lugar a otro y adquieren gradualmente carta de naturaleza en culturas que antes los desconocían. Se sabe asimismo que las palabras pueden difundirse en igual medida que los elementos culturales, que también los sonidos pueden pasar de idioma a idioma, y que otro tanto suele ocurrir con los elementos morfológicos. Podemos dar un paso más, y reconocer que ciertas lenguas han adoptado, con toda probabilidad, rasgos estructurales extraños, debido al contagio sugestivo de lenguas vecinas. Sin embargo, basta examinar de cerca los casos en que se ha dado este fenómeno¹³ para comprender un hecho de gran

¹¹ Grupo de lenguas habladas en el Asia sudoriental, cuyo representante más conocido es el khmer (cambodgiano).

¹² Grupo de lenguas del Noreste de la India.

¹³ Me refiero, por ejemplo, a la presencia de las posposiciones

importancia, a saber, que casi siempre se trata de adiciones superficiales, que no llegan al núcleo morfológico de la lengua. Mientras los testimonios históricos directos con que contamos no nos ofrezcan ejemplos realmente convincentes de una profunda influencia morfológica debida a la diseminación de rasgos estructurales, haremos bien en no confiar demasiado en las teorías de la difusión.

En términos generales diremos, pues, que las principales coincidencias y divergencias de las formas lingüísticas —sistema fonético y morfología— son producto de la corriente autónoma de transformación del lenguaje, no de rasgos aislados y diseminados que se agrupan al acaso en un lugar o en otro. El lenguaje es quizá el fenómeno social que más se resiste a influencias extrañas, el que más se basta a sí mismo. Es más fácil suprimir del todo una lengua que desintegrar su forma individual.

en el alto chinook, debida evidentemente a la influencia de las vecinas lenguas sahaptin. Otro caso es el del takelma, que emplea prefijos instrumentales por influencia de las lenguas hokan (shasta y karok) que se hablan en las inmediaciones.

X

LENGUAJE, RAZA Y CULTURA

EL LENGUAJE tiene su escenario. Las personas que hablan una lengua pertenecen a determinada raza (o a diversas razas), es decir, a un grupo que difiere de otros por ciertas características físicas. Además, las distintas lenguas no se dan independientemente de la cultura, esto es, del conjunto de costumbres y creencias que constituye una herencia social y que determina la textura de nuestra vida. Los antropólogos suelen estudiar al hombre bajo tres aspectos: raza, lengua y cultura. Cuando se enfrentan a una zona natural como el África o como las islas de los mares del Sur, comienzan por dividirla de acuerdo con estos tres puntos de vista. Sus estudios responden a las siguientes preguntas: 1) ¿Cuáles son las principales especies en que se divide el animal humano desde el punto de vista biológico (por ejemplo, el negro del Congo, el blanco de Egipto; el australiano de piel oscura, el polinesio) y dónde se encuentran? 2) ¿Cuáles son los grupos lingüísticos, las "familias lingüísticas" que abarcan mayor cantidad de lenguas, y cómo está distribuida cada una de esas familias (por ejemplo, las lenguas camíticas del Norte de África, las bantú del Sur; las lenguas malayo-polinesias de Indonesia, Melanesia, Micronesia y Polinesia)? 3) ¿Cómo pueden clasificarse, desde el punto de vista de la cultura, los habitantes de la zona estudiada? Es decir, ¿cuáles son las principales "zonas culturales" y qué ideas predominan en cada una de ellas (cultura mahometana al Norte de África; cultura primitiva no agrícola, sino de cazadores, entre los bosquimanos de Sudáfrica; cultura físicamente pobre, pero rica en ceremonias rituales, entre los indígenas australianos; cultura más adelantada y más especializada en Polinesia, etc.)?

El hombre de la calle no se detiene a meditar en la

posición que ocupa dentro del esquema general de la humanidad. Se da cuenta de que representa una parte vigorosamente integrada del género humano —concebido unas veces como “nacionalidad” y otras como “raza”—, y que todo lo que le pertenece a él, en cuanto representante típico de ese grupo, forma en cierto modo un conjunto bien integrado. Si se trata de un inglés, se considerará miembro de la raza “anglosajona”, de la cual es expresión la lengua inglesa. La ciencia, en cambio, es más fría: lo que trata de saber es si esos tres tipos de clasificación —racial, lingüística y cultural— son coherentes, si su asociación es inherente y forzosa o sólo un asunto de historia externa. La respuesta a tales interrogaciones no favorece mucho a los que tienen una preferencia sentimental por la “raza”. Los historiadores y los antropólogos han llegado a la conclusión de que las razas, las lenguas y las culturas no están distribuídas en forma paralela, que las zonas de distribución de los tres aspectos se entrecruzan de la manera más desconcertante, y que la historia de cada uno de ellos es muy distinta de la de los demás. Las razas tienden a mezclarse en forma muy diferente de como se mezclan las lenguas; éstas, por su parte, suelen traspasar sus fronteras primitivas e invadir el territorio de otras razas y de otras esferas culturales. Hasta puede ocurrir que una lengua desaparezca del lugar que le dió origen y sobreviva en pueblos violentamente hostiles contra los individuos a quienes pertenecía esa lengua como patrimonio original. Por otra parte, los accidentes de la historia están reajustando de manera continua las fronteras de las zonas culturales, sin que por eso desaparezcan forzosamente las divisiones lingüísticas. Debemos convencernos, de una vez por todas, de que las razas, en su único sentido coherente, que es el biológico, son soberanamente indiferentes a la historia de las lenguas y de las culturas, de que para dar una explicación de éstas es tan inútil la raza como las leyes de la física y de la química. Sólo así llegaremos a tener una perspectiva que, si bien

concede cierta atención a los conceptos místicos de "genio eslavo", "mentalidad anglosajona", "teutonismo", "alma latina", etc., se niega rotundamente a caer en la trampa de alguno de ellos. No hay mejor manera de desinflar esos prejuicios sentimentales que ponerse a estudiar de cerca la distribución de las lenguas y la historia de esa distribución.

Es fácil demostrar que un grupo de lenguas no corresponde necesariamente a un grupo racial ni a una zona cultural. Más aún: podemos hacer ver que una sola lengua se habla entre distintas razas y distintas culturas. No es una raza única la que habla la lengua inglesa. En los Estados Unidos hay varios millones de negros que no conocen otro idioma; el inglés es su lengua materna, la vestidura de sus sentimientos y pensamientos más íntimos, es tan "de ellos", les pertenece tanto como al mismísimo rey de Inglaterra. Y, por su parte, los hombres blancos de habla inglesa que viven en los Estados Unidos no constituyen tampoco una raza única y bien definida, a no ser que se pueda decir eso por contraste con la raza negra. Según la antropología física, hay en Europa tres razas blancas principales, que son la báltica o del Norte de Europa, la alpina y la mediterránea: pues bien, cada una de estas razas tiene en los Estados Unidos gran número de representantes, los cuales, por supuesto, son de habla inglesa. Sin embargo, ¿no cabría decir que el núcleo histórico de los pueblos que hablan inglés, que esos hombres relativamente "no mezclados" que aún residen en Inglaterra y en sus colonias representan una raza única y pura? No hay, que yo sepa, prueba alguna en apoyo de semejante hipótesis. Los ingleses constituyen una amalgama de muchos grupos raciales diferentes. Además del antiguo elemento "anglosajón", esto es, germánico del Norte, considerado por lo común como grupo básico de la población, la sangre inglesa incluye elementos franco-normandos,¹ escandina-

¹ Que a su vez son una amalgama de elementos del Norte de Francia con elementos escandinavos.

vos, "célticos"² y pre-célticos. Si entre los "ingleses" incluimos también a los escoceses y a los irlandeses,³ estamos aplicando el término "celta" a dos elementos raciales muy diversos, si es que no a más: el tipo galés, de baja estatura y piel morena, y el tipo de los Highlands y de varias partes de Inglaterra, que es más alto, más rubio y a menudo pelirrojo. Aun limitándonos al elemento sajón, que, por supuesto, nunca se da en forma "pura", nos topamos con dificultades. Hablando sin ningún afán de precisión, podemos identificarlo con el tipo racial que hoy predomina en la parte meridional de Dinamarca y en las regiones adyacentes de la Alemania septentrional. Si esta identificación es acertada, tendremos que resignarnos a admitir que, de las tres lenguas históricamente emparentadas con el inglés, la menos cercana es el escandinavo (la más próxima es el frisón, y le siguen los demás dialectos germánicos occidentales: el bajo sajón o Plattdeutsch, el holandés, el alto alemán), y que el tipo racial específicamente "sajón" que invadió a Inglaterra en los siglos v y vi coincidía a grandes rasgos con el tipo representado en nuestros días por los daneses, que hablan una lengua escandinava; la población de la Alemania

² La sangre "céltica" de los hombres que viven en lo que ahora es Inglaterra y Gales no se encuentra únicamente en las regiones de habla céltica (País de Gales y, hasta hace poco, Cornualles). Todo parece mostrar que las tribus germánicas invasoras (anglos, sajones, jutos) no exterminaron a los celtas "britónicos" de Inglaterra ni los forzaron a emigrar a Gales y Cornualles en su totalidad (los manuales de historia se empeñan siempre en desterrar a los pueblos vencidos a los reductos de las montañas y a los rincones más apartados), sino que se mezclaron con ellos y se limitaron a imponerles su lengua y su gobierno.

³ De hecho, no hay manera de separar del todo a ingleses, escoceses e irlandeses. Estos términos tienen un valor más sentimental que propiamente racial. Ha habido mezcla continua durante siglos, y sólo en las regiones apartadas encontramos tipos relativamente puros, como los escoceses de los Highlands en las Hébridas. En los Estados Unidos los elementos ingleses, escoceses e irlandeses se han mezclado de manera inextricable.

central y meridional que habla el alto alemán⁴ tiene, en cambio, un carácter muy distinto.

Ahora bien, ¿qué ocurre si hacemos caso omiso de tan sutiles distinciones y damos por averiguado que la distribución del tipo racial "teutónico" o báltico o europeo septentrional coincidió con la de las lenguas germánicas? ¿Acaso no estamos pisando terreno seguro? No: la situación se nos complica ahora más que nunca. Por principio de cuentas, la mayor parte de la población de habla alemana (Alemania central y meridional, la Suiza Alemana, la Austria alemana) no pertenece a la raza "teutónica", alta, rubia y de cabeza alargada,⁵ sino a la raza alpina, de menor estatura, de piel más morena y de cráneo más bien redondo,⁶ representada también por los habitantes del centro de Francia, por los suizos de habla francesa y por muchos grupos eslavos del Occidente y del Norte (por ejemplo, los bohemios y los polacos). La distribución de esas poblaciones "alpinas" corresponde en parte a la de los antiguos "celtas" del continente europeo, cuya lengua cedió en todas partes a la presión itálica, germánica y eslava. Lo mejor será no emplear para nada la expresión "raza céltica", pero, si se nos forzara a darle un contenido, quizá deberíamos aplicarla en términos generales a los pueblos alpinos del Occidente y no a los dos tipos isleños antes mencionados, aunque estos últimos, es cierto, se asimilaron a los celtas en lengua y también, parcialmente, en sangre, del mismo modo como siglos más tarde casi toda Inglaterra y parte de Escocia se "teutonizaron" por influencia de los anglos y de los sajones. Desde el punto de vista lingüístico, los "celtas" de hoy (los gaélicos irlandeses, los galeses, los bretones) son celtas, y la mayor parte de los alemanes de hoy son germanos,

⁴ El alto alemán que se habla hoy en el Norte de Alemania no es muy antiguo; es producto de la difusión del alemán oficial, basado en un dialecto alto alemán (el alto sajón), a expensas del Plattdeutsch.

⁵ "Dolicocéfala".

⁶ "Braquicéfala".

exactamente del mismo modo como los negros norteamericanos, los judíos americanizados, los suecos de Minnesota y los germano-americanos son "ingleses".

A todo esto hay que añadir que la raza báltica no se compone ahora ni se ha compuesto nunca exclusivamente de gentes de habla germánica. Los "celtas" de las regiones más septentrionales, como los escoceses de los Highlands, son con toda probabilidad una rama particular de esa raza. Nadie sabe qué idiomas hablaban esos pueblos antes de asimilarse a los celtas, pero no hay testimonio alguno que nos incline a pensar que su lengua fuera germánica; puede haber diferido tanto de todas las lenguas indoeuropeas conocidas como difieren actualmente de ellas el vascuence y el turco. Por otra parte, al Este de la zona habitada por los escandinavos hay pueblos no germánicos de raza báltica, los finlandeses y otros pueblos afines, cuyos idiomas, a lo que se sabe, no parecen tener relación alguna con el indoeuropeo.

Y no es esto todo. La situación geográfica de las lenguas germánicas⁷ hace pensar que, con mucha probabilidad, proceden de un dialecto indoeuropeo (quizá de un prototipo celto-itálico) que en época muy remota fué trasplantado a un pueblo báltico cuyo idioma o grupo de idiomas no estaba emparentado con el indoeuropeo.⁸ Esto equivale a decir que el inglés no sólo es

⁷ Si sacamos conclusiones retrospectivas de los datos que tenemos a la mano, resultará que probablemente esas lenguas se limitaban en un principio a una zona más o menos reducida del Norte de Alemania y de Escandinavia. Es evidente que esa región queda al margen de la zona total ocupada por los pueblos de habla indoeuropea. Parece que hacia el año 1000 antes de nuestra era su centro de gravedad se situaba al Sur de Rusia.

⁸ Es cierto que esto no pasa de ser una teoría, pero los testimonios técnicos que la apoyan son más vigorosos de lo que podría suponerse. Es asombrosa la cantidad de palabras germánicas comunes y características que no pueden asociarse con ningún elemento radical indoeuropeo conocido; es posible que se trate de vestigios de la hipotética lengua pre-germánica. Entre esas palabras se cuentan, por ejemplo, las inglesas *house* ['casa'], *stone*

hoy patrimonio de diversas razas, sino que parece probable que su prototipo haya sido en un principio una lengua extraña a la raza con la cual se asocia preponderantemente. No nos hagamos ilusiones: el inglés, lo mismo que el grupo de lenguas a que pertenece, no es en modo alguno expresión de la raza; no encarna cualidades que reflejen el temperamento —el “genio”— de un tipo especial de seres humanos.

Aún podríamos aducir, si tuviéramos espacio para ello, muchos otros ejemplos, todavía más notables, de esa falta de correspondencia entre la raza y la lengua. Bástenos citar un caso más. Las lenguas malayo-polinesias constituyen un grupo bien definido, localizado en el extremo meridional de la Península Malaya y en el vastísimo archipiélago que se extiende hacia el Sur y el Oriente (con excepción de Australia y de la mayor parte de la Nueva Guinea). En esta enorme zona encontramos nada menos que tres razas diferentes: los papúes, raza negroide que habita la Nueva Guinea y la Melanesia, la raza malaya de Indonesia y la raza polinesia de las islas periféricas. Los polinesios y los malayos hablan lenguas del grupo malayo-polinesio, y las lenguas de los papúes pertenecen en parte a ese mismo grupo (idioma melanesio) y en parte a las lenguas —no emparentadas con él— de la Nueva Guinea (lenguas “papúes”).⁹ A pesar de que las razas que más difieren una de otra en esta región son la papú y la polinesia, la principal división lingüística está entre el malayo, por una parte, y el melanesio y el polinesio, por la otra.

Con la cultura ocurre lo mismo que con la raza. En un nivel de vida primitiva, en el cual no interviene el poder unificador de ideal “nacional”,¹⁰ que es el que

[‘piedra’], sea [‘mar’], wife [‘mujer’] y sus correspondientes alemanes Haus, Stein, See y Weib.

⁹ Sólo en la zona más oriental de esta isla hay papúes de habla melanesia.

¹⁰ Una “nacionalidad” constituye un gran grupo sentimentalmente unificado. Los factores históricos que producen el senti-

suele trastornar el curso de lo que podríamos llamar las distribuciones naturales, es particularmente fácil demostrar que la lengua y la cultura no se encuentran ligadas por una asociación forzosa. En una misma cultura entran a menudo lenguas disímiles, y otras veces ocurre que lenguas muy emparentadas —o aun una sola lengua— pertenezcan a esferas culturales distintas. Los pueblos aborígenes de la América del Norte nos ofrecen muchos y excelentes ejemplos. Así, las lenguas athabaskas constituyen uno de los grupos más uniformes, de estructura más peculiar de que tengamos noticia.¹¹ Los pueblos que se sirven de estas lenguas pertenecen a cuatro zonas culturales distintas: en el Oeste del Canadá y en el interior de Alaska (indios loucheux y chipewyanos) predomina una cultura simple, de cazadores; en las Llanuras (indios de raza sarcee), los habitantes se dedican a la cría del búfalo; en el Sudoeste (indios navajos) hay una cultura de marcado ritualismo, y en el Noroeste de California (indios de raza hupa), una cultura peculiarmente especializada. La capacidad de adaptación cultural de los pueblos de habla athabaska contrasta de manera curiosa con su renuencia a aceptar influjos extraños en su lengua.¹² Los indios hupas son típicos representantes de la zona cultural a que pertenecen. Los indios yurok y los in-

miento de unidad nacional son de índole muy diversa: factores políticos, culturales, lingüísticos, geográficos, y en algunos casos religiosos. A veces entran también en juego factores raciales, aunque el acento que se carga sobre la "raza" tiene por lo común un valor más bien psicológico que estrictamente biológico. En las regiones dominadas por el sentimiento nacional, la lengua y la cultura tienden a uniformarse y a particularizarse: de ahí que cuando menos las fronteras lingüísticas y culturales suelen coincidir. Pero aun en el mejor de los casos la unificación lingüística nunca llega a ser absoluta, y, por su parte, la unidad cultural es muchas veces superficial, de carácter más bien político, no profundo ni significativo.

¹¹ Ni siquiera las lenguas semíticas, por peculiares que sean, nos ofrecen señales más características que las que encontramos en este grupo.

¹² Véase *supra*, p. 223.

dios karok, que habitan en las cercanías, tienen la misma cultura que los hupas; hay entre las tres tribus un intenso intercambio, a tal grado que cuando en una de ellas se celebra una ceremonia religiosa asisten las otras dos. Es difícil decir qué elementos de su cultura común proceden de una tribu o de otra, pues han llegado a una identificación total de sus sentimientos, de su modo de pensar y de su acción comunal. Y, sin embargo, sus lenguas no sólo no tienen parentesco alguno entre sí, sino que cada cual pertenece a un grupo lingüístico distinto, entre los tres principales que existen en la América del Norte, y que se extienden por vastas zonas del continente. El hupa, como ya hemos visto, pertenece a las lenguas athabaskas, y en cuanto tal se relaciona también, remotamente, con el haida (islas de la Reina Carlota) y con el tlingit (Alaska meridional). Por su parte, el yurok es una de las dos lenguas californianas aisladas de la familia de idiomas algonquines, cuyo centro de gravedad se localiza en la región de los Grandes Lagos. El karok, finalmente, es la lengua más septentrional del grupo hokan, que se extiende muy hacia el Sur, más allá de los límites del Estado de California, y que es pariente lejana de algunas lenguas de las costas del Golfo de México.

Volviendo al inglés, creo que casi todos los norteamericanos estarían dispuestos a reconocer que si entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos hay comunidad lingüística, hay también una comunidad cultural. Se suele decir, en efecto, que ambos países tienen en común una herencia cultural "anglosajona"; y sin embargo, ¿no hay acaso una serie de importantes diferencias en el modo de vivir y de sentir, que no se tienen lo bastante en cuenta justamente por esa tendencia de los hombres "cultos" a partir del supuesto de la herencia común? Si los Estados Unidos siguen siendo "ingleses", lo son sólo por la huella o los vestigios de la época colonial. Su cultura tiende ante todo a una evolución autónoma y particular, y, por otra parte, se orienta hacia una fusión con la cultura europea

general, de la cual la cultura de Inglaterra no constituye sino un solo aspecto. No hemos de negar que el hecho de tener una lengua común sigue facilitando y facilitará aún durante mucho tiempo la mutua comprensión cultural entre Inglaterra y los Estados Unidos, pero es imposible no ver que existen otros factores (y algunos de ellos se multiplican con gran rapidez) que trabajan con todas sus fuerzas por contrarrestar esa influencia uniformadora. Ninguna lengua común es capaz de garantizar para siempre una cultura común cuando los factores geográficos, políticos y económicos de esa cultura dejan de ser iguales en toda la zona abarcada por ella.

No existe necesariamente una correlación entre la lengua, la raza y la cultura. Esto no quiere decir que no la haya nunca. De hecho, las divisiones raciales y culturales tienden en cierta medida a coincidir con las demarcaciones lingüísticas, aunque puede ocurrir que estas últimas no tengan la misma importancia que las otras dos. Así, hay una frontera bastante clara entre las lenguas, la raza y la cultura polinesias, por una parte, y las lenguas, la raza y la cultura de los melanesios, por la otra, y esto a pesar de toda una serie de coincidencias.¹³ Pero la división racial y la cultural —sobre todo la primera— son de gran importancia, mientras que la división lingüística tiene escaso alcance, puesto que las lenguas polinesias no constituyen más que una subdivisión dialectal del grupo mixto melanesio-polinesio.

Pueden encontrarse coincidencias aún más claras. La lengua, la raza y la cultura de los esquimales difieren en muy gran medida de las de los pueblos vecinos,¹⁴

¹³ Los habitantes de Fiji, por ejemplo, son de raza papú (negroide), pero por sus afinidades culturales y lingüísticas son más polinesios que melanesios.

¹⁴ Aunque también en este aspecto hay importantes coincidencias: los esquimales que habitan al Sur de Alaska adoptaron la cultura de sus vecinos tlingit. A su vez, en el Noreste de Siberia no hay una frontera cultural claramente delineada entre los esquimales y los chukchi.

y en el Sur de África la lengua, la raza y la cultura de los bosquimanos contrastan aún más con las de sus vecinos de raza bantú. Tales coincidencias tienen, por supuesto, enorme importancia, pero no porque haya una relación psicológica inherente entre los tres factores, entre raza, lengua y cultura. Cuando llegan a coincidir las divisiones, es porque ha habido una asociación histórica fácilmente discernible. Si los africanos de raza bantú difieren tanto de los bosquimanos desde todos los puntos de vista, esto se debe al simple hecho de que los primeros llegaron hace relativamente poco al Sur de África. Los dos pueblos se desarrollaron en total aislamiento uno del otro; su actual vecindad es demasiado reciente para que haya podido actuar poderosamente en el siempre lento proceso de asimilación cultural y racial. Es de suponer que durante muchísimo tiempo había extensos territorios habitados por poblaciones relativamente reducidas, y que el contacto con otras masas de población no era tan intenso y prolongado como llegó a serlo más tarde. El aislamiento geográfico e histórico que produjo las diferenciaciones raciales favoreció también, claro está, la aparición de importantes variaciones en la lengua y en la cultura. El hecho mismo de que, con el tiempo, las razas y las culturas que llegan a tener contacto histórico tiendan a asimilarse unas a otras, mientras que las lenguas de una misma zona geográfica sólo se asimilan una a otra de modo casual y en aspectos puramente superficiales,¹⁵ viene a demostrar que no existe una relación causal profunda entre el desarrollo del lenguaje y el desarrollo específico de la raza y de la cultura.

El lector avisado nos objetará que debe de haber alguna relación entre el lenguaje y la cultura y entre el lenguaje y, por lo menos, ese aspecto intangible de la raza que se suele llamar "temperamento". ¿No es acaso inconcebible que las cualidades colectivas del espíritu que han forjado una cultura no sean exactamente

¹⁵ Cuando una lengua suplanta a otra no se trata propiamente de un caso de asimilación lingüística.

las mismas que han dado lugar al desarrollo de una morfología lingüística particular? Esta pregunta nos lleva a la médula de los problemas más difíciles de la psicología social. Es poco probable que nadie haya llegado hasta ahora a aclarar lo bastante la naturaleza del proceso histórico y de los factores psicológicos fundamentales que han determinado las corrientes lingüísticas y culturales para poder responder de manera inteligente a esa pregunta. Por mi parte, no podré sino exponer brevemente mis propios puntos de vista, o más bien mi actitud general. Sería muy difícil probar que el "temperamento", la disposición afectiva general de un pueblo,¹⁶ sea la causa determinante del curso y de la corriente de una cultura, por más que se manifieste en el tratamiento que cada individuo da a los elementos de esa cultura. Pero aun suponiendo que el temperamento influya en cierta medida en la configuración de la cultura (aunque es difícil precisar de qué manera), no se sigue de ello que influya del mismo modo en la configuración de la lengua. Es imposible mostrar que la forma de un idioma tenga la menor relación con el temperamento nacional. El curso de sus variaciones, la corriente de su transformación, fluye inexorablemente por el cauce creado por sus antecedentes históricos; es tan independiente de los sentimientos y emociones de sus hablantes como lo es el curso de un río con respecto a la cambiante atmósfera del paisaje. Estoy convencido de que es inútil buscar en la estructura lingüística di-

¹⁶ La palabra "temperamento" no ayuda a aclarar las cosas. Muchas de las manifestaciones que se atribuyen, en forma tan imprecisa, al "temperamento" nacional no son en realidad sino actos habituales, efecto de los ideales de conducta recibidos por la tradición. Así, en una cultura que no vea con buenos ojos la expresión de los sentimientos personales, la tendencia natural a dar salida a las emociones se refrena más que en otras partes. Sería erróneo deducir que esta inhibición normal de las emociones, que no constituye sino un hecho cultural, es un rasgo temperamental del pueblo. Por lo común sólo podemos considerar la conducta humana a través de sus modificaciones culturales. El temperamento, en cuanto tal, es sumamente difícil de captar.

ferencias que correspondan a las variaciones temperamentales que, según se dice, son inherentes a la raza. A este propósito conviene recordar que el aspecto emotivo de nuestra vida psíquica influye muy poco en la configuración del lenguaje.¹⁷

El lenguaje está íntimamente ligado con nuestros hábitos de pensamiento; en cierto sentido, ambas cosas no son sino una sola. Como nada nos indica que existan profundas diferencias raciales en la conformación primordial del pensamiento, la inagotable riqueza de la forma lingüística, o sea la infinita variabilidad del verdadero proceso del pensamiento, no puede decirnos nada acerca de tales diferencias raciales profundas. Esto parece una paradoja, pero sólo lo es a primera vista. El contenido latente de todos los idiomas es siempre el mismo: la ciencia intuitiva de la expresión. Es una forma externa que nunca se repite exactamente del mismo modo; pues esa forma que llamamos morfología lingüística no es ni más ni menos que un arte colectivo del pensamiento, un arte libre de todas las incongruencias del sentimiento individual. En último análisis, el lenguaje no puede, pues, brotar de la raza, tal como no puede brotar de ella el soneto.

Y no creo tampoco que exista una verdadera relación causal entre la cultura y el lenguaje. La cultura puede definirse como *aquello* que una sociedad hace y piensa. El lenguaje, en cambio, es un *cómo* peculiar del pensamiento. Es difícil comprender qué relaciones causales concretas pueden existir entre el selecto caudal de experiencias (cultura: selección significativa hecha por la sociedad) y el modo característico como la sociedad expresa todas las experiencias. El curso de la cultura, o sea la historia, se compone de una serie compleja de cambios dentro del selecto patrimonio de la sociedad: adiciones, pérdidas, cambios de énfasis y de relación. Por su parte, la corriente del lenguaje nada tiene que ver con los cambios de contenido: sólo con los cambios de la expresión formal. En teoría, es posible

¹⁷ Véase *supra*, pp. 48-49.

alterar todos los sonidos, vocablos y conceptos concretos de una lengua sin que por eso se modifique en lo más mínimo su realidad interna: dentro de un molde determinado puede verse agua, yeso u oro derretido. Si se pudiera llegar a demostrar que la cultura tiene una forma innata, una serie de rasgos absolutamente independientes del contenido de cualquier descripción, contaríamos con un término de comparación entre la cultura y el lenguaje, y quizá con una manera de relacionar las dos cosas. Pero mientras no se descubran y expongan tales esquemas puramente formales de la cultura, lo mejor que podemos hacer es mantener separadas la corriente del lenguaje y la de la cultura, como procesos disímiles y no susceptibles de comparación. Es decir que son del todo inútiles los intentos de relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas paralelas de desarrollo cultural. Bien visto, esos paralelismos no existen. Basta una ojeada para confirmar nuestro argumento. En todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas, simples y complejas. Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el último porquerizo de Macedonia, y Confucio con el salvaje cazador de cabezas de Assam.

No hace falta decir que el contenido mismo del lenguaje está íntimamente relacionado con la cultura. Una sociedad que no conozca la teosofía no necesita tener un nombre para designarla; los aborígenes que nunca habían visto un caballo ni lo habían oído mencionar se vieron forzados a inventar una palabra o a adoptar una extraña para referirse a ese animal cuando lo vieron con sus propios ojos. Es muy cierto que la historia del lenguaje y la historia de la cultura fluyen por cauces paralelos, en el sentido de que el vocabulario de una lengua refleja con mayor o menor fidelidad la cultura a cuyo servicio se encuentra. Pero esta forma superficial y externa de paralelismo tiene escaso interés para el lingüista, excepto en la medida en que el desarrollo o el préstamo de nuevas palabras ayuda a

aclarar de paso las tendencias formales de la lengua. El lingüista no debe cometer el error de identificar una lengua con su diccionario.

Los argumentos expuestos en el presente capítulo y en el que le precede han sido, en su mayor parte, de orden negativo, pero creo que esas negaciones son saludables. Quizá no haya mejor manera de conocer la naturaleza esencial del habla que ver lo que no es y lo que no hace. Las relaciones superficiales del lenguaje con otros procesos históricos son tan estrechas, que es necesario liberarlo de ellas si queremos examinar el lenguaje por lo que es en sí mismo. Todas las verdades que hemos ido descubriendo acerca del lenguaje nos revelan que se trata de la obra más importante y más monumental que ha llegado a crear el espíritu humano: es nada menos que la forma acabada con que se expresan todas las experiencias susceptibles de comunicación. Esta forma puede sufrir infinitas variaciones en cada individuo, sin que por eso pierda sus contornos característicos. Como todo arte, el lenguaje se está remodelando incesantemente. El lenguaje es el arte de mayor amplitud y solidez que conocemos, es la obra gigantesca y anónima de incontables generaciones.

XI

EL LENGUAJE Y LA LITERATURA

LAS LENGUAS son algo más que meros sistemas de transmisión del pensamiento. Son las vestiduras invisibles que envuelven nuestro espíritu y que dan una forma predeterminada a todas sus expresiones simbólicas. Cuando la expresión es de extraordinaria significación, la llamamos literatura.¹ El arte constituye una expresión tan personal, que no nos gusta la idea de que pudiera estar ligado a una forma predeterminada, sea cual fuere. Las posibilidades de la expresión individual son infinitas, y el lenguaje sobre todo es el más flexible de los instrumentos. Sin embargo, esa libertad debe tener sus limitaciones; el instrumento tiene que oponer alguna resistencia. Todo gran arte crea la ilusión de una libertad absoluta. No se perciben en él las restricciones formales impuestas por los materiales (pintura, blanco y negro, mármol, tonos del piano, etcétera, etcétera); parece como si hubiera un infinito margen de libertad entre la plena utilización de la forma por el artista y el máximo rendimiento de que son capaces por sí mismos los materiales. El artista se ha rendido intuitivamente a la inexorable tiranía de los medios de que dispone, ha hecho que el material bruto se adapte a su propia concepción.² Si los medios mate-

¹ No podría detenerme a precisar qué tipo de expresión es lo bastante "significante" para merecer el nombre de arte o de literatura. Por lo demás, no lo sé exactamente. Tendremos que emplear el término "literatura" dando por supuesto que todos saben lo que significa.

² Esta "rendición intuitiva" no tiene nada que ver con una sumisión servil a las convenciones artísticas. Muchas de las revoluciones que han tenido lugar en el arte moderno han estado determinadas por el deseo de hacer que los materiales den de sí todo aquello de que son capaces. Si el impresionista quiere crear la luz y el color es porque las pinturas pueden darle luz y color; rechaza la intromisión de la "literatura" en el arte pictórico, hace a un lado la sugerencia sentimental de una "anécdota", porque no quiere

riales “desaparecen”, es justamente porque en la concepción del artista no hay nada que nos indique la existencia de otros materiales. Por lo pronto, él se mueve en el medio artístico —y nosotros nos movemòs con él— como el pez en el agua, olvidando que existe una atmósfera extraña. Pero basta que el artista infrinja las leyes inherentes a sus medios para que en seguida notemos, sobresaltados, que existe un medio al cual hay que obedecer.

El lenguaje es la materia prima de la literatura, tal como el mármol, el bronce o la arcilla son la materia prima de la escultura. Como toda lengua tiene sus peculiaridades distintivas, las innatas limitaciones —y posibilidades— formales de una literatura nunca coinciden exactamente con las de otra. La literatura forjada con la forma y la sustancia de una lengua tiene el color y la contextura de su matriz. El artista literario quizá no se da cuenta de la manera peculiar como esa matriz lo limita o lo favorece (o lo guía en cualquier otra forma), pero basta que se traduzca su obra a un idioma distinto para que salte a la vista la naturaleza del molde original. El artista ha meditado o sentido intuitivamente todos sus efectos de acuerdo con el “genio” formal de su propia lengua; es imposible trasladarlos a otra sin mengua o alteración. Benedetto Croce³ tiene toda la razón cuando dice que una obra de arte literaria nunca puede traducirse. Sin embargo, la literatura se traduce, y en ocasiones con asombroso acierto. Esto nos lleva a preguntarnos si en la literatura no se mezclan acaso dos niveles distintos de arte: un arte general, no lingüístico, que puede transferirse sin pérdida a un medio lingüístico ajeno, y un arte concretamente lingüístico, incapaz de transferencia.⁴ Me parece que esta distinción es absolutamente

que las virtudes de su forma particular queden oscurecidas por sombras provenientes de otro medio. Del mismo modo, el poeta exige, ahora más que nunca, que las palabras signifiquen exactamente lo que significan.

³ Véase su *Estética*.

⁴ La cuestión de si las obras artísticas son o no transferibles

válida, aunque, en la práctica, ninguno de los dos niveles se llega a dar en forma pura. El arte literario emplea el lenguaje como medio, pero ese medio consta de dos capas: el contenido latente del lenguaje —expresión intuitiva de la experiencia— y la conformación peculiar de una lengua determinada, o sea el cómo concreto de nuestra expresión de la experiencia. La literatura cuya sustancia procede ante todo —nunca por completo— del nivel inferior, por ejemplo una obra de Shakespeare [o el *Quijote*], puede trasladarse sin perder demasiado su carácter. Si su medio predominante es el nivel superior —tomemos por caso un poema de Swinburne [o las *Solitudes* de Góngora]— es prácticamente intraducible. En ambos tipos de expresión literaria se dan obras grandes lo mismo que obras mediocres.

En realidad, la distinción que hemos establecido no contiene misterio alguno. Podemos aclararla en cierta medida si comparamos la literatura con la ciencia. Una verdad científica es siempre impersonal; el medio lingüístico particular en que encuentra su expresión no afecta a su esencia; su mensaje será tan evidente en chino ⁵ como en inglés. Pero necesita de una expresión, y esa expresión tiene que ser por fuerza de orden lingüístico. En realidad, el hecho mismo de captar una verdad de orden científico es un proceso lingüístico,

me parece de auténtico interés teórico. A pesar de todo lo que digamos acerca del carácter soberanamente único de una obra de arte determinada, sabemos muy bien —aunque no siempre lo reconocamos— que no todas las producciones excluyen del mismo modo la posibilidad de una transferencia. Un estudio de Chopin es inviolable; se mueve por completo dentro del mundo acústico del piano; una fuga de Bach puede traducirse a un sistema de timbres musicales diferentes sin que por ello disminuya gravemente su significación estética. Chopin se sirve del lenguaje del piano como si no existiera otro (el medio “desaparece”); Bach habla el lenguaje del piano como un medio práctico para dar expresión a una concepción forjada en el lenguaje general de los tonos.

⁵ Por supuesto, sólo si el idioma chino cuenta con el vocabulario científico necesario. Como cualquier otro idioma, el chino puede proveerse de esas palabras, sin graves dificultades, en cuanto sienta necesidad de ellas.

puesto que el pensamiento no es sino el lenguaje desprovisto de su vestidura exterior. El medio más adecuado para la expresión científica es, pues, un lenguaje general, que podría definirse como una álgebra simbólica, cuyas traducciones vendrían a ser todas las lenguas conocidas. La literatura científica es fácil de traducir, porque la expresión científica original es en sí misma una traducción. La expresión literaria es personal y concreta, pero esto no quiere decir que su significado dependa por completo de las cualidades accidentales del medio. Así, un simbolismo realmente profundo no depende de las asociaciones verbales de una lengua determinada, sino que descansa sobre una base intuitiva subyacente a toda expresión lingüística. La "intuición" del artista, para emplear el término de Croce, surge de inmediato de una experiencia humana general —pensamiento y sentimiento—, y la experiencia individual del artista constituye una selección personalísima de esa experiencia general. En el nivel personal, más profundo, las relaciones de pensamiento no tienen ya una vestidura lingüística concreta: los ritmos son libres, no van ligados en primera instancia a los ritmos tradicionales de la lengua que emplea el artista. A ciertos escritores cuyo espíritu se mueve ante todo en la capa lingüística (o, mejor dicho, en la capa lingüística general), les resulta un tanto difícil expresarse en los términos rígidamente fijos de su idioma. Tenemos la impresión de que, inconscientemente, aspiran a un lenguaje artístico general, a una especie de álgebra literaria que se relacione con el conjunto de todas las lenguas conocidas en la misma forma en que un simbolismo matemático perfecto se relaciona con todas las descripciones perifrásticas de los problemas matemáticos que el habla común y corriente es capaz de dar. La expresión artística de tales escritores es a menudo forzada; suena en ocasiones como traducción de un original desconocido, y de hecho no es otra cosa. Los artistas de ese tipo —un Browning, un Whitman—

nos impresionan más por la grandeza de su espíritu que por el acierto de su arte. Su fracaso relativo es de enorme valor en el sentido de que nos indica la omnipresencia en la literatura de un medio lingüístico más amplio y más intuitivo, más amplio e intuitivo que cualquier lengua determinada.

A pesar de esto, como la expresión humana no puede dejar de ser lo que es, los más grandes artistas literarios, o, por mejor decir, los que más nos satisfacen, como Shakespeare y Heine, son aquellos que han logrado adaptar o ajustar subconscientemente la intuición profunda a los acentos locales de su habla cotidiana. Su arte no nos parece forzado. Su "intuición" personal resulta ser una síntesis completa del arte absoluto de la intuición y del arte innato y concreto del medio lingüístico que emplean. Así, cuando leemos a Heine tenemos la impresión de que el universo entero habla alemán: los materiales "desaparecen".

Toda lengua es en sí misma un arte colectivo de la expresión. En ella yace oculto un conjunto peculiar de factores estéticos (fonéticos, rítmicos, simbólicos, morfológicos) que no coinciden nunca por completo con los de otra lengua. Puede suceder que esos factores conjuguen su acción con la de aquel lenguaje absoluto y desconocido a que he aludido —tal es el método de Shakespeare y de Heine—, o bien que elaboren un arte peculiar e individual, el arte innato del lenguaje, intensificado o sublimado. Este último tipo, al cual pertenece el arte "literario" o más técnico de un Swinburne y de gran número de sutiles poetas "menores", es demasiado frágil para subsistir largo tiempo. Está hecho con materiales espiritualizados, no con espíritu. El éxito alcanzado por poetas como Swinburne tiene el mismo valor diagnosticador que los relativos fracasos de un Browning. Muestra hasta qué punto puede apoyarse el arte literario en el arte colectivo de la lengua misma. Hay escritores que elaboran a tal grado la técnica, que ese arte colectivo se torna exageradamente individual y casi insoportable. No siempre nos gusta que alguien

venga a congelar y a petrificar nuestras realidades más vivas.

Todo artista tiene que aprovechar los recursos estéticos de su propio idioma. Feliz él si la paleta de colores que le suministra la lengua es rica, si el trampolín es ligero; pero no hay que atribuir a su talento las formas afortunadas que son propias de la lengua misma. Debemos partir de las posibilidades de esa lengua, con todo lo que tenga de flexibilidad o de rigidez, y examinar la obra del artista a la luz de tales posibilidades. Es más alta una catedral levantada en la llanura, al nivel del mar, que un simple palo clavado en el Monte Blanco. En otras palabras, no debemos incurrir en el error de admirar un soneto francés por el hecho de que sus vocales son más sonoras que las del inglés, ni censurar la prosa de Nietzsche por la sola razón de que abunda en combinaciones de consonantes que asustarían a cualquier persona de habla inglesa. Juzgar de ese modo la literatura equivaldría a admirar el *Tristán e Isolda* de Wagner simplemente porque nos encanta el sonido de los cornos. Hay ciertas cosas que una lengua determinada puede ejecutar con soberana maestría, y que otra lengua en vano se esforzaría por conseguir. En general, cada defecto tiene sus compensaciones. El sistema vocálico del inglés es por sí mismo más incoloro que el del francés, pero el inglés compensa esa falta con una mayor viveza rítmica. Aun cabe dudar de que la sonoridad innata de un sistema fonético sea tan valiosa desde el punto de vista estético como las relaciones que se dan entre sonido y sonido, la gama total de sus semejanzas y contrastes. Mientras un artista cuente con los elementos necesarios para componer sus secuencias y sus ritmos, poco importan las cualidades sensoriales del material que emplee.

Sin embargo, la trama fonética de una lengua es sólo uno de los elementos que dan a su literatura determinado carácter. Son mucho más importantes las peculiaridades morfológicas. Para el desarrollo del estilo es de gran trascendencia el que la lengua pueda o no

crear palabras compuestas, el que su estructura sea sintética o analítica, el que dentro de la frase las palabras puedan ocupar diversas posiciones o se vean forzadas a adoptar un orden rígidamente predeterminado. Las principales características del estilo (en la medida en que éste consiste en una técnica para construir y disponer las palabras) se encuentran fatalmente dentro de la lengua misma, tal como el efecto acústico general del verso se debe a los sonidos y a los acentos naturales de la lengua. El artista no ve en esos elementos básicos e inevitables del estilo algo que limite su expresión individual; lo que hacen, en realidad, es llevarlo a modelar su estilo de acuerdo con la tendencia natural de la lengua. Es muy poco probable que un gran estilo pueda oponerse realmente a los esquemas formales básicos de la lengua. Todo buen estilo no sólo asimilará esos esquemas, sino que además los aprovechará para crear sobre ellos nuevas formas. El mérito de un estilo como el de W. H. Hudson o el de George Moore⁶ se debe a que ejecutan con desenvoltura y con economía aquello que la lengua se esfuerza continuamente por lograr. El estilo de Carlyle no es, a pesar de su personalidad y de su vigor, un estilo: es un manierismo teutónico. Tampoco de la prosa de Milton y de sus contemporáneos se puede decir que sea propiamente inglesa: casi resulta ser latín, aunque expresado en espléndidas palabras inglesas.

Es curioso el hecho de que las literaturas europeas hayan tardado tanto tiempo en comprender que el estilo no es una cosa absoluta, impuesta al lenguaje de acuerdo con los modelos griegos y latinos, sino que es únicamente la lengua misma, tal como fluye por sus cauces naturales, y dotada de un acento individual lo bastante vigoroso para permitir que la personalidad del artista se ponga de manifiesto como una presencia, no como una acrobacia. Ahora nos damos cuenta con mayor claridad de que hay cosas que en una

⁶ Prescindiendo de algunas peculiaridades individuales en la dicción, en la selección y en la valoración de determinadas palabras.

lengua constituyen un rasgo eficaz y hermoso, y que en otra resultan ser un defecto. El latín y el esquimal, con sus formas ricamente flexionales, se prestan a amplios períodos estilísticos que en inglés producirían un efecto fastidioso. La lengua inglesa hace posible, y aun exige, una soltura de estilo que en chino parecería insípida. Y el chino, por su parte, tiene, en virtud del carácter fijo de sus palabras y secuencias, un fraseo compacto, un conciso paralelismo y un delicado poder de evocación que serían demasiado cortantes, demasiado matemáticos para el genio inglés. Si el hombre de habla inglesa no puede asimilar los exuberantes períodos latinos ni el estilo puntillista de los clásicos chinos, puede sin embargo comprender y sentir el espíritu de esas técnicas extrañas.

Creo que cualquier poeta de habla inglesa de nuestros tiempos envidiaría la concisión que, sin el menor esfuerzo, puede conseguir un poetastro chino. He aquí un ejemplo, traducido literalmente al inglés: ⁷

Wu-river⁸ stream mouth evening sun sink,
north look Liao-Tung,⁹ not see home.
Steam whistle several noise, sky-earth boundless,
float float one reed out Middle-Kingdom.

Estas cuantas palabritas (veintiocho sílabas en el original chino) podrían interpretarse de la siguiente manera: "En la desembocadura del río Yang-tse, mientras el sol se pone, miro hacia el Norte, hacia Liao-Tung, pero no veo mi casa. La sirena del vapor silba varias veces sobre la infinita extensión en que se confunden el cielo y la tierra. Flotando mansamente, como una caña, el buque sale del Reino Medio".¹⁰ Pero no hay que envidiar demasiado esa concisión del idioma

⁷ No es, en modo alguno, un gran poema; no se trata más que de unos versillos de ocasión escritos por un joven chino, amigo mío, al salir de Shanghai rumbo al Canadá.

⁸ Nombre antiguo del territorio que rodea la desembocadura del Yang-tse-kiang.

⁹ Provincia de Manchuria.

¹⁰ El "Reino Medio" es China.

chino. También la mayor prolijidad del inglés tiene sus bellezas, y la compacta exuberancia del estilo latino no deja de tener sus encantos. Casi puede decirse que hay tantos ideales naturales de estilo literario como lenguas; la mayoría de esos ideales no existen sino en potencia: viven en el idioma, en espera de artistas que quizá nunca habrán de venir. Y sin embargo los textos que se conservan de la tradición primitiva y de los cantos de épocas remotas contienen pasajes de vigor y de belleza inigualables. La estructura de una lengua suele dar lugar a un conjunto de conceptos que, para nuestros ojos, son todo un descubrimiento estilístico. Hay palabras del algonquín que son como minúsculos poemas "imaginistas". Debemos tener cuidado de no considerar novedosas unas expresiones que, en parte, sólo lo son para nosotros; no obstante, hay siempre la posibilidad de que surjan estilos literarios totalmente extraños a nosotros, cada uno con sus características peculiares, cada uno como una nueva búsqueda de la forma más bella.

Para ilustrar la dependencia formal de la literatura con relación al lenguaje quizá no haya nada mejor que el aspecto prosódico de la poesía. Para los griegos, el verso cuantitativo era cosa natural no sólo porque la poesía nació ligada al canto y a la danza,¹¹ sino también porque las alternancias de sílabas largas y breves era una realidad viva de la economía cotidiana de la lengua. Los acentos tónicos, que no eran simples fenómenos secundarios de la acentuación general, contribuían a dar a la sílaba una individualidad cuantitativa. Cuando la poesía latina adoptó los metros griegos, pudo hacerlo sin gran dificultad, porque también la lengua latina se caracterizaba por un agudo sentido de las distinciones cuantitativas. Sin embargo, en latín el acento desempeñaba un papel más importante que en griego.

¹¹ El origen de la poesía es, en todas partes, inseparable del canto y del ritmo de la danza. Sin embargo, los tipos acentuales y silábicos de versificación parecen predominar sobre los tipos cuantitativos.

Es probable que, por esa razón, los metros puramente cuantitativos, modelados a imitación de los metros griegos, parecieran un poco más artificiales que en la lengua en que surgieron originalmente. El intento de escribir versos ingleses según los paradigmas latinos y griegos nunca ha dado buenos resultados. La base dinámica del inglés no es la cantidad de las sílabas,¹² sino el acento, la alternancia de sílabas acentuadas y no acentuadas. Esta circunstancia da al verso inglés un carácter totalmente distinto, y ha determinado el desarrollo de sus formas poéticas; aún hoy sigue presidiendo a la creación de nuevas formas. En la versificación francesa [como en la española], ni el acento ni la cantidad de cada sílaba constituye un factor psicológico de importancia. La sílaba tiene en sí misma gran sonoridad, y no hay en ella notables fluctuaciones de cantidad ni de acento. En francés, la métrica cuantitativa o la métrica acentual serían tan artificiales como lo sería en griego clásico la métrica acentual, o en inglés la métrica cuantitativa o la puramente silábica. La prosodia francesa no pudo menos que desarrollarse a base de grupos de sílabas que constituyen unidades individuales. La asonancia (y más tarde la rima) fué una innovación afortunada y aun necesaria, pues permitió articular y dividir el flujo un tanto desorganizado de las sílabas sonoras. La lengua inglesa acogió con beneplácito el invento francés de la rima, pero, de hecho, no le hacía mucha falta para su economía rítmica, y vemos en efecto que en inglés la rima ha quedado subordinada siempre al acento, que ha sido un rasgo más bien decorativo, del cual han hecho caso omiso no pocos poetas. No ha sido mera casualidad psicológica el que la rima entrara más tarde al inglés que al francés, y que el inglés haya comenzado antes a abandonarla.¹³

¹² Las diferencias cuantitativas existen en inglés sólo como hecho objetivo. No tienen el valor interno y psicológico que poseían en griego.

¹³ Verhaeren no era ciertamente un esclavo del verso alejandrino, y sin embargo en una ocasión dijo a Symons, a propósito

El verso chino se ha desarrollado en forma muy semejante al verso francés. La sílaba constituye, en chino, una unidad todavía más cerrada, completa y sonora; la cantidad y el acento son demasiado inestables para constituir la base de un sistema métrico. La rima y los grupos de sílabas (es decir, el empleo de determinado número de sílabas por cada unidad rítmica) son, por esa razón, dos de los factores determinantes de la prosodia china. El tercer factor, que consiste en la alternancia* de sílabas de entonación normal con sílabas de entonación ascendente o descendente, es exclusivo del chino.

Resumiendo lo anterior, podemos decir que el principio que determina el verso griego y el latino es el contraste de valores cuantitativos; el que determina el verso inglés es el contraste de acentos tónicos; el del verso francés [y español] es el número de sílabas y la rima; y el principio que determina el verso chino es el número de sílabas, la rima y el contraste de entonación. Cada uno de estos sistemas rítmicos procede de los hábitos dinámicos inconscientes de la lengua respectiva, tal como ésta sale de labios del pueblo. Basta examinar cuidadosamente el sistema fonético de una lengua, y sobre todo sus rasgos dinámicos, para poder precisar el tipo de versificación a que ha dado lugar, o bien, si acaso la historia ha hecho una mala jugada a su psicología, qué tipo de versos debió haber creado y creará algún día.

Sean cuales fueren los sonidos, acentos y formas de una lengua, y sean cuales fueren las maneras como estos factores influyen en la configuración de su literatura, hay siempre una sutil ley de compensaciones que dejan al artista libertad de movimiento. Si el artista se ve constreñido por ciertas condiciones, podrá dar libre curso a su individualidad en otros sectores; y lo más frecuente es que la lengua deje al artista su-

de la traducción de *Les aubes*, que la ausencia de rima le parecía muy bien en la versión inglesa, pero que en francés, a juicio suyo, "carecía de sentido".

ficiente libertad para fracasar por su propia cuenta. No es extraño que las cosas sean así. El lenguaje es en sí mismo el arte colectivo de la expresión, la suma de miles y miles de intuiciones individuales. El individuo se pierde en la creación colectiva, pero su expresión personal deja alguna huella en ese margen de libertad y de flexibilidad inherente a todas las obras colectivas del espíritu humano. El lenguaje es siempre capaz de dar expresión a la individualidad del artista, o, si no lo es, se puede hacer que lo sea en poco tiempo. Si en una lengua determinada no aparece ningún artista literario, esto no se debe esencialmente a que la lengua constituya un instrumento demasiado débil, sino al hecho de que la cultura del pueblo no es favorable al nacimiento de una personalidad que se afane por encontrar una expresión literaria realmente individual.

INDICE GENERAL

Prefacio	7
I. Introducción: Definición del lenguaje ..	9
El lenguaje, función cultural, no función heredada biológicamente. Futilidad de la teoría interjeccional y de la teoría onomatopéyica del origen del lenguaje. Definición de lenguaje. La base psico-física del habla. Conceptos y lenguaje. ¿Es posible el pensamiento sin el lenguaje? Abreviaciones y transferencias de los procedimientos lingüísticos. La universalidad del lenguaje.	
II. Los elementos del habla	32
Los sonidos no son propiamente elementos del habla. Palabras y partes significantes de palabras (elementos radicales, elementos gramaticales). Tipos de palabras. La palabra, unidad formal, no unidad funcional. La palabra tiene una existencia psicológica real. La frase. Los aspectos cognoscitivo, volitivo y afectivo del lenguaje. Tonos sentimentales de las palabras.	
III. Los sonidos del lenguaje	52
El inmenso número de sonidos posibles. Los órganos articulatorios y su papel en la producción de los sonidos del habla: pulmones, cuerdas vocales, fosas nasales, la boca y sus partes. Articulaciones vocálicas. Cómo y dónde se articulan las consonantes. Los hábitos fonéticos de una lengua. "Valores" de los sonidos. Esquemas fonéticos.	
IV. La forma en el lenguaje: Los procedimientos gramaticales	69
Diferencia entre los procedimientos formales y las funciones gramaticales. Confluencia de los	

dos puntos de vista. Los seis principales tipos de procedimientos gramaticales. El orden de las palabras en cuanto método. Composición a base de elementos radicales. Afijación: prefijos y sufijos; infijos. Cambio vocálico interno; cambio consonántico. Reduplicación. Variaciones funcionales de acento; de entonación.

V. *La forma en el lenguaje: Los conceptos gramaticales*

97

Análisis de una típica frase inglesa. Clases de conceptos ilustrados por ella. Divergencias en la expresión de conceptos análogos. Cómo puede expresarse una misma frase en otros idiomas con notables diferencias en la selección y agrupación de los conceptos. Conceptos esenciales y conceptos no esenciales. Mezcla de conceptos esenciales de relación con conceptos secundarios de índole más concreta. La forma por la forma. Clasificación de los conceptos lingüísticos: básicos o concretos, derivativos, conceptos concretos de relación, conceptos puros de relación. La tendencia de estos tipos de conceptos a fundirse unos con otros. Categorías expresadas en diversos sistemas gramaticales. El orden de palabras y el acento tónico como principios de relación en la frase. Concordancia. Partes de la oración: imposibilidad de una clasificación absoluta; el sustantivo y el verbo.

VI. *Tipos de estructura lingüística* 141

Posibilidad de clasificación de las lenguas. Dificultades. Futilidad de la clasificación en lenguas con forma y lenguas sin forma. Imposibilidad de clasificar las lenguas de acuerdo con los procedimientos formales. La clasificación de acuerdo con el grado de síntesis. Lenguas "flexionales" y lenguas "aglutinantes". La fusión y el simbolismo como técnicas lingüísticas. Aglutinación. "Flexional": término confuso. Triple clasificación que proponemos: ¿Qué tipos de

conceptos se expresan? ¿Cuál es la técnica predominante? ¿Cuál es el grado de síntesis? Cuatro tipos conceptuales básicos. Cuadro de ejemplos. Prueba histórica en apoyo de la validez de la clasificación conceptual que proponemos.

VII. *El lenguaje como producto histórico: sus transformaciones* 169

Variabilidad del lenguaje. Variaciones individuales y variaciones dialectales. Variaciones en el tiempo o "corriente de transformación". Cómo surgen los dialectos. Familias lingüísticas. Dirección o "pendiente" de la corriente de transformación lingüística. Tendencias ilustradas por medio de una frase inglesa. Las vacilaciones en el empleo de las formas, síntoma de la dirección de la corriente. Tendencias uniformadoras de la lengua inglesa. Debilitamiento de los elementos indicadores del caso. Tendencia a una posición fija dentro de la frase. Tendencia a la invariabilidad de las palabras.

VIII. *El lenguaje como producto histórico: sus leyes fonéticas* 196

Transformaciones paralelas en lenguas relacionadas entre sí. Las leyes fonéticas ejemplificadas con la historia de ciertas vocales y consonantes inglesas y alemanas. Regularidad de las leyes fonéticas. Cómo se alteran los sonidos sin que se destruya el sistema fonético. Dificultad de explicar la naturaleza de las corrientes fonéticas. Mutación vocálica en inglés y en alemán. Influencia de la morfología en el cambio fonético. Asimilaciones analógicas que compensan las irregularidades producidas por las leyes fonéticas. Aparición de rasgos morfológicos debidos al cambio fonético.

IX. *La mutua influencia de las lenguas* 219

Influencias lingüísticas debidas a contactos culturales. Préstamo de palabras. Resistencias con-

tra el préstamo. Modificación fonética de las palabras adoptadas. Influencias fonéticas entre lenguas vecinas. Préstamos morfológicos. Las analogías morfológicas como vestigios de una relación genética.

X. *Lenguaje, raza y cultura* 235

Ingenua tendencia a creer que las divisiones lingüísticas, raciales y culturales coinciden unas con otras. La raza y la lengua no se corresponden necesariamente. Las fronteras culturales y lingüísticas no son idénticas. Las coincidencias entre las divisiones lingüísticas y las raciales y culturales se deben a causas históricas, no a causas intrínsecamente psicológicas. La lengua no es un reflejo esencial de la cultura.

XI. *El lenguaje y la literatura* 250

El lenguaje como material o instrumento de la literatura. La literatura puede moverse en un plano lingüístico general, o estar íntimamente ligada a condiciones lingüísticas concretas. El lenguaje como arte colectivo. Ventajas y limitaciones estéticas inherentes a toda lengua. El estilo, condicionado por rasgos característicos de la lengua. La prosodia, condicionada por la dinámica fonética de una lengua.

ÍNDICE ANALÍTICO 267

INDICE ANALÍTICO

- abreviación de la raíz, 34
 acento, 52
 acento, como proceso gramatical, 94, 95; importancia del, 132, 133; intensidad del, 34, 44, 57, 65, 71, 74; valor métrico del, 258, 259, 260
 adjetivo, 136-139
 afijación, 34, 74, 81-87. Véase lenguas afijantes
 africanas, lenguas, 65
 aglutinación, 154-156. Véase lenguas aglutinantes
 aislantes. Véase lenguas
 alemán, conceptos gramaticales en la oración, 106, 107; formas verbales, 115; historia de las tendencias fonéticas en el, 197, 198, 201, 204-206, 210-213; influencia francesa sobre el, 222, 223, 226; influencia latina sobre el, 220-222; palabras onomatopéyicas, 13; pluralidad, 111; relaciones, 187-196; resistencia a usar palabras no analizables, 222-223; sonidos, 66, 226; "Umlaut", 217, 218. Véase alto alemán, alto alemán antiguo, Luteró
 alemanes, 237-240
 algonquines, idiomas (América del Norte), 81, 85, 147, 165, 243, 258
 alto alemán, 238
 alto alemán antiguo, 187, 197, 198n, 205, 208
 análisis, véase tendencia analítica
 anglos, 238n, 239
 anglosajón, 36, 187, 196-201, 204, 211, 212, 214
 anglosajona, cultura, 243; raza, 236-238
 annamita (Sureste de Asia), 76, 164, 219
 apache (América del Norte), 82n
 árabe, 88, 149, 165, 221
 ario, véase indoeuropeo
 armenio, 175, 227
 arte, 250-254; el lenguaje en cuanto, 247, 249, 254, 255, 260, 261; posibilidad de transferirlo, 251, 252. Véase literatura
 articulación, facilidad de la, 209; tipos de, 207-208
 articulaciones, bucales sonoras, 60-64; cerebrales, 64; consonánticas, 62-64; dentales, 63, 64, 205n; espirantes, 62; explosivas, 62; fauciales, 63n; fricativas, 62; laríngeas, 58-60; laterales, 62-63; linguales, 63; nasales, 60-61; oclusivas, 62; oclusivas nasalizadas, 62n; orales, 61-62; rodadas, 63; semi-oclusivas, 62; sonoras, 59; sonoras laterales, 63; sordas, 58; sordas laterales, 63; sordas nasales, 61; sordas vocales, 61; vibrantes, 63; vibrantes labiales, 63n; vocálicas, 61-62. Véase cuer-

- das vocales, garganta, la-
ringe, lengua, nariz, órga-
nos del habla, paladar, pul-
mones, úvula
- asimilación analógica, 206n,
211n, 213-217
- asimilación fonética, 207,
208. Véase asimilación
analógica
- asociación de conceptos y
elementos lingüísticos, 47-
48
- asociaciones como elemento.
del lenguaje, 18, 19
- "aspecto", 127
- athabaska, grupo cultural de
los, 242
- athabaskas, idiomas (Améri-
ca del Norte), 14, 82, 88,
94, 117, 223, 228n, 233,
243. Véase apache, carrier,
chipewyano, loucheux, na-
vajo
- ático, dialecto, 173
- atribución, 113n
- australiana, cultura, 221
- avesta, 187
- Bach, 252n
- báltica, raza, 237, 239, 240
- bantú, lenguas (África), 82,
126, 135n, 136, 137, 147,
148n, 165, 235, 245
- bengalí (India), 167, 175
- berber, véase camíticos, idio-
mas
- birmano, 221
- bohemos, 239
- bontoc igorot (Filipinas),
86, 93
- bosquimanos (África del
Sur), 65n, 245
- bretón, 239
- bronquios, 58
- Browning, 253, 254
- bucales, véase articulaciones
- budismo, influencia del, 221,
224
- calidad de la voz individual
y de los sonidos del habla,
57n
- calificativos, conceptos, véa-
se conceptos derivativos
- cambio consonántico, véase
consonantes
- cambio vocálico, véase mu-
tación vocálica
- cambodgiano (Sureste de
Asia), 81, 86, 121, 148,
164, 168, 221, 223, 233n
- caminar, como función bio-
lógica, 9
- camíticos, idiomas (Norte
de África), 88, 233, 235
- cantidad en los sonidos del
habla, 65, 74
- Carlyle, 256
- carrier (Columbia Británi-
ca), 82n
- caso, 115. Véase atribución;
objeto; relación personal;
sujeto
- casos, historia del sistema de
los, 186-189
- Cáucaso, lenguas del, 227n
- celtas, 238, 239, 240; "bri-
tónicos", 238n
- céltico, véase celtas
- célticos, idiomas, 89, 238
- ciclo auditivo del lenguaje,
25
- clasificación: de conceptos,
116-117, 121-126; de los
tipos lingüísticos, 143-168.

- Véase estructura lingüística
- "clicks", 65n, 92
- composición, 37, 38, 74, 158; ausencia de, en ciertas lenguas, 78-79; orden de las palabras con relación a la, 77-79; tipos de, 79-81
- conceptos, 20, 33-39
- conceptos gramaticales, análisis de, en la oración, 97-105; atenuación del sentido de los, 114-116; ausencia de expresión en ciertos, 108, 109; categorías de tipos de, 126-128; clasificación de, 116-117, 121-126; lo concreto en, grados de variación en, 121, 126; concretos, 97, 98, 103-104, 118-119; concretos en funciones de relación, 109-114, 120; derivativos, abstractos, 121-124; indispensables, 109, 110, 118, 120; agrupación de, ilógicos, 105; puros de relación, 111, 119, 192; radicales, 99, 104, 109; redistribución de, 105-109; de relación, 100-104, 109, 110; tipos de, 118-121. Véase estructura lingüística
- concordancia, 111, 134-137
- concretos, conceptos, véase conceptos gramaticales
- conflicto, 179, 180, 183, 184
- conocimiento, fuente de: como categoría gramatical, 128
- consonantes, cambio de, 34, 71, 74, 89, 90; combinaciones de, 66. Véase articulaciones
- coreano, 219
- corriente lingüística, 172-175, 196, 197; componentes de la, 184; determinantes de la, en inglés, 179-195; dirección de la, 177, 178-180, 196; general, ejemplos en inglés, 185-195; paralelismos en la, 197-207; rapidez de la, 196-197. Véase fonéticas, leyes y fonéticos, procesos
- cristianismo, influencia del, 220
- Croce, Benedetto, 251, 253
- cuerdas vocales, 58; acción de las, 58-60
- cultura, 235; el lenguaje como aspecto de la, 10, 17; lenguaje y, 241-249; lenguaje, raza y, 236, 237, 244, 245; reflejo de la historia de la, en el lenguaje, 219-224. Véase zonas culturales
- Chaucer, el inglés de, 191, 201, 204, 225
- chimariko (Norte de California), 84
- chino, acentos y pronunciación del, 66, 95; atribución, 113n; ausencia de afijos en, 81; carácter analítico del, 149, 150; duplicación de las palabras, 81; ejemplos de conceptos gramaticales, 108, 109; estilo, 257; estructura, 164, 167, 168; influencia del,

- 219, 221; intensidad y cambio del acento, 133; "forma interna" del, 146; orden de las palabras, 76, 108, 131; palabras compuestas, 78; palabras raíces, 37n; poesía, 257-259; simbolismo, 147; sonidos, 59; supervivencias de etapas anteriores, morfológicas, 162n; uso de palabras materiales con fines de relación, 120
- chinook (América del Norte), 76, 84, 92, 135-138, 148n, 150n, 165, 168, 234n
- chipewyano, 82n, 228
- Chopin, 252n
- chukchi (Noreste de Siberia), 244n
- dentales, véase articulaciones
dientes, 57
- dialectos, división en subdialectos, 174, 175; intermedios, 171; origen de los, 171-175; peculiaridad de los, 170n, 171; tendencias divergentes, 196, 197; tendencias paralelas, 197-207; unidad de los, 169-171
- difusión morfológica, 231-234
- diptongos, 66
- danés, 59, 122n, 150n, 187, 231
- elemento gramatical, 34-40
- emoción, expresión de la: involuntaria, 10-11; lingüística, 48-50
- entonación, producción de la, 58-59; función gramatical de la, 94-96; función métrica de la, 260; variaciones notables en la, 65, 74. Véase acento
- escandinavo, 238. Véase danés, islandés, sueco
- escandinavos, 238
- escocés, 238, 240; de los Lowlands, 202
- eslavas, lenguas, 226. Véase ruso
- eslavos, 239
- español, 61n, 114, 115, 117, 128, 132, 150n, 259, 260
- espirantes, véase articulaciones
- esquema formal, 71, 73, 248, 256
- esquimal, 70, 78, 81, 86, 131, 147, 148n, 244, 257
- esquimales, 244n
- Estados Unidos, la cultura en, 223; la raza de, 237
- estilo, 47, 230n, 256-258
- estructura lingüística, 141-168; conservatismo de la, 213; diferencias de la, 141-142; ejemplos de, 163-165; formas intuitivas de la, 166, 167; mixta, 161; problemas de la clasificación, 143-146, 163; tipos de, y su clasificación atendiendo al carácter de los conceptos, 156-160; en "formales" y "carentes de forma", 146-147; por su grado de fusión, 143-156; por su grado de síntesis, 149, 150; por procesos formales, 147-148; prueba histórica de la validez de

- la, 163-168
- explosivas, véase articulaciones
- ewe (Costa de Guinea, África), 92, 95, 164, 167, 168
- familia lingüística, 175-177, 232, 234
- Fiji, habitantes de, 244n
- finlandés, 149, 167, 233
- finlandeses, 240
- fino-ugriano, 226n
- flamenco, 226
- flexión, véase lenguas flexionales
- fonética, adaptación, 224-225
- fonética, difusión, 225-229. Véase asimilación, influencia
- fonéticas, leyes, base de las, 208-209, 213; dirección de la, 207-208, 212-213; ejemplos de, 199-206; influencia de las, 199; en la morfología, 216-218; influencia de la morfología sobre las, 209-213; lenta difusión de las, 203, 204; regularidad de las, 206, 207-208. Véase asimilación fonética, esquema fonético
- fonético, esquema, 67, 68, 200, 213-214, 220, 225, 228, 234
- fonéticos, procesos, formas originadas por diferencias en los, 117, 118; tendencias paralelas en los, 194-207, 210-213; valores, 66-68
- foot, feet (inglés), historia de los términos, 197-207, 210-212, 215, 216
- forma, categorías en cuanto a la, 117, 126. Véase función, género
- forma cultural, 247, 248; "interna", 146, 147; sentido que el lenguaje tiene de la, 68, 72, 73, 165-166, 224, 234
- forma lingüística, conceptos gramaticales incorporados en la, 97, 140; consideración bipartita de la, 70-71; función e independencia de, 69-73, 104, 105; motivos para elaborar la, 114-118; origen mecánico de las diferencias en la, 117, 118; permanencia de diferentes aspectos de la, 166-168; procesos gramaticales que conllevan una, 69-96; tendencia conservadora de la, 114-116. Véase estructura lingüística
- fox (América del Norte), 85
- francés, cualidades estéticas del, 255; estructura del, 164, 167; influencia del, 219-226, 229, 230; intensidad y acentuación, 65, 132; número, 111; orden de las palabras en, 78; poesía, 259, 260; sonidos simples que funcionan como palabras, 32; tendencia analítica del, 149, 150n
- francés, pueblo, 237n, 239
- franco-normandos, 237
- Freud, 179n
- fricativas, véase articulaciones
- frisón, 187, 238

- ful (Sudán), 90, 93
 función, independencia de forma y, 69-73, 104, 105
 fusión, 150-154, 162. Véase lenguas de tipo fusional
 Fuss, Füsse (alemán), historia de los términos, 197, 198, 205-206, 210-213
- gaélico, 239
 garganta, 57; articulaciones en que interviene la, 58, 59, 63
 género, 112-114, 126
 germánicas, 'lenguas, 187
 196-199, 220, 226, 227, 240
 germánico occidental, 187, 197-200, 205, 238
 Ginneken, Jac van, 49n
 gótico, 93, 187, 197
 gramática, 47. Véase conceptos gramaticales, elemento gramatical, forma lingüística, procesos gramaticales
 griego historia dialectal del, 173
 griego clásico, acentuación, 94, 95; afijación, 150; altura de la voz en la pronunciación, 94-95; carácter sintético, 150; compuestos, 78, concordancia, 135; estructura, 152, 153, 163, 165; formación del perfecto por reduplicación, 93, 230; infijos, 86; influencia del, 221, 229, 230; poesía, 258, 260
 griego moderno, 150n, 175, 207, 227
- habla, elementos del, 32-51.
 Véase lenguaje
 haida (Columbia Británica), 67, 164, 233, 243
 hausa (Sudán), 93
 hebreo, 71, 84, 87, 165, 221
 Heine, 254
 historia lingüística, 166, 168
 hokan, lenguas (América del Norte), 243
 holandés, 187, 201n, 226, 238
 hotentote (Sur de África), 65n, 81, 92
 Hudson, W. H., 256
 hupa (Norte de California), 82
 hupa, indios, 242
- ideas demostrativas, 109, 128
 impulsos reprimidos, 179, 180
 India, lenguas de la, 64
 indios americanos, lenguas de los, 42, 43n, 59, 61, 68n, 96, 117, 144, 227. Véase algonquines, apache, athabaskas, carrier, chimariko, chinook, chipewyano, esquimal, fox, haida, hokan, hupa, iroqués, karok, kwa-kiutl, loucheux, náhuatl, nass, navajo, nootka, ojibwa, paiute, sahaptin, salinano, shasta, sioux, takelma, tlingit, tsimshiano, washo, yana, yokuts, yurok
 indochinas, lenguas, 168, 176
 indoeuropeo, 32, 86, 93, 175, 186, 187, 199n, 214, 240
 indo-iranas, lenguas, 187n
 227
 infijos, 34, 74, 86, 87

influencia, fonética, de lenguas extranjeras, 224-229; morfológica, de una lengua extranjera, 229-231, 234. Véase cultura
 inglés medio, 187, 201, 204, 215, 216, 217
 inglés, acentuación y altura de la voz, 44-65, 94; adhesiones sintácticas, 131; análisis de palabras y elementos significantes, 33-38, 43; asimilación fonética, 207; atribución, 113n, cambio consonántico, 74, 89; cambio vocálico, 87; carácter definido de la referencia, 100-102, 104; causas de la difusión del, 221; compuestos, 77-81; conceptos gramaticales en la oración, 97-105; conceptos "relacionales", 41; cualidades estéticas, 255-256; cultura de los hablantes del idioma, 243, 244; dirección en la mutación, 177-194; esquemas formales, 72, 73; estructura, 165, 192-193; expresión de deseos, 48; forma de las palabras, 69-71; función y forma, 104, 105; fusión y yuxtaposición, 150-154; género, 112; historia de los casos, 180-182, 186-189; idea de "aspecto", 127; infijos, 86; influencia del francés sobre el, 219-221, 224, 229, 230; influencia del griego sobre el, 219-221, 229, 230; influencias morfológicas de otras len-

guas (préstamos de palabras), 230-231; modalidad, 101, 104; mutaciones fonéticas, historia de las, 197-207, 210-213; normalización analógica, 215-216; número, 101, 103; oración, análisis de la, 45-46; orden de las palabras, 75, 76, 182, 183, 189-191, 204, 205; palabras con sentido interrogativo, 182; palabras onomatopéyicas, 14, 91; palabras referentes a seres animados e inanimados, 188-192; partes de la oración, 137-139; paso de los conceptos materiales a los de relación, 120, 121; poesía, 259, 260; raza de las personas que hablan el, 237-241; reduplicación, 90, 91; relaciones de parentesco lingüístico, 175, 187, 196, 232; relaciones entre personas, 102-104; relaciones sintácticas del verbo, 128; ritmo, 183; simbolismo, 130, 147; sistema fonético, 213-214, 220; sonidos, 53, 54, 58, 60, 63-67; subordinación de la palabra a la oración, 129; sufijo agentivo, 98; sufijo diminutivo, 98; supervivencias morfológicas de una etapa anterior, 162n, 163n; tendencia analítica, 149, 150, 230, 231; tendencia hacia la invariabilidad de las palabras, 192-193, 222; tiempo, 102, 104, 114, 116; tono afectivo, 49, 50; va-

- lores sintácticos, 133, 134;
 variedad lingüística, 47.
 110, 118, 215, 216. Véase Chaucer, Shakespeare
- inglés, pueblo, 237, 238
- intensidad, véase acento
- interjecciones, 12, 13
- interrupción glótica, 59.
 Véase saltillo
- irlandés, 89, 90, 175, 232
- irlandeses, 238
- iroqués (América del Norte), 80, 81
- islandés antiguo, 187
- italiano, 64, 65, 150, 175
- its (inglés), historia de, 179, 188, 189
- japonés, 219-222
- jutos, 238n
- karok (Norte de California), 234n, 243; indios, 243
- khmer, véase cambodgiano
- koiné, 174n
- kwakiutl (Columbia Británica), 92, 109
- labios, 57; acción de los, 62, 63; "redondeados", 61.
 Véase lectura de los
- laringe, 58-60
- laríngeas, véase articulaciones laterales, véase articulaciones
- latín, la atribución en, 113; carácter afijante del, 147, 150; conceptos de relación, 112-114; concordancia, 135; estilo, 257, 258; estructura, 165, 167; infijos, 34, 86; influencia del, 220, 221, 229, 230; la m como indicadora de relación objetiva, 133; naturaleza sintáctica de la oración, 129, 131; número gramatical, 111; orden de las palabras en, 76, 137; prefijos y sufijos, 82; palabra-oración, 41, 45; palabra y elemento en, 35, 37, 38; perfecto, formación del, por reduplicación, 93, 230; poesía 258-260; un sonido simple en función de palabra, 32
- "lectura de los labios", 27
- lenguaje, asociaciones en el, 47; asociaciones involuntarias que conllevan elementos de, 18, 19; aspectos históricos del, 169-218; base psico-física del, 16; ciclo auditivo en el, 25; como función adyacente, 15; como función cultural, 10, 17; conceptos expresados en el, 20; conceptos gramaticales del, 97-140; definición del, 14; diversidad del, 29-31; elementos del, 32-47; emoción expresada en el, 48-50; estructura del, 148-168; imitaciones de sonidos sugeridas por la naturaleza, 12, 13; interinfluencia de las lenguas, 219-234; literatura y, 250-261; modificaciones y transformaciones de formas típicas del, 25-29; pensamiento y, 20-25, 246, 247; procesos gramaticales del, 69-96; raza, cultura y, 235-249; simpli-

- ficación de experiencias
 en el, 19-20; sonidos del,
 52-68; tonos afectivos, 49-
 50; universalidad del, 29-
 31; variabilidad del, 169-
 177; voliciones expresadas
 en el, 48-50
 lenguaje escrito, 27, 28
 lenguajes de señas y gestos,
 28, 29
 lengua, 57; acción de la, 61-
 62, 63, 64
 lenguas afijantes, 147-151
 lenguas aglutinantes, 144.
 150-153, 160, 161, 164,
 168
 lenguas aglutinantes-aislantes,
 164
 lenguas aglutinantes-fusiona-
 les, 161, 164
 lenguas aislantes, 144, 147,
 161, 164
 lenguas de relaciones mixtas,
 véase relaciones
 lenguas de relaciones puras,
 véase relaciones
 lenguas de tipo fusional,
 160, 164, 165. Véase fu-
 sión
 lenguas de tipo fusional-aglu-
 tinante, 161, 164, 165
 lenguas de tipo fusional-ais-
 lante, 161, 164
 lenguas "faltas de forma in-
 terna", 146, 147
 lenguas flexionales, 144, 150-
 160, 167-168
 lenguas "formales", 146-147
 lenguas polisintéticas, 144,
 149, 160, 161, 164, 165
 lenguas prefijantes, 147, 148
 lenguas simbólicas, véase
 simbólicas
 lenguas sufijantes, 147, 148n
 letón, 59
 literatura, determinantes fo-
 néticos de la, 255; lin-
 güísticos, 255, 256; mé-
 tricos, 258-260; morfoló-
 gicos, 255-258; ciencia y,
 252-254
 literatura, las compensacio-
 nes, 260-261; lengua y,
 50-51, 250-261; el lengua-
 je como instrumento de
 la, 250, 251; niveles lin-
 güísticos en, 251-255.
 Véase arte
 lituano, 66, 187, 196
 localismo, 173
 localización fisiológica del
 habla, 16, 17
 loucheux (América del Nor-
 te), 82n; indios, 242
 Lutero, el alemán de, 205
 llanuras, indios de las, su
 lenguaje simbólico de ade-
 manes, 29
 malayo, 146n
 malavo - polinesias, lenguas,
 233, 235, 241. Véase po-
 linesio
 malayos, 241
 manchú, 91
 Maus Mäuse (alemán), his-
 toria de, 197, 198, 204-
 206
 mediterránea, raza, 237
 melanesios, idiomas, 241,
 244
 métrica, véase verso
 metro, véase verso
 Milton, 256

- modalidad, conceptos de, 102-104, 127
- mon - khmer (Sureste de Asia), 233
- Moore, George, 256
- morfología, véase difusión morfológica, estructura lingüística, influencia, préstamos, rasgos, supervivencias, valores
- Morse, alfabeto, 28
- mouse, mice (inglés), historia de, 197, 206
- munda, lenguas (Este de India), 283
- murmullo, 60
- mutación vocálica, 34, 71, 74, 87-89, 197, 198, 210-213, 216-218
- nacionalidad, 236, 241n, 242
- náhuatl (México), 80, 81
- nariz, 57; su función en la emisión de sonidos, 60, 61
- nasales, véase articulaciones
- nass (Columbia Británica), 72, 81n, 93
- navajo (Arizona, Nuevo México), 82n, 88, 94; indios, 242
- Nietzsche, 255
- nootka (Isla de Vancouver), 37, 41, 43n, 78, 81, 86, 90, 93, 107n, 122-123, 148n, 154-156, 165
- "nuez de Adán", 57
- número, 101, 102, 104, 127. Véase pluralidad
- objeto, 104, 109. Véase relación personal
- oclusivas, véase articulaciones
- ojibwa (América del Norte), 65
- onomatopéyico, teoría del origen del lenguaje, 12-14
- onomatopéyicos, sonidos, 12, 13, 91
- oración, 41, 45-47; influencia de la acentuación sobre la, 132, 133; métodos para vincular las palabras en la, 129-131; orden de las palabras en la, 130, 131; partes de la, 137-140. Véase sujeto
- oraciones coordinadas, 45n
- orden de las palabras, 74-77, 103; composición en cuanto al, 77-78; oración moldeada por el, 130, 131; significado original del, 133-137; tendencia del inglés a mantener una posición fija en el, 190-192
- órganos del habla, 15, 16, 57; acción de los, 57-64
- paiute (América del Norte), 39, 40, 44, 62n, 63, 80, 81
- palabra, 33-36; definición de, 40-45; como formación "determinativa", 148n; origen sintáctico de la, compuesta, 131, 132; tipo de, "entre dos luces", 36; tipos formales de, 37, 38. Véase préstamos
- paladar, 57; acción del paladar suave, 51; articulación del, 63
- pali (India), 221

- papúes, lenguas, 241; raza de los, 241, 244n
- pensamiento, relación del** lenguaje con el, 20-25; 247; tipos de, 26
- persa, 175, 221
- persona, distinciones de, 127 "Plattdeutsch", 238, 239n
- pluralidad, categoría concreta de relación, 111, 112; clasificación del concepto de, variable, 122-124; conceptos derivativo y básico, 111; expresión múltiple de un solo concepto, 47, 72. Véase número
- poesía, véase verso
- polinesio, 146n, 164, 168. 241, 244
- polinesios, 235, 241, 244
- polisintéticas, véase lenguas
- polos de la expresión lingüística, 129
- portugués, 150n
- posición "faucal", véase articulaciones
- predicado, 46, 140
- prefijos, 34, 81, 82-86. Véase lenguas prefijantes
- preposición, 139
- préstamos morfológicos, 229, 231, 233, 234
- préstamos de palabras, 219-221; adaptación fonética en los, 224, 225; resistencia a los, 221-224
- procesos gramaticales, como criterio de clasificación de las lenguas, 147-149; desarrollo particular en cada lengua de los, 72, 73; tipos de, 73, 74; variedad de, uso en cada lengua de, 71, 72
- procesos simbólicos, véase simbólicos
- pronunciación gangosa, 61n
- psico-físico, aspecto, del habla, 16, 17
- pulmones, 57
- radical, elemento, 34-40
- radical, palabra, 36, 37
- raíz, 34
- raza, 235, 236; correspondencia entre lenguaje, cultura y 241, 242; el lenguaje en cuanto correlato de la, 237-241; falta de correspondencia entre lenguaje y, 245-247; independencia entre lenguaje, cultura y, 235-237
- rasgos morfológicos, difusión de los, 231-234
- raza alpina, 237, 239
- reduplicación, 74, 90-94
- referencia, definida e indefinida, 100, 101
- relación personal, 102-104, 128
- relaciones mixtas, lenguas de, 160, 167; complejas, 160, 165, 168; simples, 160, 165
- relaciones puras, lenguas de, 159, 160, 167, 168; complejas, 159, 160, 164, 168, simples, 159, 106, 164
- relaciones sintácticas, véase sintácticas
- repetición de la raíz, 34. Véase reduplicación
- rima, 259, 260
- romances, lenguas, 150n

- Véase español, francés italiano, portugués, rumano
rumano, 150n
ruso, 53, 54, 64, 82, 91, 175, 226
- sahaptin, lenguas (América del Norte), 234
sajón, bajo, 238; antiguo, 187; alto, 239n
sajones, 238, 239
salinano (Suroeste de California), 164, 168
saltillo, 59n, 88. Véase interrupción glótica.
sánscrito (India), 64, 86, 93, 165, 167, 187n, 214, 221, 223, 224
sarcee, indios, 242
secuencia, véase orden de las palabras
semíticas, lenguas, 71, 78 87, 147, 165, 233, 242n. Véase árabe, hebreo
Shakespeare, el arte de, 252, 254; el inglés de, 201, 202, 204
shasta (Norte de California), 234n
shillh (Marruecos), 88, 93
shilluk (fuentes del Nilo), 95, 164, 167, 168
siamés, 66, 76, 81, 221
sílabas, formación de, 66-67
simbólicas, lenguas, 147, 160, 164, 165
simbólicas-aislantes, lenguas, 161
simbólicas-funcionales, lenguas, 165
simbólicos, procesos, 147n, 152, 153
- sin-tácticas, adhesiones, 131, 132
sin-tácticas, relaciones, cambio de valores en las, 133; métodos primarios de expresar las, 133, 134. Véase conceptos de relación; concordancia; oración; orden de las palabras; relación personal
síntesis, véase tendencia sin-tética
sioux, idiomas (América del Norte), 87; indios, 164
somalí (Este de Africa), 88, 92, 93
sonoras, véase articulaciones
sonidos, división de los, 207, 208
sonidos espiratorios, 65n; inspiratorios, 65n
sonidos del habla, 32; adaptaciones musculares que suponen los, 55; clasificación de los, 64-65; combinaciones de, 66; dinámica de los, 65, 66; importancia fundamental de los, 52; inhibición de las adaptaciones a ciertos, 55-56; lugar que ocupan en el esquema fonético, 207-210; producción de los, 52-54; sentimiento ingenuo con relación a los, 52-54; sistema "interno" o "ideal" de, 67, 68; valores psicológicos de los, 66-68; variabilidad de los, 54, 55. Véase articulaciones, calidad, cantidad, onomatopéyicos
sordas, véase articulaciones

- Sudán, lenguas del grupo.
95, 167n, 168
sueco, 65, 122n, 187
suizos de habla francesa, 239
sujeto de la oración, 46,
103, 109, 140. Véase re-
lación personal
sufijación, 71, 81, 82-86.
Véase lenguas sufijantes
sufijos, 34, 74
supervivencias morfológicas,
162n, 163, 215-216, 232,
233
sustantivo, 136, 138, 140;
descripción del, 126
Swinburne, 252, 254
Symons, 259n
takelma (Suroeste de Ore-
gón), 93, 96, 163, 165
234n
"temperamento", 245, 246
tendencia analítica, 149n,
150n, 164, 165, 167, 231
tendencia sintética, 79, 149,
150, 161, 164-167
teutónica, raza, véase báltica
tibetano, 91, 114n, 125,
138, 139, 149, 157n, 164,
168, 223, 224
tiempo verbal, 102, 104, 127
tipos lingüísticos, cambio de,
166-168. Véase estructura
lingüística
tlingit (Sur de Alaska), 96,
147, 148n, 233, 243; in-
dios, 244
tono afectivo de las palabras,
49, 50. Véase emoción
transferencia lingüística, ti-
pos de, 26-29
tsimshiano (Columbia Bri-
tánica), 81, 92, 93. Véa-
se *nass*
turco, 81, 148n, 164, 221,
226n
"Umlaut", véase mutación
vocálica
unidades formales del habla,
41
uralo-altaicas, lenguas, 226
úvula, 56, 63
vacilación, 184, 185, 196
valores, "de vacilación", 184,
185; morfológicos, 145,
146. Véase fonéticos
variaciones lingüísticas: dia-
lectales, 169-177; históri-
cas, 172-218; individua-
les, 169-171, 176-177,
212
vascuence (Pirineos), 176,
233
verbo, 137, 138, 140; rela-
ciones sintácticas expresa-
das en el, 128. Véase
tiempo verbal
Verhaeren, 159n
verso, acentual, 258, 259;
cuantitativo, 259-260; de-
terminantes lingüísticas
del, 257-260; silábico,
258, 259. Véase rima
vibrantes, véase articulacio-
nes
vocales, véase articulaciones,
mutación vocálica
voliciones, expresadas en el
habla, 47-48
voz, producción de la, 59
washo (Nevada), 93
Westermann, D., 167n

- Whitman, 253
- Whom (inglés), uso y tendencia a simplificar el término, 178-186
- yana (Norte de California), 80, 82, 86, 87, 108, 117, 124, 125, 140, 164, 168
- yiddish, 217
- yokuts (Sur de California), 89
- yuxtaposición, véase aglutinación
- yurok (Suroeste de California), 243; indios, 242
- zaconio, dialecto, 174n
- zonas culturales, 235, 236, 242, 243
- "zumbido", 59n

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de junio de 1994 en los talleres de Encuadernación Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
Se tiraron 3000 ejemplares.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante y promueva este proyecto en su comunidad para que otras personas que no tienen acceso a bibliotecas se vean beneficiadas al igual que usted.

Para otras publicaciones visite:

www.lecturasinegoismo.com

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escribanos a:

lecturasinegoismo@gmail.com

Referencia libro: 1771



Edward Sapir
EL LENGUAJE

El lenguaje es algo tan familiar para nosotros que resulta difícil imaginar la cantidad de relaciones a que da nacimiento y, más aún, los múltiples contactos que debe mantener con los atributos más típicamente humanos a fin de llenar sus funciones de medio comunicante. Porque el solo hecho de su existencia y funcionamiento supone una evolución cultural muy avanzada, en la cual se ha hecho una laboriosa simplificación de los resultados que ha obtenido la experiencia humana, agrupando y concretando conceptos que traducen la realidad que nos rodea. Y cuando, calando ya con hondura, se comparan entre sí dos o más lenguas, aparece claramente definido su contorno de fenómeno cultural, en cuya producción intervienen elementos étnicos y geográficos, en no menor proporción que los espirituales.

Los elementos del habla, los sonidos del lenguaje, los procedimientos y conceptos gramaticales, los tipos de estructura lingüística, las transformaciones históricas del lenguaje, sus leyes fonéticas, la mutua influencia de las lenguas, las relaciones entre lenguaje, raza y cultura, las existentes entre lenguaje y literatura, son otras tantas cuestiones que magistralmente se desarrollan en este libro de Edward Sapir.

